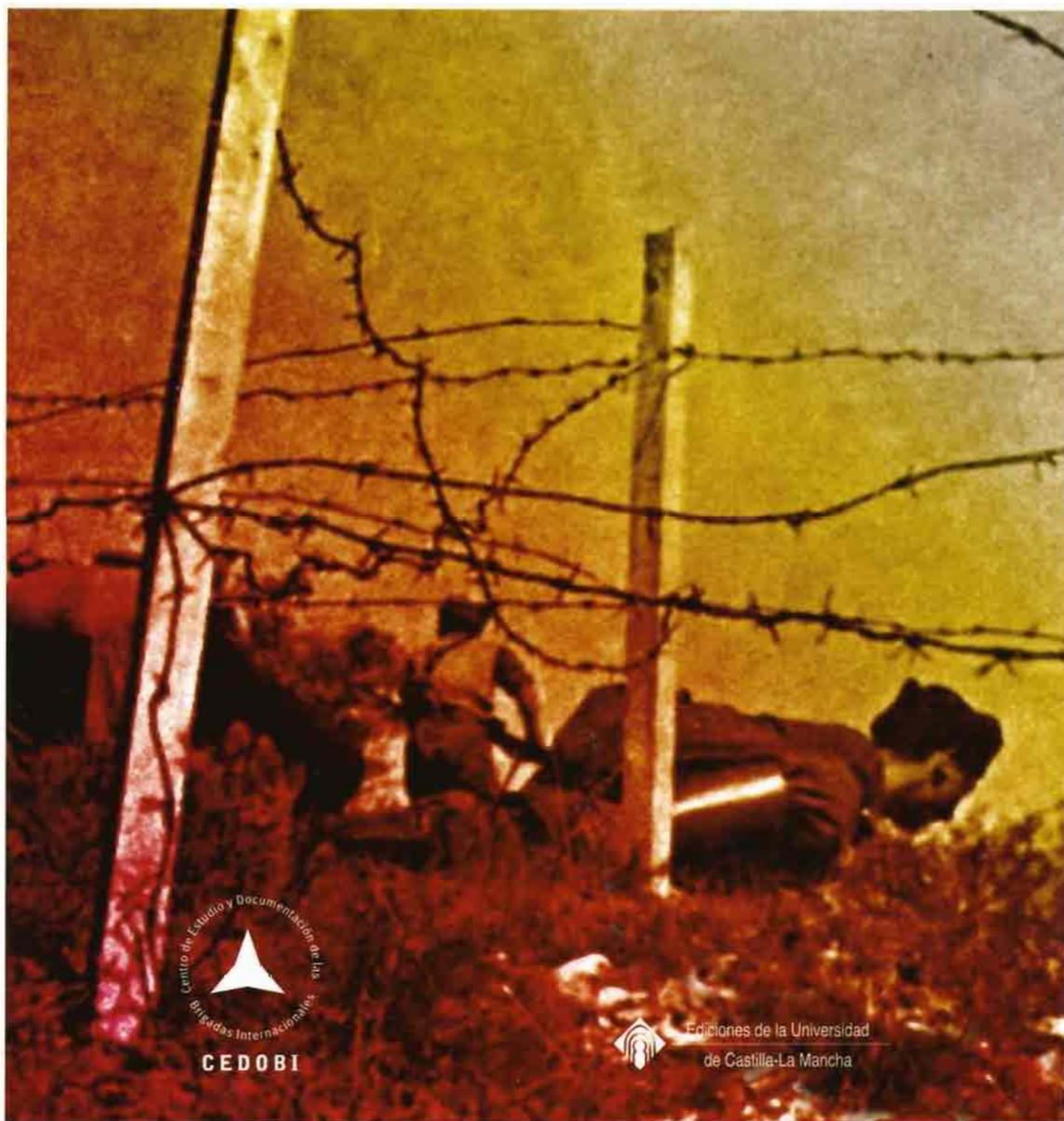


LA LIBERTAD, SANCHO...  
Testimonio de un soldado  
de las Brigadas Internacionales

Juan Miguel de Mora

COLECCIÓN LA LUZ DE LA MEMORIA N° 7



Centro de Estudio y Documentación de las  
Brigadas Internacionales  
**CEDOBI**



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

## **La libertad, Sancho...**

*Testimonio de un soldado de las Brigadas Internacionales  
en el principio de la Segunda Guerra Mundial, comienzo  
al que llaman “guerra civil española”*

*Una guerra es pública, ahí  
hay que recordar y contar.*

JAVIER MARÍAS

**Juan Miguel de Mora**

## **La libertad, Sancho...**

*Testimonio de un soldado de las Brigadas Internacionales  
en el principio de la Segunda Guerra Mundial, comienzo  
al que llaman “guerra civil española”*

Con más de 50 documentos y fotografías

Prólogo de:  
**Lise London**



---

Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2008

MORA, Juan Miguel de

La libertad sancho... : testimonio de un soldado de las brigadas internacionales en el principio de la segunda guerra mundial, comienzo al que llaman guerra civil española, con más de 50 documentos y fotografías / Juan Miguel de Mora ; prólogo de, Lise London.- Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008

236 p. : 24 cm.- (La luz de la memoria ; 7)

ISBN 978-84-8427-393-6

I. Mora, Juan Miguel de 2. España – Historia – Guerra Civil, 1936-1939 I. London, Lise, pr. II. Universidad de Castilla-La Mancha, ed. III. Libros para todos, ed. IV. Título V. Serie

929 Mora, Juan Miguel de

94(460)“1936/39”

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA y de LIBROS PARA TODOS, S.A. de C.V., salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© de los textos: el autor.

© de las ilustraciones: sus autores.

© de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha y  
Libros para Todos, S.A. de C.V.

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.  
Directora: Carmen Vázquez Varela.

Colección LA LUZ DE LA MEMORIA nº7.

Bajo la dirección de Manuel Requena Gallego.

1ª ed. Tirada: 500 ejemplares.

Diseño de la colección y de la cubierta:

C.I.D.I. (Universidad de Castilla-La Mancha).

I.S.B.N.: 978-84-8427-393-6

Depósito Legal: CU-386-2008

Impresión: Trisorgar, S.L. (Tarancón - Cuenca)

Impreso en España - *Printed in Spain.*

*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.*

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

In memoriam.

*A Miguel de Mora Requejo, mi padre, que  
me enseñó que por la libertad,  
así como por la honra,  
se puede y debe aventurar la vida.  
Y a Emilia Vaquerizo, mi madre,  
que fue su digna compañera.*

# ÍNDICE

Introducción .....	9
Los quince y los dieciocho .....	37
Aquí estoy para morir .....	85
El miedo .....	105
La muerte junto al fusil .....	121
Cota 666 .....	129
Explico algunas cosas .....	159
Después del Ebro .....	163
El dolor y su manto .....	177
Es preciso matar .....	185
El trabajo de la memoria en México .....	215
Brigadistas y combatientes mexicanos con la república española 1936-1939 .....	217
Mexicanos asesinados por el franquismo en juicio sumarísimo por haber sido encontrados en un barco republicano capturado por los fascistas	221
Y ahora algunas verdades que son historia y como tal necesarias .....	223
Precisiones .....	225
Apéndice .....	229



*Del bachillerato a la guerra: Juan Miguel de Mora llega a Madrid e ingresa en las milicias de la Juventud Socialista Unificada. Es un niño, pero no el único; otros muchos de su edad y menores están en toda España en la guerra como combatientes o como víctimas.*

# INTRODUCCIÓN

*Por Lise London*

Mi amigo y camarada Juan Miguel de Mora, uno de los últimos supervivientes de los “voluntarios de la libertad”, escribió, después de más de sesenta años de silencio, el relato de los últimos días apocalípticos que él vivió en 1938 en la cota 666 de la Sierra de Pandols durante la batalla del Ebro, la más sangrienta y la más feroz de toda la guerra de España. Esa posición era defendida por la XV Brigada Internacional y en esa defensa se distinguió muy especialmente el batallón Abraham Lincoln de la misma. Fue el primero en resistir el feroz contraataque pero, en diversos relevos, los otros batallones de la XV Brigada participaron también, a partes iguales, en los sangrientos combates por la cota 666.

Juan Miguel había sido incorporado, a petición suya, al batallón llamado *Spanish* (porque había en él muchos brigadistas iberoamericanos: cubanos, brasileños, mexicanos y otros) por el Comisariado del Ejército del Ebro, a cargo de Luis Delage.

Ese año de 1938, en el que cumplía 17, llevaba ya dos años esperando ese momento. Su odisea merece ser conocida y por eso, con mucha emoción, acepté prologar su trágico y emotivo relato, que en este volumen está ya complementado con las memorias de toda su actuación en España, de 1936 a 1939.



Fue en París, donde sus padres le habían enviado para hacer sus estudios en francés, donde el joven Juan Miguel se apasionó por la lucha de las fuerzas progresistas y de izquierda, en España, para sacar del poder al gobierno reaccionario. En 1934, ese gobierno había enviado las tropas coloniales, al mando de Franco, a ahogar en sangre la insurrección de los mineros asturianos y después mantenía encarcelados a más de cuarenta mil presos políticos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. Aplaudió Juan Miguel la victoria del Frente Popular en las elecciones legislativas del 16 de febrero de 1936 y la toma de posesión del nuevo gobierno, surgido de las urnas con un programa ambicioso para colocar a la España retardataria en los rieles del progreso económico y social: la reforma agraria, el mejoramiento de las condiciones de vida de la población y la creación de escuelas para todos los niños.

Eso era lo que no podían admitir los defensores y usufructuarios del antiguo régimen, dispuestos a todo para “volver al pueblo a la razón”. El 18 de julio de 1936, en el Marruecos español, Franco asume el mando de las tropas marro-

quies y del Tercio que le confirieron los generales felones (de los cuales se convirtió en el caudillo), y por la radio lanza en clave la orden a los facciosos de la metrópoli de salir de los cuarteles y tomar el poder. Para colmo, el ejército profesional (tropas coloniales y el Tercio extranjero) se subleva con la bendición de la Iglesia.

Estando en rebelión prácticamente la totalidad del ejército, los rebeldes pensaban que bastarían unos días para alcanzar la victoria. Se engañaban. En Barcelona, por ejemplo, al amanecer del 19 de julio, los sublevados, contando con el efecto de la sorpresa, cruzaban las puertas del cuartel armados de fusiles, de ametralladoras y de cañones. ¡La sorpresa fue para ellos! Durante la noche, alertada y movilizada por los comités de barrio, los partidos y los sindicatos, la población salió a las calles. Decenas de miles de hombres, de mujeres, de jóvenes y viejos, armados con algunos fusiles, navajas, horcas, hachas, carabinas y viejas escopetas fueron a su encuentro, verdadera marea humana que los rodea y los envuelve como en una red. Los soldados no adictos a la rebelión, encerrados en los cuarteles, fueron liberados y los jefes y oficiales sometidos a consejos de guerra. La victoria fue del pueblo unido. Y lo mismo sucedió en Madrid, en Zaragoza, en Irún, en Teruel y prácticamente en toda España.

Fue entonces cuando Hitler y Mussolini, a petición de Franco, aceptaron intervenir militarmente y establecer un puente aéreo para transportar a España dos tercios del ejército de África —23 mil moros y legionarios— que se convertirían en la punta de lanza de la “cruzada”. Muy pronto se unieron a ellos regimientos enteros del ejército italiano con sus mandos y con su equipo, así como miles de técnicos y pilotos alemanes enviados por Hitler con los aviones de guerra más modernos de la época y con las armas más sofisticadas surgidas de las modernas fábricas nazis de armamento. Eran la Legión Cóndor.

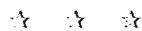
Víctor Hugo, condenando el golpe de estado de Bonaparte el 18 Brumario, escribía: “El golpe de Estado estaba acorazado; la República desnuda”. En España fue todavía peor: la rebelión se duplicaba con la intervención extranjera. Y los soldados de la conscripción, muchos de ellos analfabetos, entrenados para obedecer sin pensar, siguieron ciegamente a sus oficiales que, para engañar a los conscriptos y al pueblo, se sublevaron declarando el estado de guerra al grito de “¡Viva la República!”. Al gobierno le quedaron fieles apenas algunos cuerpos armados como los Guardias de Asalto, creados por la República, y los Carabineros, hasta entonces simples guardafronteras, que se convirtieron, por necesidad, en un cuerpo militar de élite. Era urgente, por lo tanto, dotar al país de un verdadero ejército del pueblo que reemplazase a las milicias de los partidos y los sindicatos del Frente Popular.

El 22 de julio el primer ministro, Giral, solicitaba telegráficamente a su homólogo francés, León Blum, el envío de armas, municiones y aviones, en aplicación del tratado de comercio firmado en 1935 por los dos países, hasta la cantidad de veinte millones de libras esterlinas. Tres días después de haber aceptado,

León Blum cedía al chantaje del gobierno inglés —que le amenazó con romper el tratado de alianza de ambas naciones frente a Alemania—, a la presión de la ultraderecha francesa antisemita —que prefería a Hitler al Frente Popular—, y a la incomprensión de los “pacifistas ovinos” que temían ver a Francia arrastrada a la guerra, y se retracta aplicando el embargo sobre sus entregas de material. Y ello pese a que en materia de rebelión, el derecho internacional considera al gobierno reconocido como el único legal y a los rebeldes como delincuentes. La libertad de comercio, incluida la compra de material de guerra, está asegurada al estado de derecho en lucha contra una insurrección.

A esta norma León Blum, siempre bajo la presión del gobierno de Chamberlain, la sustituyó por otra poniendo al mismo nivel al gobierno legal de Madrid, surgido de las urnas, y a la Junta Militar de Burgos, que acababan de formar los sublevados. El “Pacto de No-Intervención” suscrito por todos los países europeos les comprometía a no vender ni a uno ni al otro de los dos beligerantes. ¡La fuerza tiene primacía sobre el derecho!

Por todas partes en el mundo al estupor sucedió la cólera y, como hongos después de la lluvia, surgieron los comités de ayuda a la España Republicana. Para coordinar su acción, a mediados de agosto de 1936, se celebró en París la Primera Conferencia Europea en Defensa de la República Española, que dio nacimiento a la Comisión Internacional de Información y de Coordinación de la Ayuda Humanitaria y a la Central Sanitaria Internacional. A esta última se incorporaron centenares de médicos, cirujanos —hombres y mujeres—, farmacéuticos, dentistas, enfermeras y terapeutas procedentes de todos los países, que con abnegación y un valor admirable, a veces sacrificando sus vidas, jugaron un gran papel durante toda la guerra en los servicios sanitarios del ejército republicano, detrás de las primeras líneas, en los hospitales y casas de reposo para heridos, y también dando sus cuidados a una población sometida a bombardeos incesantes.



Juan Miguel, adolescente muy maduro para su edad, siguió con pasión e indignación el drama que se desarrollaba más allá de los Pirineos. Sueña con participar, no como espectador sino activamente, en el combate que lleva el pueblo español al que él quiere y admira. Le llegan los relatos de los deportistas que volvían de Barcelona donde, caprichos del azar mediante, el 19 de julio de 1936 debió inaugurarse la Olimpiada Popular (como se llamó en España a esos juegos olímpicos obreros internacionales), que era la respuesta a la celebración de los Juegos Olímpicos en el Berlín de Hitler y el nazismo. Ese día, en lugar de participar en las competencias deportivas, los miles de jóvenes atletas llegados de todo el mundo se encontraron codo con codo con el pueblo catalán en el asalto a los cuarteles ocupados por los insurrectos. Y, después de la toma de Barcelona por el

pueblo, algunos centenares de atletas se enrolaron en las primeras milicias formadas por los sindicatos y los partidos políticos del Frente Popular.

Esas noticias dieron lugar a la partida espontánea de numerosos antifascistas refugiados en Francia, alemanes, polacos, italianos, rumanos... muchos de ellos judíos, y también franceses y españoles emigrados por razones económicas, primicias de las futuras Brigadas Internacionales que se constituyeron oficialmente tres meses más tarde.

Juan Miguel, con la impaciencia de la juventud, exacerbada por su romanticismo revolucionario y los recuerdos todavía próximos de la revolución mexicana de los campesinos sin tierra, decide partir él también. Y lo hizo sin dificultad —era muy pronto para comités y restricciones—, yendo en automóvil con un amigo francés que iba a Madrid a recoger a su familia, y pasando en automóvil por La Junquera. Le encontramos en Madrid en la segunda mitad del mes de agosto. Lo primero que hace es establecer contacto y adherirse a la organización de la Juventud Socialista Unificada (JSU), cuyo papel en la creación del ejército nacional regular es muy importante.

El Partido Comunista forma el Quinto Regimiento, dando el ejemplo de una organización militar moderna y primicia de un ejército regular, y en sus batallones se integran sin dudar jóvenes comunistas y socialistas. El general José Miaja, secundado por el general Vicente Rojo, dirigen entonces la Junta de Defensa de Madrid, en la que están representados los diferentes partidos del Frente Popular. Reconociendo el papel de la JSU en la movilización de la joven generación para salvar a la República, Miaja hace volver del frente a Santiago Carrillo, secretario general de la JSU, entonces de 21 años, para encomendarle la Delegación de Orden Público.

Juan Miguel encuentra en la sede de la JSU (instalada en el palacio del financiero Juan March, franquista emigrado a Londres con su inmensa fortuna) a muchos jóvenes, muchachas y muchachos, con uniforme caqui o con lo característico de las milicias, un mono azul —ropa de faena de una sola pieza— que une a su utilidad práctica ser un símbolo de la clase obrera. Eso le decide: se reviste de valor, acude al centro de reclutamiento del Quinto Regimiento, presenta como referencia su carné de la JSU y se enrola, aumentándose varios años (tenía 14 en ese tiempo) cuando le preguntan la edad. Le ven demasiado joven y le destinan a Intendencia, como atestigua este documento:

Juan Miguel ha realizado su sueño: hele aquí convertido en soldado, en defensor de la República Española. Es disciplinado, vivo, alegre, siempre dispuesto a ejecutar las tareas que se le asignan. Es apreciado y querido por todos sus compañeros. Pero un día, después de verificar sus documentos de identidad, el subterfugio es descubierto, se conoce su verdadera edad. El capitán le llama a su presencia y le sermonea con tono serio y desabrido:

—Hiciste muy mal. No deberías haber mentido.

Los ojos de Juan Miguel se empañan. La voz del capitán cambia a tono paternal:

—Todos te apreciamos. Eres como la mascota de nuestra unidad, pero el gobierno ha hecho un decreto fijando la edad mínima para estar en el ejército. Tengo que darte de baja honrosa, y a estudiar, a tu edad hay que estudiar para ser útil más tarde. Los fachas quisieran que el pueblo fuera siempre ignorante. Vosotros los muy jóvenes debéis instruiros para servir a la República. Tú estudiabas en París, donde te mandaron tus padres. Ahora debes volver allí. Ya tendrás tiempo en la vida para luchar por la justicia.

Pero en aquella etapa de su vida a Juan Miguel no le interesaba París, ni México, ni la vida en paz en ninguna parte. Cueste lo que cueste continuará junto al pueblo español, que se ha convertido en el campeón del combate armado contra el fascismo internacional.

Los bombardeos de Madrid comenzaron en agosto. Cada día los Junkers nazis y los Savoia de la Italia fascista hacían incursiones sobre la ciudad indefensa. La República no poseía entonces más que cañones antiaéreos y la escuadrilla formada por André Malraux con los viejos aparatos de la guerra mundial de 1914-1918, que puso en activo con la ayuda de aviadores valientes reclutados por él. A pesar de las numerosas víctimas y de las destrucciones ocasionadas por las bombas, la población no se deja intimidar. Con valentía y con una locura inconsciente, desdeñando acudir a los refugios, la gente aplaude cuando un bombardero capturado en los haces luminosos de los reflectores antiaéreos es alcanzado por un proyectil y cae en llamas. En esos días la ciudad mártir canta cosas como:

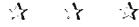
*Madrid qué bien resistes,  
mamita mía, los bombardeos.  
De las bombas se ríen,  
mamita mía, los madrileños.*

Y también:

*Con las bombas que tiran,  
mamita mía, los aviones  
se hacen las madrileñas,  
mamita mía, tirabuzones.*

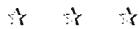
El gobierno organiza la defensa pasiva para enseñar disciplina a los habitantes, obligándoles a buscar abrigo en los refugios (como las estaciones del metro y los sótanos), a combatir los incendios, a transportar heridos a los hospitales... Es ahí donde decide inscribirse Juan Miguel, auspiciado por la dirección regional de la JSU con la cual mantiene estrechos lazos. Siempre tan entusiasta y apasionado, enfrenta con valor el peligro durante y después de los bombardeos en Madrid, y después en Valencia, donde se traslada el gobierno central en razón de los avances de las tropas enemigas. Más tarde lo encontraremos en Barcelona, ya nombrado por la JSU delegado de las Brigadas de Defensa Pasiva en la capital

catalana, pero en tanto han transcurrido dos años y muchos acontecimientos importantes que yo quisiera recordar.



Volviendo de Moscú a París en septiembre de 1936, después de haber trabajado durante más de dos años como dactilógrafa en la sección de lenguas romances del Komintern, fui inmediatamente asignada, como secretaria, al camarada Pierre Allard, responsable de la Mano de Obra Inmigrada (MOI), sección nacional del Partido Comunista Francés. Mi jefe era uno de los principales protagonistas del Comité Internacional de Ayuda a la España Republicana y, más tarde, de las Brigadas Internacionales. Como él estaba muy ocupado por sus numerosas actividades, pasando por la oficina como una ráfaga de aire, yo era la encargada de recibir y atender a los numerosos visitantes que llegaban cada día. Los más de ellos eran militantes de los grupos de lenguas italiana, polaca, húngara, checa, y otras de la MOI. Y me contaban las dificultades que encontraban muchos de sus compatriotas, impacientes por ir a combatir, solicitando la autorización de partir para España. En diversas ocasiones vinieron a verme españoles, hablándome con emoción del clima que reina en sus grupos: “Muchos camaradas han ido ya, otros se preparan a hacerlo... Pero el camarada Allard y el Partido francés deben ser conscientes de la realidad: nuestro pueblo es valiente pero en su gran mayoría no conoce el manejo de las armas. Y nosotros tampoco...”. Y sugerían tímidamente el reclutamiento y el envío a España de combatientes veteranos de la guerra 1914-1918 y de obreros que hubiesen hecho el servicio militar, para ir a enseñar el manejo de las armas a los improvisados soldados de la República.

La dirección del Partido francés era favorable a la creación de las Brigadas Internacionales y esperaba la luz verde de Moscú para formarlas. Para llegar a ello Maurice Thorez, su secretario general, tenía informado al Komintern de la voluntad, profundamente anclada en la base, de pasar de la ayuda humanitaria al pueblo español a un apoyo más activo, incluso armado.



En su libro *L'espoir guidait leurs pas*, el historiador Rémi Skoutelski menciona una reseña del Comité Ejecutivo del Komintern con fecha del 18 de septiembre de 1936, que encontró en los archivos de Moscú, en la cual se discutió el aumento de la ayuda a España, contratando, entre los obreros de todos los países, voluntarios con experiencia militar para mandarlos a España. Este acto se considera la fundación de las Brigadas Internacionales cuando, de hecho, confirma una

realidad ya existente. Para entonces más de dos mil voluntarios, llegados solos o en pequeños grupos, sin esperar el visto bueno ni del Komintern ni de nadie, estaban ya en España y habían tenido su bautismo de fuego en Barcelona, en Irún, en Aragón y ahora en Madrid. Otros centenares estaban esperando en París para viajar a luchar por la República. A principios de septiembre se abrió en la Avenida Mathurin Moreau, en los locales de los grupos de la MOI, el centro de reclutamiento de los voluntarios que acudían de todos los continentes. Camaradas que hablan su lengua los acogen y les proporcionan alojamiento y algo de dinero hasta el día de su marcha.

Una delegación compuesta por el italiano Luigi Longo (Gallo), el polaco Stephan Wiszniewski y el francés Pierre Rebière, parte hacia Madrid para solicitar al gobierno español la autorización y los medios para organizar a los voluntarios. A la pregunta que les hace Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes y de la Junta Delegada del Gobierno en Levante:

—¿En qué condiciones quieren ustedes participar en nuestra lucha?

Responden:

—No ponemos ninguna. Las Brigadas Internacionales serán unidades subordinadas al gobierno y a las autoridades militares y utilizadas como fuerza de choque en cualquier lugar en que sea necesario.

Tras esta conversación, el 22 de octubre de 1936, el gobierno de Madrid da su consentimiento.

Para dirigir las Brigadas Internacionales se elige a André Marty, uno de los secretarios del Komintern, popular en el mundo entero por su participación, en 1918, en la sublevación de los marinos del Mar Negro que, habiendo sido enviados para acabar con la Revolución rusa, se negaron a disparar contra el pueblo de Odesa.

La ciudad de Albacete es elegida por el gobierno español para sede del estado mayor y de los diferentes servicios de base de las BI.

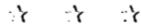
El 23 de octubre la Unión Soviética abandona el Comité de No-intervención y recobra la libertad de comerciar con la España republicana. Los primeros barcos soviéticos cargados de armamento y aviones llegan a finales de mes al puerto de Barcelona. Los espera una población entusiasta al grito de "¡Viva el pueblo ruso!"

Y cuando el 7 de noviembre aparece en el cielo de Madrid la primera escuadrilla de aviones con los colores de la República (bautizados por los madrileños como "chatos" y "moscas") es un delirio. La multitud se aglomera en las calles para verles combatir contra los aviones italianos y alemanes, les aplaude y les ovaciona haciendo caso omiso de las bombas.

—¡Son los nuestros! ¡Los nuestros!

Y se adquiere la conciencia de que ya no les bombardearán impunemente los Messerschmitt y los Savoias.

Ésa es la explicación a la inmensa popularidad que la Unión Soviética gozaba en la España republicana, abandonada y estrangulada por las democracias y los demás países que aceptaron el Comité de No-intervención. Y esa situación explica también por qué el gobierno español pidió al de la URSS consejeros soviéticos calificados para ayudar al pueblo de España a ganar la guerra. Hasta entonces sólo México había brillado para los españoles como una estrella solitaria en el negro cielo de la guerra. Pero México poco podía hacer en materia de armamento salvo enviar aquellos primeros veinte mil fusiles que mandó al principio el gobierno de Lázaro Cárdenas.



Los acontecimientos se suceden a un ritmo rápido: antes que el cierre de la frontera (consecuencia de los acuerdos del Comité de No-intervención) fuese efectivo, dos convoyes ferroviarios transportando cada uno alrededor de dos mil voluntarios, belgas y franceses en su mayoría, son rápidamente organizados en el centro de reclutamiento. Con la ayuda de los obreros ferroviarios franceses fueron directamente de París a Albacete pasando por Barcelona.

París se convierte en el centro donde se acogen y se encaminan hacia España los miles y miles de voluntarios que llegan aprovechando las facilidades con que se otorgan las visas para la exposición internacional que tiene lugar en la capital francesa.

Antes de firmar su alistamiento los voluntarios prestan un juramento: "Estoy aquí por mi libre voluntad y dispuesto, si fuera preciso, a dar hasta la última gota de mi sangre por la libertad de España y por la libertad del mundo". Así lo cuenta Artur London en su libro *Se levantaron antes del alba*: "Es el compromiso, apasionado y consciente con una causa justa del que dependen el futuro inmediato y el destino del mundo... En Madrid, el checoslovaco lucha por Praga, el francés por París, el austriaco por Viena... el alemán lucha por liberar a su país de Hitler y el italiano por acabar con Mussolini..."

Las mujeres, a pesar de ser poco numerosas y de no estar en el frente, desempeñan un papel importante como médicas, dentistas, enfermeras, intérpretes, secretarías administrativas y en diferentes actividades culturales y de información.

Yo salí de París a finales de octubre del 36 (para trabajar en Albacete como secretaria administrativa de Marty) en el tercero y último gran convoy que, con unos dos mil voluntarios, logró pasar la frontera antes de que el Comité de No-intervención implantase un control estricto.

Fue un viaje inolvidable. El tren paraba en todas las estaciones y en todas nos esperaban decenas, centenares, miles, de hombres mujeres y niños con los

brazos cargados de flores, frutas y comida, jarras de agua fresca, botellas y porrones del rico vino de las laderas pirenaicas, que regocija el corazón y marea.

Esas escenas de confraternización hacen correr lágrimas incluso entre los más endurecidos. “¡Gracias hermanos! ¡Venceremos!” gritaban al despedirse.

Rafael Alberti lo dijo mejor que nadie en su poema a las Brigadas Internacionales:

*Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía  
¿Qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?*

.....  
*Con las mismas raíces que tiene un mismo sueño  
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.*

Los miles que siguieron tuvieron que franquear a pie los Pirineos, como fue el caso —a fines de abril de 1937— de mi compañero Artur London, a pesar de tener un neumotórax, y del grupo de voluntarios que él encabezaba, procedentes de Alemania, Austria y diversos países de Europa central, además de un joven negro de Estados Unidos.

Otros se arriesgaron por el Mediterráneo, controlado por barcos de guerra alemanes e italianos que, al socaire de la No-intervención, hundían barcos que se dirigían a la España Republicana.



Unos días después de nuestra llegada a Albacete se puso en marcha una organización somera pero rigurosa. Todos los voluntarios extranjeros diseminados en unidades españolas se agrupan por nacionalidades en los batallones de las Brigadas Internacionales. Los voluntarios originarios de América Latina permanecen en las unidades españolas.

El 3 de noviembre de 1936 el estado mayor de la base recibe un mensaje del gobierno español que solicita el envío inmediato del máximo de voluntarios para ayudar a rechazar la ofensiva fascista cuya vanguardia había alcanzado los arrabales de Madrid.

En Albacete se organizaron febrilmente las dos primeras Brigadas Internacionales, la XI y la XII, a fin de partir a socorrer al pueblo madrileño, todo él movilizado para defender su capital. Sin completar su instrucción la XI Brigada con sus tres batallones “Comuna de París”, “Edgar André” y “Dombrowski” fue la primera en llegar a Madrid. Su travesía de la ciudad la noche del 7 al 8 de noviembre hasta la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, donde la situación era crítica, dejó un recuerdo inolvidable a todos los testigos de la época. Algunos días más tarde fue el turno de la XII Brigada, formada por los batallones “Garibaldi”, “Franco-belga” y “Thaelmann”, de participar en los sangrientos y

rabiosos combates. Decididos a no retroceder ni un paso, miles de soldados españoles y de voluntarios de la libertad dejaron allí sus vidas. Pese a la superioridad de los fascistas en hombres y armamento, la capital española resistió durante casi tres años y nunca fue tomada por la fuerza de las armas en lucha frontal.

Ése fue el principio de la epopeya de las Brigadas Internacionales que tuvieron 35.000 combatientes, lucharon en las batallas más duras y difíciles y fueron unidades de choque y de élite. No hay que olvidar, sin embargo, que de las 137 brigadas con que contaba el ejército español sólo seis fueron internacionales en un principio y tiempo después reconstruidas con reemplazos españoles, es decir mixtas.<sup>1</sup> Lo esencial de las Brigadas Internacionales fue su ejemplo, surgido de su condición de voluntarios y su valor mostrado en numerosísimas ocasiones, valor que más de una vez sirvió de soporte y apoyo moral a combatientes españoles.

Su llegada a Madrid, cuando los combates eran tan violentos y la partida parecía perdida, contribuyó a mantener la heroica moral de los madrileños a través de los contactos entre pueblos que se fueron conociendo día tras día y los brigadistas compartieron con los españoles la generosidad, la rectitud y el espíritu de sacrificio reafirmando la conciencia de batirse por una causa sagrada.

Pero el combate era demasiado desigual. La potencia de fuego y de armamento era considerablemente superior en el ejército de los fascistas y, por si fuese poco, esa superioridad aumentaba a medida que seguían las entregas de aviones, tanques y equipo bélico más moderno surgido de las fábricas de guerra hitlerianas.

La mayor parte del país estaba ya en manos del ejército llamado "nacional". La base de las Brigadas Internacionales tuvo que ser cambiada de Albacete a Cataluña antes que los ejércitos fascistas del norte y del sur se uniesen cortando en dos la zona republicana. El 15 de abril de 1938, justo después del paso de nuestros últimos camiones, los franquistas alcanzaron la costa y la ocuparon tomando también posición en la orilla derecha del río Ebro donde fueron por fin contenidos. La base, reducida a un simple centro administrativo, fue colocada bajo el mando del capitán Santos.

El 25 de julio de 1938, cuando los especialistas militares extranjeros creían agonizante a la República, el Ejército del Ebro, comandado por el general Modesto y con el general Vicente Rojo como Jefe del Estado Mayor de todas las fuerzas republicanas, lanzó una operación ofensiva que fue la admiración del

---

<sup>1</sup> Pero el término "Brigada Mixta" no se refería oficialmente a su composición humana sino a la nueva organización militar republicana que creó ese tipo de unidades con elementos que antes no dependían de las unidades de infantería, como la artillería, ingenieros, sanidad, etcétera, transformando al antiguo ejército español. Por esa razón todas las brigadas del ejército de la República eran, en la nomenclatura militar, brigadas mixtas aunque en ellas no hubiese extranjeros. En la nomenclatura militar las Brigadas Internacionales se designaban en números romanos y las del Ejército Republicano con arábigos. JMM.

mundo: El XV Cuerpo de Ejército al mando del coronel Manuel Tagüeña y el V, que comandaba Enrique Líster, todavía coronel en esa época, pasaron el río de noche mediante pontones flotantes, barcos de pesca y balsas provisionales sorprendiendo por completo al enemigo y capturando a todo el Estado Mayor franquista del área. Todas las unidades de las Brigadas Internacionales, salvo las que estaban combatiendo en el frente de Levante, participaron en esta batalla, la más sangrienta y la más feroz de la guerra de España. Y fue en mitad de esa batalla, el 29 de septiembre de 1938, cuando los gobiernos británico y francés, representados por Chamberlain y Daladier, firmaron, con Hitler y Mussolini, los acuerdos de Munich que otorgaron a la Alemania nazi el derecho de anexarse la región de los sudetas, arrancada a la república checoslovaca, a la que Inglaterra y Francia debían defender porque los ligaba a ella un tratado de amistad y de asistencia recíproca. Franco, seguro ya de que no le escaparía el triunfo, saludó el Pacto de Munich como una gran victoria del Führer y de la España "nacional"...



Después de haber abandonado a Madrid a su suerte vuelvo ahora a la historia de Juan Miguel de Mora, que se encuentra, él también, en esta batalla del Ebro. En Valencia, donde fue al principio de 1937, siguió activo en los servicios de la Defensa Pasiva, siempre militando en las filas de la JSU. El 12 de marzo de 1937 el Comité Ejecutivo Popular le entrega un permiso de portar armas para que pueda circular libremente en cumplimiento de sus misiones. Este permiso está refrendado con los sellos del Comité de Defensa Regional y del Secretariado de las Juventudes Socialistas Unificadas. Más tarde es en Barcelona donde continúa trabajando como responsable del secretariado de la Defensa Pasiva. Juan Miguel es un militante activo, toma la palabra en los medios de las juventudes, desempeña diversos cargos, participa en el comité regional de la JSU. Es incorporado a la Alianza Juvenil Antifascista y se le asigna a la comisión de propaganda.

Entonces comienza a escribir artículos, tiene aptitudes para el periodismo y a partir de marzo de 1938 se convierte en miembro del comité de redacción del periódico "Alianza". En julio es encargado de cubrir, como enviado especial, la batalla del Ebro. Sus reportajes glorifican a los brigadistas internacionales a los que tiene una admiración ilimitada. Y vuelve a su obsesión de llegar hasta el extremo en su compromiso... Y cuando los combates son más rabiosos y duros Juan Miguel solicita y obtiene del Comisariado del Ejército del Ebro, a cargo de Luis Delage, donde estaba acreditado como corresponsal, el permiso de incorporarse a la XV Brigada como combatiente, en el batallón *Spanish* que, con el *Lincoln* y el *British*, era entonces lo que quedaba. Y así lo encontramos en la cota

666 de la Sierra de Pandols, donde tuvo su bautismo de fuego poco antes de cumplir diecisiete años.



Pero, ¿por qué, cuando él ha escrito tantos libros, esperar más de sesenta años para atestiguar, con su magnífico relato, lo que fue esa batalla y revivir a esos voluntarios tan admirados y amados que no regresaron? ¿El infierno vivido sobre la cota 666 era tan violento, tan horrible, aterrador y punzante que le era imposible desgarrar el velo de olvido con el que su inconsciente le protegía? Para poder hacerlo y afrontarlo le fue necesario esperar hasta 2001. Ese año, en las ceremonias organizadas por la Asamblea Regional de Madrid para celebrar el 65 aniversario de la llegada de las Brigadas Internacionales, a las que asistieron unos setenta veteranos procedentes de treinta países, incluso yo misma con otros cinco franceses, Juan Miguel encontró al estadounidense Harry Fisher que, como él, había conocido el infierno de la cota 666.<sup>2</sup> Emocionante y estimulante encuentro. Hablaron y hablaron, recordando a buena memoria los hechos y lugares que ambos habían vivido y seguros de que Harry Fisher descendía de la cota con los supervivientes del batallón *Lincoln* cuando Juan Miguel subía a relevarlos con otros voluntarios del batallón *Spanish* de la misma XV Brigada.

De regreso a México Juan Miguel escribió de un tirón el hermoso relato que ustedes leerán, la oleada de los recuerdos saliendo de las sombras ya exorcisados.



En la esperanza de que los países democráticos se rindieran por fin a la evidencia de que la guerra de España también les concierne, el gobierno y el pueblo españoles prosiguen el combate más allá de sus fuerzas. Pero no hay más ciego y sordo que el que no quiere ver y el que no quiere oír. Hitler y Mussolini pueden, tranquilamente, continuar haciendo de la España mártir el campo de maniobras antes de lanzar sus armas ya probadas a la conquista de Europa y del mundo.

Mientras tanto el Comité de No-intervención había adoptado en julio el proyecto del gobierno inglés sobre una “retirada proporcional” de los voluntarios extranjeros en España. El gobierno republicano acepta el principio especificando que su número en los dos campos no era comparable e impugnando el carácter “voluntario” de las unidades italo-alemanas. La República se oponía además al

---

<sup>2</sup> Harry Fisher murió el 22 de marzo de 2003, asistiendo, a los 92 años, a una manifestación por la paz en las calles de Nueva York.

otorgamiento de los derechos de beligerancia a Franco. Los trabajos de la comisión iban camino de hacerse interminables cuando un rayo cayó sobre la asamblea de la Sociedad de Naciones: por voz de su presidente, el doctor Juan Negrín, el gobierno republicano hizo saber que había decidido la retirada inmediata de todos los extranjeros que combatían en las filas gubernamentales y pidió a la SDN constituir una comisión internacional encargada de verificar y de garantizar la aplicación integral de esa retirada.

Rindiendo homenaje a los combatientes de las Brigadas declaró: “Con un doloroso desgarramiento nos separamos de ese grupo de hombres valerosos cuya generosidad no será olvidada jamás por el pueblo español”.

El 23 de septiembre de 1938<sup>3</sup> las Brigadas Internacionales fueron retiradas del frente y sustituidas por unidades de reclutas catalanes. En los pueblos y los campamentos donde fueron reunidos detrás de las líneas los voluntarios se despidieron de sus unidades. Los soldados españoles y catalanes desfilaban delante de ellos. Los campesinos de los pueblos del frente participaban en esta ceremonia de adiós con el puño levantado en un último saludo antifascista. *La Internacional* se escuchaba en diferentes lenguas. La emoción era grande.

A principios de octubre los voluntarios fueron llevados a campamentos en Cataluña. Los que combatían en el frente de Levante fueron reagrupados en la región de Valencia. Hasta mediados de enero no se reunirían en Barcelona con sus camaradas después de una peligrosa travesía nocturna por el Mediterráneo.

El 28 de octubre la población catalana rindió homenaje a los voluntarios de la libertad en una ceremonia grandiosa. La tribuna oficial, instalada en la avenida del 14 de abril, estaba ocupada por los miembros del gobierno central y de la Generalitat de Cataluña y los representantes de todas las organizaciones del Frente Popular así como por los jefes más prestigiados del Ejército popular español.

Se les despidió, partieron, pero se proyectaron hacia el porvenir en noviembre de 1996, 21 años después de la muerte de Franco, cuando el gobierno de la España nueva, rompiendo el anatema de la dictadura franquista sobre la epopeya de las Brigadas Internacionales, conmemoraba oficialmente el sesenta aniversario de su creación. Dejo la palabra a Joan Reventós i Carner, Presidente del Parlamento de Cataluña. Su discurso dirigido a los 400 veteranos que éramos entonces, llegados de setenta países para responder a la invitación que nos había sido hecha, nos llegó al corazón. Yo lo transmito:

*“Queridos miembros de las Brigadas Internacionales: Sed bienvenidos al Parlamento de Cataluña, sede de la soberanía del pueblo catalán por el cual vosotros habéis luchado, vosotros, los voluntarios internacionales cuando luchásteis, hace sesenta años, por las libertades democráticas en defensa de la legalidad republicana.*

---

3 Lise London se equivoca algo en cuanto a las fechas. En septiembre se ordenó el movimiento pero fue llevado a cabo poco a poco en días y semanas sucesivas JMM.

*“Me acuerdo de la jornada de octubre de 1938, hace 58 años cuando yo pude ver, con mis ojos de niño, el adiós del pueblo de Barcelona a los voluntarios internacionales en el curso de lo que habrá sido la última gran reunión popular de la República.*

*“Me acuerdo, como si los viese y escuchara todavía, de los repetidos vuelos de los aviones en formación compacta en el cielo de Barcelona, los aviones de “la Gloriosa” como se llamaba a la aviación republicana. Me acuerdo de los grupos de muchachas que cubrían de flores a los miembros de las Brigadas que desfilaban sobre la Gran Vía Diagonal. Me acuerdo muy bien de ellos, con sus cazadoras de cuero, sus polainas, sus gorras, sin armas. Me acuerdo también de que marchaban de la mano, en grandes filas, ocupando gran parte de la calzada.*

*“Este recuerdo personal se confunde con el recuerdo colectivo, reflejado con una emoción contenida, en la crónica del diario “La Vanguardia”, de esta manifestación de adiós a Barcelona. Hombres duros en la batalla, heroicos, endurecidos contra las emociones, hombres fuertes que desfilaban con la tristeza reflejada en sus rostros.*

*“Era una tristeza que expresaba un temor compartido y presagiaba lo que vendría después. Para nosotros, que nos quedábamos, el principio de la larga noche del franquismo y del lento aprendizaje de la lucha por la libertad. Para vosotros, que partíais, la continuación de la lucha contra el totalitarismo, que ya había comenzado en España y que ha continuado durante la Segunda Guerra Mundial; muchos de entre vosotros han tenido que luchar también contra el estalinismo.*

*“Y me viene al espíritu, en tanto que ejemplo de ese itinerario político y vital —guerra de España, Resistencia, antiestalinismo— la figura de Artur London, el comandante Gerard, que aprendió dolorosamente, como muchos de entre vosotros, que la lucha por la libertad no se termina jamás y que vuestros enemigos pueden venir de todos lados.*

*“Willy Brandt lo ha comprendido bien y nos lo explica en sus memorias cuando nos dice que en su estancia en Barcelona en 1937 supo de una vez por todas, gracias a George Orwell, que no existe ningún bien tan precioso como la libertad y que es preciso defenderla contra más de un enemigo.*

*“Vosotros los combatientes de las Brigadas Internacionales habéis conquistado el honor de ser conocidos como los combatientes de la libertad porque habéis comprendido antes que todos que la causa de la libertad no era y no es un bien que se pueda dividir en partes. Vosotros habéis sido los profetas de una verdad que debería estar inscrita en la conciencia de la humanidad: la libertad es una e indivisible.*

*“Por esa razón el frente de la libertad es un frente universal, un frente infinito. Por eso vosotros habéis adquirido el derecho a ser considerados ciudadanos del mundo. Por eso habéis adquirido el derecho a la ciudadanía española, derecho que os fue concedido por el presidente Negrín cuando vuestro adiós. Lo que han confirmado, 58 años más tarde, las instituciones públicas de la nueva España democrática.*

*“Habéis sido los protagonistas de uno de los episodios de fraternidad más fuertes que haya conocido nuestro siglo. Habéis venido, como dice el poema de Rafael Alberti, “de este país, del otro, del grande, del pequeño, del que apenas si al mapa da un color desvaído, con las mismas raíces que tiene un mismo sueño”.*

*“Era un sueño basado sobre valores que han finalmente prevalecido en Cataluña y en España gracias al regreso de la democracia en Europa, gracias a la derrota de los totalitarismos. Se trata de los valores de la libertad y de la dignidad del individuo, considerados como valores supremos, hasta más fuertes que la vida.*

*“Vosotros, y todos nosotros con vosotros, hemos vencido al franquismo que habéis combatido. Estabais empujados por una especie de grandeza, un género de valor que os hacía aceptar la muerte e ir por delante de ella ya que sabíais con certidumbre que el odio y la violencia son vanos en sí mismos. Luchasteis despreciando a la guerra ya que aceptasteis perderlo todo pero conservando el amor a la libertad.*

*“Es a ese ejemplo vuestro al que hoy rendimos homenaje y que queremos transmitir a nuestros hijos y a nuestros nietos.”*

Debo confesar que al oír estas palabras no pude retener las lágrimas, lo mismo que otros como yo, recordando los adioses de Dolores Ibárruri —la Pasionaria— durante la ceremonia de despedida y sus palabras proféticas:

*—¡Banderas de España, saludad a tantos héroes! inclinaros ante tantos mártires. En los días sombríos y plenos de inquietudes, cuando los gobiernos que se decían “democráticos” nos abandonaban y el criminal Comité de No-intervención ataba las manos de la República impidiéndola defenderse, habéis venido a nosotros... Conocíais el peligro y lo enfrentasteis cantando, prefiriendo la muerte a la esclavitud fascista... Caísteis por millares...Vuestras madres no pueden poner sobre vuestras tumbas las siemprevivas del recuerdo, ni bañar con sus lágrimas la tierra sagrada que os abriga, pero vuestro sacrificio no ha sido ni será estéril... Y cuando florezca el olivo de la paz y entrelazados los laureles de la victoria, entonces, hermanos, volved.*

Y henos aquí, otra vez, a los supervivientes, los “olvidados de la historia”, cuyo número cada año disminuye, todos ya octogenarios o nonagenarios cuando, después del espacio de dos generaciones, la losa de plomo que oculta la verdadera historia de la guerra de España y la epopeya de las Brigadas Internacionales está siendo derribada.

Algunos meses después de la derrota de la República Española, la guerra incendia a Europa antes de hacerse mundial. Francia es invadida en junio de 1940. Hay el llamado del general De Gaulle. La Resistencia se organiza. Entre los primeros en participar en ella hay muchos de los veteranos voluntarios de las Brigadas que ven la continuación del combate comenzado en 1936 en España. Y es a uno de ellos, el coronel Rol-Tanguy, comandante de las Fuerzas Francesas del Interior de la región parisiense, al que corresponde el honor de recibir, al lado del general Leclerc, la rendición del general Von Choltitz en París, en agosto de 1944.

Cada vez que volvemos a la tierra de Don Quijote podemos atestiguar el afecto, la emoción y el entusiasmo que, en tanto que representantes de cinco mil de los nuestros que quedaron para siempre en tierras de España, nos han mostrado decenas y decenas de miles de hombres y de mujeres, y entre ellos tantos y tantos jóvenes que, tan pronto nos identifican, se aglomeran a nuestro paso.



Pero volvamos a Juan Miguel: Herido de un bayonetazo, como él relata, después del hospital de sangre del pueblo de Falset pasó a Barcelona donde convalació y realizó la terapia necesaria para recuperar el uso de su brazo derecho. Los franquistas están a punto de tomar Barcelona y la JSU lo propone para Comisario de Guerra (Delegado Político de Compañía era la designación oficial) en una unidad del ejército español republicano. Ya en plena debacle de la República le destinan a una unidad teórica por inexistente en medio del desorden, incorporándose en Figueras, donde no llega ni a conocer al capitán de su compañía porque horas antes de que él llegase una bomba le arrancó una pierna y fue evacuado.

En contradicción con lo que suele ser el carácter hispano en general, y más aún el latinoamericano, Juan Miguel de Mora es muy reacio a hablar de lo que él hizo en la guerra. Algo se sabe por lo que contaron quienes estuvieron con él en esa difícil y corta etapa de su comisariado.<sup>4</sup> Pero en esencia, según él dice, tomó el mando por no haber ningún oficial a cargo y se limitó a reorganizar una unidad de recuperación con unos cuantos carabineros, dos o tres guardias de asalto y algunos soldados y a proteger en la medida de lo posible a la columna de evacuación, la columna del pánico, la columna de los civiles que huían de Figueras hacia Francia. En esa labor tardó tres días en recorrer los 27 kilómetros que separaban a Figueras de La Junquera. Oficialmente tenía ya cumplidos 17 años, edad mínima exigida para ser soldado.

Acerca de cómo lo hizo existe el documento que se lee en la página 200.

Lise London.

P.D.- Tras la publicación de “Cota 666”, amigos y camaradas de Juan Miguel, franceses, mexicanos, españoles, hemos insistido día tras día en que escribiese la totalidad de sus memorias de España. Y por fin lo hemos logrado. Este libro es el resultante.

---

<sup>4</sup> Uno de ellos fue Manuel Lamonedá Monje, ya fallecido, que en su momento atestiguó ante el Consulado de España en México reforzando la documentación que presentó Juan Miguel para tramitar la pensión que el gobierno español del PSOE otorgó a los mandos del ejército de la República.

Núm. 3126

**JUVENTUD SOCIALISTA**  
DE  
Madrid

Nombre Juan  
Apellidos Miguel  
Gloria Vaqueiros  
Edad 16 -  
Profesión Estudiante  
Fecha de ingreso 1936

Este carnet no tiene validez si no lleva adheridos los cupones de la federación.

FEBRERO	FEDERACIÓN Núm. <u>3126</u> JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA Cuota local <u>25</u> Abril 1936.	FEDERACIÓN Núm. <u>3126</u> JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA Cuota local <u>25</u> Junio 1936.
ENERO	MARZO	FEDERACIÓN Núm. <u>3126</u> JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA Cuota local <u>25</u> Mayo 1936.



En abril de 1936 Juan Miguel estuvo en España, patria de su madre, y se inscribió en las Juventudes Socialistas, para lo cual se aumentó la edad — tenía catorce— y pagó por anticipado varios meses de cuota. Este documento resultó después de gran importancia porque demostraba antifascismo anterior al 18 de julio, fecha del alzamiento militar-fascista.



*Inmediatamente se enrola en el 5º Regimiento de Milicias Populares, pero, pese a su altura y a su cuerpo, es evidente su excesiva juventud y aunque miente diciendo que tiene 16 años (tenía 14), sólo lo admiten en Intendencia. Pero es la Intendencia del 5º Regimiento.*



**CARNET**

NACIONAL NÚM. | LOCAL NÚMERO  
**23472** |

Nombre *Juan Miguel*  
Apellidos *Morra Paqueri-*  
*zo*  
Edad *16*  
Profesión *Estudiante*  
Domicilio *Clarís n.º 98*  
Brigada  
Batallón  
Compañía  
El Secretario de Organización  
*Sebastián Álvarez*  
Provincia de *Barcelona*  
Sección de

FEDERACIÓN NACIONAL - GENERAL - TRABAJADORES

FEDERACIÓN NACIONAL - GENERAL - TRABAJADORES

Fecha de ingreso *1-4-36*

*Ya unificadas las juventudes socialistas y comunistas en la JSU y avanzada la contienda le renuevan en Barcelona la credencial y le reconocen la fecha de ingreso.*



**Socorro  
Rojo  
Internacional**

(SECCIÓN ESPAÑOLA)

Comité Local  
Provincia  
Número

**SOCORRO ROJO INTERNACIONAL**

**1937**

NÚMERO NACIONAL

*La mayoría de los miembros de la JSU pertenecía también al Socorro Rojo Internacional, organismo de ayuda a los antifascistas perseguidos y encarcelados, controlado por los comunistas. Las credenciales, aptas para la clandestinidad, no tenían nombres.*



GRUPO DE INTENDENCIA

DE  
ALBACETE

JEFATURA

Núm. 224

MELITON NUÑEZ CENTENO, como Jefe A. del Grupo de Intendencia de Albacete,

C E R T I F I C O:

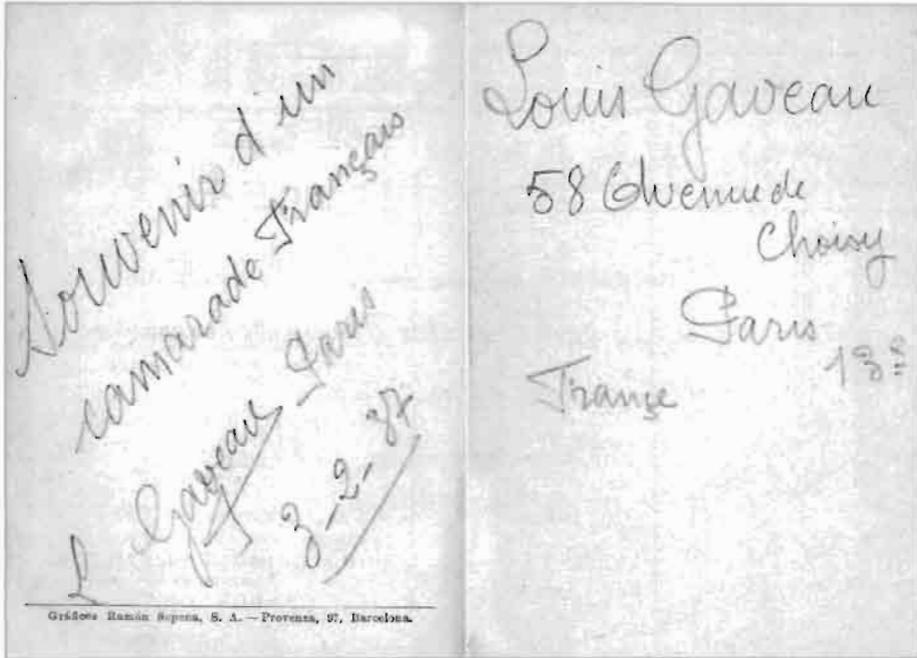
que el camarada JUAN MIGUEL DE MORA VAQUERIZO, de las Juventudes Socialistas Unificadas, de Madrid, perteneció hasta el día primero de Noviembre de mil novecientos treinta y seis, a la 4ª. Compañía de Intendencia del Primer Grupo Divisionario de Madrid, siendo baja en la misma en acatamiento del Decreto del Gobierno de la República que fijó la edad mínima de permanencia en filas.

Y para que así conste y pueda acreditarlo donde le convenga expido el presente en Albacete a veintinueve de Enero de mil novecientos treinta y siete.

EL JEFE A. DEL GRUPO



*Sólo dos meses pudo Juan Miguel estar en el 5º Regimiento. Se reorganizaron las milicias pasando a ser un ejército y, en virtud de que había en ellas muchos menores el gobierno de la República hizo un decreto fijando la edad mínima para la permanencia en filas, 17 años. Ésta es su baja honrosa.*



Ante la imposibilidad de ir al frente Juan Miguel se dedicó a la militancia activa en los organismos juveniles en los que faltaban dirigentes y un día, en Valencia, conoció a un camarada francés de las Brigadas Internacionales, Louis Gaveau. No podía imaginar que algo más de un año más tarde le tocaría estar a su lado en la batalla del Ebro. A poco de conocerse Gaveau le regaló un diccionario francés-español-francés y se lo dedicó, poniendo su dirección.

# COMITE EJECUTIVO

## POPULAR

AUTORIZAMOS

al Compañero *Juan Miguel de Mora*  
para que pueda circular libremente y usar armas, con-  
trolado por su organización.

*Valencia 12 de Marzo de 1937*



*La rebelión militar-fascista obligó a improvisar el control de las instituciones leales a la Constitución y a la República y ello dió lugar a documentos como éste, emitido por el Comité de Defensa Regional de Valencia.*

**GOBIERNO CIVIL**

CONTROL DE CIRCULACION

6568

Valencia

SALVOCONDUCTO a favor de Juan  
Miguel Mora de 15 años-----  
que está avalado por J.S.U.-----  
para trasladarse a Albacete y regreso---  
con motivo de asuntos familiares



Valencia 12 de Marzo de 1937

El Gobernador,

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "R. Zabala", written over a horizontal line.

Válido por 15 días

Otro de los documentos de la guerra llamada civil. Los asuntos no eran familiares sino de la JSU pero así lo hicieron y no valía la pena modificarlo. Lo interesante es el aval. Sin aval no se podía vivir entonces.



En las reuniones de todo tipo se requería una identificación. Ésta corresponde a una Conferencia Local de la JSU de Barcelona.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Núm. 16  
AGRUPACIÓN DE VALENCIA

**ACADEMIA PREPARATORIA**  
PARA INGRESO EN LAS ESCUELAS POPULARES DE GUERRA

Recibi del camarada Juan M. Mora  
la cantidad de 10 ptas. 00 cts., en concepto de derechos  
de Matricula

Valencia 12 de Abril de 1937

EL SECRETARIO,  
Enrique Pelau

Son 10 ptas. 00 cts.

COOPERATIVA "ARTES GRÁFICAS" - TRUVA, 7 - VALENCIA.

Deseando prepararse para el momento en que pudiese ir al frente (y la guerra se prolongaba), Juan Miguel entró en la Academia Preparatoria para ingresar en las Escuelas Populares de Guerra, que preparaban para ser oficiales. Esos estudios —hechos sin desatender sus otras obligaciones— le fueron muy útiles cuando fue comisario.



Los jóvenes de 17 años en adelante estaban en el frente y a los menores de esa edad se les cargaba el trabajo en la retaguardia. "Alerta" era una institución deportiva de la JSU.

  
**JOVENTUT SOCIALISTA UNIFICADA**  
 "Casal "Albert Gual" de Barcelona"  
 SECRETARIAT  
 Barcelona 27-3-1938.

Company Responsable de Defensa Pasiva del Comitè de Barcelona de la J.S.U.  
 Present.

Estimat company; salut:

El company portador de la present Joan M de Mora Vaquerizo es el responsable de Defensa Pasiva de del nostre Casal, que te envien per que l'informis sobre el particular.

Queda teu i de l'Aliansa de la Joventut  
 EL SECRETARI DE ORGANIZACION.

Vc. No.  
 EL SECRETARIO GENERAL.



**JOVENTUTS SOCIALISTES UNIFICADES DE CATALUNYA**

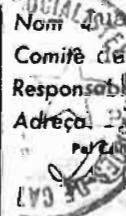


**Tarja d'identitat de responsable**



Cognoms Mora Vaquerizo  
 Nom Juan Miguel  
 Comitè de Barcelona  
 Responsable de Secretariat Defensa Pass  
 Adreça Plaça Catalunya 10

Per [Signature] L'interessat.



**CASAL NACIONAL DE LA JOVENTUT  
 BARCELONA**

El company Juan Miguel de Mora  
 està autoritzat com a secretari de Defensa  
Passiva del Comitè de Barcelona per circular lliurement pel CASAL.

Barcelona 22 de Febrer 1938  
 El Secretari d'Organització.

  
 fotografia




**BRIGADES DE SALVAMENT I DESENRRUNAMENT**

Organització *J. B. U.* Carnet n.º *646*

Secció *Salvament*

Barriada *Delegado de las Brigadas*

Nom i cognoms *Juan Miguel de Mora*

Yaciment *...*

Domicili *Claris* de *marzo* del *1938*

*Barcelona*, de *...* del *1938*

Segell Justa Local

Segell Simbol

SECRETARIA GENERAL

COMITE DE BARCELONA

DEFENSA PASIVA

COMITE DE BARCELONA

*De sus múltiples actividades en la JSU surgió el nombramiento en su barrio (casal) de responsable de Defensa Pasiva, de donde pasó a serlo del Comité de Barcelona de la JSU y de ahí a Delegado de las Brigadas de Defensa Pasiva de todo Barcelona, precisamente el día anterior a los grandes bombardeos de marzo de 1938. No pudo hacer nada por falta de tiempo. Esta foto es bastante elocuente.*



*Alianza Juvenil Antifascista*

TELEF. 78102

*Consejo Nacional*

BARCELONA

Pi y Margall, 79, pral. 2.<sup>a</sup>

•

SECRETARIA

C R E D E N C I A L

Por la presente certificamos que Juan Miguel de Mora Vazquez, forma parte de la Comisión de Propaganda de este Consejo Nacional desempeñando diferentes tareas relacionadas con los fines de propaganda general de este movimiento juvenil.

Para que conste y surta los efectos oportunos extendemos la presente en Barcelona a veintiocho de marzo de mil novecientos treinta y ocho.

EL SECRETARIO DE PROPAGANDA




Integrada:

F. I. J. L. -   
J. S. U. - U. F. E. M.  
J. Sindicalista  
J. Republicanas

*La JSU le comisiona en la Alianza Juvenil Antifascista donde fal-ta gente y le nombran miembro de la comisión de propaganda.*

## LOS QUINCE Y LOS DIECIOCHO

*Los quince y los dieciocho,  
los dieciocho y los veinte...  
Me voy a cumplir los años  
al fuego que me requiere*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Se mete uno el brazo por la boca, llega la mano a las entrañas y las revuelve con dolor y después va sacando tripas sucias y desgarradas y las enseña. Eso es contar la propia vida. Y en verdad no se sabe bien por qué se hace.

*Buena noche y a no dormir  
Mi mente abraza de tu padre Miguel*

Esas palabras, que me escribió mi padre, las encontré y leí en Barcelona, unas pocas horas antes de la toma de la ciudad por los fascistas, en los últimos estertores de una guerra perdida.

La ciudad se desgranaba lentamente. Por las avenidas pasaban algunos vehículos veloces que se perdían, por lo general, en dirección a la carretera de la costa. Las calles se iban quedando vacías. El bullicio, el movimiento, el entusiasmo, la responsabilidad, el valor y la voluntad desaparecían en la medida en que se perdía la esperanza. Aquella Barcelona, que jamás volverá a ser como fue entonces porque no hay nada que no cambie, porque nada permanece, agonizaba la noche del 25 de enero de 1939.

No me pedía mi padre que yo escapase, como hacían todos o casi todos, que huyese del peligro inminente, ni que me reuniese rápidamente con él en Francia, donde se suponía que yo debería estar estudiando. Mi padre aceptaba, por encima y muy en contra de sus sentimientos, que su hijo único, de 17 años, desertor del liceo francés Víctor Hugo y voluntario en el Ejército de la República Española, cumpliera, aun siendo mexicano, con su deber hasta el último momento.

El ambiente general era de caos, de desorganización, de miedo y de angustia, sobre todo de angustia y miedo porque la que estaba a punto de terminar había sido una guerra de asesinatos, de odios, de venganzas. Los honrados republicanos burgueses (admiradores y partidarios de Manuel Azaña o de Diego Martínez Barrio) o habían huido unos días antes o, los más inocentes de ellos, se quedarían porque, conforme a lo que decía Franco, como no habían cometido delitos de sangre no tenían que temer represalias. Los que hicieron esto despertaron de sus ingenuos sueños en la cárcel, en campos de concentración y algunos en el paredón de fusilamientos. Los dirigentes sindicales habían dejado Barcelona días

antes; de los anarquistas más virulentos, aquella CNT-FAI que en Barcelona estaba en todas partes, unos llevaban varias semanas en Gerona o en Figueras, cerca de la frontera, y otros —más FAI que CNT<sup>5</sup>— estaban ya en el extranjero; los principales del gobierno —incluidos los de la CNT y del PSOE— estaban en Figueras, donde tendría lugar una reunión de las Cortes Españolas, y así sucesivamente. En Barcelona sólo quedaban los olvidados, aquéllos a los que nadie había ordenado que se fueran, en ministerios, en oficinas diversas y en carabineros, por ejemplo, y que salían a última hora por la carretera de San Adriá de Besós, la de la costa.

Los únicos que en estas situaciones extremas de derrota, y durante toda la guerra, mantenían la serenidad y el valor eran, curiosamente, los después vilipendiados comunistas y la Juventud Socialista Unificada que controlaban ellos. Por eso también se les ataca. Era seguramente una locura en ese momento llamar a la resistencia en Barcelona, tres años después de Madrid. Barcelona no era Madrid ni Madrid llevaba más de treinta meses de guerra cuando paró a los fascistas. Pero allí estaba Santiago Carrillo y allí estaban otros dirigentes comunistas. Y poco después, cuando sólo quedaba la zona centro sur, los que desde Francia fueron a Madrid con el doctor Juan Negrín, Presidente del gobierno, dispuestos a resistir hasta el último aliento y a perder la vida en ello, fueron los dirigentes y militares comunistas. Más adelante insistiré en la importancia de admitir las verdades coexistentes. De los comunistas se podrán decir muchas cosas, pero el que niegue que fueron —en su conjunto— los más valerosos, los más audaces y los más organizados en la guerra estará mintiendo o no sabe de lo que habla. En ese momento, y desde antes, yo era afiliado a la JSU, pero también al Partido Socialista Obrero Español, al que me afilié en Valencia durante la guerra, pero supongo que pertenezco a los socialistas satanizados por haber estado plenamente de acuerdo con el gobierno de don Juan Negrín —a quien todavía no se ha hecho plena justicia entre los españoles— y no con la vergonzosa entrega que hizo el traidor Segismundo Casado de Madrid y de España a los verdugos de Franco —impidiendo toda posible evacuación en orden y prevista para salvar vidas— ni con la traición anarquista de la flota, que pudiendo haber salvado muchas vidas en Alicante y otros puertos, huyó y se entregó por miedo. A setenta años de distancia es demasiado tarde para ocultar o desvirtuar verdades. Jamás me gustó Stalin; nunca aprobé los métodos estalinistas en Rusia ni en los partidos comunistas de todo el mundo, que funcionaban y se conducían como sectas de una disciplina implacable. Pero en la Segunda Guerra Mundial estuve del lado de la URSS y deseé su victoria. Siempre condené asesinatos como el de Andrés Nin (muerto por no comulgar con la tiranía de Stalin), y no acepté la sangrienta campaña de crímenes de Stalin contra sus reales o supuestos enemigos (etiquetados

---

<sup>5</sup> Federación Anarquista Ibérica y Confederación Nacional de Trabajadores. La FAI, grupo armado de acción directa y violenta; la CNT, organización sindical influida por ideas anarquistas.

como trotskistas y entre los que incluyó a sus viejos camaradas leninistas), ni el régimen de tiranía sangrienta que se implantó en Rusia en nombre del socialismo. Pero tampoco acepté actitudes como las de los anarquistas —que censuraban las conversaciones telefónicas del Presidente de la República y querían hacer la Revolución antes de ganar la guerra— o los del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), tan fanáticos de Trotsky como sus enemigos de Stalin, rebelándose en plena guerra, en mayo de 1937, contra el gobierno de la República so pretexto de combatir a los comunistas. Y cuando lo niegan mienten. Yo estaba allí.

En la vieja China Confucio preconizaba “el justo medio” como la posición ecuánime e ideal. Y, como era de esperarse, siglos más tarde los comunistas chinos de Mao, tan fanáticos como los de Stalin, acusaron a Confucio de estar al servicio del feudalismo y de la nobleza y rechazaron sus puntos de vista. Pero es necesario precisar que si los comunistas no suelen aceptar el justo medio, menos aún lo aceptan sus enemigos viscerales. El anticomunismo visceral es una enfermedad casi siempre incurable que obnubila el cerebro y ciega al enfermo, impidiéndole ver un elefante que esté a diez metros de distancia en pleno día. Y el comunismo fanático es lo mismo desde el otro lado del elefante.

Barcelona estaba muriendo en esos últimos días de enero de 1939 y ver morir a una ciudad es tan horrible como ver morir a una persona. Al anochecer comenzaron a brotar pequeñas fogatas en las aceras, generalmente en las esquinas, en las que algunas sombras quemaban papeles y banderas, unas catalanas, otras rojas, no pocas rojinegras y otras republicanas. Y si uno se acercaba a los que quemaban banderas y papeles, carnés y documentos, ellos rehuían la vista y hasta el rostro. No hay que ser muy riguroso en los juicios: casi tres años de guerra con bombardeos y sufrimientos de todas clases eran más de lo que podría soportar la gente media de cualquier parte. Una cosa son los ciudadanos comunes, la gente sencilla, el hombre y la mujer, con una preparación política elemental, con sus preocupaciones por el trabajo, por los hijos, por los mayores, por seguir adelante cada día en el difícil oficio de vivir, y otra muy distinta los militantes de una causa, los que creen en ella hasta el punto de arriesgar la vida cuando se sabe que las mayores probabilidades son de perderla.

Mi padre era de los creyentes, pero no creyente en sectas fanáticas —religiosas o políticas— ni en religiones: ni jamás aceptó el estalinismo en ninguna de sus formas, ni dejó de ser socialista cuando serlo era motivo de persecución en todo el mundo, como en 1917. Desde muy joven combatió por la justicia social. Creía en la libertad y era consciente de la situación española y mundial y, aun a costa de su angustia por mí, jamás sugeriría que yo desertase o que, en alguna forma turbia, abandonase el ejército al que voluntariamente me había incorporado. De haberlo consultado con él no hay duda de que, considerando mi edad y mi calidad de hijo único, habría hecho todos los esfuerzos posibles para convencerme de que no lo hiciera. Pero cuando él supo mi decisión yo ya estaba en España, con la República.

Grupos y unidades completas de soldados pasaban a pic por las calles hacia la carretera de la costa. Los mas fogueados eran los mas tranquilos, serenos en la derrota pero con una angustia que les atenazaba la garganta; de todo un ejército vencido algunos marchaban en orden, sujetos todavía a una disciplina, con algún mando al frente. Otros dispersos, desorientados, asustados, en abierta huída. No faltaban aquéllos cuyo pánico invencible se les asomaba a los ojos. Según pasaban vehículos, marchaban soldados, ardían las fogatas y se cerraban puertas y ventanas, la ciudad de Barcelona, la orgullosa capital de Cataluña, agonizaba. Viéndola hoy, otra vez brillante y llena de energía, se antoja recordar, en la de entonces, al ave Fénix en la etapa de su agonía y destrucción. El catalan pasaría a ser hablado sólo en la intimidad (como diría muchos años después, por pura estupidez, un notorio descendiente biológico y político de los cómplices y partidarios del asesino Franco). Esta émula del ave Fénix tardó cuarenta años en renacer de sus cenizas.

Es fácil comprender por qué, con un ejemplo de dignidad como el de mi padre, me dan asco los políticos actuales en general y los más de los nuestros, mexicanos, en particular. Pero mi padre, mexicano por nacionalidad y por convicción (y como mexicano pensó y murió; juez y abogado mexicano que se enfrentó a la corrupción cuando hacerlo era muy peligroso y signo de enajenación mental), fue la razón que me hace amar a México por encima de sus fallas. Ahora bien, lo que él me escribió (y acabo de mencionar) fue al final de la guerra y debo contar lo que ocurrió antes, todo el tiempo anterior.

¿Por dónde empezar? ¿Cómo iniciar una historia tan antigua que bien valdría la pena reajustarla a lo que hoy significa para millones de personas diciendo: Érase una vez en un mundo muy lejano hace mucho, mucho tiempo...? Porque sí, era otro mundo, otro tiempo, otra gente, otro universo en las mentes... Tal vez eso es lo que hace más difícil que yo, si es que lo consigo, logre ser comprendido: la necesidad de situar al lector en un tiempo remoto y fantástico que difícilmente puede imaginar. Mas fue aquél un tiempo tan parecido al actual que la reacción inmediata de la persona de hoy suele ser de rechazo: No, aquello no tiene nada que ver con el hoy, nada que ver conmigo, yo no vivo, no puedo vivir en un mundo como ése que usted vivió. Porque el reconocer en este hoy, ese mismo mundo brutal, cruento e indiferente de entonces es lo que hará rechazarlo, negarse a aceptarlo, en unos casos por egoísmo primitivo y por comodidad rudimentaria y en otros, muy pocos, para no perder el equilibrio interno, para no enfrentarse a la conciencia. Era aquél un mundo que se autodestruía entre tres fuerzas: el asesinato político, la indiferencia y la pasión. Y queda el miedo para las víctimas mayoritarias, los que no están en ninguna de las tres fuerzas, de la primera por inadecuación, de la segunda porque ésa es sólo para los que están lejos y de la tercera por incapacidad para sentirla. ¿De veras es un mundo diferente al de hoy?

Volviendo al relato de mi vida en la guerra de España, alguien pensará que se debe comenzar por el principio pero tal posibilidad es mera hipótesis porque la

característica esencial de la humanidad es su total ignorancia acerca del principio. (Y lo mismo del final). Hay teorías, hipótesis, invenciones y supersticiones pero saber, lo que se dice saber, sobre el principio, nadie sabe. Y no me salgan con el *big bang* como principio porque no creo en el “estado de singularidad” en que estaba el universo conforme a la teoría de la relatividad general, según la cual no había entonces ni espacio, ni tiempo, ni materia, ni energía ni ninguna de las leyes de la naturaleza y todo ello se originó en el *big bang* mismo. Yo creo que en la nada está el ser y en el ser la nada, como dice el *Rig Veda*, y milenios más tarde repitió el viejo Hegel, y que, antes de la expansión, la materia y la energía que se expandieron ya existían aunque fuese en la nada. Por lo tanto, como por un lado no sabemos nada, absolutamente nada, del principio y por el otro la mayoría de la humanidad carece por completo de principios, hablaré de lo que viví según me vaya acordando.

Estaba acostado sobre el lado derecho y me dolía el vientre de ese lado. A la altura del hígado. Mal comienzo es empezar algo con dolor de hígado, pero no soy supersticioso. Y no hablaría yo de esto si no fuese porque el vientre ha sido y sigue siendo tan importante en la historia de los hombres, y en la de la especie humana, que ignorarlo es el error más grave que han cometido muchos escritores, poetas, intelectuales y gobernantes. Sobre todo gobernantes.

No pretendo decir que recuerdo todas las minucias de lo que viví entonces, pero algunos detalles de apariencia insignificante sí los recuerdo y los he recordado muchas veces. Y uno de ellos es aquel despertar con dolor en el hígado estando acostado del lado derecho.

Quiénes han dedicado parte de sus vidas a estudiar el cerebro humano saben que a veces recordamos cosas irrelevantes que sucedieron hace largos años mejor que otras aparentemente mucho más importantes de aquellos mismos días. Y estoy seguro de que lo saben porque lo que digo es la verdad. La verdad. Sí, la verdad que llevo en mi cerebro, tan válida como la verdad que cada uno lleva en el suyo, aunque la vida nos enseñe que esas verdades no siempre coinciden, y no ha de ser fácil definir la verdad si hasta Jesucristo prefirió callar cuando Pilatos se lo preguntó, según nos cuenta el apóstol San Juan.

Sí; algo tan simple como un ligero dolor, cuya causa identifiqué de inmediato y que pasó apenas la suprimí y cambié de postura, ha permanecido en mi memoria y en cambio no puedo recordar el nombre del jefe de la XV Brigada Internacional cuando yo estaba en ella y ese hombre, por lo tanto, era mi jefe (¿Valledor?). Podría hoy haberlo investigado fácilmente y ponerlo, pero no sería la verdad porque no lo recuerdo con seguridad. Confío en recordarlo a medida que siga escribiendo. Si lo que escribo lo basase en la investigación lo mismo podría escribir acerca de la guerra ruso-japonesa de 1905. Por respeto a mí mismo he decidido que este relato se apoye únicamente en lo que conservo en la memoria, aunque hacerlo así pueda ser causa de algún error. Lo que más me asombra es que después de sesenta años y pico de haber cerrado la mente a todo

lo del Ebro, ahora tanto de aquello llegue a mi conciencia tan nítido y preciso como si lo hubiese conservado cuidadosamente en una imaginaria caja fuerte... Salvo cosas como el nombre del jefe de la Brigada —en mi tiempo creo que era Valledor, español, pero no estoy seguro—, y después, paradójicamente, sí lo recuerdo: el último jefe de la XV. cuando yo ya estaba hospitalizado, era un brasileño: José Gay da Cunha. Claro que el de mi tiempo, el del nombre olvidado, no era mi jefe directo, y que muy rara vez, si es que alguna, se mencionaba entre nosotros al jefe de la Brigada cuando esos “nosotros” que digo no eramos más que soldados rasos de un batallón de los cuatro que la integraban, el *Lincoln*, el *British*, el *Spanish* y el *Mac Paps*, cuyos números eran, si no mal recuerdo, 57, 58, 59 y 60. Pudiera equivocarme en el orden numérico de los otros tres batallones pero estoy completamente seguro de que el mío era el 59. Y a eso agregaré que, dadas las condiciones orográficas de la Sierra de Pandols, rara vez combatíamos en contacto directo, juntos, más de unos cuantos, quiero decir, ni siquiera con muchos de nuestros camaradas de nuestro mismo batallón y mucho menos con los de los otros batallones. Era lo frecuente participar en la batalla como una compañía o como parte de una compañía. Sabíamos, sí, que aquéllos de allá eran los del *Lincoln* o los del *Mac Paps*, pero eso no es convivir ni combatir juntos y poder charlar unos con otros como en una guerra de trincheras o de posiciones fijas (aunque teníamos fortificaciones y alambradas) o viviendo en un mismo cuartel. Allí, a los efectos prácticos y desde el punto de vista de un soldado de infantería, éramos, en la línea de fuego, grupos pequeños los que podíamos hablar y ayudarnos unos a otros y sólo hablábamos de lo inmediatamente relacionado con el combate y sus conexas. Y en los brevísimos descansos de la batalla del Ebro, estábamos en tal estado que muy pocos, si es que alguno, tenía impulsos para hablar con los demás.

Vuelvo a mi hígado que, como ya dije, me dolía al despertar. En realidad fue el dolor lo que me despertó. Y pronto supe la causa.

La noche anterior llegamos al frente derrengados por el viaje desde Barcelona en el camión de carga que llevaba la prensa, medio tumbados medio sentados atrás, sobre los paquetes de periódicos, y pasamos gran parte de la noche en un puesto de escuchas, que se albergaba en una alcantarilla de carretera, de manera que cuando nos dijeron que durmiésemos en el ascladero de las gallinas caímos como troncos los dos, Antoni Nort, fotógrafo, y yo, aspirante a periodista. Era una especie de tapanco a poco más de metro y medio del suelo (al que habían quitado los palos que sirvieron a las gallinas), que nunca me expliqué cómo podía aguantar el peso de los hombres que, además con los kilos del fusil y del equipo militar, dormían allí de vez en cuando.

Muy cerca estaba lo que los obuses habían dejado de la masía que ahora albergaba al Comisariado del Ejército del Ebro.

Pero entonces yo todavía era un civil y, sin embargo, lo que me había causado el dolor en el hígado era una granada de mano de las dos que la noche ante-

rior me puse en el cinturón sujetas por la palanca del sifón,<sup>6</sup> antes de ir al puesto de escucha. Había que estar tan agotado como yo lo estaba para acostarme con eso allí. En las guerras se aprenden muchas cosas. Así aprendí yo que las bombas de mano ofensivas —y supongo que también las defensivas— producen dolor de hígado si se sujetan al cinturón y después se duerme sobre ellas. De haberse arrancado el seguro de alambre...<sup>7</sup> Claro que un periodista ortodoxo en una guerra hecha conforme a las normas de la ortodoxia jamás habría llevado armas, pero aquella guerra no tuvo nada de ortodoxa —si es que realmente hay alguna que lo sea— y un corresponsal de la República (y más si representaba, como yo, a una publicación política) tenía un altísimo porcentaje de posibilidades de ser asesinado en el acto si los requetés o los moros lo agarraban vivo. Nuestra especie es muy original; por un lado siempre vive en el ansia de matarse unos a otros, y cuando esa matanza es digamos oficial, organizada y auspiciada por los gobiernos, la reglamenta. Matanzas masivas reglamentadas por los acuerdos de Ginebra y todo eso. Y una vez que están establecidas las reglas todos las violan.

Cuando llegamos frente al cauce del río el camión se detuvo debajo de un árbol y el chofer salió y miró al cielo, escuchando. Antoni y yo nos bajamos a estirar las piernas. El paisaje era maravilloso, el día tranquilo, soleado y con el Ebro corriendo tan suavemente que lo único que podía sugerir una guerra eran los soldados que estaban allí cerca y otros que se veían al otro lado. Una pasarela y un puente de pontones cruzaban el río, no muy lejos la una del otro.

—Esto es como la lotería —dijo el conductor—. hay veces que pasas tranquilamente y otras en que los Messerschmitt te ametrallan mientras los Caproni bombardean el puente. Vámonos pronto antes de que las cosas se pongan mal.

Subimos al camión, un soldado que estaba en la punta de nuestro lado nos dio paso y el camión atravesó lo más rápidamente que pudo sobre los pontones, sin que ningún avión facha viniese a molestar.

Pasamos otro lugar muy peligroso que los fascistas bombardeaban a diario, la Venta de Camposines, cruce de caminos de valor estratégico después del paso del Ebro por la República. Allí había una batería antiaérea de la Defensa Especial Contra Aeronaves que todos llamábamos por sus siglas: la "DECA". Después pasé otras veces por Camposines (siempre rápidamente por miedo a las bombas), y años más tarde, ya en México, supe que el oficial al mando de la batería era Luis de Llano Palmer, que fue alto funcionario de la televisión mexicana de don Emilio Azcárraga Vidaurreta y que era hijo del general Llano de la Encomienda, militar leal a la República y hombre de un valor excepcional. Siendo capitán general en Barcelona se negó a secundar la insurrección y fue

---

<sup>6</sup> Es la palanca de la bomba de mano que se suelta si se le quita el seguro. Lamento que esta acepción no esté en el Diccionario de la Real Academia.

<sup>7</sup> Ese seguro es el alambre que sujeta al "sifón". En películas y en novelas he visto y leído que lo arrancan con los dientes para lanzar la bomba. Yo siempre lo hice metiendo un dedo en el anillo y tirando de él. Es más sencillo y se conserva mejor la dentadura.

desarmado y encerrado en su despacho de capitanía por los coroneles y demás oficiales fascistas y rebeldes. Y desde su despacho llamó por teléfono al jefe de la aviación y le ordenó que bombardease la Capitanía aunque su esposa y sus dos hijos, además de él mismo, estaban dentro del edificio. No fue necesario porque los rebeldes se rindieron.

Pero volvamos al Ebro: al día siguiente amanecemos en un silencio maravilloso, como para ver tranquilamente el despertar del día, pero cuando bebíamos café en la puerta del Comisariado comenzó el ruido del frente como un rumor profundo que fue aumentando. Estábamos lo bastante cerca como para distinguir las explosiones de los obuses de los estallidos de los morteros y escuchar distintamente las ametralladoras. Cuando se está más lejos sólo se oye un rumor sordo, largo e interminable, como una extraña tormenta lejana de un solo trueno sin fin.

La tarde anterior fuimos directamente al Comisariado porque allí llegaba el camión de la prensa, mostramos nuestros papeles, aunque Luis Delage, comisario del Ejército del Ebro, ya nos conocía porque no era la primera vez que íbamos al frente como reporteros, y nos había visto y documentado ya otras veces. En verdad ya conocíamos lo que era la resistencia en Pandols, pero sólo por poco tiempo cada vez. El oficial secretario nos hizo dos documentos para circular libremente por todo el frente, uno para cada uno y válidos únicamente por diez días —las primeras veces fue por menos tiempo—, como medida de precaución para que perdieran su vigencia si caíamos —vivos o muertos— en manos del enemigo. Luis Delage los leyó con cuidado y los firmó. Un rato después llegó, de paso, un comisario de batallón que solía hablar al enemigo por un altavoz. Al saber que éramos de la prensa, nos dijo que iba al puesto de escuchas —que en cada zona del frente está entre las líneas, en la tierra de nadie— de la cota 705 y que si queríamos ir con él. Algún oficial le habló de ese lugar en concreto como muy cómodo para la propaganda por altavoz e iba a comprobarlo. Claro, cualquier sitio para hablar al enemigo podía volverse insostenible en cuestión de minutos, si estallaba el combate y cambiaban las líneas. Pero la cuestión era aprovecharlo, aunque fuese en una sola emisión porque si lo localizaban, la artillería y los morteros enemigos podían concentrar allí sus proyectiles, además de los francotiradores, que podían ser más peligrosos por más certeros.

El puesto estaba muy bien situado cerca de la cota 705 y era muy seguro, un paso por debajo de la carretera (para que las aguas torrenciales desaguaran hacia abajo) en el que cabían holgadamente cinco o seis hombres. Y si los fachas lo descubrían podía salirse por el otro lado, hacia la cota. Durante un tiempo la cota 705 fue para mí, como reportero, clave de la resistencia en Pandols. Después, ya soldado en la XV Brigada, descubrí que la 666 era la más batida y la más importante por su altura y por su posición dominante en la Sierra de Pandols.

Aunque el corresponsal de guerra esté en el mismo peligro que los combatientes, como muchos años después comprobé también en Viet Nam, no es lo mismo ser combatiente que testigo. En Pandols mismo no fue igual para mí cuan-

do iba antes, como periodista, que después, cuando ya era soldado. Me haría feliz poder describir esa sutil diferencia en medio de los mismos peligros, idénticos obuses y aviones, bombas y morteros.

Cuando llegamos al puesto estaban los escuchas, un cabo y un soldado, y un muchacho de unos 16 años que de inmediato me lanzó burlonas indirectas acerca del hecho de que yo no estaba en el ejército. Y no servía argumentar mi edad ya que él sí estaba, y poco más o menos teníamos los mismos años. En realidad, después lo supe y sosegó mi ánimo, él era ayudante del servicio de propaganda al enemigo: llevaba altavoces, conectaba cables y cuando había combates era retirado inmediatamente de la primera línea con el equipo de sonido para que éste no fuese dañado por los proyectiles. Es decir, el chico no era soldado de infantería, pero sí estaba en el frente y, por lo tanto, en peligro real.

Difícil es definir los lugares de peligro mayor o menor en una guerra en la que las bombas alemanas e italianas llovían a diario sobre la población civil de las ciudades, siendo los casos más famosos los de noviembre de 1936 en Madrid, abril de 1937 en Guernica, en el País Vasco, y el 18 de marzo de 1938 en Barcelona, los ejemplos más relevantes entre otros muchos. El concepto del peligro es muy peculiar, muy personal y, en esencia, muy vacío. Unos tienen más miedo y otros menos, y eso suele determinar a veces los supuestos lugares de mayor o menor peligro.

El mayor peligro que tuvieron los españoles durante años fueron esos generales que convivían con ellos, a los que veían en las calles, en los casinos de provincias, en las fotografías de los periódicos o en algunos actos oficiales. Y con ellos los cardenales y los obispos, sus mejores apoyos. Pero casi nadie notó ese peligro que se cocinaba en las sombras: la sombra de las iglesias; la sombra de los cuarteles, la sombra de los cerebros lastrados de aquellos políticos republicanos que cuando les hablaron de que algunos generales estaban preparando una sublevación sonrieron y dijeron que eso no era posible.

¿Dónde estoy yo como hombre, dónde están los demás, donde está el destino de cada uno, los pensamientos de cada uno —que no siempre son ideas—, la mierda de cada uno en esta lucha perenne que es la vida, entre las ideas y las heces, el cerebro y el vientre, lucha o interacción que tantas veces se resuelve en sangre? ¿Por qué estamos donde estamos? ¿Tenemos algo que ver en ello o todo lo determinan las circunstancias? ¿Vale la pena estar aquí a pesar de los incontrolados, de los asesinos, de los anarquistas que creen resolver los problemas sociales asesinando curas? Cuando uno se sumerge en esta España y ve todo lo que ve es cuando mejor entiende que nada ni nadie es perfecto, es decir, como uno quisiera que fuese.

En 1936 yo había sido excluido del Quinto Regimiento por menor de edad —eso sí, honrosamente—. Primero me mandaron a intendencia (3 de septiembre de 1936, a poco de haber llegado) y después que supieron mi edad verdadera me mandaron a casa y me sacaron de Madrid (1º de noviembre). Fue a raíz de mi llegada a España.

Estudiaba yo en París porque mi familia quería que aprendiese el francés, que era entonces la lengua internacional y diplomática (jamás logré hablarlo correctamente). Como otros de mi edad, y como todo el mundo de aquellos días, yo estaba muy politizado. Era aquélla la Europa de Hitler y de Mussolini, de luchas obreras contra el nazismo y de organizaciones fascistas por toda Europa. En Francia el gobierno del Frente Popular acababa de disolver a los *Croix-de-Feu* y los *Camelots du roi*, grupos fascistas que se enfrentaban en luchas callejeras con los estudiantes de izquierda y con los obreros; fueron disueltos oficialmente en febrero y en julio todavía “aleteaban” como gallinas moribundas, pero no tanto. Lo cierto es que los nazifascistas franceses estaban en pleno vigor, algunos *Camelots du roi* y otros grupos se reorganizaron en diversos organismos fascistas, por ejemplo el “Comité Secreto de Acción Revolucionaria”, y entraron en acción en diversos frentes. La prensa llamaba *La Cagoule*<sup>8</sup> al conjunto de los ultraderechistas.

Uno de esos *cagouleurs*, Henri Dupré, ingresó a las Brigadas Internacionales, se ganó la confianza de André Marty y estuvo mucho tiempo realizando actividades de espionaje y de sabotaje contra la República.

Al estallar la rebelión militar quise ir a España inmediatamente —varias veces había vivido allí temporadas incluso al principio de 1936, antes de ir a París; España es, por mi ascendencia, mi segunda patria y estoy emocionalmente ligado a ella—, pero no fue posible hasta que un amigo francés me dijo que iba a buscar a su familia, que estaba de vacaciones en Madrid, y se ofreció a llevarme en su coche. Mis padres estaban en México y es obvio que no les consulté. Pasamos la frontera por La Junquera sin ninguna dificultad, con los pasaportes ordinarios, cuando él explicó que iba a buscar a su esposa y a su hijo de cinco años.

No padecí lo que tantos brigadistas, ni tuve que atravesar los Pirineos a pie ni encontramos en la frontera a los anarquistas que después la tomaron en Puigcerdá y en otros puntos, según supe, y obstaculizaron a los brigadistas que llegaban. Los que vimos eran carabineros y milicianos serios, responsables, que facilitaban las cosas. Cuando he escuchado a algunos brigadistas relatar las dificultades que tuvieron para eludir a la policía de su país y a la francesa y cómo pasaron a pie los Pirineos: pienso en lo cómodamente que lo hice yo y me da vergüenza.

Pero esa facilidad fue en la frontera misma, porque apenas enfilamos la carretera hacia Barcelona el viaje se volvió una carrera de obstáculos. En cada pueblo nos detenían dos retenes de campesinos armados, uno a la entrada y otro a la salida. Había que presentar la documentación y poner de relieve que no éramos fascistas, es decir, partidarios de los sublevados.

Yo había estado en Madrid en abril de aquel año y en esa estadía, aumentando dos años la edad, me afilié a la Juventud Socialista (todavía no unifica-

<sup>8</sup> Cogulla, capirote.

da con la comunista), de modo que cuando llegué a España tenía una calidad que era muy importante en aquellos momentos: estar afiliado a un partido de izquierdas antes del 18 de julio. Con mi carné de la Juventud Socialista, el pasaporte francés de mi amigo y la matrícula francesa del automóvil logramos, en algunos sitios con muchas dificultades, convencer a los milicianos rurales de los controles pueblerinos de que éramos partidarios y defensores de la República. Casi siempre la situación era la misma salvo en uno en el que tuvimos que convencer a los milicianos de que no éramos comunistas. En ese mismo lugar —no tengo idea de cómo se llamaba el pueblo— había dos o tres cadáveres a unos veinte o treinta metros de la carretera. Los vimos pero no hicimos ni el más leve comentario mientras convencíamos a los milicianos, que llevaban al cuello pañuelos mitad rojo mitad negro, de que no nos enviaba Moscú, para lo cual también sirvió mi credencial socialista. Aquellos dos o tres cadáveres —a la distancia que estaban no se podía precisar el número y no nos bajamos a contarlos— fueron los primeros que yo vi, aunque de lejos, en la guerra de España. Mientras mi amigo manejaba el coche hasta el próximo control yo estaba pensando en esos muertos y mi amigo seguramente también, pues iba silencioso y preocupado. Seguramente aquellos hombres habían sido asesinados por los mismos milicianos del control de carretera y eso los convertía en víctimas de los republicanos. Gente asesinada sin juicio previo, sin más que la decisión de matar de un obrero o campesino con un fusil. Siendo yo, como era, hijo de un abogado para quien el derecho y la justicia siempre fueron valores imprescriptibles, la idea me afectó. Al principio pensé que quizá eso sólo había sucedido porque los milicianos de ese pueblo eran anarquistas, pero pensándolo bien, entonces y después, vi la evidencia innegable de los hechos: aquellos muertos, aquellos seres humanos asesinados, lo habían sido, como otros muchos millares en toda España, debido a la rebelión militar. La sublevación desquició al país, dejó sin instrumentos de autoridad al gobierno y liberó los bajos instintos de gente reprimida y explotada. Todos los muertos de cualquiera de los dos lados, fueran quienes fuesen sus asesinos materiales, morían como consecuencia directa de la ambición de poder de unos cuantos generales, algunos líderes políticos y los jerarcas de la Iglesia Católica que, poca gente lo sabe o lo recuerda hoy, auspiciaron que el “no matarás” se interpretase como “matarás con justicia”, y esto es tan cierto como la existencia del Sol. Esa rebelión militar fue la causa de que muchos seres humanos que hasta entonces habían vivido tranquilos, pacíficos y despreocupados pasaran a ser cadáveres en la carretera, en el campo o en la tapia de cualquier cementerio. Personas que nunca se imaginaron que de pronto estarían sumergidas en un caos de muerte y destrucción. Y no es un asunto relativo nada más a los españoles: nuestra especie es la única de seres vivos que matan a sus semejantes no por lo que hagan, sino por lo que piensan.

Vistas las dificultades en el camino, al llegar a Barcelona fui al hotel Colón, donde estaba el Casal de la Juventud, el local de la JSU, me identifiqué

con mi carné y solicité y obtuve un salvoconducto que nos permitiese llegar a Madrid con menos dificultades. Recuerdo, porque meses más tarde volví al hotel Colón (entonces "Casal de la Joventut") y los vi de nuevo, que en mis gestiones para obtener el salvoconducto en la JSU me ayudaron dos jóvenes camaradas: Cionin Salvó, una muchacha responsable y muy hermosa, y un joven dirigente al que le faltaba un brazo y que creo que se llamaba Cebrián.

Ya en Madrid mi amigo francés, Josep, tenía, además del apoyo de su Embajada, amistades para conseguir la documentación para el viaje de vuelta con los suyos. Más tarde supe que, siguiendo sabios consejos, vendió el coche en Madrid a un compatriota suyo y regresó a Francia con su familia por barco.

El Madrid al que llegué era tan diferente al de cuatro meses antes que parecía una ciudad de otra época, de otro tiempo o de otro país. Lo primero que me llamó la atención fue la cantidad de gente en la calle. Siempre ha sido Madrid de calles concurridas pero en aquellos meses de 1936, seguramente porque la mayoría de la gente no estaba en talleres, fábricas u oficinas, sino en la calle, la ciudad parecía tener más gente que nunca.

El segundo gran cambio en la capital española era que el noventa y cinco por ciento de la población, hombres y mujeres, llevaban esa prenda que en México se llama "overol" y en España "mono", vestimenta de una sola pieza desde los pantalones hasta el equivalente de la camisa, todos azules (los intelectuales crearon una publicación que se llamaba "El mono azul"), indumentaria que se complementaba con una gorra cuartelera, y una pistola al cinto o un fusil y muchas veces con las dos armas. Además, otra novedad, flotaba en el ambiente una euforia generalizada, un entusiasmo paradójicamente revuelto con furia e indignación contra los sublevados y los fascistas. Y ese estado de ánimo entreverado era contagioso.

También se hacían notar los automóviles, todos ocupados siempre por grupos de milicianos armados, a veces con grupos de hombres y mujeres con banderas, pañuelos y gorras rojinegras, todos con el mono y todos saludando con el puño cerrado.

Ya como miembro de la JSU, con mi mono, mi gorra y mi fusil, tuve que hacer guardias de noche en un local de barrio de la JSU y a veces patrullar las calles de noche con algunos otros camaradas, porque por todo Madrid había "pacos", es decir, francotiradores fascistas que, desde buhardillas, tejados o ventanas, disparaban contra los automóviles y los milicianos —y a veces acertaban—, creando un ambiente de inseguridad y temor propicio a la propaganda de los sublevados, que aseguraba que en Madrid todo era caos y tiroteos. Teníamos en total cinco fusiles en ese local ("radio" se le llamaba) y éramos cinco en cada guardia, alternándonos en los días de la semana. Nos avisaban de algún "paco" y para allá íbamos, aunque nunca pudimos localizar a ninguno. Recuerdo, por ejemplo, que varias noches nos tocó recorrer, entre otros barrios, amplios tramos de la calle de Santa Engracia y otras veces de la calle Ancha de San Bernardo porque

por allí había uno de esos “pacos”, nombre que se les dio por la onomatopeya del disparo en la noche. Otro aspecto de la grave situación del momento en Madrid era que por las noches grupos de milicianos, controlados o no, acudían a determinados domicilios a detener a los “fascistas” y en la mayoría de los casos los asesinaban en lo que se llamaba “dar el paseo”. En el desgarró social que produjo el alzamiento hubo quienes asesinaron al que debían dinero o grandes favores, en un lado pegándole la etiqueta de “rojo” y en el otro la de “fascista”. Surgió así en Madrid (fuera del control y contra los esfuerzos por evitarlo del gobierno de la República) una serie de lugares en los que funcionaban tribunales populares (de alguna manera hay que llamarlos) que sentenciaban a muerte o a vida y libertad —no había términos medios— a los acusados. Cada uno de estos lugares —que los franquistas llamaron “checas”— estaba controlado por algún partido o por algún sindicato o por varios de común acuerdo, en algunos casos. No es posible justificar ese tipo de asesinatos pero es imprescindible recordar que en el bando de los rebeldes se asesinaba en mayor cantidad y por órdenes superiores. Esto lo ocultaba entonces y durante el franquismo la propaganda fascista pero hoy ya se sabe. En estas “checas” la mayoría de los asesinados eran realmente miembros de Falange o de otros partidos de extrema derecha —lo que de ninguna manera justifica su asesinato— pero también hubo gente inocente que murió así. Sin embargo, con ser esto tan malo, era peor aún la existencia de grupos de criminales sin control de ningún partido, sindicato ni “checa”, siendo la más famosa la “Brigada del Amanecer” al mando de un tipógrafo llamado Agapito García Atadell, de la que hubo un tiempo en que los diarios publicaban sus “hazañas” contra los “fascistas”. Cuando fue descubierto su carácter criminal y el gobierno tuvo la excelente idea de juzgar a Atadell —e inevitablemente fusilarlo—, escapó a Francia con uno de sus cómplices y abundantes joyas y divisas producto de sus actos de bandidaje. Tuvo un ligero error: con las prisas por huir de la República se embarcó para Argentina, sin fijarse en que el barco haría escala en Canarias. Oportunamente informadas, las autoridades franquistas lo bajaron del barco, lo juzgaron y lo ejecutaron por el antiguo procedimiento del garrote. No se extrañe el lector de que me acuerde tan bien de estos detalles: recuerde, por favor, que debido a mi edad, estuve obligado a permanecer en retaguardia en constante actividad relacionada con partidos y sindicatos —de la que aquí se dan abundantes pruebas—, de manera que prácticamente yo viví toda esa época con información privilegiada.

Por lo menos dos veces la patrulla a la que yo pertenecía se enfrentó a milicianos, reales o supuestos, que en la noche sacaban gente de su casa para darle “el paseo”. La primera vez nuestro jefe, que se llamaba Rafael Castillejos, era natural de Esquivias, cerca de Toledo (de donde, él mismo me lo dijo, era nativa la esposa de Cervantes), y jefe de escuadra de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) de nuestro radio (división por barrios) de la JSU, se enfrentó a ellos a todo riesgo. Por cierto que Castillejos era de oído muy fino, una de las

pocas personas que notaron en mi acento y manera de hablar algo que no era típicamente propio de Castilla, el deje mexicano, que no era muy notorio en mi porque mi madre era castellana de pura cepa y hablaba como tal.

El primer encuentro con asesinos nocturnos fue en la calle de Santa Engracia, muy arriba; nos habían avisado de un “paco” que ya por segunda vez había hecho acto de presencia por esos alrededores. Íbamos cinco en la patrulla, dos de un lado de la calle, por la acera —Castillejos y otro en ese momento—, y los otros tres, yo incluido, por la acera de enfrente. Y de pronto, por el lado que cubría nuestro jefe, salieron de una casa cuatro tipos, todos con pistola y fusil, arrastrando a otro que se resistía y protestaba. Este último era un hombre de unos sesenta años, un poco pasado de peso y vestía un pijama y encima una bata.

—¡Eres un jodido fascista! —gritaban los que lo arrastraban.

—¡No es verdad! ¡Yo soy de la UGT! ¡Soy antifascista!—respondía él en igual tono.

Lo primero que pensamos todos es que ya habían encontrado al “paco”. Pero los alegatos del detenido nos hacían dudar.

—¡Yo soy del PSOE desde los tiempos del Abuelo!”

—¡Eres de Falange!

—¡Mentira!

Castillejos y su compañero les apuntaron con su fusil, y el de Esquivias gritó:

—¡Alto! —y tras la sorpresa de los otros y el silencio que siguió:

—¿Qué coño está pasando aquí?

—Este hijoputa fascista... —respondió uno de ellos.

—Me están robando, han registrado mi casa para llevarse el dinero y cosas de valor.

Mirando al grupo vi que uno de los cuatro llevaba una especie de maletín en la mano izquierda.

Viendo que Castillejos y el otro eran sólo dos y ellos cuatro, los que llevaban al hombre contra su voluntad empezaron a levantar los fusiles dirigiéndolos hacia nuestros dos compañeros... Al ver lo cual los tres de la acera de enfrente cruzamos la calle con las armas dispuestas, momento en el que fue notable el miedo y hasta la palidez, pese a que era de noche, de los que arrastraban a aquel pobre tipo.

—Está bien —respondió nuestro jefe—, si es fascista lo llevaremos a Fomento, vosotros hacéis la acusación y que allí se ocupen de él. (Fomento era uno de esos tribunales populares que, como ya dije, los fachas llamaron “checas”, donde por lo menos tenía que dar la cara alguien explicando de qué acusaba al “fascista”. Muchos fueron asesinados en esos primitivos tribunales, pero hubo

---

9 “Abuelo” era un sobrenombre cariñoso que los socialistas daban a Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista Obrero Español.

muchos también liberados —y esto nunca lo reconocieron los fachas— por ser la acusación manifiestamente falsa.)

En este caso los que llevaban al pobre hombre aterrorizado se enfurecieron dentro de su visible miedo.

—¡Ayudáis a los fascistas! —gritó el que llevaba el bulto.

Castillejos levantó el fusil y quitó el seguro.

—¡Suelta esa maleta! —respondió nuestro jefe.

Los otros tres ya corrían hacia su automóvil donde, hasta entonces lo vimos, había un quinto al volante. El del maletín, al que nuestro jefe le apuntaba, miró a los que huían, dejó caer lo que llevaba y corrió al automóvil.

—¿Tiramos? —dijo, apuntando al coche, el camarada que venía con Castillejos, un tal Tarsicio.

—No —fue la respuesta—, no hay que crear problemas, pueden ser de la CNT y la arman contra el partido.

Los tipos salieron corriendo, se subieron al coche que traían y se fueron. La víctima se deshacía en agradecimiento y sólo le faltó besarnos las manos. Castillejos abrió el maletín, vió que contenía joyas y otros objetos de valor y se lo devolvió. El hombre era, en efecto, del PSOE y de la Unión General de Trabajadores; en el bolsillo de la bata llevaba los carnés que los ladrones no habían ni querido ver, diciendo que eran falsos, cuando el hombre quiso mostrárselos. Después de preguntarle sobre el "paco" —nos dijo que él no había oído nada en las últimas noches—, lo dejamos en su piso. Se le dio la dirección del Radio de la JSU, que era lo más cercano a su casa, y el nombre del responsable por si tenía más problemas. Además, se le aconsejó que fuese al PSOE para que le dieran un documento diciendo que no era fascista. Estos avales políticos eran de uso corriente.

En el segundo caso que me tocó unos milicianos llevaban detenido a un tipo joven bien vestido, les dimos el alto y el jefe les pidió identificarse, lo que hicieron (creo recordar que eran milicia precisamente al servicio de uno de aquellos tribunales populares) y, además, mostraron a Castillejos y a los demás de nosotros el carné de Falange del detenido, un jefe de escuadra, credencial que habían encontrado en su casa. El falangista estaba tranquilo y con aire arrogante, justo es decirlo. Se lo llevaron y nosotros volvimos al Radio.

Claro que todo eso no era legal, ni el simple hecho de pertenecer a Falange justificaba la pena de muerte. Nunca aprobé los asesinatos, de cualquier clase que fuesen. Pero yo no podía hacer absolutamente nada y cuando mis sentimientos se rebelaron, comprendí que yo era menos que un grano de arena queriendo alterar la forma de la playa. Ni siquiera podía intentarlo. Mis ideas no alteraban tampoco el hecho de que militar en Falange era aceptar "la dialéctica del puño y la pistola", es decir, el asesinato del adversario como parte de la táctica política, lo mismo que practicaban, en mayor o menor escala, todos los partidos fascistas de la Europa de aquel tiempo. Y también hay que recordar lo que estaban haciendo los facciosos en las ciudades y pueblos que dominaban.

El historiador británico Ronald Fraser, investigador de la guerra de España, relata lo siguiente:

*Recuerdo lo que me contó uno que se apuntó a Falange en cuanto se produjo la sublevación. Poco después iba en un camión con sus camaradas de partido y vio un montón de cadáveres de campesinos en la carretera, y empezó a rezar espontáneamente. Uno de los suyos lo reprimió de inmediato: "¿Qué haces rezando? A éstos hay que matarlos a todos".*

Un jefe de escuadra de Falange era, sin género de duda, alguien que asesinaba. Se probó muchas veces a lo largo y a lo ancho de España. Era uno de los que consideraban que la forma de combatir al adversario político es asesinandolo, eliminándolo físicamente. Yo había sido educado en todo lo contrario, en el imperio de la Justicia por medio de leyes justas. Mi padre me enseñó que una ley no necesariamente es lo que requieren el Derecho y la Justicia, precisamente porque hay malos gobiernos, como era el de Hitler, que hacen leyes injustas y arbitrarias. Y, tomando como base la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, me enseñó lo que entonces era generalmente ignorado, tanto en México como en España, y que ahora se llama Derechos Humanos y tiene muchos defensores. Pero me explicó de la Revolución Francesa no sólo sus principios, sino sus graves fallas, como el período llamado del Terror, y también la alianza europea contra la Revolución de Francia, hecho repetido contra la Revolución Rusa de 1917. Las revoluciones son odiadas por el poder económico y político aun antes de que degeneren, y con mayor intensidad cuanto más puras son.

Con esos principios yo no podía entender el asesinato de los adversarios políticos como método, pero esa convicción no afectaba entonces, ni afectó después, la idea de que a veces es indispensable defender con las armas todo lo moralmente defendible. En esos primeros días y semanas estuve preocupado acerca de la razón de la República, hasta que comprendí que no era ella la culpable, ni sus instituciones. Pero la guerra y la vida me enseñaron poco a poco que de alguna manera los asesinos tienen que ser frenados y neutralizados y enfrentarse a ellos puede ser una necesidad dentro de los diversos matices de la defensa legítima.

Y, paralelamente, entendí que para pensar que se puede acabar con los enemigos asesinandolos hay que ser tonto. No es una frase, es una definición. Pancho Villa fue de los que eliminaban físicamente a sus enemigos creyendo que eliminaría a todos. No pudo, y uno de los que no había matado, con otros que lo ayudaron, lo mató a él. Adolfo Hitler creyó que podía matar a todos los judíos. Para creer eso hay que ser, además de una bestia sanguinaria psicópata, un imbécil clínico, como él lo era. Francisco Franco Bahamonde, asesino glorificado, creyó también que acabaría con el progreso matando a todos los que él consideraba "rojos". Hoy en España existen muchas más libertades de las que había en la República que —con la ayuda de Hitler y de Mussolini— él derrocó.

Pero volvamos al puesto de escuchas: Ni por mi edad ni por mis circunstancias era yo mentalmente adulto para aceptar mansamente las bromas del otro muchacho, que me dolieron mucho. Yo quería estar en el frente como soldado y no como reportero, llevaba dos años intentándolo y sentí que era injusto que me censurasen por no estar ya encuadrado en una unidad.

Muy airado salí del puesto y me arrastré hacia la línea enemiga.

—Quiero ver si los oigo —dije a manera de explicación.

Efectivamente se les oía cantar y charlar y tenían por lo menos una hoguera encendida a la luz de cuyas llamas se distinguía a varios de ellos. No faltará quien piense ¿porqué no les disparaban desde nuestras líneas? Una iniciativa como disparar en una noche tranquila podía desencadenar un contraataque que agarraría a los nuestros desprevenidos y disparar así por gusto puede merecer un Consejo de Guerra. Hay, claro está, zonas y situaciones en las que uno o varios francotiradores pueden dedicarse a “cazar”, como también había en todo el frente frecuentes golpes de mano a cargo de patrullas, pero muy rara vez se hace nada de eso sin órdenes superiores. Y si se hace espontáneamente, el que lo hizo responderá ante los de arriba.

Habían pasado aproximadamente quince días desde que me incorporé a la JSU, cuando salí del Palacio de Lyria (creo que así se llama el que ocupó la JSU madrileña) y me sumergí en aquel Madrid-1936, que era muy madrileño pero otro Madrid, muy diferente al que yo había conocido. Iba al cuartel del 5º Regimiento con el propósito de enrolarme, y tenía que recorrer un largo trayecto —hasta cerca de Cuatro Caminos— por este nuevo Madrid que no deja de sorprenderme. Vestido con el mono azul y la gorra cuartelera con una borla y la estrella roja me veo como un miliciano y, con la inocencia de la adolescencia, hasta me creo importante. Todo lo miro con asombro porque todo es nuevo, porque ahora toda rutina está deshecha, todo ritmo roto, toda costumbre alterada, toda monotonía desaparecida. Las vidas de la gente han sufrido sacudidas extraordinarias, lo acostumbrado ya no lo es, lo habitual ya no existe. Ya no más salir del trabajo e ir a ver a fulanita o a fulanito; ya no más el tranvía a hora fija, el autobús de las tardes o el cine de los jueves. Ya no el café y la tertulia siempre a la misma hora de cada día, pero sí el café por encima de todo porque los españoles no pueden prescindir del café como pretexto de reunión. Ahora los cafés están llenos de hombres y mujeres con mono azul y gorra cuartelera, muchos con pañuelo al cuello, rojo o rojinegro, que portan fusiles y pistolas. Al pasar por un parque recuerdo el aspecto que aquello tenía y que ya no volvería jamás. Ya no hay niñas en los parques coqueteando con los soldados, porque los soldados dejaron de serlo a la caída del cuartel de la Montaña y ahora son milicianos o han desaparecido. Y los vendedores de barquillos, los que jugaban con los niños a la ruleta en la barquillera, a ver cuántos barquillos les tocaban por una perra chica, ahora llevan también mono y fusil y están en la sierra de Guadarrama con otros que eran mecánicos, o maestros, o albañiles, o aprendices de panadero, o panaderos, o mancebos

de farmacia, o empleados de comercio, empleados de banco o estudiantes de la FUE y que, todos juntos y en desorden, son hacedores de un hecho misterioso que implica algo increíble: a los señoritos de Falange, aguerridos, organizados y entrenados, coquetamente uniformados de azul con las flechas y el yugo bordados en rojo, organizados militarmente en escuadras y centurias, creadores y maestros de “la dialéctica del puño y la pistola”,<sup>10</sup> —José Antonio *dixit*— los han parado en su camino a Madrid y los han dejado inmóviles en el Alto del León. Inmóviles por casi tres años.

Cuando llegué al convento de la calle Francos Rodríguez desde la guardia de la puerta hasta el movimiento de tanta gente en el gran patio que tenían los frailes tuve, por primera vez, la sensación de orden y organización. Muy probablemente influyó en eso mi entusiasmo juvenil pero la verdad es que en el Quinto Regimiento se respiraba disciplina y seriedad, a diferencia del anárquico ajeteo en las calles. Pregunté al cabo de guardia por la oficina de reclutamiento, me miró dubitativamente y me indicó dónde estaba. Al ir hacia allá vi un tablero de anuncios y me acerqué a leer alguno. Allí estaba el número del día de *Milicia Popular*, el periódico del Quinto Regimiento, ocupando casi la mitad del tablero, página por página. También había órdenes y textos firmados por el Comandante en Jefe, que era entonces Enrique Castro Delgado (poco después lo sustituiría Enrique Lister), y allí había algo que me dejó pálido y deprimido. Hoy me parece una escena de película cómica, pero en casi todo lo cómico hay dolor o tristeza de alguien. La humanidad se ríe de los que sufren y casi para cada hombre, aunque no lo exprese así, sólo el suyo es dolor verdadero. La gente grande piensa que la tristeza o las lágrimas de un niño, sobre todo si es pequeño, no tienen importancia, sin pensar que lo que para los grandes es risible, por ejemplo la rotura de un juguete predilecto, para un niño puede ser una verdadera tragedia interior. Y así fue para mí.

Porque lo que estaba viendo era la información de que se había creado una guardería infantil para los hijos de hombres y mujeres enrolados en el Quinto Regimiento, y que esa guardería aceptaba niños... de cuatro a catorce años. ¡Y yo tenía catorce!

En efecto, nacido en octubre de 1921, no cumplí los quince hasta octubre de 1936 y, por lo tanto, cuando fui al Quinto Regimiento tenía catorce. Ciertamente tenía la altura y el cuerpo de un adulto pero el rostro, como se ve en las fotografías, era muy claramente de un niño. También es verdad que hubo otros de mi edad en las milicias y no por nada Miguel Hernández escribió aquel poema, Llamo a la juventud, en el que una estrofa dice:

*Los quince y los dieciocho,  
los dieciocho y los veinte...*

10 José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange, proclamó esa “dialéctica”.

En fin, que aquella guardería fue para mí una ducha de agua fría, pero no me arredré y llegué a la oficina de reclutamiento. Como ya había mentido sobre mi edad en mi anterior visita a Madrid y mi credencial de la Juventud Socialista decía 16 años, pues dije la misma edad. El que inscribía me miró con serias dudas.

—Bueno —me dijo— eres un chaval, pero te mandaremos a Intendencia.

Y así ingresé, aunque no en una unidad combatiente, en el famoso (y glorioso) Quinto Regimiento de Milicias Populares.

El Quinto Regimiento en el número 5 de la calle de Francos Rodríguez ocupaba el edificio de un convento. Como en todas las grandes conmociones, todo se trastoca. Un convento de frailes: unos piadosos, otros sin piedad. Unos, muy pocos, que quieren sinceramente ser como Jesús, viviendo una vida pura de meditación, rezo y recogimiento. Otros, los más, mundanos, políticos y codiciosos, ambiciosos de ejercer poder terrenal y grandes cuotas de mando. Y en su convento están los comunistas, organizando el aspecto militar de la lucha contra el fascismo español. En materia de locales, los comunistas se acomodan con facilidad a lo que haya. En Rusia se adaptaron a un colegio de señoritas, el Smolny, y en España a un convento. Y en los dos casos hicieron historia.

Mientras caminaba más de medio Madrid, hasta Francos Rodríguez —no conocía los transportes públicos de la capital española y avanzaba por donde me habían dicho, preguntando de vez en cuando—, veía los rostros que se cruzaban conmigo en las aceras. Hombres y mujeres: la inmensa mayoría eran milicianos o como tales iban vestidos; amas de casa con mono pocas, pero muchachas jóvenes muchas. Los hombres, la inmensa mayoría con mono y con armas, ya fuese una pistola o un fusil. Rostros de obreros, de empleados, de jóvenes, de hombres de mediana edad, de ancianos. Casi todos llevaban sobre el mono una insignia de algún partido o sindicato: UGT, CNT, JSU, PC, PSOE, JL, PS, IR, UR<sup>11</sup> Pocos de estos últimos (republicanos moderados), que eran partidos burgueses de gente tranquila. Algunos transeúntes, muy pocos, iban vestidos normalmente, es decir, sin mono, y eran detenidos muy frecuentemente para pedirles la documentación. En aquel Madrid el mono era casi una garantía de antifascismo y no usarlo resultaba sospechoso. Viendo esos rostros que pasaban a mi lado en dirección contraria, como en una especie de película cinematográfica, se me ocurrió pensar en que muchos de ellos morirían pronto, lo que me deprimió. Aquella euforia, aquel entusiasmo terminaría mal para muchos. Aquello era una guerra y todos los días habría bajas, muertos y heridos y, además, estaban los bombardeos que ya empezaban. La primera bomba que cayó en Madrid arrojada desde un avión fascista, me consta porque yo estaba allí, estalló en un garage de la calle Roso de Luna.<sup>12</sup>

---

11 Unión General de Trabajadores, Confederación Nacional del Trabajo, Juventud Socialista Unificada, Partido Comunista, Partido Socialista Obrero Español, Juventudes Libertarias, Partido Sindicalista, Izquierda Republicana, Unión Republicana.

12 Merced a mi recuerdo de la calle en que cayó la primera bomba fascista he podido averiguar, muchos años más tarde, que Mario Roso de Luna (1872-1931) fue un escritor, astrónomo, periodista y teósofo español, y que en 1936 había en Madrid una calle con su nombre, pero siendo teósofo entre otras cosas es muy posible que la Iglesia del franquismo le cambiase el nombre a la calle.

Lo leí en la prensa y me quedó grabado el nombre aunque jamás estuve en esa calle. Así, pues, pensé, muchos de aquéllos morirían. Y al pensarlo me di cuenta de que uno de esos muertos podría ser yo mismo. Pero sólo, como se decía en Tabasco, si es que ya me tocaba.

En aquella compañía de intendencia en plena organización, como todo del lado de la República, hice lo que pude con mi mejor voluntad y el jefe, el capitán Núñez, era un hombre bueno y profundamente republicano. Antes era empleado de comercio y creo que dirigente sindical de un sindicato de los empleados. Siempre me trató muy bien y yo procuraba corresponder cumpliendo bien mis deberes, pero poco tiempo después la compañía de intendencia dejó de pertenecer a las milicias —y con ello al 5º Regimiento— y pasó al ejército de la República, convirtiéndose en el Grupo de Intendencia de Albacete, precisamente la ciudad en que estaba el Cuartel General de las Brigadas Internacionales. Eso significó que todo debía estar en orden y había que cumplir con los requisitos, lo que tuvo como resultado que se revelase mi verdadera edad, quince años recién cumplidos. Y fui dado de baja honrosamente como atestigua el documento que aquí se publica. Quedé fuera del ejército y también quedé fuera de Madrid, donde se hacían esfuerzos gigantescos por evacuar a la población civil.

Estando todavía en Intendencia tuve una gratisima sorpresa: un día nos repartieron fusiles como armas reglamentarias y... ¡eran mexicanos! Fusiles de México, de aquella fábrica de “Materiales de guerra” (así se llamaba) cuyo sindicato era muy activo y muy revolucionario y estaba siempre visible en mitines, manifestaciones y actividades de la izquierda apoyando la política internacional impecable del presidente Lázaro Cárdenas. Décadas más tarde hay en España quienes piensan que los fusiles mexicanos eran fusiles rusos disfrazados a los que se llamaba “mexicanos” por aquello del Comité de No-intervención. Quizá eso se haya hecho con algún armamento o con algunos consejeros militares rusos (llamarles “mexicanos”) pero aquellos primeros veinte mil fusiles con los que México ayudó al gobierno legítimo de la República Española, no sólo los había enviado México, sino que eran fabricados en México por obreros conscientes cuyas pancartas acreditaban su presencia en todos los actos en pro de la libertad y de la justicia. Contra la invasión de Abisinia por Mussolini, contra los avances del nazifascismo en todo el mundo, en pro de la República Española, allí estaban: “Sindicato de Materiales de Guerra”. Ése era nuestro México de entonces, siempre solidario con las causas justas. El México del que salimos todos los mexicanos de hoy, aunque muchos lo hayan traicionado. El México de Roberto Vega González y de otros cadetes como él, que dejaron el Colegio Militar para ir a combatir en España, el coronel Juan B. Gómez, Andrés García Salgado, Néstor Sánchez Hernández, José Jaramillo Rojas y tantos otros mexicanos que lucharon en España por la libertad y de algunos de los cuales (los que ha sido posible identificar) incluyo sus nombres al final. ¿Quién que haya vivido aquellas manifestaciones y aquellos mítines en la Arena México (con Lombardo Toledano como ora-

dor principal las más de las veces) puede olvidar al Sindicato de Materiales de Guerra? El final de ese sindicato fue trágico:

Al producirse el cambio de poderes y cuando Manuel Ávila Camacho, el sucesor de Lázaro Cárdenas del Río, acababa de tomar posesión de la Presidencia el 1º de enero de 1941, el sindicato de Materiales de Guerra se dirigía a Los Pinos, según dijeron para desear feliz Año Nuevo al nuevo Presidente, con sus hombres, sus mujeres, sus niños y sus pancartas. Antes de que llegasen a la puerta de la residencia del jefe del Estado —Los Pinos—, los Guardias Presidenciales dispararon contra ellos causando numerosos muertos y heridos, con lo que se inició una política general represiva contra los obreros de parte de ese gobierno.

Pero vuelvo a la España de 1936.

Quedar fuera del ejército y de las milicias no significaba estar sin hacer nada. Como la mayoría de los militantes de más edad de los partidos y de las juventudes estaban en el frente o en actividad militar, los de mi edad teníamos mucho trabajo: yo tenía cargos en la Juventud Socialista Unificada, en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH-FUE<sup>13</sup>), en el Socorro Rojo Internacional, en la Unión General de Trabajadores y, poco tiempo después, cuando se crearon, en el movimiento “¡Alerta!”, la Alianza Juvenil Antifascista y otras organizaciones y dependencias, nuevas y viejas. No me faltaban ocupaciones, más bien me faltaba tiempo y abarcaba más de lo que podía cumplir bien, pero me seguían dando trabajos políticos sin aceptar mis protestas. Ya, refiriéndose al período de antes de la guerra, Manuel Tagüeña habla de “cómo se explotaba el entusiasmo juvenil en nuestras organizaciones, hasta agotar física y moralmente al que no se resistía a tiempo”.<sup>14</sup>

Nada era fácil. Desde fuera, o desde el entusiasmo juvenil por las grandes causas, podía creerse en la gran unidad del pueblo español por la lucha antifascista, pero en el devenir cotidiano surgían los errores absurdos, los intereses no sólo políticos sino también personales; la desorganización que predominaba en muchos aspectos sobre los sinceros esfuerzos de muchos por organizar la guerra. Los asesinatos, los abusos. Pero yo sentía que había que estar allí, por encima de todos los problemas, que eran muchos, y aportar cada uno su esfuerzo. Era suficiente pensar en el nazismo y en la Falange, su hija natural, y recordar matanzas como la de la plaza de toros de Badajoz, cometida por el asesino Yagüe —que aún tiene algunas calles con su nombre— para mantener la decisión de luchar a toda costa.

Pero, por esas razones, yo no había ido a España a estar en la retaguardia y menos en esa retaguardia en la que, por encima del sincero entusiasmo del pueblo, se imponían las luchas políticas entre los diferentes grupos y partidos. Los jóvenes de 15 años o son ajenos por completo a las actividades políticas y teme-

---

<sup>13</sup> Federación Universitaria Escolar (y no “Española” como algunos creen hoy).

<sup>14</sup> Manuel Tagüeña Lacorte: Testimonio de dos guerras. Ediciones Oasis, S.A., México 1973. p. 83.

rosos de ellas, o se dejan llevar por los impulsos (a veces irracionales, a veces justos y sensatos) de la adolescencia y sueñan con combatir, ignorando la realidad de la guerra en el frente. Yo era de éstos.

Una mano tiraba de mi tabardo y oía la voz de Antoni Nort que me decía muy bajito: “¿Estás loco? ¿a dónde vas?” “¡Eres un cantamañanas, ya basta, idiota!”. Había venido conmigo arrastrándose lo que, considerando mi estupidez, fue una verdadera demostración de lealtad a un amigo, a riesgo de la vida.

Y allí, pegado al suelo en una pequeña zanja en la tierra me pregunté a mí mismo qué hacía yo allí. Les oía cantar, eran requetés, les oía, pero no les escuchaba. Estaba yo allí, en un peligro inminente en el que me había metido por tonto o por inconsciente, o por deficiente mental o...

Insistí en preguntarme una y otra vez qué hacía yo allí. Era algo obsesivo. La pregunta no se reducía al agujero en la tierra de nadie. Tuve que pensar mucho —mucho en segundos— para recordarlo. El liceo. Aprender francés, las pintas con “libertad a Thaelmann”. Los nazis quemando libros. Aquel judío viejo golpeado en Berlín y visto en un noticiario cinematográfico... Antoñita, la chica española del Hotel Colón, ¿o debiera decir catalana?

Para intervenir voluntariamente en una guerra, la de España, principio de la Segunda Guerra Mundial, ¿qué presiones internas hay que tener? Un padre socialista de toda la vida, y socialista militante, es una explicación, pero no es el único determinante. La situación europea con la amenaza nazi sobre todos nosotros, amenaza que nos hacía, a los liceistas de 14, 15 y 16 años, pintar paredes en el Marais con letreros como “*À bas le nazisme!*”, “*À mort Hitler!*” y cosas semejantes, o participar en mítines por la libertad de Thaelmann sin pertenecer a ningún partido y combatir el antisemitismo con el mismo vigor que si fuésemos jóvenes judíos, también todo eso puede haber influido. Pero no es decisivo porque muchos de los que hacían todo eso nunca pensaron en ir personalmente a la guerra. Todo esto se derivó, ¡curiosa red de hechos!, de que el francés era la lengua franca, el idioma internacional en aquel tiempo, y yo fui enviado a París para perfeccionarlo. Pero en ese viaje estuve allí poco tiempo por mor de la sublevación de los militares fascistas españoles. ¡Qué cosas tiene la vida! La rebelión era fascista, por más que (con buena o mala fe, según los casos) algunos hayan querido tipificarla de otro modo, darle otro carácter, como lo hicieron con el nombre: “nacionalcatolicismo” en lugar de “nacionalsocialismo”. El saludo era el fascista, con el brazo derecho levantado, la violencia criminal era la misma de los camisas pardas de Hitler y de los camisas negras de Mussolini, por más que ni el primero, en represión política interna, haya matado tantos alemanes ni el segundo tantos italianos como españoles asesinó Franco. ¿Cómo puede haber quienes, basados en que la Iglesia dominaba en la zona franquista con un catolicismo fanático y asesino (que, a diferencia del ateísmo nazi, era —o se decía— creyente), niegan el fascismo de Franco y sus criminales? ¿Acaso los jefes de la Iglesia no eran también fascistas y lo proclamaban levantando el brazo?

El fascismo, que se extendió por Europa como una mancha de sucio lodo ensangrentado, es la explicación fundamental de las Brigadas Internacionales y de la necesidad que muchos sentimos de luchar en contra de los asesinos. ¿Qué hace uno en cualquier parte? ¿Qué hacer allí, donde sea, qué hacer en la vida, qué hacer con la propia vida? Ésa es la cuestión, ésa es la duda, ésa es la pregunta, ésa es la cosa. En el caso de España se enfrentaba el caos anárquico de la zona republicana con los crímenes planeados y organizados del fascismo. Recuérdese, repito, Badajoz, que tanto se olvida. Si bien es verdad que a la bestialidad del fascismo se contraponían los muchos asesinados en los primeros meses en Madrid y otras ciudades republicanas, había una diferencia pues esos crímenes fueron cometidos contra la voluntad y los esfuerzos de las autoridades. Y esa situación me constaba porque, además de los dos casos que antes expliqué en los que no supe a qué partido pertenecían los milicianos que enfrentamos, una vez fui con un grupo de la JSU por la calle de los Reyes —cerca de San Bernardo— a salvar a un cura anciano, profesor de un colegio privado, pero no colegio del clero, al que unos jóvenes libertarios (CNT-FAI) iban a dar “el paseo”. Llegamos a tiempo, estuvimos a punto de matarnos con los anarquistas pero nuestro jefe, Castillejos, un joven comunista, se impuso (ayudado por la elocuencia de los fusiles que todos teníamos apuntados a los libertarios), y nos llevamos al cura, que estaba aterrorizado, a un edificio seguro y protegido por guardias de Asalto. Uno de los pocos lugares en los que (con la discreta protección del Presidente Azaña y de Indalecio Prieto) se mantenía vivos a algunos, por desgracia pocos, sacerdotes y frailes. Lo que no me hace olvidar a los curas y frailes que agarraron un fusil y lucharon como soldados del lado de Franco, ni a los que traicionaron el secreto de confesión y delataron a “rojos” que fueron por ello asesinados, ni a los que ayudaron al asesinato de sus pares vascos, ni los que convirtieron en “Cruzada” la rebelión más proclive al crimen que haya tenido lugar en España, donde ver las cosas de cerca, no era lo mismo que verlas desde París. Y el problema que se me presentaba con carácter obsesivo era el mismo, lo que me hace pensar que tal vez aquella pregunta era una consecuencia inconsciente del miedo que sentía, soterrado, por aquello en lo que me estaba metiendo: ¿por qué estaba yo allí? ¿valía la pena haber dejado París?

París me gusta mucho, lo siento, lo entiendo, lo amo, lo amé antes de esta guerra y lo seguí amando después. París es mi París, como lo es de todo el mundo que lo ha comprendido. Porque París es sólo de quienes lo entienden, no de cualquier persona que llega o pasa por allí. Por razones biológicas, sentimentales, legales y familiares mi patria es bipartita, México y España o España y México, que el orden de estos factores para mí no altera el producto. Conforme a la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos soy mexicano por nacimiento, aun habiendo nacido en Madrid. Mi padre fue mexicano, mi madre española, mi vida siempre fue México, aunque muy viajado. ambas patrias me aceptan como su hijo legítimo, ¿qué puedo hacer respecto a los que, con mentalidad

provinciana, me quieren encasillar en una de ellas con exclusión de la otra? Para algunos, de allá o de acá, en España soy español, en México mexicano. Pero debo confesar que durante la guerra llamada civil cada vez que decía ser mexicano la reacción era de afecto y simpatía por México.<sup>15</sup>

Para mí, por los mejores recuerdos de mi juventud, por mi formación, por mil pequeños detalles de los que estructuran una existencia, yo soy mexicano de origen hispánico, como muchos de mis compatriotas. Y si en España combatí como voluntario por la libertad, en México me incorporé al ejército apenas mi patria mexicana declaró la guerra a Alemania —por el hundimiento de nuestros barcos petroleros—, y estuve al mando de una compañía de reservistas como oficial primero, grado equivalente a capitán primero en el servicio activo. Y treinta años más tarde México, mi Mexico, me impuso la Legión de Honor Mexicana, la del Ejército, por servicios prestados a la patria de los que no hablaré aquí.

Un día en España, ya cerca del final de la guerra, un militante del partido de Manuel Azaña (Izquierda Republicana), llamado Tomás González Ballesta, descubrió mi mexicanidad y me entregó un carné de una Asociación Española de Amigos de México nombrándome nada menos que Secretario de Organización de la Sección de Cataluña. Le dije que era un poco como ser amigo de mí mismo y que yo no haría nada en esa organización, amén de que ya no había tiempo para nada, pero insistió tanto que no pude rechazarlo. Y como es mi hábito en materia de documentos (hábito cuyas razones explicaré más tarde), conservo la credencial. Hay dos observaciones al respecto: una que, como corresponde al carácter español, existieron en la España republicana dos asociaciones de amigos de México. La otra, que la credencial es de fecha 12 de enero de 1939, catorce días antes de la caída de Barcelona. Demasiado tarde. Yo ni me acordaba, la encontré ordenando papeles para escribir esto.

Pero si ésa es, y a mucha honra, mi patria bipartita, París es mi ciudad. París es mi capital, siempre lo he dicho y lo sigo diciendo, París es mi gran amor. Y no voy a caer en el folklore turístico. No amo a París por razones descriptivas. Para amar no hacen falta razones descriptivas, de hecho no hacen falta razones. París es mi París, fue mi París antes de 1936 y lo siguió siendo después. Y basta. París es mi ciudad porque siento que siempre la he vivido. Ya andaba yo por allí en el siglo VIII cuando Charles Martell repartió a su ejército tierras de la Iglesia; viví París durante la fundación de la Sorbona; soy amigo y admirador de François Villon y he vivido la toma de la Bastilla, las tres gloriosas del siglo XIX, la ocupación y la Resistencia, a la que pertenecieron amigos míos tan cercanos y tan queridos como André Camp, ya fallecido, y la entrañable y heroica Lise London.

<sup>15</sup> Y era merecido porque México hizo por la República, en ayuda bélica, mucho más que enviar esos veinte mil fusiles de los que hablan todos los historiadores españoles, como explica y documenta Mario Ojeda Revah en su libro, obra imprescindible para quien se interese en la guerra de España desde cualquier punto de vista.

Ojeda Revah, Mario: *México y la guerra civil española*. Turner Publicaciones, S.L. Madrid.

la mujer que se atrevió a subirse a un cajón en la rue Daguerre y hablar contra la ocupación nazi cuando los alemanes estaban en París, hazaña que acabó a balazos entre los resistentes que la acompañaban y la policía de Vichy, la Lise que después capturó la Gestapo y muchas cosas más. He convivido con Molière, con Racine, con Corneille y con Montaigne y hasta con Maurice Joly cuando en 1864 publicó en Bruselas su *Diálogo en el Infierno* sin imaginar que los pre-nazis lo plagiarían para inventar los falsos “protocolos de los sabios de Sión”. París es todo eso y es el de Edith Piaf, Juliette Gréco, Sartre, Simone de Beauvoir y *Le café de Flore* y *Les deux magots*, para mencionar sólo algunas cosas. Ciertamente París es también el de Pigalle, el de los *maquereaux*, el de la ruindad, el de algunos racistas neonazis y, como toda gran ciudad, el del delito, pero es París. París. Digo París y basta. Todo está dicho. No hablaré de los pintores, los escritores, los artistas que han ido a París a encontrar la inspiración, el arte y la cultura, y algunos el vicio y la decadencia. Pero hay algo más e insisto en ello: París es la ciudad de mi camarada Louis Gaveau, de las Brigadas Internacionales, es la de Lise London, André Camp y la Resistencia, es la ciudad que se liberó de la ocupación nazi aquel 25 de agosto de 1944. La de Rol Tanguy, la del “Colonel Fabien”. Y nada más.

París es mío, hoy más que ayer, con o sin todo eso. He comido *frites* en la rue de la *Huchette*, he ido al liceo de la plaza de los *Vosgos*, he tomado clases en la Sorbona y he tomado algún café en el aristocrático y elegante George V; he recorrido muchas veces los *bouquinistes* e ido a *Shakespeare and Company*, he vivido muchas veces en el *Sélect Hôtel* de la *Place de la Sorbonne*, he... ¡Al diablo con todo! ¡París es mío! Y lo era entonces. Mis sentimientos están expresados perfectamente en una canción que le hicieron hace muchos años a esa gran mujer que fue Josephine Baker<sup>16</sup> y que dice: “Yo tengo dos amores, mi país y París”. Y si dejé ese París amado, tranquilo y cómodo que tanto quiero no lo hice (fue mi conclusión después de un tiempo en la guerra de España) por una locura irresponsable de adolescente inmaduro, sino por tener una madurez superior a mi edad (avergüenza decirlo, pero los hechos hablan y París no es ajeno a esa madurez) para luchar por algo que dignifica la calidad humana y la sitúa por encima de los que en la vida sólo aspiran a ver lleno el pesebre. No es cuestión de vanagloria ni de autoalabanza, que sería vituperio, ni de pretensiones de héroe (el miedo iba por dentro) porque exactamente lo mismo que yo, y con mucho más mérito porque ellas tenían responsabilidades de todas clases de las que yo carecía, hicieron cuarenta o cincuenta mil personas de todo el mundo. No es lo mismo un adolescente sin obligaciones familiares que se lanza a la aventura, por más consciente que sea del peligro nazi, que un padre de familia que deja esposa e hijos y renuncia a todo para ir a defender la libertad y luchar contra el fascismo.

---

16 Además de bailar y cantar luchó toda su vida contra la discriminación racial, protegió niños desamparados (adoptó doce) y estuvo muy activa en la Resistencia durante la ocupación nazi. La Gestapo registró su casa, y se salvó por poco cuando la Resistencia la envió, para protegerla, al norte de África.

Vuelvo a la guerra de España: ahora he dejado París, el que ya viví, y aún no llevo al que viviré después, y estoy en la ribera del río Ebro, en España. Aquí, donde debiera estar todo el mundo, pero no está. Aquí, en España donde se ha instaurado la primera trinchera frente al nazismo. Salí de París, pero París, mi París, no me ha traicionado. Después de haberlo dejado he sabido que en París hay oficinas de reclutamiento para los voluntarios de las Brigadas, que allí se les orienta y ayuda, que de allí llegan a Albacete. Por cierto, yo estuve algunos días en Albacete, pero en comisiones de la JSU-UGT (por ejemplo recoger de un pueblo de La Mancha un automóvil averiado, para uso de las milicias, y llevar el volante varios kilómetros, enganchado con sogas a otro coche, hasta un taller) ya en baja honrosa de Intendencia del Quinto Regimiento, y me tocó el más fuerte y largo bombardeo que haya sufrido esa ciudad, el 19 de febrero de 1937. Todavía conservo el salvoconducto para viajar, cumplida mi misión, de Albacete a Valencia el 27 del mismo mes y año. Albacete, con pueblos como Madrigueras, pueblos republicanos de La Mancha, donde los campesinos tienen aura porque son santos laicos, porque son trabajadores de la tierra, porque anhelan un mundo más justo, porque recibieron (y reciben) con los brazos abiertos a los brigadistas de países de los que no sabían la existencia y con idiomas que no entendían. El campesinado español no sabe muchas cosas y en él, en estos años de guerra, abundan los analfabetos. Pero intuye, con una sabiduría milenaria, lo que hay que sentir para abrir los brazos a los voluntarios extranjeros que llegan a luchar por su patria y por su libertad. Esto son hechos y quizás decirlo así no corresponda a una narración fría, tranquila, objetiva y analítica, pero sorprendentemente es la verdad. Si se quieren contar honradamente las cosas que sucedieron en la guerra española es necesario, a veces, usar una forma de hablar proclive al melodrama, o a la simpleza *naïve* de “los buenos” y “los malos”. Pero sin la disyuntiva de “blanco o negro”. Había negro en ambos lados. Aunque creo sinceramente que blanco y mucho gris sólo en uno, el mío. Creo yo que los que no tienen la capacidad de emocionarse por algo que valga la pena o son asesinos, como los nazis y otros semejantes, o son inhumanos o son deficientes mentales. ¿De qué sirve tener sentimientos y valores morales si uno no es capaz de proclamarlos hasta la emoción?

Emoción es lo que vi en los brigadistas que yo traté en España. Claro que la ocultaban porque hay una especie de consenso en considerar que la emoción es cursi. Otras veces porque la situación era tan jodida, digámoslo claro, que no había ánimos ni para dejar aflorar los sentimientos. Pero en los combatientes más curtidos, los más aguantadores, los más duros y anímicamente fuertes, estaban la emoción y el sentimiento. Alguien como Harry Fisher, cuya capacidad para vivir la guerra fue asombrosa por lo sólida, hombre pequeño de estatura física pero gigante por su estatura moral, él, que pasó las peores horas de angustia en Pandols con el batallón Lincoln en la cota 666, era un hombre bueno que muy fácilmente se emocionaba. Varias décadas después de la guerra me escribía desde Nueva

York diciéndome al despedirse de mí y de mi esposa: *My love to both of you and 666 hugs and kisses. Peace. Harry.* ("mi cariño para ambos y seiscientos sesenta y seis abrazos y besos. Paz. Harry"), recordando la trágica cota 666. También conocí y traté a Bill Miller (no confundirle con otro Bill, al que casi no traté, que murió cerca de mí en la cota 666), un alto y desgarbado muchacho estadounidense de una cordialidad y una ternura absolutas y que, por cierto, llegó a México al terminar la guerra y aquí con los años le perdí la pista. Tengo la convicción de que los hombres más duros tienen su ángulo de ternura generalmente desconocido, pero también creo que influye mucho en ellos esa especie de convención de que los sentimientos tiernos deben ocultarse. ¿Y puede haber algo más tierno que ir a combatir por la libertad en un país extraño, arriesgando la vida sin ningún beneficio material?

No, mi razón más profunda para querer combatir en España no es el padre, socialista ejemplar, ni el criminal antisemitismo de los nazis, ni los crímenes del ejército franquista y de la Falange. Todo eso repugnaba e indignaba a muchos que, sin embargo, no fueron a combatir a España. Sin hablar, entre los que no combatieron, de los españoles que huyeron al extranjero. Sobre estos últimos a fines de 1938 se contaba en España un buen chiste: dos españoles supuestamente republicanos pero fugitivos de la guerra y de los problemas de su patria, llegan a París cuando está en su apogeo la batalla del Ebro y, recordando que en los últimos tiempos no comieron bien, deciden ir a un buen restaurante. Llegan, se sientan y siguen hablando de la batalla del Ebro mientras el camarero, un español emigrante económico de tiempo atrás, les escucha libreta en mano esperando a ver que ordenan.

—En el Ebro están luchando muy bien —dice uno.

—Bah, no es tanto —dice el otro—. Las ametralladoras son rusas.

—Bueno —replica el primero—, pero esa resistencia...

—Las granadas son checoslovacas y los fusiles mexicanos.

—Sí, pero...

—Y la artillería francesa —se da cuenta del mesero y se dirige a él:— mire, queremos algo excepcional, algo verdaderamente extraordinario porque hace tiempo que no comemos bien. ¿Qué nos sugiere?

—Tortilla española —contesta el mesero.

—¡Como! —se escandaliza el tipo— ¿Cómo va a ser excepcional la tortilla española?

—Es que no es una tortilla española como las demás, es algo muy especial.

—¿Y qué tiene de especial?

—El aceite es italiano, las patatas son polacas, la sal es francesa, el ajo es árabe....

—¿Y qué diablos tiene de española esa tortilla?

—Lo mismo que en el Ebro: los huevos.

Los que sólo piensan en su propia tranquilidad dirán que lo mío fue una locura de juventud, propia de la edad: ¡catorce años! Pero no hay tal. Son por desgracia muchos los que ahogan lo más noble que sintieron en su vida achacándolo a la inexperiencia juvenil. Confunden nobleza con error. He vivido una larga vida, tengo ya ochenta y cinco años cuando escribo esto y mi mayor timbre de orgullo es haber participado activamente en la guerra de España, mal llamada “guerra civil”, aunque lo mío no haya sido nada especialmente relevante porque, como dije antes, muchos, españoles y extranjeros, hicieron lo mismo. Y por ellos, por los que, a pesar de todo, lucharon por la República en la medida de sus posibilidades, es por lo que (además y después del ejemplo de mi padre) yo no he perdido (otra vez a pesar de todo) mi fe en la especie humana. No estaba engañado, ni desorientado, ni equivocado. El tiempo nos dio la razón. Hoy se dice en el mundo que la de España ha sido la única guerra que ganaron los derrotados. Derrotados en lo militar, pero moralmente vencedores.

Mi entusiasmo por aquella causa, desde un cierto punto de vista, más allá del espíritu libertario y del ansia innata de justicia, tuvo su origen en el enfrentamiento conmigo mismo. Hay un instante en la vida de cada ser humano —a cualquier edad, depende de la naturaleza de cada uno—, sea él o no consciente de ello, en el que es necesario —y yo diría que instintivo— enfrentarse a la propia persona para saber quién se es en realidad. Quién se es; no el que se ve en el espejo, no el que dicen los demás, unos para bien y otros para mal, no el que uno quisiera ser, sino el que realmente es. Además, yo había sido educado en el pacifismo,<sup>17</sup> mi padre había estado siempre contra las guerras en las que mueren inocentes defendiendo los intereses de quienes les envían al matadero. Pero la guerra de España era diferente: empezaba en ese momento la guerra mundial contra el nazismo. Albert Camus lo dijo: en ella valió la pena luchar. Y la guerra mundial, la misma que empezó en España, terminó con la derrota del nazismo, aunque después los canallas, los negociantes con las vidas ajenas, los traidores a la condición humana y sus adláteres se lanzasen a apoderarse del mundo. En esa larga guerra de 1936 a 1945 fue necesario hacer lo que decía Cecil Day Lewis, “luchar por lo malo contra lo peor”. Porque al final de esa guerra las “democracias” sostuvieron a Franco, olvidaron “Las cuatro libertades”, ignoraron la “Carta del Atlántico” y... ¿para qué seguir?

Yo tenía, a mi edad, merced a mi padre, una formación de hombre libre y responsable. Hubo voluntarios menores de edad que fueron reclamados por sus padres y sacados de España, pero también hubo otros que permanecieron. Hubo jóvenes españoles de mi edad que fueron mantenidos lejos del frente por sus padres o enviados a otro país. Tengo a orgullo que siendo hijo único y muy querido de mis progenitores, mi padre, que era el único que sabía exactamente lo que

<sup>17</sup> A los 12 años leí y releí *Sin novedad en el frente* de Erich María Remarque, y *Cuatro de infantería* de Ernst Johanssen, que me hicieron odiar las guerras.

yo hacía (mi madre sabía que estaba en la España en guerra pero creía que sólo en la retaguardia y nunca en el frente), nunca intentó siquiera decirme que dejara de luchar contra el fascismo español. Solamente me pedía tener cuidado. Le dolía, pero se mantuvo leal a sus principios.

Y yo en la tierra de nadie sin ninguna razón válida para estar allí salvo —en este caso concreto, sí— la estupidez adolescente, la inconsciencia juvenil, un no se qué... que no sé lo que es. Me sacaron de allí el valor y la sensatez de Antoni Nort.

Cada hombre llega paradójicamente a la cúspide de su pensamiento cuando ya no puede pensar. Cuando las ideas se le vuelven un embrollo en la mente y sabe y no sabe claramente qué es lo que piensa y se hace un enredijo en las dudas y en las angustias y necesita tiempo para desenredar el ovillo.

Volvamos al Ebro: después de tomar el café al aire libre, junto al gallinero que nos sirvió de alcoba, entramos a la... —¿se le puede llamar oficina?— ...a la habitación en que estaba Luis Delage, Comisario del Ejército del Ebro. Había algunas armas contra la pared, uno o dos fusiles y un naranjero. Una amplia mesa de madera sin desbistar servía de escritorio y cuando llegamos estaba tomando café con alguno de sus ayudantes, creo que eran dos, además de un mecanógrafo con su máquina sobre unos cajones. Yo entré y permanecí de pie a unos dos metros de la mesa. Delage me miró.

—¿Quieres algo?

—Sí, camarada comisario —le respondí—, quiero ir al frente como soldado. Me miró de arriba abajo, sonrió y me dijo afectuosamente:

—Mira, niñato, no seas gilipollas.

—Es en serio, camarada, quiero estar con los internacionales.

Antoni estaba helado. Yo no le había dicho nada y se quedó de una pieza.

Después de su primera respuesta Luis Delage estaba mirando un mapa. Al oírme se borró su sonrisa y me dijo más en serio:

—No estoy aquí para perder el tiempo con chavales. Ya os dejo andar por el frente a ver si escribís algo bueno. Pero no seas gilipollas, ya te lo dije.

—Quiero entrar como reemplazo.

Ahora sí me dedicó toda su atención.

—¿Y crees que aquí hay una oficina de reclutamiento donde se destina a los reemplazos? Incorpórate en Barcelona. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, camarada Comisario.

—¿Cumplidos?

—Los cumplo en octubre, Comisario.

Me miró con más atención. Agarró un papel que tenía a un lado, la acreditación que yo le traje la tarde anterior, lo leyó y dijo:

—¿Estás en propaganda en la Alianza Juvenil Antifascista?

—Sí, camarada Comisario.

—¿Y no crees que eres más útil allí que aquí como uno más?

—No, camarada Comisario. Y a como va la guerra no hay mucho que hacer en propaganda.

Ahora sí estaba interesado de veras.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Cuando los fascistas rompieron el frente y llegaron al mar dividiendo en dos partes la zona republicana, la JSU me mandó, con algunos otros, a las calles de Barcelona, a los cafés y a los centros de reunión. a pronunciar discursos para decir que la guerra no estaba perdida, que seguiríamos luchando hasta la victoria. Lo hice.

Me escuchaba y miraba con mucha atención.

—Llegar a un café de Barcelona, subirse a una silla y hablar a un montón de gente harta de guerra, muchos de ellos quintacolumnistas o fascistas, es más difícil, camarada Delage, que disparar un fusil. Allí vi cómo recibían nuestras palabras. Vi el desaliento y la incredulidad. Y también el desprecio. Nadie se atrevía a decirnos nada pero en sus rostros se veía lo inútil de hablarles. Después, con la ofensiva del Ebro, los ánimos se levantaron pero con la contraofensiva facha todo se hundió, esta vez yo creo que definitivamente.

—¿Y si crees que vamos a perder por qué quieres ahora entrar a la lucha?

—Pues por eso, camarada Comisario.

Luis Delage se quedó callado unos segundos, miró a Antoni Nort y le preguntó:

—¿Tú también piensas lo mismo?

—Poco más o menos —repuso Nort—, pero tengo trabajo político en Barcelona y no puedo abandonarlo ahora y quedarme aquí sin avisar.

—Muy bien —se volvió a mí—. ¿Estás seguro? ¿No abandonas un trabajo necesario?

—No, Comisario. Ya avisé en la revista que, si podía, me quedaría aquí.

—¿Eres de la JSU, no?

—Sí, camarada Comisario.

—Entonces no eres tan gilipollas.

Volvió a leer la copia del salvoconducto que me había dado, lo apartó a un lado y se volvió a su ayudante más cercano, un teniente muy joven:

—Lleva a éste al P.C. del *Spanish* y diles que por el momento va como reemplazo. Que le documenten. Después ya veremos. Y que le den un fusil. Y un capote en el economato. Hace frío por las noches. ¿Traes algo de ropa?

—La puesta y una bolsa con dos mudas.

—Eres prevenido, eso está bien. Con eso te arreglarás, aquí hay muchos que no tienen ni eso.

Antes de salir hacia el que sería mi batallón recogí mi salvoconducto anterior y me dieron una acreditación en un papel, como el que me servía para circular por el frente como periodista. No era un carné como el de los brigadistas (que me hubiesen debido dar más tarde) pero serviría para identificarme. Por la tarde

llegó Antoni (que había andado por el frente tomando fotos), buscándome para despedirse, y le entregué todos mis papeles para que me los dejase en un sobre en el Hotel Colón, donde yo los recogí cuando salí del hospital. Todos menos el que me acababan de dar acreditándome como brigadista. Éste lo guardé en el tabardo. Y con él desapareció cuando me hirieron. En el hospital de Falset pregunté por el tabardo y me dijo una enfermera que llegó desgarrado y empapado en sangre todo él por lo que lo quemaron como hacían con los desechos. (Cuando estuve en posición de reincorporarme a filas en las BI, ya no existían las Brigadas ni quién me diese un carné que ya no tenía objeto).

Así entré yo a las Brigadas Internacionales, batallón *Spanish* de la XV Brigada, la llamada “Lincoln” (aunque el *Lincoln* era sólo un batallón dentro de la XV Brigada). Sin juramento y sin pasar por las oficinas de Albacete y, coincidencia curiosa, precisamente un 15 de septiembre, día de la Independencia y fiesta nacional de México. Setenta años después aún conservo el capote, que no tenía puesto cuando me hirieron y que Víctor Trapote, que me conocía y que me vio herido (en realidad me salvó al acelerar mi traslado), me llevó al Hospital de Falset.

*La XV Brigada, formada sobre la base del primitivo Batallón “Lincoln”, de voluntarios norteamericanos, agrupaba a todos los de la indicada nacionalidad, además de los voluntarios ingleses y de los países de Hispanoamérica. La denominábamos corrientemente la “Brigada Lincoln”.*<sup>18</sup>

Pero debo aclarar honradamente que Delage no me envió allí por mexicano pues creo que ni sabía que yo lo era. Fue una afortunada coincidencia estar en la unidad que me correspondía.

Por cierto que Nort me contó que había encontrado a unos estadounidenses del *Lincoln* que habían capturado a dos moros y los llevaban prisioneros al Estado Mayor de la División. Y Antoni les había tomado fotos.

—Eran abyectos —me contó —, todo el tiempo diciendo cosas como “Yo camarada, paisa, yo amigo”, y me han dicho que son de una crueldad y de un salvajismo increíbles.

Entonces ni lo pensé ni lo sabía, pero años más tarde leí el reportaje de John Whitaker, periodista estadounidense que fue corresponsal de guerra del lado de Franco y escuchó a oficiales españoles comentar cómo los rifeños a las órdenes del entonces coronel marroquí Mohamed Mizzian asesinaron a los heridos republicanos del hospital toledano de San Juan Bautista: “Presumían de la manera en que habían lanzado granadas sobre doscientos hombres indefensos y aterrados”. Pero lo que más estremeció e impactó a Whitaker fue en el cruce de carreteras cerca de Navalcarnero en el otoño de 1936. Estaba entrevistando a Mizzian

---

<sup>18</sup> Julián Henríquez Caubín. Jefe de Estado Mayor de la 35 División.

*La batalla del Ebro, maniobra de una división. Prólogo del general Vicente Rojo*, México, 1944, pág. 378.

“cuando dos muchachas españolas que parecían no haber cumplido aún los veinte años fueron conducidas ante él. A una se le encontró un carné sindical, la otra, de Valencia, afirmó no tener convicciones políticas. Mizzian las llevó a un pequeño edificio que había sido la escuela del pueblo donde descansaban unos cuarenta moros.... Se escuchó un ululante grito salido de las gargantas de la tropa. Asistí a la escena horrorizado e inútilmente indignado. Mizzian sonrió afectadamente cuando le protesté, diciéndome: “No se preocupe, no vivirán más de cuatro horas”<sup>19</sup>.

Recuerdo que Avelino Artís Gener, “Tisner”, un artista catalán que vivió refugiado en México, hombre culto y de gran inteligencia que fue el escenógrafo del Canal 4 de televisión, el primero en funcionar en mi país, tuvo mando —creo que con el grado de comandante— en el ejército de la República. Fuimos muy buenos amigos, yo le visitaba con frecuencia en su taller de la calle Bucareli y cuando yo hice televisión escenificando novelas famosas él hizo la escenografía. Un día, durante la guerra, capturaron a un hombre y una mujer que intentaban pasarse al lado franquista llevando documentos y planos de carácter y valor militar: eran auténticos espías que venían del otro lado y pretendían volver. Se les formó Consejo de Guerra que les condenó a muerte y como serían fusilados en la mañana, se encargó de su custodia a Artís Gener, que destinó a ello la tropa que consideró precisa. Y me contó que ya avanzada la noche llegó uno de sus hombres y le dijo que puesto que iban a fusilar a la mujer, bien podrían gozarla antes. La respuesta de Artís fue un golpe, me parece recordar que con la pistola, tan violento que el tipo fue al hospital, y con la petición al ejército de que jamás le volvieran a mandar a ese individuo a su unidad. Cuando me contaba esto Artís en la calle de Bucareli todavía reflejaba la indignación que le causó la proposición de aquel canalla.

Una vez que me incorporé, me presentaron al teniente y al sargento que me correspondían. El teniente se llamaba Tomás González, era estucador de oficio, el mismo de Largo Caballero antes de ascender en la política, según me dijo, y pertenecía a la Unión General de Trabajadores (UGT) y al Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Del sargento, hombre ya de unos cincuenta años y muy poco comunicativo, sólo supe que era francés y se llamaba René. Era superviviente del batallón “Comuna de París” que se usó como distracción táctica en la operación del paso del Ebro. Cayó poco después gravemente herido y no lo volví a ver. Me dijeron que me acomodase por allí, que pronto darían de comer. “Por allí” era el campo, del que brotaban todavía algunos olivos en los que se apoyaban soldados sentados en el suelo. Otros estaban tumbados, algunos recostados en desniveles del terreno. Todos silenciosos y estáticos, lo que me sorprendió.

<sup>19</sup> Revista *Foreign Affairs*, octubre de 1942.

El teniente González, cuando supo que yo era voluntario y de la JSU, exclamó:

- ¡Ya era hora de que nos mandasen alguien de los nuestros!

Y ante mi expresión de asombro agregó:

—Últimamente nos están mandando desertores, prófugos y niños en pañales. Tipos de 40 años que estaban escondidos en las masías y chavales de la última quinta. La cosa anda mal.

—No me imaginaba... —dije yo.

—Y lo peor —siguió diciendo el teniente— es que tienes que estar siempre con un ojo abierto porque en cualquier momento desertan o se pasan al enemigo y si tú les estorbas pueden matarte en su desesperación. ¡Es tener un enemigo dentro y otro fuera! El capitán, ya lo conocerás, es inglés o canadiense, no estoy seguro (lo acaban de nombrar porque no había otro disponible, pero es bueno), rechazó hace pocos días a todo un grupo de reemplazos diciendo que en vez de ayudar serían un grave estorbo. Ahora tenemos tres, mira allí están, dos viejos y un niño. Y cuídate de ellos.

Había tres hombres charlando juntos, dos hombres adultos de unos cuarenta o más años, pero fuertes y corpulentos, y un muchacho de escasos 18. Uno de ellos miraba de vez en cuando a su alrededor con demasiada desconfianza.

Uniforme, lo que se dice uniforme, ni me habían dado uno ni puede decirse que los demás lo tuviesen. Todos los de mi compañía íbamos vestidos de un modo parecido (a mí me dieron, además del capote, unos pantalones de faena, de una tela gruesa y fuerte que me fueron muy útiles entre los agudos y cortantes perfiles de las rocas), pero de eso a ir uniformados en toda la acepción de la palabra hay una distancia. Mi tabardo siguió conmigo y debajo del capote era un buen abrigo para las noches otoñales en las que hacía frío en la Sierra de Pandols.

Cerca de una hora más tarde llegaron los de intendencia y repartieron la comida: una especie de olla con muchos garbanzos y poca carne, agradable para mí, que tenía hambre. Y una de las últimas veces en que comería caliente. En el economato me habían dado una escudilla militar y una vasija curva, más larga que ancha y que se podía sujetar al cinturón, ambos de aluminio, y una cuchara de mango doblado, todo ello muy usado, pero limpio. Claro que entonces no me imaginaba que antes de un año estaría comiendo garbanzos con palillo, clavándolos de uno en uno y sacudiéndolos en el caldo para quitarles cualquier posible fragmento de cristal que pudiesen tener adherido. Pero eso es otra historia a la que todavía no llegamos.

Durante el tiempo que estuvimos esperando la comida, los soldados de la compañía que había regresado un día antes del frente, que no era la mía, fueron adquiriendo un poco de vida y a la hora de comer estaban lo que yo llamaría “menos petrificados”. Pero los ojos seguían con la mirada demasiado fija para ser normal, el aire general de una fatiga infinita y los movimientos lentos y cansados. Me dirigí al más cercano.

—¿Estuvisteis mucho tiempo sin relevo?

Me miró sin interés y dijo:

—Tú eres nuevo aquí.

—Sí. Del *Spanish*.

Señaló a un soldado que estaba recostado en un olivo más lejano y dijo:

—Ve con aquel francés. Ellos llevan un tiempo en la reserva. Nosotros acabamos de llegar después de doce días arriba.

Me acerqué al francés que me dijeron y le reconocí. En aquel tiempo yo tenía buena memoria.

—¡Camarada Gaveau!

Me miró buscando en su mente quién era yo y por qué lo conocía y sonrió al encontrarlo.

—Camarada Gaveau: ¿no se acuerda de Valencia?

Su mirada cobró brillo.

—Claro que sí —habló en francés—, Mora, el camarada Mora.

Se acordó de algo y soltó la carcajada.

—¿Ya aprendiste cómo hablar a las muchachas en francés?

Después de un mitin estábamos en Valencia con unas chicas de la JSU, bromeando y coqueteando, y viendo que yo hablaba en francés con Gaveau (muy mal, por cierto, pero ellas no lo sabían) me preguntaron cómo se decían cosas bonitas a la novia en francés. Yo para lucirme les dije, entre otras cosas, *mon vie* por querer decir “mi vida” y Gaveau soltó una carcajada y no dejó de reírse hasta que me explicó que con el pronombre posesivo masculino *mon*, en lugar del femenino *ma* que es el correspondiente a “vida” (*vie*), yo estaba hablando del miembro viril. Afortunadamente las chicas no sabían nada de francés.

Ésta es otra de las cosas insignificantes que recuerdo perfectamente, como lo del dolor de hígado. Varias semanas estuvo Gaveau en Valencia (creo que él tenía alguna comisión o estaba con permiso, pero eso sí no lo recuerdo) y estuvimos viéndonos a diario, tomando calé y una que otra cerveza en el tiempo libre de nuestro trabajo (el mío en las Juventudes y en el movimiento deportivo “¡Alerta!”, auspiciado por la JSU como entrenamiento paramilitar y en el que yo era Consejero de Cultura del Consejo Provincial). Y mi camarada Gaveau, para que perfeccionase mi francés, me regaló, dedicados, dos diccionarios de bolsillo, francés español y español francés, que todavía conservo.

Es curioso pero a medida que escribo el pasado voy recordando más cosas. Gaveau se convirtió en mi mentor en aquellos primeros y pocos días en que estuvimos en el primer escalón de reserva, muy cerca de la primera línea. Teníamos todo el ruido encima y sólo porque nos protegían unos cerros, estribaciones de la sierra, no teníamos que estar tirados al suelo. De todos modos no era aconsejable “estirar la gaita”, como dijo el teniente, y asomarse hacia el otro lado.

En esos pocos días fui conociendo a algunos de mis camaradas de compañía. Había varios cubanos, uno de ellos creo recordar que se llamaba Azcuy,

Benigno Azcuy, si no me equivoco, que lo primero que hizo fue decirme: "Tu, veas lo que veas, se ponga como se ponga, no te ocupes, chico, no hay problemia" (sic). Y agregaba: "Sólo pueden suceder tres cosas: o que te hieran, o que te maten, o que no te pase nada. Si te hieren te mandan a retaguardia; no hay problemia. Si te matan ya no tienes problemia y si quedas vivo y sano, no hay problemia. De manera que pase lo que pase, y lo mismo si no pasa, no te ocupes, chico, no hay problemia". Benigno me contó que el *Spanish* se llamaba así por que estaba formado en su origen por lo que los estadounidenses del batallón *Lincoln* llamaban "hispanos", es decir *Spanish* (latinoamericanos, diferentes de los *Spaniards*, los españoles de España), y así lo bautizaron.

—Y hace un año había tantos cubanos que nos llamaban el "Batallón Cubano".

—¿Y qué fue de ellos?

Subió y bajó los hombros.

—Algunos se fueron a unidades españolas, otros desertaron, bastantes murieron, otros fueron heridos... ¡Ve tu a saber!

Un camarada que me dijeron que era polaco no hacía más que escribir, siempre estaba escribiendo en todo instante que tenía libre, como si fuese una obsesión. Hablé con él pocas veces, en francés. Había un griego al que todos llamaban Leónidas aunque no se llamaba así. En algunos casos me acuerdo más de las caras que de los nombres, y no llegué a tener tiempo de hacer grandes amistades que, por otra parte, nadie quería crear. Los más veteranos habían perdido a sus mejores amigos, algunos de ellos que conocían desde su país de origen, desde una juventud que habían compartido, y no eran muy locuaces. Eran amables, eran verdaderos camaradas y se podía contar con ellos a la hora de un apuro, pero rehuían la intimidad, el entrar en demasiada confianza.

Y el teniente me contó un día:

—Aquí tuvimos al principio varios mexicanos, pero algunos murieron, como el teniente José Jaramillo Rojas, que cayó en Brunete, y otros fueron transferidos a unidades del ejército español. El último mexicano que tuvimos con nosotros, era un buen camarada pero lo transfirieron a otra División porque lo hicieron teniente.

La noticia me emocionó.

—¿Y cómo se llamaba?

—Aquiles Sajarópulos —me dijo el teniente.

—Entonces era griego, no mexicano.

—Eso pensé pero él me aseguró que era mexicano, nacido y criado en Culiacán, Sinaloa, y que allí hay otros descendientes de griegos.

Sin duda era verdad porque muchos años después yo conocí a Héctor Sajarópulos (y fui buen amigo suyo), también de Sinaloa. Más de un año estuvimos Héctor y yo cultivando la amistad antes de que yo me acordase de aquel mítico Aquiles del que me hablaron en la Sierra de Pandols, pero cuando me acordé

y se lo dije, Héctor me aseguró que no debía ser de su familia porque nunca había oído hablar de él. También es posible que un sinaloense voluntario en las Brigadas no quisiera (por lo que fuese) dar su verdadero nombre y a la hora de inscribirse e identificarse con sus camaradas se le ocurrió dar el de los Sajarópulos de Sinaloa.

También conocí a Benito Crespo, mecánico de automóviles en Madrid y natural de un pueblecito de la provincia de Ávila. Todo lo que sigue me lo contó él mismo. Benito estaba en el frente desde el principio de la guerra, había combatido en diferentes unidades, fue herido tres veces y por último había ido a parar al *Spanish* de la XV Brigada. Era comunista, había estado en la toma del Cuartel de la Montaña en Madrid, en el frente de Guadarrama y en la defensa de Madrid, donde lo hirieron en el barrio de Usera. Y, como pude ver cuando entramos en combate, era un soldado veterano y experto. Pero Benito llevaba consigo un problema trágico: su esposa, que era gallega, estaba de vacaciones con unos parientes en Orense cuando estalló la rebelión militar y no sabía nada de ella ni de su hijo, de cinco años. Era un buen camarada y al saber que yo era de la JSU intimamos con mayor facilidad en poco tiempo. El hombre arrastraba su drama interior que era ignorar todo respecto de su esposa y de su hijo.

Un día que el capitán, que hablaba bien el español, con acento, estuvo un buen rato charlando con todos nosotros para conocernos, nos contó un divertido episodio. Resulta que un blanco sudafricano se presentó en Albacete e ingresó en las Brigadas. Y cuando, después de unos días de **entrenamiento**, le pagaron por primera vez fue a reclamar al pagador y a protestar porque **él** esperaba mil quinientos dólares al mes según le había dicho un amigo suyo en Milán. Naturalmente le dijeron que los brigadistas cobraban trescientas pesetas mensuales, es decir, diez pesetas diarias, y **montó en cólera**, pero ya era parte de las Brigadas y André Marty le **negó la baja** que solicitaba. La bronca fue tan grande que lo metieron al calabozo veinte días. Resulta que era un mercenario que, entre otras cosas, había servido al ejército italiano en Abisinia y a algún dictadorzuelo centroamericano —entonces había varios en su apogeo, puestos y sostenidos por Estados Unidos—, y llegó a España persuadido de que el gobierno republicano contrataba mercenarios bien pagados. Cuando salió del calabozo desapareció y se fue de España: probablemente los jefes de la Brigadas miraron para otro lado porque esa clase de gente era un desprestigio para la causa republicana y valía más no tener que lidiar con ellos.

En poco más de una semana me familiaricé con algunos de mis compañeros de compañía y los conocí a casi todos, incluso a los tres reemplazos que estaban visiblemente asustados. Yo también lo estaba pero no se me notaba tanto. Esto está muy manido y dicho pero se repite, porque es verdad: el valor que a veces te atribuyen no consiste en no tener miedo, sino en que se te note poco y no te impida actuar. Recuerdo cuando, por primera vez, después habría muchas, fui consciente de tener miedo, cuando me asusté y me llegué a preguntar, en mi fuero

interno, si no me había comprometido a más de lo que podía. Eso lo sentí mientras caminaba, detrás del ayudante del camarada Delage, desde el Comisariado hasta el batallón *Spanish*. En cambio, por lo que a mí respecta, nunca sentí miedo en la acción, sino siempre en la espera, en la inactividad. Cuando no pasa nada es cuando uno piensa en lo que va a venir. Y lo teme. Cuando ya vino hay que moverse, correr, disparar, esconderse o lo que sea y ya no hay tiempo para sentir miedo. Pero cuando se espera un ataque o se soporta un bombardeo directo... Lo mismo les ocurre a muchos, no es cosa particularmente mía.

Una noche Azcuy, el cubano, se sinceró conmigo. No sé qué habría producido en él tal estado de ánimo, quizás alguna carta recibida o algo así porque estábamos sentados juntos en la noche, después de la cena, cuando de pronto me dijo:

—No sé por qué vine. Estoy harto. Ya no sé qué hacer. Y lo peor es que desde que llegué fue lo mismo. Tengo miedo, creo que voy a morir.

Nada había en sus palabras del buen humor de sus chistes, y a mí me resultaba extraño escuchar algo tan serio con el acento cubano. Ya sé que esto es una total estupidez, pero así somos, así es la gente. Yo había escuchado siempre a los dos o tres cubanos que hasta entonces había conocido (años más tarde viví y estudié en Cuba) en tono jocoso, contando chistes, como agradables relatores de bromas y cuentos. Y Benigno estaba hablando muy en serio.

—Por lo que he oído en estos días —le dije—, creo que puedes intentar que te den de baja. Esto ya va para el final y a algunos del *Lincoln* ya los mandaron de vuelta según me han dicho.

—Es que no quiero, mi deber está aquí.

—¿Te lo exige el partido?

—¡No, carajo, no pertenezco a ningún partido! Yo vine porque había que venir. ¿Entiendes eso? Había que venir. En Cuba, mi patria, hemos sufrido muchas dictaduras asesinas como la de Gerardo Machado, un criminal en la presidencia que estuvo en ella desde 1925 hasta 1933 con el apoyo de Estados Unidos. Lo tumbó un movimiento popular y de sargentos encabezado por Batista, (entonces sargento taquígrafo, militar de oficina), que simpatiza con la causa de la República.<sup>20</sup> Machado mandó matar a mucha gente, dentro y fuera de la isla, como a Julio Antonio Mella, que fue asesinado en México. Y hace tres años sube Hitler al poder en Alemania y ya tú sabes. Y desde antes Mussolini, y ahora los fascistas aquí. ¿Qué podía hacerse sino venir? ¿Qué otra cosa, dime? ¿No viniste tú mismo de París en lugar de quedarte allí estudiando?

—No acabo de entenderte. No quieres estar aquí pero estás y viniste por tu gusto y nada te obliga a estar...

—Mira chico, un hombre es un hombre, tú mismo ya lo eres. Y un hombre ve cómo va el mundo, ¡carajo!, y ¿qué puede hacer sino venir? Vinimos en varios

---

<sup>20</sup> Fulgencio Batista fue popular por su lucha contra Machado, en su primer gobierno. Después, en 1952 derrocó a Prío Socarrás y se convirtió en un dictador sangriento, hasta que lo derribó Fidel Castro.

grupos de cubanos. Sí, los más eran comunistas, los mandaba para acá Blas Roca, es decir, el partido. Sin embargo, otros no éramos comunistas pero habíamos sufrido a Machado y sabemos lo que está haciendo Hitler. Si Hitler se apodera del mundo, ¿cómo crees que nos irá a todos? ¡Pueés había que venir! ¿Qué puede hacer un hombre, dime qué puede hacer un hombre?

—Hay muchos hombres en el mundo que no han venido. Incluso simpatizantes, ayudan de otro modo, mandan viveres... No todo el mundo puede venir a luchar.

—¡No me calientes los huevos! Se es o no se es hombre. Yo vine y aquí seguiré, hasta que me maten o hasta que me echen.

—Pero tu decías...

—Son debilidades que le dan a uno, chico. Pero uno las domina.

Se levantó y se fue y me pareció que muy disimuladamente se enjugó una lágrima en la oscuridad.

Y me dejó con la pregunta colgada de mi pensamiento: ¿Qué puede hacer un hombre? Decidí entonces que cuando me ganasen el miedo o la duda me acordaría de Benigno. Había que venir.

Todo este tiempo, claro está, no dejamos de practicar instrucción, como armar y desarmar armas con los ojos vendados, arrastrarnos “metiendo el culo” como decía el sargento, protegernos con sacos terreros, haciendo agujeros en el suelo, si se puede, y otras prácticas. No se exigía mucho —de hecho casi nada— a los veteranos, que eran maestros en lo de protegerse tras una piedra o en un agujero, y a veces en hacer agujeros con cualquier cosa, porque había pocas palas, pero a mí y a los tres reemplazos nos tocaba aprender todo eso porque éramos nuevos. Yo estaba convencido: de saber todo aquello podía depender la vida, y lo tomé muy en serio. Los reemplazos, especialmente los dos mayores, no dejaban de refunfuñar cuando no les oían los mandos.

Y así estuvimos unos diez días, hasta que me avisó el teniente:

—Hoy en la noche o en la madrugada vamos a relevar al *Lincoln*.

Entonces volvió a mí la inquietud, el miedo, porque era la espera, el no hacer nada más que esperar. Y ya listos, juntos y armados, mi compañía esperaba. Gaveau tenía un fusil ametrallador con dos patas para apoyar en el suelo, creo que era checoslovaco, pero yo apenas un fusil común y corriente de la época (de los que se rellenan con cargadores de cinco balas de 7.62 mm. y hay que mover el cerrojo a cada disparo para sacar el casquillo vacío), con su bayoneta.

¡Cuántas veces, décadas más tarde, he envidiado el armamento de la infantería que se ve en las películas de la Segunda Guerra Mundial! ¡Esos subfusiles ametralladores en los que se introducen cargadores de muchas balas! Ciertamente antes de acabar la guerra de España, primero en el Ebro y después ya en plena retirada hasta la frontera, yo tuve y utilicé un subfusil ametrallador de los que llamábamos “naranjeros”. (¿Sería porque los hacían en Valencia, tierra de naranjas?) Al final de la guerra, el número 15693 para ser exactos, lo sé porque conservo el

documento con el que me lo dieron para que pudiese acreditar su legítima posesión y el estar encuadrado en una debacle llena de desertores y fugitivos. Del que usé en el Ebro no supe el número porque me lo dio el teniente (y después lo recuperó) sin papeleo, de mano a mano. Pero los naranjeros no pueden compararse con los modernos AK usados en la continuación de la guerra que comenzó en España, y de todos modos donde los hubiéramos necesitado, aun con sus fallas, era en el Ebro y allí rara vez se veían, de lo que con mucha razón se queja Tagüeña en sus memorias.

Y llegó el momento. Partiendo de desigualdades del terreno que ofrecían protección, teníamos que cruzar un trayecto corto, de unos cincuenta metros, completamente plano y sin árboles, rocas ni accidentes que permitiesen cubrirse, pero no era necesario cubrirse porque estaba a espaldas de la cota que debíamos ocupar como relevo, fuera de la vista de los fachas. Más allá empezaban las rocas y las piedras por las que tendríamos que subir a la cima. La cuestión era que en el terreno plano era donde caían los obuses cuando el enemigo montaba una cortina de fuego artillero para dificultar o cortar los abastecimientos; era el fuego previo si preparaban un ataque. Pero en la madrugada, todavía oscuro, no estaban disparando.

De todas formas el teniente (el capitán había subido el primero) nos hacía pasar en grupos pequeños y corriendo, por si acaso, hasta la protección rocosa en que se iniciaba la subida. Y habían pasado ya más de la mitad cuando empezó la artillería. Los primeros obuses caían un poco a mi derecha (yo no había pasado aún) y seguían una línea de derecha a izquierda pasando frente a los que quedábamos y perdiéndose a la izquierda, para volver a empezar. El que estaba a mi lado, un veterano internacional, no sé de qué país, me explicó en francés que aquello no era la barrera previa a un ataque, sino un fuego de distracción para no dejar de estorbar cualquier posible movimiento nuestro, es decir, un poco al azar, "por si acaso".

Más adelante me tocaría ver y sufrir otros fuegos parecidos, de armas diversas, fuego de hostigar, para no dejarnos descansar aunque no hubiese un ataque, pero ésta fue la primera de las dos en que tuve que cruzar una barrera de fuego de artillería.

Para pasar, me dijeron, había que esperar, pegados al suelo, a que estallase el obús que más o menos caía frente a nosotros y entonces correr mientras seguían cayendo obuses a nuestra izquierda y antes de que volviesen a empezar de nuestro lado. Y así lo hicimos. Los cincuenta metros se me hicieron largos mientras escuchaba los obuses que se iban alejando y apenas habían pasado unos minutos cuando volvieron a empezar, pero ya estábamos, los que cruzaron conmigo y yo, al abrigo de las primeras rocas. Los que habían pasado antes ya habían iniciado el ascenso siguiendo al capitán y los primeros llegaban a la cima, todo en el mayor silencio posible, evitando que las armas golpearan la roca o cualquier otro ruido. Poco después subía yo entre rocas cortantes de diferentes

tamaños, algunas lo suficientemente grandes para cubrir a un hombre de la vista de otros, y pisando piedras más pequeñas que en buen número eran fragmentos de las mayores, quebradas por las bombas. Así pasamos también la alambrada en la que los nuestros abrieron un paso que después volverían a cerrar. Iba procurando no cortarme con los fragmentos, y pisando con mucho cuidado y muy despacio entre los peñascos, cuando comenzaron a cruzarse conmigo, en una línea paralela, los restos del batallón *Lincoln* que, tras muchos días, demasiados, enfrentados sin relevo al aplastamiento de aviones, artillería y morteros, bajaban ¿por última vez? de la cota. Iban rumbo a su tierra y creo que lo sabían, pero no había en ellos satisfacción ni alegría. No había mucha visibilidad pero dos o tres pasaron a mi lado con la vista fija, sin expresión, sin hablar y sin hacer el menor gesto de comunicación humana. La descripción que han dado otros brigadistas del Ebro antes que yo, es la correcta: parecían zombis. Lo que no he leído en ningún testimonio de brigadistas del Ebro es que muchos de esos zombis no se recuperaban nunca, que casi la mitad de las bajas por enfermedad eran por enfermedad mental, porque el cerebro no resistía aquello y estallaba. No hablo de la guerra en general, ni siquiera de la batalla del Ebro en su primera etapa, la ofensiva republicana, sino de la segunda fase en el Ebro, la resistencia de los soldados de la República, españoles y brigadistas, a las nubes de aviones, a los millares de bombas, de morteros y de metralla, lo que en mi cerebro hizo que a mí me bajase un telón de olvido por sesenta y tres años (de olvido únicamente de esa etapa de la guerra), y me considero afortunado de que mi inconsciente haya podido librarme así de algo peor.

Llegué a lo alto de la cota. No se llega aquí porque uno tiene ideales o porque se sabe (¿se sabe?) cuál es el lado de la justicia. Se llega porque sí, por cojones, que diría un español, porque la vida es así, llena de mierda y de riesgo, de ansia y de lucha. Sobre todo de ansia, ansia por llegar a algo que no se sabe qué es, pero que significaría, si existiese, el ascenso, la eterna subida (y salida) que instintivamente todos anhelamos, aunque no sabemos qué es. Pero que precisamente es lo que nos lleva un poco más allá de la pura y simple biología.

La cima tenía la línea avanzada protegida por alambradas y parapetos de cemento, trabajo realizado por los del Batallón *Lincoln* a lo largo de los meses de la batalla, aprovechando cada rato, cada oportunidad, cada pausa en el ataque, y el teniente me señaló un agujero muy superficial pero largo, del tamaño de un hombre acostado, protegido por sacos terreros y algunas piedras de las muchas que había en toda la zona, pues debido al terreno rocoso era imposible cavar verdaderas trincheras. Las fortificaciones en el frente del Ebro no eran, en lo general, más que anfractuosidades del terreno reforzadas con piedras y cemento, accidentes de la tierra “retocados” con barreras de piedras, rugosidades ampliadas y resaltadas por las palas militares, agujeros naturales que se protegían con refuerzos de cemento y, sobre todo, alcantarillas de carretera que se ampliaban, reforzaban y protegían con cemento y piedras. Piedras había muchas

más de las que hubiésemos querido. Al correr uno se resbalaba con las piedras sueltas, si se caía piedras cortantes le herían y en el combate había veces en que los proyectiles que herían eran esquirlas de piedra.

Mi agujero largo con su barrera de piedras era una cierta protección para disparar acostado; se encontraba a la derecha de la cima mirando hacia el enemigo, y cubría el frente y un poco del lado derecho, aunque por este último el terreno estaba tan accidentado y tan rocoso que era casi imposible subir, mientras que al frente, sin dejar de haber obstáculos, la superficie era una pequeña ladera, posible, aunque difícil y con alambradas, para el ascenso y el descenso entre las rocas.

—Tienes que estar muy alerta —me dijo el teniente—, pero no dispares si no tienes el blanco tan cerca que no sea posible fallar. Si en los ratos tranquilos ves algo sospechoso, levanta el brazo y muévelo. Todos sabemos lo que eso significa. Si empiezan con los morteros o ataca la aviación no te muevas. Lo más seguro es quedarte en tu agujero. Si de pronto dejan de tirar la artillería y los morteros ponte muy alerta; es que vienen. Si la cosa es peor de lo peor nos retiramos a la segunda línea de defensa, para darles cierta confianza y contratacar volviendo a ocupar la primera, pero eso no puedes hacerlo si no te lo ordenan. Y no te duermas en las guardias si no quieres despertar con una bayoneta clavada en la espalda.

La segunda línea, a la que me llevó el teniente, enseñándome sus características y uso, era más primitiva en un sentido: en apariencia había sido menos trabajada, había menos sacos terreros y menos agujeros, pero en cambio bastantes peñascos habían sido colocados formando un parapeto natural capaz de detener las balas de cualquier calibre y la metralla que cayese del otro lado. Además, entre las rocas, había algunos fusiles que el teniente ya sabía que allí estarían, algo de munición y algunos racimos de bombas de mano cubiertos con fragmentos de roca más o menos planos o enterrados bajo piedras. Nuestros oficiales revisaron todo eso y lo mejoraron en la provisión de armas y granadas. La primera vez que vi las granadas de mano en la segunda línea, pensé que era una barbaridad dejarlas allí porque se me ocurrió que con las explosiones de los morteros, la artillería y las bombas de los aviones podían estallar. Pero después comprendí que tener las granadas allí o no tenerlas era lo mismo, ya que cada uno de nosotros llevaba por lo menos cuatro o más bombas de mano sujetas al cinturón, o algunos en una bolsa, y con ellas estábamos allí bajo las bombas, los morteros y la artillería. La situación era ésa, aunque yo no entienda todavía por qué nuestras bombas de mano no hacían explosión antes de lanzarlas cuando estábamos en aquel pandemonium.

A los veteranos no les dieron nada de instrucciones, sólo les indicaron su puesto; algunos lo escogieron por sí mismos y se organizaron para un posible ataque. Sólo a mí y a los tres reemplazos nos dieron instrucciones detalladas. Y todos nos ocupamos en recomponer los parapetos, y uno o dos veteranos en recolocar algunas alambradas. Facilitó todo esto la oscuridad nocturna que aún persistía y el relevo se realizó sin incidentes ni fuego enemigo.



JOVENTUT SOCIALISTA UNIFICADA

COMITE DE BARCELONA

SECRETARIAT

Educacion del Soldado.

FRANCISCO NORR GARCIA, RESPONSABLE DE LA COMISION DE EDUCACION DEL SOLDADO DEL COMITE DE BARCELONA DE LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS UNIFICADAS

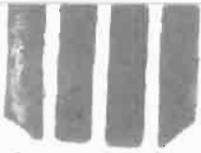
C E R T I F I C O: Que el camarada Juan Máguel de Mora Vaquerizo, pertenece a esta comision desempeñando la secretaria de Cuadros, por lo cual todos los militantes de nuestra organizacion le prestaran su ayuda y colaboracion cuando le sea necesario en el desempeño de su cargo.

Y para que conste, y pueda justificarlo alli donde sea necesario e le crea conveniente, extiende el presente en Barcelona a 1 de Agosto de 1986.



*Ascendiendo en responsabilidades dentro de la JSU es nombrado Secretario de Cuadros en la Comisión de Educación del Soldado del Comité de Barcelona.*

**CASAL NACIONAL DE LA JOVENTUT  
BARCELONA**



El company *Juan Miguel de Mora*  
està autoritzat com a *membre de la Comissió*  
*de l'Educació del Solistat de Catalunya* per circular lliu-  
rement pel CASAL.

Barcelona *12 de Agosto* del 1938

El Secretari d'Organització,  
*J. C. Estro*

L'interessat,  
*Juan Mora*



El Hotel Colón se ha convertido en "Casal Nacional de la Joventut" y contiene las oficinas de toda la JSU, de Cataluña y de España, y para circular libremente por él se requiere un pase individual e intransferible.

**Alianza**  
ORGANO NACIONAL DE LA A. J. A. DE ESPAÑA

Teléfono 71605

Pi y Margall, 70

Barcelona, 10 de Septiembre de 1938

CERTIFICO: Que el camarada Juan Miguel de Mora Vaquerizo es redactor de nuestro periodico, desplazandose a los frentes del Ebro a cumplir su labor, por lo cual esperamos que le deis toda clase de facilidades.

FOR "ALIANZA"  
"ALIANZA"  
Organismo del Consejo Nacional de la A. J. A. de España  
DIRECCION  
Firmado: J.M.G. Jerez

ALIANZA JUVENIL ANTIFASCISTA  
CONSEJO NACIONAL  
SECRETARIA GENERAL

La Alianza Juvenil Antifascista quiere publicar material periodístico sobre la batalla del Ebro y Juan Miguel se ofrece a ir a condición de quedarse y mandar material desde allí.

  
PARTIT SOCIALISTA UNIFICAT  
DE CATALUNYA (I. C.)  
COMISSIÓ DE PROPAGANDA AL FRONT  
Passatge Pi i Margall, 38  
Telèfon 65560 - Departament 24  
BARCELONA

Barcelona 13 de Setembre de 1938

Camarada Josep Navalà

C i u t a t

Te rogamus dejes subir al camión de la prensa al los camaradas ANTONI NORD y JUAN M. MORA, los cuales tienen que trasladarse al Ejército del Ebro.

PER LA SECCION DE AGIT-PROP. de la C.P.M.

COMISSIÓ DE PROPAGANDA AL FRONT DE CATALUNYA

J. Erras

Para ir al frente hay que encontrar los medios de transporte y Juan Miguel de Mora y su fotógrafo y amigo, Antoni Nord, consiguen espacio en el camión de la prensa del PSUC.

## **APUNTE DE LA BATALLA DEL EBRO**

*Bajo el plomo los pechos desnudos de los hombres,  
y nada más*

*Un viento arrebatado de pólvoras mordidas.*

*Un cielo cuarteado de esquirlas encendidas.*

*Un suelo descuajado. Un monte. Un río. Un mar*

*Y los pechos desnudos de los hombres de  
barro...*

*¡Y nada más!*

PEDRO GARFIAS



EJÉRCITO DEL EBRO

COMISARIADO

Sección Secretaría.

Número 1235

Se ~~autoriza~~ al Camarada JUAN MIGUEL MOHA VASQUEZ, Redactor de "ALIANZA" para que pueda circular libremente por las zonas de vanguardia y retaguardia de este Ejército del Ebro, con objeto de hacer reportajes de Prensa.

P.C. a 14 de Septiembre de 1938.  
EL COMISARIO DEL EJERCITO DEL EBRO.

Por 10 días.

*Luis Delage. Comisario del Ejército del Ebro, le da este pase para que pueda hacer su labor periodística. Y al día siguiente, a insistente petición suya, le admitirá en la XV Brigada Internacional.*



*A los 17 años Juan Miguel aparenta más. Es un jovencito, pero ya no es un niño. Esta foto es de 1938, el año de la batalla del Ebro.*



## AQUÍ ESTOY PARA MORIR

*Aquí estoy para vivir  
mientras el alma me suene,  
y aquí estoy para morir,  
cuando la hora me llegue.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Amanecía despacio y la claridad avanzaba muy poco a poco. Yo escrutaba al frente, donde estaba el enemigo, pero no lo veía. Supongo que ellos tampoco nos veían a nosotros. Esas esperas son lo más angustiante de la guerra. Uno piensa en muchas cosas, a veces sin sentido, sin razón, quiero decir sin explicación razonable. Algunas veces, en la sierra de Pandols, yo pensé en el Usumacinta, un río grande y poderoso que corre por Tabasco y Chiapas en la frontera con Guatemala. Su nombre siempre me atrajo: Usumacinta. Aun antes de conocer su significado. Es, o me lo parece, una palabra hermosa: Usumacinta. Con los años supe que significa “lugar donde hay muchos monos”. Y sí, los hay, se llaman saraguatos y abundan en las ramas de los árboles, en lo que todavía queda de selva. Lo sé aquí, en el Ebro, y lo recuerdo consciente de que es una estupidez acordarme, aquí y ahora, del Usumacinta y de los saraguatos. Unos se acuerdan de sus novias o esposas, algunos de sus hijos y yo, ¡si seré idiota!, del Usumacinta y de los saraguatos. ¿Cuántas sandeces encierra la mente del hombre? Claro que podía estar pensando en “Estrella”. No se llamaba así, se llamaba Carme, en catalán. La conocí en el Hotel Colón, entre una y otra reunión, en aquella vida de los militantes demasiado jóvenes para el frente que vivíamos de uno en otro comité y de una en otra junta. Me enamoré como lo que era, un adolescente. Y sufrí el tradicional desengaño y la terrible —para mí, entonces— tragedia. Pero así es la vida. ¿Cómo podía yo esperar que una mujer, por más joven que fuese, tomara en serio a un niño como yo? Lo de “Estrella” tenía su origen en una canción de soldados: “Tengo yo una novia que se llama Estrella: si me dan permiso me caso con ella”. Fue gran suerte que no me dieran permiso. Eran menos peligrosos, como recuerdos para un muchacho de mi edad, los monos del Usumacinta. Porque, aunque no lo he dicho, “Estrella” tuvo mucho que ver en aquella locura mía desde el puesto de escuchas: el muchachito picándome y el recuerdo doliéndome. Pero la defensa de las cotas, ya encuadrado en el batallón, me quitó todo asomo de estupidez juvenil.

Muy poco a poco aumentaba la luz y me pareció ver algún movimiento allá abajo, y con mayor claridad en una posición lejana y alta frente a la nuestra, aunque no tan alta como nuestra cima. Alcancé a ver lo que parecía ser el cañón de una ametralladora saliendo de entre un montón de piedras pero estaba demasiado lejos para ver —y disparar— por su aspillería al que la manejaba.

Otro de los recuerdos que no podré olvidar mientras viva, ahora que ya puedo recordar lo del Ebro, fue aquel momento, que quizá duró segundos pero que para mí fue eterno, en que tenía en el punto de mira la espalda de aquel hombre corriendo, con el dedo índice metido en el guardamonte, tocando el gatillo sin apretarlo todavía y consciente de que aquella vida dependía de mi voluntad. Matar en la guerra es fácil (tan fácil como ser muerto), y sólo muy de vez en cuando se es consciente de haber acertado en un blanco humano. El hombre corría queriendo salvarse pero estaba en mi punto de mira y caería si yo apretaba el gatillo. Lo miraba, lo miraba y lo veía mientras corría agitando los brazos. Veía su espalda. Veía su movimiento que yo podía cortar en seco con sólo mover el dedo índice. Su espalda era como un blanco en un campo de tiro. Como un ejercicio de puntería. Pero era un hombre vivo corriendo hacia su muerte.

Apenas había aclarado el día cuando empezaron los morteros. Lo primero que sentí fue una explosión cercana y después nada. Inconscientemente pensé que sólo había sido uno y que seguiríamos tranquilos, pero detrás del primero y su breve pausa siguieron cayendo los proyectiles de los morteros. Me pegué a la tierra con cada centímetro de mi piel o al menos así lo sentí. Quería apretarme a la tierra como si al hacerlo pudiese hacer más grande el hoyo. Y llevaríamos así unos diez o quince minutos —lo digo convencido de que no podría precisar el tiempo realmente transcurrido— cuando escuché unos gritos:

—¡Arriba España! ¡Viva Falange! ¡Soy de los vuestros, no tirar, no tiréis!

De pronto creí que nos estaban atacando y me asomé hacia el frente. Y vi a uno de los reemplazos viejos, el de más edad, que corría hacia el enemigo agitando los brazos en alto, como aspas de molino.

—¡Arriba España! ¡Viva Franco! ¡Viva Falange!

Una voz cerca de mí me dijo:

—¡Tírale! ¡Tírale a ese hijo de puta!

Después supe que era el griego que en ese momento no llevaba fusil porque estaba revisando las posiciones y los hombres en cada una y era más cómodo arrastrarse sin el arma larga.

—¡Tírale! ¿Qué esperas? ¡Tírale!

Lo tenía en el punto de mira. Veía su espalda y sus brazos moviéndose mientras corría hacia las líneas enemigas. Al primer grito yo había levantado el fusil y quitado el seguro con el pulgar metiendo el índice en el guardamonte. Sentí que nadie tiraba de mi lado; porque nadie estaba tan en línea recta con el que corría o por lo que fuese, nadie disparaba. El hombre se alejaba de nosotros y se acercaba a las líneas fascistas. De pronto se cayó, se enredó en una alambrada rota y tardó unos segundos en soltarse sin que yo dejase de tenerlo en el punto de mira. Y con sólo un movimiento de mi dedo se detendría para siempre. Yo era buen tirador. Desde niño tuve una escopeta de caza de nueve milímetros y me encantaba tirar al blanco. En los veranos aprovechaba para practicar y, me da vergüenza confesarlo ahora, para cazar, es decir para matar animales indefensos por diversión. Siempre ganaba premios en los pabellones de tiro de las ferias.

El hombre se había incorporado y corría, corría sin que yo le dejase desprender su espalda de mi punto de mira. Algunos de mis camaradas me preguntaron después en qué pensaba yo durante ese tiempo, y ellos entendieron la verdad, que decepcionaría a los que no han estado en una guerra. No pensaba en nada. Absolutamente en nada. Estaba mirando la espalda del hombre por el punto de mira y era consciente de que podía matarlo pero no pensaba en nada ni apretaba el gatillo.

Más tarde, en los dos o tres primeros días de haber llegado a esa cota (después, ya en estado zombi, casi no hablábamos), pregunté a Gaveau y al cubano en qué pensaron en casos parecidos durante el combate y ambos me dijeron que en nada, porque hay tiempo para mirar, pero no para pensar.

Seguía mirando por el punto de mira cuando me dí cuenta, no sé cómo puesto que yo estaba con la vista fija en la espalda del hombre que corría, de que un fascista se erguía en sus líneas, mostrando medio cuerpo, y disparaba una ametralladora ligera. El que corría se quebró como un muñeco, giró sobre su lado derecho y cayó en las rocas, rebotando un poco antes de quedar inmóvil. Yo moví unos centímetros a un lado la mira de mi fusil y apreté el gatillo. El fascista bajó su arma sujetándola en la mano derecha, giró a ese mismo lado como si lo hubiesen empujado y me pareció, aunque no podría asegurarlo, que con la mano izquierda se agarró el hombro derecho a la altura de la clavícula, antes de desaparecer de la vista. Accioné el cerrojo del fusil y metí otra bala en la recámara; seguí mirando al mismo punto pero ya no vi nada, es decir, a nadie. Ése fue el primer disparo que hice contra un hombre con intención de matarlo. Pero tampoco pensé nada antes de disparar. Lo pensé después. Tenía, y tengo, la clara imagen del hombre, que parecía un oficial, recibiendo un golpe en el lado derecho y llevándose a ese lado la mano izquierda. Y no tuve ningún problema de conciencia.

No sé cuánto tiempo permanecí quieto en mi posición. Nadie dijo nada y los morteros volvieron a caer en la cota, hora tras hora, aunque no todos caían exactamente en la cima, quizás había un tirador poco experto o querían rociar metralla por todo alrededor de la cota. Al anochecer aflojó el fuego enemigo y, a lomo de mula, llegó la comida, fría. Gaveau comió a mi lado y me dijo que a las cotas casi siempre llegaba fría. No hizo ningún comentario acerca de lo ocurrido en la mañana. Yo tampoco.

Más tarde, cuando tuvimos algún minuto de relativa tranquilidad, Leónidas, el griego cuyo verdadero nombre nunca supe, me miró cara a cara y me preguntó:

—¿Por qué no disparaste al fascista?

Había en sus ojos una sospecha, lo noté claramente. Él había estado a mi lado incitándome a disparar y yo no le había obedecido. Por todo ello decidí decirle la verdad, la única y auténtica verdad; le miré a los ojos y le contesté:

—No lo sé—. Y, sin apartar la vista, insistí: —Es la verdad, no sé por qué no disparé.

Yo temía que no me creyese y que aquello se complicara, pero así como había percibido la sospecha ví también en sus ojos que me creía.

—Así pasa a veces —me dijo, y nunca volvió a mencionar el asunto.

En la noche el fuego de morteros disminuyó en intensidad, pero no desapareció. De vez en cuando, unas veces cada dos o tres minutos, otras después de diez o más de silencio, nunca más de treinta, los morteros siguieron cayendo en la cota. Ese tipo de fuego aleatorio, sin norma pero constante, acaba por afectar a los nervios incluso de los veteranos. Uno sabe que esos morteros pueden matarlo, pero no hay salida. Hay que seguir cada uno en su puesto, caiga lo que cayere. Sólo la fatiga, el cansancio extremo, ayuda a vencer ese temor constante porque, aunque parezca imposible, uno se duerme —cuando la organización de las guardias lo permite—, y ya no importan las explosiones, que se siguen escuchando en un indeciso duermevela.

Somos un grupo de gente en el que cada uno está aquí por su libre voluntad y albedrío, con dos excepciones: los dos reemplazos. Pero, después de la muerte del que asesinaron los fachas, el jovencito y el hombre maduro se han vuelto suaves, amistosos y siempre buscando comunicación con los demás, temerosos y tímidos, casi como perros que buscan una caricia. Y, sin decirlo, todos lo hemos columbrado. Les tratamos cordialmente, hablamos con ellos, les animamos. Hemos comprendido, aunque no lo hayamos comentado ni entre nosotros, la tragedia de estos pobres seres que, en medio de una conmoción tan tremenda como es esta guerra, no tienen bando. Yo intuyo, y creo que también los demás, que aquel pobre tipo que murió gritando “¡Viva Falange!” ni era falangista ni era nada. Él no corría para unirse al enemigo y combatir de su lado, sino para salir del peligro, para salir de la guerra. Por salir del conflicto, por salvar la vida, estaba dispuesto a todo, a pasarse a cualquier bando, o a jurar por cualquier cosa. Para él no había principios, ni ideas, ni valores humanos. Solamente la angustia de vivir, sin partido, sin bando, en plena neutralidad, en supuesta imparcialidad, en calidad de pelota de tenis golpeada desde los dos extremos del campo, inerme entre los que luchan. Y esa loca ansia de vivir le costó la vida. Hay guerras y situaciones en las que quienes quedan en medio son víctimas, cierto, es frecuente. Pero hay otras en las que las víctimas más aparentes son inconscientes victimarios, y su falta de carácter (o de valor, o de entereza) facilita el triunfo de lo peor, y no digo del mal porque esos conceptos del “bien” y el “mal” no se corresponden con la realidad humana. Si se analiza la cuestión resulta que todo son productos culturales; lo “bueno” y lo “malo” dependen de la época, de la cultura y de las costumbres de cada civilización. Y al admitir lo efímero de tales valores lo que cuenta hoy es la distinción entre lo malo y lo peor conforme a la actualidad. Y la diferencia puede ser definitiva para un país o para una comunidad.

El que vimos no fue una excepción: muchos de esos seres indecisos, neutrales y neutros, acobardados, temerosos, todo el tiempo muertos de miedo, fueron víctimas de sí mismos y murieron por serlo. ¿Por qué un fascista mató al que

corría gritando “viva Falange”? Para algunos de los que se dedicaron a matar desde el 18 de julio, unos del lado de los sublevados, conforme al principio de Franco, Falange, requetés (y la jerarquía católica de entonces) de que la solución era la eliminación física del enemigo, otros por venganza, por odio, por revanchismo o por delinquir, del lado de la República (y contra las disposiciones, las prohibiciones y los esfuerzos del gobierno legítimo por impedirlo), para todos esos gatilleros matar se volvió costumbre. Lo mismo les sucede a los gánsteres y a todos los que matan a sangre fría, porque matar en batalla es otra cosa. Matar en guerra es algo muy desagradable que casi nunca se piensa, que implica una forma de defensa propia, en parte inconsciente, y que se hace inevitable por las circunstancias. Matar en frío se vuelve costumbre. Frente a nosotros había requetés y moros. El que disparó era, al parecer, un oficial de los requetés o del ejército, quizá de algún tabor (unidad de regulares marroquíes). Y los requetés de antiguo, lo mismo que algunos militares, odiaban a la Falange (aunque se unieron con ella por la irresistible voluntad de Franco) y también desconfiaban de los que se pasaban a los “nacionales”<sup>21</sup> ya a una altura de la contienda en la que la República no tenía esperanzas. Entre esas razones se encuentra la explicación a la muerte del que gritaba. O tal vez al oficial le molestaron sus gritos. Para matar en cualquier guerra no hacen falta verdaderas razones. Y en este caso el muerto procedía, para ellos, del lado de los “rojos”.

En acontecimientos tan decisivos como una guerra civil los que están más en peligro son los que no quieren estar con nadie y por ello se vuelven sospechosos para todos.

El repuesto jovencito ponía toda su voluntad en aprender todo lo relativo a las armas, a los movimientos y a la protección personal en nuestra cota. Por fin había comprendido que el no aprender nada de lo que debe saber un soldado es la mejor forma de morir pronto. Y el viejo también, con menos entusiasmo, pero también convencido.

—Un hijo mío se fue voluntario y está en el frente del Segre, con las brigadas de carabineros. El otro es muy pequeño —me explicaba—, y ahora yo también estoy en el frente. ¡Yo nunca fui de ningún partido, pero estoy contra los hijos de puta facciosos!

—¿Por qué estás contra ellos? —le pregunté un día, cuando gozábamos de una calma relativa.

—Mira —me dijo—, antes yo creía que era imparcial y, según yo, lo era. No estaba con nadie. Pero ahora sí sé por qué estoy contra los facciosos. Porque

---

21 Uno de los efectos de esta guerra fue la corrupción del lenguaje que produjo la victoria del fascismo. Los “nacionales” eran, entre otros, los generales traidores al país y a sus compromisos legales, la Falange pro-nazi, la Legión Cóndor, alemana y nazi, y las divisiones italianas; los “rojos” eran gente como Manuel Azaña, Machado, García Lorca, los sacerdotes vascos y los militares profesionales que no traicionaron su juramento de lealtad a la ley. Y lo extraordinario es que los españoles siguen utilizando esos términos.

han armado ésta. Porque han ensangrentado toda España. Porque por su culpa estoy yo aquí y mi hijo en otro frente. Porque nos han jodido a todos y al país. Por eso.

El fuego intermitente de los morteros siguió todo el día, pero no nos tiraba la artillería ni nos bombardeaban los aviones. Todo eso estaba dedicado a una cota cercana que desaparecía entre nubes del polvo producido por las explosiones. El capitán creía que los que estaban allí eran los del *British* de nuestra misma XV Brigada, originalmente batallón de británicos pero ahora ya muy reforzado con españoles y brigadistas de otras nacionalidades, lo mismo que el nuestro, el *Spanish*. Sólo en mi compañía, según mi memoria, había un griego, un polaco, un inglés, un mexicano, algunos cubanos, un número indeterminado de españoles y otros muchos que no recuerdo. En esta etapa de la guerra y de la batalla del Ebro, la etapa final, la de la resistencia sin esperanza, la excelente organización del Ejército del Ebro se mantenía en cuanto a estricto cumplimiento de las órdenes, retiradas escalonadas, resistencia apoyada en un constante movimiento de unidades que necesitaban relevo y sólo tenían breves descansos, valor mil veces probado de los mandos, incluso los más altos, como Modesto, Líster o Tagüeña, y heroísmo abnegado y firme de la tropa. Pero en lo que hace a archivos, papeleo y lo que en México llamamos burocracia, no creo que el orden pudiese ir más allá de cuidar que la documentación y archivos de las unidades fuesen quemados antes de que cayesen en poder del enemigo.

Por cierto que Tagüeña, Manuel Tagüeña Lacorte, era para mí un personaje admirable y admirado. Y no sólo para mí, sino para muchos de mi edad y mayores, pero jóvenes, por sus méritos y por sus orígenes políticos. Se distinguió en todas las luchas de los años anteriores a la sublevación militar como miembro de la FUE (Federación Universitaria Escolar) y de la Juventud Socialista Unificada (JSU) y por ello estaba muy cerca de nosotros, aunque fuese de más edad. Era el típico dirigente juvenil, mayor que los adolescentes, pero muy joven. Y de ese joven pero excelente jefe militar me habían hablado los amigos y correligionarios de la JSU desde que llegué a Madrid. Era un mando nuestro, de los jóvenes. Y el destino quiso que yo fuese a parar a la XV Brigada de la 35 División que pertenecía al XV Cuerpo de Ejército, el que mandaba Tagüeña, que a los 24 años, poco más o menos, mandaba 70 mil hombres y tuvo que hacerlo antes de haber acabado sus estudios porque la guerra no le dio tiempo. Pienso ahora en todos esos jóvenes "revolucionarios" de los años sesenta que en nombre de una "revolución" (tan inofensiva que sus símbolos se convirtieron en objetos comerciales de ganancia para el *establishment* que ellos combatían) gritaban: "No hay que confiar en nadie mayor de 30 años."

¿Qué hubieran pensado de ese muchacho que era Tagüeña, mandando un Cuerpo de Ejército que defendía en serio los derechos que ellos proclamaban como niños mimados, sin otro peligro que el uso y abuso de las drogas?

Yo sólo vi a Tagüeña dos veces y no hablé con él más allá del saludo y eso fue antes de ser yo soldado, cuando era corresponsal, ya en el Ebro. Él ya era

teniente coronel y seguía teniendo el aire de un dirigente de la FUE, con sus lentes de gruesa montura de pasta y sus ojos brillantes, muy vivos, que al mirarlo a uno iban mucho más allá de la superficie. También era querido y respetado el jefe de la 35 división, Pedro Mateo Merino, a quien nunca vi ni traté. Y nunca oí una sola palabra de crítica contra Valledor —por fin me acordé—, el jefe de nuestra Brigada, con quien jamás cambié palabra ni saludo, ni siquiera lo vi. Un soldado raso no suele codearse, a menos que esté asdscrito al Estado Mayor, con los jefes de división y menos aún con los de Cuerpo de Ejército. Pero creo que vale la pena recordar la impresión que causaban mis jefes entre la tropa. Y siento mucho si algunos lectores están decepcionados porque no hablo de jefes que mandaban fusilar, o que de algún modo eran temidos u odiados. Según he leído años después alguien le endosó centenares de fusilamientos a André Marty y algunos historiadores de los que investigan a fondo lo han desmentido. Con mi experiencia personal que pruebo con abundantes documentos sobre mi presencia y mi actividad en la España republicana, ¡qué impresionantes escenas de terror pude haber incluido en estas memorias! Sólo imaginar a gente como Gaveau, como el griego o como el polaco, o alguno de los cubanos como rojos internacionales a las órdenes de Stalin y sedientos de sangre me da risa. A todos ellos los engañó la falsa URSS que anunciaba la propaganda.

El ataque a la cota cercana siguió en todo su apogeo y fue reforzado con frecuentes bombardeos de nubes de aviones. Cualquiera que haya hecho la guerra, ya sea como mando o como soldado raso, sabe muy bien que el que menos información tiene de la guerra es el soldado y su unidad mínima, por ejemplo una sección y a veces hasta una compañía. Pero aun en esta última, la tropa no sabe nada de lo que el capitán ya tiene una idea más completa. El soldado puede ignorar el día en que vive y el número de la cota que defiende. Y conste que el ejército en el que menos sucedía esto era el de la República por la relación de camaradería existente entre los oficiales y la tropa. Pero aun así, ocurría. Sin embargo hay sus excepciones y en alguna de ellas supe en qué fechas vivía, lo que años después me dio oportunidad de comprobar, en el libro de uno de esos “historiadores” que se interesan más en probar lo que ellos han decidido como bueno y cierto que en investigar lo que realmente ocurrió, que él sitúa a nuestro batallón, el 59/XV, en plácido descanso en la reserva en días de septiembre en los que estábamos en combates de los que vuelven locos a los hombres. Lo cito nada más para mí mismo, para que nunca me olvide de que no es igual vivir la historia que escribirla.

El fuego de mortero que nos hostiga llega a ser soportable no porque haya disminuido, sino porque la humana es una especie que se adapta a todo, absolutamente a todo: al frío, al calor, a la moral, a la corrupción, a la guerra, a la paz, al amor, al odio, al bien, al mal, a la acción, a la inactividad, al sexo, a la abstinencia, a la condena, a la absolución, a la mojigatería, a la pornografía, a la religión, al ateísmo, al ahorro, al despilfarro, a la tranquilidad, a los bombardeos, a la vida, a la muerte y a muchas cosas más. En la cima de esta cota, uno del otro

lado, otros en el centro, los morteros ya han alcanzado por lo menos a tres camaradas, uno murió, a los otros dos los evacuaron heridos.

Aquí estamos, unos cuantos hombres en la cima de una colina, sin soldados enemigos a la vista, aguantando la lluvia intermitente de proyectiles que de vez en cuando matan o hieren a alguno de los nuestros. Y esperamos inmóviles, sin desplazarnos, a que otros hombres, del bando que nos lanza los proyectiles letales, intenten llegar a esta cima de la colina en que estamos para quedarse en ella, matándonos o echándonos por la fuerza. Cuando ellos intenten llegar aquí, nosotros los mataremos para impedir que lleguen y se queden ellos donde ahora estamos nosotros. Y estamos así, medio sentados unos, medio acostados otros, metidos en desigualdades del terreno, detrás de parapetos o de rocas, viéndonos de unos ojos a otros ojos, mientras llega la hora de matar, como si vivir así fuese absolutamente normal. Pero claro que si “normal” significa estado natural de una cosa o que sirve de norma o regla, entonces, hay que aceptarlo, esto es absolutamente normal. ¿Hay estado más natural para los humanos que el de estar matándose unos a otros? ¿Hay regla más extendida entre nosotros, milenio tras milenio, que la de hacer la guerra? Vivir así es realmente normal, es el paradigma de la normalidad humana.

Esta descripción corresponde a cualquier guerra entre todas las guerras. Colina, fortaleza, ciudad o cualquier otra cosa, siempre hay unos que la quieren conservar y otros que pretenden quitársela. ¿Qué es lo que hace a nuestra defensa de una cota en el frente del Ebro diferente de lo que parece igual en cualquier otra guerra? ¿Existe en verdad esa diferencia?

Confieso que ya en la etapa final de mi vida me respondo a esa pregunta con más seguridad interior —pero no con menor vehemencia— de como lo hubiese hecho durante la guerra, cuando el pacifismo que había caracterizado mis principios familiares estaba todavía arraigado en mi ánimo con más teoría que experiencia vital. Después de vivir muchos años y pensarlo bien, de reflexionar sobre ello libre de pasiones, de entusiasmos juveniles y de propaganda, y después de haber visto lo que siguió, diré que en este caso concreto la diferencia sí existió. Y fue (y es) decisiva. Si bien los jainas de la India me enseñaron lo absurdo e inadecuado de los conceptos absolutos, la mayoría de la gente sigue aferrada a ellos. Voy a usar una parábola, novelesca si se quiere, pero es ingenuo pensar que las situaciones novelescas no corresponden a la realidad. La novela y el cine se nutren de la realidad las más de las veces (y en ocasiones es lo contrario, como cuando de la película “Los marinos de Kronstadt” aprendimos a combatir los tanques). Por ello la realidad y la parábola que voy a imaginar es perfectamente verosímil:

Si un hombre joven, en la plenitud de la edad, mata a un anciano de un tiro, sin que el anciano lo amenace a él con un arma, es un crimen más, un asesinato de tantos. Pero si el anciano es un asesino serial, un sicópata que se ha dedicado a matar niños (como ha ocurrido muchas veces), y el hombre joven es un policía

que lo ha perseguido hasta donde se esconde y abre la puerta en el mismo momento en que el anciano, que no tiene pistola, va abrir el vientre de una niña con una navaja de afeitar... y dispara antes que el sicópata pueda cortar, ¿será éste un asesinato de tantos? Ciertamente es un hombre anciano desarmado al que dispara un joven y lo mata, pero, ¿puede considerarse eso un asesinato? Sí, habrá quien diga que debió haberlo intimidado para que se detuviese antes de clavar el cuchillo en la niña, pero esa clase de imbecilidad la dicen siempre los que no estuvieron allí.

En un caso así, ¿qué decidiría cualquier tribunal del mundo? Lleguemos pues a la durísima y lamentable conclusión de que puede haber guerras justas aunque los pacifistas a ultranza lo nieguen y aunque, en el caso de España, el que tenía las armas era el sicópata. Todas las legislaciones, todas las religiones y todo el mundo acepta y comprende la defensa propia legítima de quien es atacado sin provocación y sin razón. Los jainas, que son los más antiguos pacifistas de que se tenga memoria y testimonio, aceptan también la legítima defensa. Y, aunque esto no lo digan los jainas, ese principio que se admite para los individuos se puede aplicar también a los pueblos. Cuando un pueblo es atacado por una nación poderosa sin más razón que el propósito de robarle sus riquezas naturales, es legítimo que ese pueblo se defienda y luche. La Segunda Guerra Mundial fue producto de la ambición de la Alemania nazi, que atacó y ocupó sin justificación alguna, sin provocación y sin razón, a los pueblos de Europa, comenzando por España (los aviones Junker y la Legión Cóndor, factores decisivos en la victoria de Franco) y siguiendo con Polonia, Austria, Checoslovaquia, Holanda, Dinamarca, Bélgica, Francia y todos los demás en los cuales imponía el crimen planeado, el asesinato masivo de las "razas inferiores", desde los judíos a los eslavos, pasando por los gitanos y otras minorías étnicas, y la esclavitud de los sobrevivientes. La peor serie de homicidios colectivos que haya visto la historia. El genocidio. Defenderse era legítimo por más amante de la paz que se fuese.

Hoy, años después, Estados Unidos es el Imperio más agresivo y dominador de la época contemporánea. Sus constantes invasiones y ocupaciones en América Latina y Asia durante el siglo XIX y principios del XX, sus agresiones a Viet Nam e Iraq, entre otras, son pruebas públicas de ello. Y para solapar esta realidad se proclama defensor de la democracia en casa ajena, y llama terrorismo a la resistencia legítima de los pueblos invadidos.

Pero dejemos eso: una guerra justa es la que hace un país cuando otro le invade sin razón, sólo para robarle o dominarle. En España se luchaba por mucho más que la libertad de y en un solo país: la agresión contra España fue parte e inicio de una conspiración mundial contra la libertad y, con las peculiaridades españolas, parte de un oscurantismo sádico y rotundo que se expandía por todo el mundo en la década de los treinta. En Italia, Alemania y Hungría ya estaba afianzado el nazifascismo, y en el resto del mundo había movimientos similares, relacionados entre sí y dispuestos a implantar en todo el globo la más cruel abyección conocida hasta hoy. Por eso en España se luchaba por la libertad propia y ajena,

se combatía al mayor peligro que jamás se haya cernido sobre la especie humana: el nazifascismo, que ahora tantos mencionan, llevan y traen sin tener siquiera una idea aproximada de lo que significa.

Los que combatimos por la República defendíamos —teniendo o no conciencia de ello— la libertad no sólo de los españoles, sino de gente de todo el mundo. No sólo se luchaba allí contra la Falange, sino también contra el sinarquismo mexicano, y contra las organizaciones fascistas francesas, inglesas, belgas o de otras naciones, porque en aquel momento de la historia el nazifascismo brotaba en todas partes con distintos signos, uniformes y nombres (aunque casi todos con el mismo saludo del brazo extendido). Si los gobiernos francés y británico, en lugar de regalar a Hitler España, Austria y Checoslovaquia, hubiesen ayudado a la República a derrotar al poder nazi, se le habría frenado a tiempo y el nazismo no habría llegado tan fácilmente a París por tierra y a Londres por aire. Si muchos franceses e ingleses pensaron que ellos no eran del bando de Alemania nazi ni del de la URSS (con la cual erróneamente, pero a sabiendas, asociaban la causa de la República), y se sintieron neutrales, ellos sufrieron en sus patrias, en su cuerpo y en sus vidas las consecuencias de estar en medio. Se declararon víctimas pero antes fueron victimarios, encabezados por sus “paladines” de la paz, Neville Chamberlain y Edouard Daladier, especímenes miserables de la humanidad y creadores de la sangrienta farsa de la “no intervención”.

Por más repetido que haya sido, por más lugar común que se haya vuelto, esto seguirá siendo una verdad histórica indiscutible: Si las democracias hubiesen ayudado a la República a derrotar a Hitler antes de que él tomase la ofensiva, deteniéndole a tiempo, se habrían ahorrado al mundo muchos sinsabores. Esto lo sabíamos entonces, se comentaba en España y se repetía en declaraciones, artículos y discursos, pero no nos hicieron caso, nos dejaron solos y después lo pagaron a un alto precio.

Y también es verdad, antes de todo eso, que si los soldaditos españoles hubiesen tenido un cierto nivel cultural y político y no hubieran sido tan obedientes a sus mandos, y no hubiesen luchado contra sí mismos obedeciendo a los jefes y oficiales traidores al gobierno legítimo, le habrían ahorrado a España cuarenta años de dictadura, asesinatos, desinformación sistemática y la consiguiente deformación de la mente colectiva. A España lo que más daño le hizo del franquismo —amén de la destrucción y los asesinatos— fue la estructuración de la mente de varias generaciones sobre un cimiento de mentiras y calumnias, base sobre la cual aún hoy construyen algunos “historiadores” —por suerte muy pocos— y algunos políticos españoles, que hacen de la mentira virtud con un cinismo en verdad sorprendente.

Si el gobierno legítimo republicano se hubiese rendido el 18 de julio de 1936, doblegándose al golpe de estado militar para evitar la guerra, ¿qué habría sucedido? Que los asesinatos, los juicios sumarísimos y los crímenes de la Falange y el franquismo hubiesen ocurrido como ocurrieron porque eran la base

del programa de Franco y los suyos. Y esto es una verdad incontrastable como lo probaron el general Franco y sus seguidores cuando convirtieron en delito actos inocentes que no lo eran cuando se realizaron, como pertenecer a un sindicato o desfilar con la bandera al conmemorar la proclamación de la República, además de crear un delito insólito por extraordinario: “auxilio a la rebelión”, que consistía en haber sido leal a las instituciones democráticas legítimas. Por estos “delitos” fueron asesinados miles de españoles en ciudades como, por ejemplo, Burgos, en las que no hubo la menor resistencia al golpe militar. ¿Y qué decir de los militares profesionales asesinados por los sublevados por no haberse rebelado contra el gobierno legítimo?

Razones concretas todas ellas para resistir en la cota de la Sierra de Pandols. Ahora ya lo sabemos y podemos cuantificarlo: cincuenta mil personas fueron asesinadas, unas con aparentes juicios y otras en las cunetas de las carreteras, tras el triunfo militar del fascismo español, después de terminada oficialmente la guerra. Cincuenta mil personas habrían salvado la vida si hubiésemos podido derrotar a Franco. El historiador Edward Malefakis, profesor emérito de Columbia University, ha precisado la importancia de esa cantidad de víctimas:

*Cincuenta mil personas es mucha gente. Se aproximan a la población de Toledo y superan las bajas sufridas por los ejércitos de España en todas las guerras de los siglos XIX y XX en Marruecos, para no hablar de las bajas en los frentes de combate en Cuba y contra Estados Unidos durante la guerra de 1895-1898. Para los creyentes católicos, la cifra de 50.000 quizá sea más significativa si se dan cuenta de que es siete veces mayor que el número de eclesiásticos asesinados en la zona republicana durante la guerra. En comparación con Paracuellos de Jarama, la peor atrocidad individual cometida por los republicanos, es 20 veces mayor que los 2.500 que fueron injustamente asesinados allí. En comparación con la Revolución de Octubre de 1934, que los revisionistas consideran el verdadero origen de la guerra, los 50.000 ejecutados entre 1939 y 1948 son 111 veces más numerosos que los 450 asesinados por los revolucionarios y 47 veces más que las 1050 muertes causadas por la represión militar de la revolución.*

*Si regresamos a los años treinta, la comparación más escandalosa, que en mi opinión resulta inmensamente reveladora de lo innecesaria que fue la Guerra Civil, es la siguiente: La insurrección militar de julio que precipitó la guerra se justificó (y sigue justificándose) por el insostenible desorden político y las luchas callejeras de la primavera de 1936. Sin embargo, durante los cinco meses en los que gobernó el Frente Popular no hubo más que 330 muertos en enfrentamientos políticos; es decir, 151 veces menos que los ejecutados en la represión franquista de la posguerra. ¿Cómo es posible tomar en serio a los seudohistoriadores revisionistas que escriben libros enteros denunciando los desmanes menores de la primavera de 1936 y casi nunca mencionan los inmensos crímenes estatales de 1939 a 1948?<sup>22</sup>*

<sup>22</sup> Malefakis, Edward: Lo que falta para terminar la Guerra Civil.- EL PAÍS, Domingo, 31 de diciembre de 2006.

Y nadie que sepa de lo que habla puede ni siquiera insinuar que el gobierno de la República, que ya en 1937 había terminado con los asesinatos incontrolados en su territorio, hubiese hecho una represión como ésa. Sólo al estilo franquista, mentira tras mentira, podría llegarse a pensar eso. Recordemos que Mahatma Gandhi guardó silencio cuando le preguntaron si creía que la no violencia habría funcionado ante Hitler.

Por eso estábamos en aquella cota soportando los morteros y todo lo demás. Por algo que valía la pena. Definitivamente no era una guerra cualquiera. Como dijo Camus, repito, en ella valió la pena haber luchado. Fue la que comenzó en 1936 y terminó en 1945.

En la cota cercana, a la que habían estado atacando la artillería, los morteros y los aviones de bombardeo durante diez horas —de las 5 de la mañana hasta las 3 de la tarde— súbitamente la artillería alemana dejó de disparar y los aviones ya no aparecieron. Seguían tirando a la cima algunas ametralladoras pesadas de los fachas y fuego de fusilería de algunas posiciones, pero nada más. Lo que venía era el ataque de la infantería y, en efecto, como quedaba de mi lado yo vi salir (demasiado lejos para nuestras armas) a los requetés navarros de sus refugios y avanzar hacia la cumbre de la cota. Me parecieron muchos, pequeñitos a la distancia, con sus armas, caminando por la ladera. Vi que avanzaban sin que hubiese reacción en lo alto de la cota. Ascendían sin obstáculos y sin fuego de los nuestros. Me dio miedo pensar que ya no había defensores en la cota, lo que parecía natural después de aquellas diez horas de aplastamiento. Y así siguieron hasta que estaban unos metros más altos de la mitad de la ladera, es decir, ya cerca de la cima. Entonces se cambiaron las tornas: de la cima brotaron bombas de mano, disparos de ametralladora, de fusil y de mortero y, aunque parecía imposible, los nuestros estaban todavía allá arriba y haciendo un fuego tan tupido que los fascistas caían en racimos, unos se doblaban y en el mismo sitio quedaban inmóviles. Otros rodaban hacia abajo entre las piedras: algunos empezaron a retroceder.

Poco tiempo después los fachas se habían retirado por completo, renunciando a tomar aquella cota en ese ataque. Yo estaría, días más tarde, en el objetivo de una táctica semejante, que se repitió varias veces en el Ebro porque los jefes militares franquistas, aun sabiendo que los defensores de cada cota dispararían sólo cuando estuviesen cerca los atacantes, parecían ser indiferentes a la suerte de sus soldados, además de tener la esperanza de vencer psicológicamente a los defensores con el loco avanzar de los requetés hacia la muerte. Y alguna vez lo lograron. Los moros eran más mañosos en los avances y no se exponían tan abiertamente.

Aunque de esto no hablaron, creo, los periódicos ni las noticias en general, en esta etapa de la batalla el Ejército del Ebro estuvo atacando cada noche las líneas franquistas con golpes de mano de patrullas que, si bien no tenían efectos en la situación general del frente, contribuían a tensar los nervios de los facciosos, que hacían lo mismo en contra nuestra. Ese trabajo fue constante para la XV

Brigada y a veces le tocó al *Spanish*. Era tan difícil bajar —o subir— por la parte de la ladera de nuestra cota que quedaba frente al enemigo que cuando mi unidad tenía que mandar una patrulla bajábamos por atrás y llegábamos al objetivo rodeando colinas.

La clave de estas operaciones era el silencio. Todo dependía del silencio con que supiéramos movernos. Recuerdo la primera vez que me tocó ir de patrulla de hostigamiento. Era precisamente la noche del día en que, después de diez horas de ser machacados, los del *British* habían rechazado a los requetés. Nuestra patrulla era mínima: Benigno y yo, con el teniente español, madrileño por más señas.

Bajamos por detrás sin más equipo que el fusil, las municiones —dos dotaciones en vez de una— y cuatro granadas Benigno y cuatro yo. El teniente, que llevaba una mochila de explosivos, nos llevó por el lado derecho de nuestra cota (el lado que yo veía desde mi lugar arriba) hasta una pequeña vaguada. Allí nos detuvimos. Era una noche muy tranquila, con algunas nubes y una media luna que nos ayudaba a ver, pero también nos ponía en peligro de ser vistos. Teníamos que entrar a un suelo de pura roca. Entonces nos dio instrucciones:

—Allí adelante hay una ametralladora pesada, detrás de aquellos matorrales —y señaló con la mano—. Creo que esos matorrales los trajeron ellos. Tú —me dijo— te arrastras hasta aquel tocón, sin hacer ruido. Si te localizan te matan y todo se va al carajo. Te proteges con el tronco y, tendido, vas a disparar lo más rápidamente que puedas al matorral que te dije. Pero antes de empezar a tirar escuchas. Si no oyes nada cuentas despacio hasta veinte antes de disparar. Si lo haces mal yo no habré llegado a tiempo. Tú, cubano, te vas unos veinte metros a la izquierda del tocón, donde hay una piedra grande, y cuando Mora empiece, no antes, tú haces lo mismo: tirar muy rápido, lo más rápido que puedas. ¿Sabéis a qué matorral tirar?

Los dos asentimos con la cabeza.

—Yo voy a dar un rodeo —explicó el teniente— y llegaré casi desde el lado de los fachas. Si vosotros me véis fijaos bien, no vayáis a tirarme; los fachas estarán ocupados con vuestro fuego y no mirarán para mi lado, y si alguno me ve creerá que soy uno de ellos que salió al tiroteo. Cuando yo arroje las granadas vosotros dejáis de tirar y corréis para atrás, hacia aquella roca, ahí estaréis juntos y seguiréis haciendo fuego. Es posible que os sigan, apuntar bien y nada de gilipollices. Yo me reúno con vosotros en donde empieza la subida, si tardo no me esperaréis, iros por donde vinimos. Nuestra gente nos cubrirá desde arriba si hace falta.

La roca que él nos señaló para retirarnos era lo bastante grande para cubrir a seis u ocho hombres y protegía bien de noche. Me arrastré muy despacio. Mi problema era no hacer ruido, ni ser demasiado lento para no dejar al teniente esperando. Había muchas piedras pequeñas, casi lascas, que cortaban y lastimaban. Llegué, conté hasta veinte y comencé a disparar lo más velozmente que pude.

metiendo un cargador tras otro, empujando las balas hacia la recámara con el dedo pulgar de la mano derecha, accionando el cerrojo después de cada tiro y disparando muy rápidamente. Benigno hacía lo mismo veinte o treinta metros a mi izquierda. Del matorral empezó a disparar una ametralladora pesada y oí algunas balas dando en el tocón y otras silbando sobre mi cabeza. Llevaba yo tres cargadores disparados y estaba metiendo el cuarto cuando la luna se ocultó y, pese a la oscuridad, alcancé a distinguir una sombra acercándose por la izquierda del enemigo, que era mi derecha, y enseguida vi la explosión en el matorral y el inmediato silencio de la ametralladora. Por la fuerza y la intensidad de la explosión estaba claro que el teniente arrojó un racimo de granadas en aquella mochila, soltando el seguro de sólo una de ellas, lo que era suficiente para que estallasen todas. El enemigo usó en algunas ocasiones el mismo sistema para rechazar nuestros ataques. El cubano y yo llegamos, corriendo, al mismo tiempo a la roca. Vimos a dos o tres fachas que avanzaban hacia nosotros cerca del matorral, a un lado, y les disparamos los dos simultáneamente, tumbando alguno y deteniendo a los demás, antes de correr de regreso. Cuando llegamos al lugar fijado para iniciar la subida el teniente estaba allí esperándonos.

—¡Salió bien! —nos dijo.

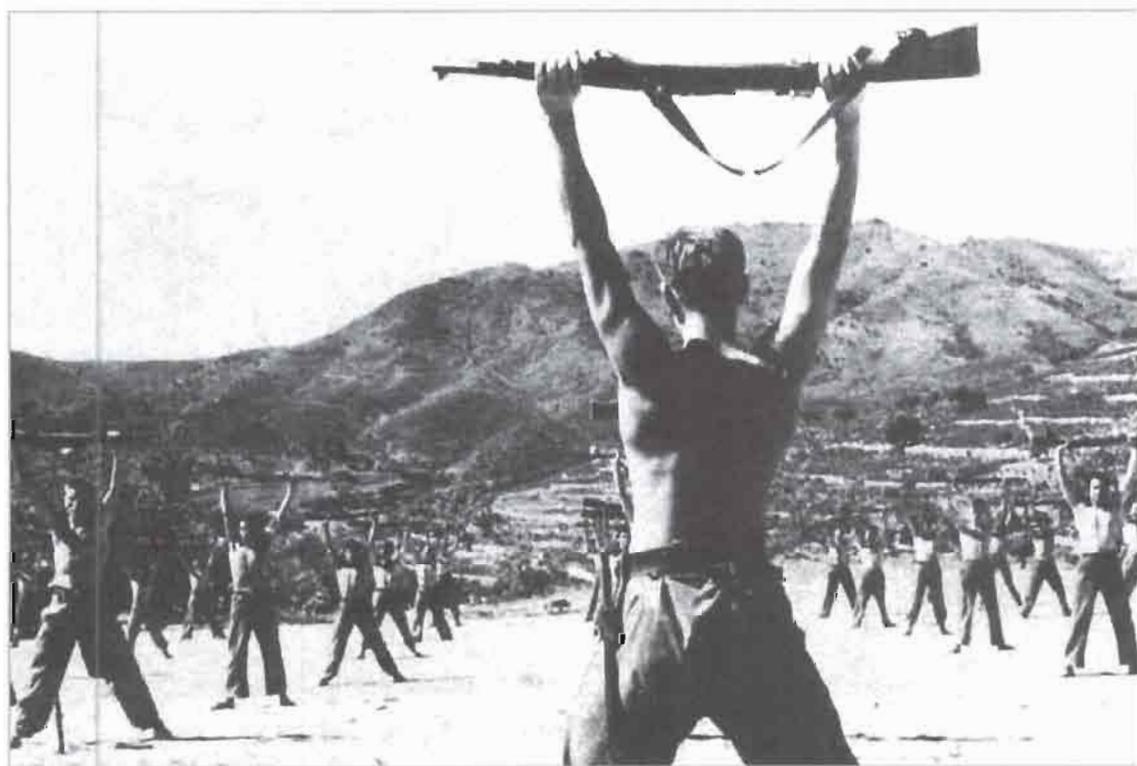
Y subimos.

Esto me recuerda una de las características de la guerra moderna: los ruidos. La artillería tiene sonidos diferentes según el calibre del proyectil y el tipo de cañón, aunque los que nos combatieron en el Ebro han de haber sido apenas los primeros de todos los que se usaron después en Europa. Eran unos cañones alemanes que disparaban más o menos siete obuses por minuto, y a esa artillería la llamábamos “la loca”. Por el sonido sabíamos si caería cerca, muy cerca o lejos, y actuábamos en consecuencia. Cuando venía muy cerca nos pegábamos al suelo como si pudiésemos ahondar el agujero con nuestro cuerpo. Cuando iban lejos no hacíamos caso. De los disparos de fusil o ametralladora sólo se oyen las balas cuando han pasado; nunca oyes la que va a matarte o herirte. Las bombas de aviación tienen un silbido agudo y desagradable que se identifica con toda claridad y que por su intensidad informa claramente sobre si va a caer lejos, cerca o muy cerca de donde uno está. Pero si no está uno junto a una zanja o un agujero, de nada sirve saber que caerá muy cerca, salvo para tener la certeza de la muerte, ya que no hay tiempo para nada desde que se oye hasta que estalla. El único aviso del peligro aéreo es el ruido de los motores, tanto de los bombarderos como de los cazas que ametrallan a la infantería. En el Ebro sufrimos todas las variedades de aviones, desde los Caproni italianos hasta los Junkers, pasando por los Messerschmitt y por unos que se usaron menos que los anteriores pero que también fueron probados en la guerra de España y que tienen un efecto psicológico muy efectivo: los Stukas. Cuando bajan derechos al blanco producen un sonido muy fuerte y muy impresionante parecido a una sirena y que se mete en los oídos y en los nervios, tan agradable como un tenedor rayando un plato. Pero, para precisar, mucho más fuerte, más penetrante y, claro, más mortífero.

Al día siguiente los de Franco comenzaron algo mucho más grande, desde las ocho de la mañana cuando, sin interrumpirse el fuego de los morteros, que se había iniciado unas dos horas antes, unos veinticinco trimotores iniciaron los bombardeos de ese día, con una cantidad de bombas que en nada se correspondía con el tamaño de nuestra cima. La tierra se estremecía con cada bomba, ya cayesen, relativamente pocas, exactamente en la cúspide o en el principio de la ladera, y ese estremecerse del suelo repercutía en el estómago y el vientre. Cuando llegaron los primeros aviones, los de intendencia estaban subiendo la comida de la mañana por la parte de atrás de la cota, con su mula —tiempo después, en la 666 ya no habría mula— y tranquilos porque al iniciar el ascenso no había empezado el fuego. Los morteros les estropearon el ánimo, pero siguieron adelante (no podían hacer otra cosa) y a la llegada de la aviación facha ya estaban muy cerca de la cima y tuvieron que controlar la mula y agacharse como pudieron a esperar que pasara el bombardeo. Esa mula ya sabía quedarse inmóvil cuando se lo pedían, probablemente aterrada por el ruido. Ni enloquecía ni corría, cosa que generalmente hacían otras caballerías si no se tenía cuidado. Tuvieron suerte ellos y la mula porque el de la hora de comer fue sólo un bombardeo con trimotores Junker: bombas, muerte y tierra que se estremece. Y ausencia de aviación republicana, que ya casi no teníamos y no podía defendernos ni apoyarnos. Embotamiento y angustia y terror. Cuando se fueron los trimotores terminaron de subir y repartieron la comida bajo el fuego intermitente de los morteros. Fue una suerte que (seguramente porque estaban colocándola en nuevas posiciones tras el bombardeo de la cota del *British* o por alguna otra razón ignorada por nosotros) la artillería faciosa no comenzó hasta que se fueron los de la comida, ilesos ellos y la mula. Pero después empezó. Empezó y continuó y la artillería continuó y continuó... Y llegaron tres Stukas. Bajaban en picada sobre la cota, con su aullido de muerte, y dejaban caer sus bombas. La tierra se estremecía como si fuese una alfombra sacudida por un gigante y nos levantaba, o esa impresión sentía yo. Y después que cada uno arrojó sus bombas sobre nosotros los tres, de uno en uno, describieron un círculo, bajaron otra vez con ese ruido horrible que aterriza y destroza el oído y barrieron la cota con sus ametralladoras.

Como a las 11 de la mañana ya estaban machacándonos los morteros y la artillería todo el tiempo y los aviones cada quince o veinte minutos. Sabíamos que todo eso era el prelude de un ataque de infantería. Ya estábamos idiotizados, con los oídos tapados (los míos con trozos de un pañuelo que desgarré para eso) y con un lápiz o un trocito de madera entre los dientes, para protegerlos un poco más. El trapo o lo que se pueda —muchos no tenían nada— es para proteger el tímpano en su capacidad de oír, y los dientes entreabiertos con un palito o un lápiz es para, además de lo anterior, evitar la muerte por la concusión o sacudida, esa muerte en la que no hay heridas pero sí sangre en las narices, los oídos y a veces los ojos del que cae así. Más o menos eso es lo que recuerdo de lo que me dijo un médico en el hospital de Falset.

Lo que hace muy difícil de explicar cómo es estar hora tras hora bajo el fuego demoledor que prepara a la cota para el ataque de la infantería, es la ausencia de ideas, de pensamientos, de reflexiones. Uno está allí, cierto. Está idiotizado, con la mirada vacía, cerca de muertos que antes no lo estaban, que antes habían cruzado su mirada con la de uno o nos habían hablado y ahora eran cadáveres, y está pleno de miedo. Pero uno sabe dónde está y por qué está. En eso difiere de lo habitual. Lo más acostumbrado es creer que los soldados sean, en un momento así, indiferentes a todo, que no se interesen por nada más que por sí mismos y por sus recuerdos. Esto, pienso yo, ha de deberse a que se trata generalmente de relatos de guerras internacionales con soldados que no estaban muy seguros de la razón de la guerra porque les habían llamado a filas sin que tuviesen previamente la menor intención de ir al frente si podían evitarlo. Entre nosotros había, por supuesto, el embotamiento de la mente, la inconsciencia temporal ante todo. Se conserva conciencia de la lucha, de sus causas, del peligro, de la inminencia de la muerte. Creo que esto último es lo que más se afianza en el ánimo. Es mejor decir "ánimo" que decir cerebro o cualquier otra cosa: ánimo no como alma o espíritu, sino como intención o voluntad, porque lo que predominaba en nosotros, lo que nos mantenía con un hálito de conciencia que persistía entre la obnubilación y la modorra del miedo (miedo ya casi inoperante por continuo) era la intención de no claudicar, la voluntad de resistir. Podíamos maldecir la comida fría y retrasada, a veces ausente, rezongar contra cualquier orden, desear ansiosamente estar lejos de allí, pero se imponía la voluntad de no ceder. La obstinación en resistir tenía ya un carácter personal, individual, como si fuese algo de cada uno, por completo independiente de los demás, del ejército, del mando y de la guerra. Cada uno de nosotros, en la cima, estábamos allí por una cuestión personal, por un orgullo íntimo y vago, un orgullo sucio de temores y de espantos, como sucia de besos y arena estaba la casada infiel de Lorca sin por ello estar indiferente o ajena a lo que había sucedido por su voluntad, como nosotros estábamos allí por la nuestra. Por nuestra voluntad, por nuestro deseo. El deseo, móvil y causa de la actividad humana. Aunque podría decirse que la variedad de deseos es infinita, todos se resuelven en actividad.



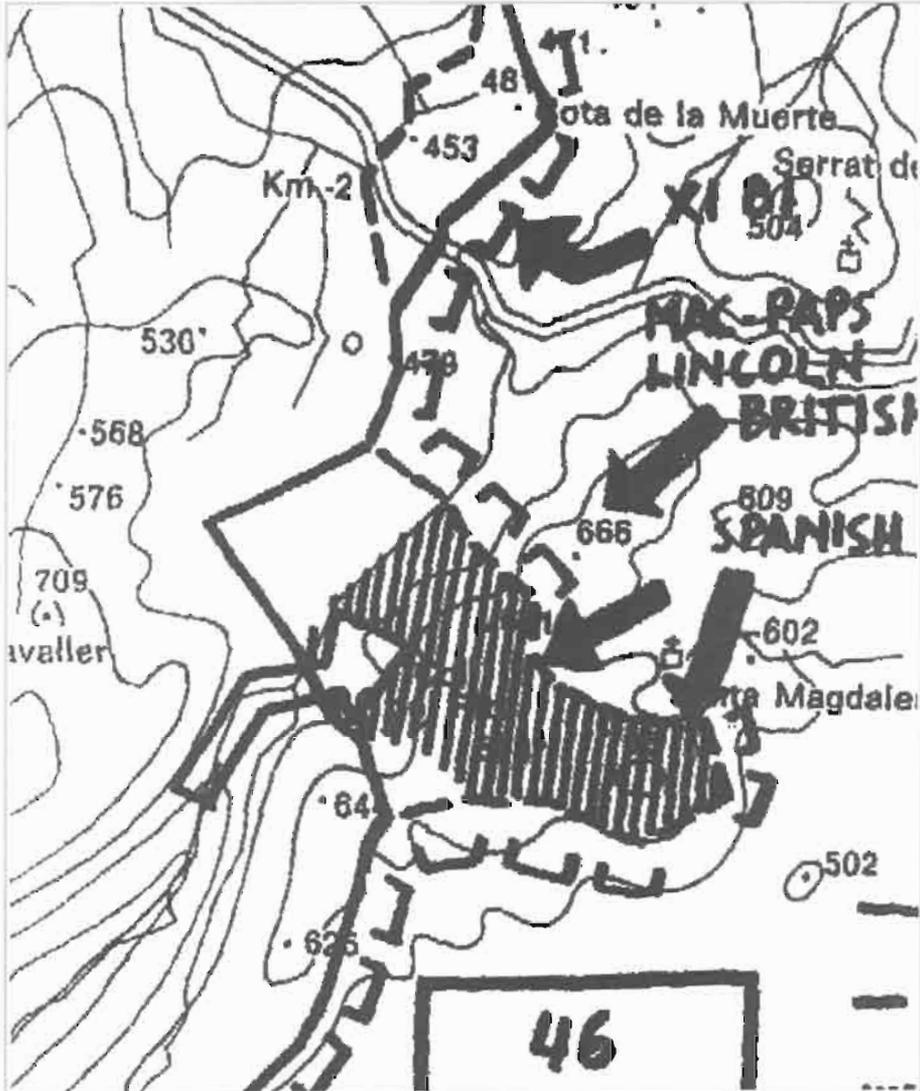
*Soldados de la XI Brigada Internacional, Batallón Thaelmann, haciendo ejercicios durante un descanso en la retaguardia del frente del Ebro en la primera etapa de la batalla, la del avance de los republicanos.*



*Brigadistas alemanes de artillería, que participaron en la batalla del Ebro.*



*Pierre Georges, francés, oficial a los 19 años de la XIV Brigada Internacional, herido gravemente en el frente el Ebro. En la Resistencia mató en el metro de París al primer oficial alemán caído en la capital y la estación en que lo hizo lleva hoy su nombre de la clandestinidad: "Colonel Fabien". Murió en el frente antes de terminar la guerra.*



Plano de la batalla del Ebro que usó Julián Henríquez Caubín, Jefe de Operaciones de la 35 División y que incluyó en su libro. En ese momento de la batalla en la sierra de Pandols el batallón de latinoamericanos (Spanish) ataca con el inglés (British) la cota 666.

## EL MIEDO

*Voy a despejar el miedo  
cantando un poco en voz baja.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Las bombas de los Junkers se unieron a la artillería y los morteros. Una especie de letargo nos mantenía inmóviles en un terror que apenas controlábamos mientras corría por nuestras venas y acariciaba nuestros huesos, porque lo insufrible es aguantar todo eso en la inmovilidad, esperando que los otros ataquen. No puedo afirmar que todos sufriesen exactamente lo mismo que yo, pero sí que —en las escasas oportunidades en que nos mirábamos, un movimiento para cambiar de postura, unos segundos de silencio— yo veía en sus ojos lo mismo que yo estaba sintiendo. Una nube de Junkers nos bombardeaba. La tierra se sacudía y con ella se sacudían los muertos, aquéllos a los que poco antes las ametralladoras de los Stukas habían clavado en su lugar. Sólo un sobresalto, una sacudida y seguían donde habían estado, pero ahora muertos. Vi a uno de los nuestros, lejos de mi grupo, que se puso en pie y cayó como una piedra. Fue entonces cuando yo sufrí una crisis de insania. Comencé a gritar como un poseído: “¡Hijos de puta, hijos de puta! ¡Malditos sean todos, malditos los gobiernos, malditos los congresos, malditas las comisiones, malditos los partidos, todos hijos de puta! ¡Que la puta madre nos parta a todos, nos joda a todos, nos chingue a todos! ¡Chingue a su madre el mundo, chingue a su madre el Cielo, chingue a su madre la Tierra!”

Mi odio, lo medio recuerdo, no era sólo contra los fascistas, sino contra el mundo, la humanidad, todo. Más tarde me dijeron que había maldecido comisiones y congresos (por eso lo escribí así arriba), absurdo que sólo se explica por esa insania pura que me poseía, ajena a toda lógica y a todo sentido común, que solamente puedo explicar recordando que en mi trabajo en los organismos de la juventud eran constantes las reuniones de todas clases. Afortunadamente no me levanté, como hacen otros en las mismas circunstancias, para correr a lo loco, reacción insana que suele acabar con la muerte del que corre. Yo permanecí acostado en mi puesto, tal vez porque no podía levantarme del terror o de la debilidad de mi estado, pero allí mismo gritaba sin soltar el arma, clavando los dedos y las uñas en el fusil.

Recuerdo algo que pudo ser la explicación a un aspecto de esa locura. En octubre de 1937 estuve en París. En ese tiempo yo no pertenecía todavía al ejército, mi padre (que fue a Francia en el primero de los dos viajes que hizo para verme) me invitó y estuvimos allí juntos una semana. Entre otras cosas fui a la Exposición Internacional y vi el pabellón de la República Española ya con el “Guernica” de Picasso. Aunque se haya repetido mucho es imposible olvidar

el golpe del contraste: los aparadores de las tiendas de comida llenos, con embudidos, jamones, pasteles, empanadas, dulces. Y en España la escasez, la carestía, el hambre, los ojos grandes de los niños con hambre, las caras escuálidas de los niños con hambre, la silenciosa angustia de los niños con hambre y por el suelo la sangre roja de los niños con hambre. Yo había salido poco tiempo antes de ese mismo París, en el que vivía, pero después de la estancia en España me parecía otro. Y odié a todo un mundo, que, no sólo en París sino en toda Europa, vivía y comía y se divertía tranquilamente mientras en España se luchaba y se moría cada minuto, cada segundo, cada suspiro, por ellos, que tendrían que enfrentarse, poco tiempo después, a los mismos aviones, los mismos tanques y el mismo armamento que la Legión Cóndor empleó contra nosotros.

Durante esa estancia en la capital francesa ni una sola vez, ni por un momento, mi padre me sugirió que me quedase fuera de España, lo que le habría sido fácil exigir por mi edad. Le puse al corriente de todo lo que hacía, incluso mi baja honrosa en las milicias y los bombardeos franquistas sobre la España republicana. Sé cómo sentía él el peligro en que yo me encontraba, pero no flaqueó. Tenía el proyecto, que después realizó, de que mi madre viviese en un pueblecito francés cercano a la frontera (que resultó ser Prades, al que años más tarde hiciera famoso Pablo Casals) con la idea de que yo fuese a verla de vez en cuando, lo que no pudo hacerse. No llegué a Prades hasta después de pasar la frontera en febrero de 1939.

Hay, en efecto, una relación entre ese viaje a París y mi insania en el Ebro. En la capital francesa vi a la gente de izquierda que ayudaba a la República, estuve en algunos comités de ayuda, conversé con brigadistas que iban de camino a España y hasta encontré a un conocido del liceo. Pero tuve, lo confieso como una culpa, una reacción injusta e incoherente, unos sentimientos insensatos, difíciles de entender. Sentí un rencor profundo contra todos los comités de ayuda, contra todos los grupos que ayudaban a la República y fui a una manifestación de apoyo a España de la que salí asqueado, con algo así como deseo de vomitar. Nunca se lo dije a mi padre porque yo sabía, siempre lo supe, que no había ni una brizna de razón en mi estado de ánimo. Yo mismo jamás he comprendido a fondo qué explicación tenía esa actitud. Era el deseo demente e inexpressado de que todo el mundo estuviese en el frente, allá en España; era la irracionalidad de pretender que cada ser humano se viese afectado directa y personalmente por aquella guerra; era concebir la humanidad como un solo ser de múltiples anillos o partes, cada persona una parte del cuerpo total: era el vago anhelo por una especie unida casi físicamente y no sólo en los sentimientos. Yo sabía que los que nos ayudaban, en París, en Londres, en Estocolmo, en Nueva York o en Buenos Aires, terminaban la reunión, o la manifestación, o la recolección de dinero para los niños españoles y se iban a su casa, o al cine, o al café, a la paz y la tranquilidad de las vidas normales (¿qué serán vidas normales?). Ellos, con sus buenos sentimientos hacia la República Española, vivían normalmente en sus hábitos y trabajos y yo estaba lleno de odio, el odio supurante generado entre los cadáveres —que

muchas veces recogí— de los niños y las mujeres bombardeados: el que sentí en el estómago, los oídos y el cerebro en cada bombardeo de ciudades y pueblos; el odio proyectado, de lejos, pero firme, por los dos mil asesinados en la plaza de toros de Badajoz, el odio sembrado por los asesinatos cometidos por los fascistas en toda España. Nadie que no lo haya vivido puede sentir lo que significaron los señoritos de Falange asesinando campesinos, a veces delante de sus hijos pequeños, pero yo conocí algunas de sus viudas y algunas de sus hijas violadas. Y vi cadáveres de muchachas, casi niñas, violadas y asesinadas por los moros. No es cine, no es mierda, es sangre, sangre y angustia y dolor. Es la fuerza del odio, es una fuerza que penetra a los seres humanos y no se puede rechazar completamente sino es con un gran esfuerzo de voluntad y, sobre todo, con tiempo para la reflexión. Y durante la guerra no hay tiempo para reflexionar. Sólo para odiar.

Pero no todo el tiempo mi estado de ánimo fue así en el brevísimo viaje a París. Al salir del pabellón de la República, todavía con la impresión de haber visto al “Guernica” por primera vez (mi padre se desconcertó al verlo, en su primera impresión, pero enseguida lo entendió. Yo vi en el cuadro los bombardeos, los heridos, los muertos), nos sentamos en un café cercano, dentro de la exposición, y en la mesa de al lado un tipo nos habló con un inocultable acento argentino:

—Está duro lo de España, ¿eh?

En aquel París de 1937 la capital francesa era un hervidero de espías y de agentes secretos relacionados con la guerra de España: franquistas, republicanos, nazis, fascistas, franceses, ingleses... Cualquiera desconocido que mencionase a España nos hacía ponernos en guardia.

—Vos estás con los leales, ¿no?

En aquel tiempo no se usaba fuera de España —y no se usó durante mucho tiempo más— lo de “rojos” y “nacionales” que inventaron Franco y los suyos. En casi toda Europa se llamaba “leales” a los que estaban con la República porque eran los leales al gobierno legítimo.

—Sí —respondí, de mala gana por ser interrogado pero con firmeza. Debía ser prudente pero no iba a negar mis convicciones.

—Lo malo —siguió el tipo— es que la izquierda lleva el fracaso en su triunfo. Cuando gana pierde. Y es claro, porque lucha para lograr las razones de su derrota.

No queríamos entrar en polémicas por ningún motivo, y además nos pareció que el individuo era imbécil. Ya íbamos a levantarnos cuando explicó su tesis:

—Mirá: la izquierda en todo el mundo lucha para que la gente viva mejor, para que todo el mundo tenga lo que necesita, para que todos vivan bien. Pero la gente cuando vive bien y tiene algo aunque sea poco, dinero, un negocito, un pisito, se inclina siempre a la derecha. ¿Ves lo que digo? Nunca hay ricos en la izquierda o si los hay son tan pocos que no cuentan. Si la izquierda triunfa y todo el mundo vive bien, todo el mundo se inclina a la derecha y la izquierda desaparece. ¿Entendés?

Pagamos y nos fuimos, persuadidos de que aquel argentino era un fascista vergonzante que cubría con humorismo sus preferencias. Pero nos equivocamos rotundamente. Un año más tarde lo encontré fugazmente y me saludó entre risas gritándome:

—¡Yo no sabía quién eras y no podía decirte a dónde venía!

Iba, por el frente del Ebro, en un camión que llevaba soldados de la XI Brigada Internacional: él era uno de ellos. (Por cierto en esa Brigada, pero en el batallón alemán, luchó un gran amigo brigadista austriaco, Gerd Hoffman, a quien he tenido el gusto de abrazar recientemente en México).

Se retiró la última escuadrilla de bombardeo —¿la última a partir de qué y hasta cuándo?— y súbitamente la artillería calló. Ametralladoras y armas ligeras comenzaron a disparar a la cima. Era indudable que la infantería se aprestaba al ataque cubierta por esas máquinas. Nuestros sanitarios se dedicaron a recoger heridos. Gaveau se acercó a mí y me sacudió por el hombro.

—¿Estás bien?

—Sí —le dije. Ya me había recuperado aunque aún estaba temblando. Hice un esfuerzo por dominarme y me moví a donde podía ver hacia abajo, con el fusil listo. Gaveau se movió unos metros y se instaló más cerca de mí, con Benito de proveedor, y ver que todavía estaban vivos los dos me hizo sentirme mejor.

—¿Ya conoces esto? —me dijo señalando su fusil ametrallador.

—Sí, claro.

—Si nos dan a nosotros, ya sabes, es tuyo —me dijo.

Habían pasado quizá algunos minutos cuando vimos que abajo comenzaban a aparecer los fachas. El griego llegó a nuestro lado:

—Que nadie dispare hasta que reciba la orden. Aunque los tengan al alcance de la mano. Aunque los empujen.

En este momento me viene a la memoria, al recordar al griego, lo bien que dominaba el español. Después me han dicho, y he comprobado con algunos amigos, que los griegos tienen gran facilidad para los idiomas o, por lo menos, para el nuestro.

Estábamos todos quietos, inmóviles, esperando la orden mientras veíamos a los requetés que empezaban a subir a la cota. Se repetía, al pie de la letra, lo que dos o tres días antes habíamos visto hacer con los del *British*. Los enemigos venían subiendo, al principio con soltura y tranquilidad, después, al acercarse, con más cuidado, mirando hacia arriba temerosos del fuego inminente. Pero subían. Nos ordenaron calar bayonetas.

Ya los veíamos bastante claramente, ya distinguíamos sus caras, aunque de lejos, y sus uniformes, sus armas, sus boinas rojas. Siempre me pareció absurdo llevar en una guerra una boina roja como un blanco para el enemigo, pero peor era lo que hacían los ingleses durante siglos pasados: combatir con guerreras rojas, como ofreciéndose a toda clase de armas, desde las flechas de los indios a

las armas de fuego de otros enemigos. Una cosa es saber que se está en peligro de muerte y otra estar llamando la atención de los que quieren matarte, facilitándoles la tarea.

Mientras miraba a los fachas subir hacia nosotros, una lagartija salió de debajo de una piedra a unos sesenta centímetros de mi cara. Se quedó inmóvil como si fuese de piedra, mirándome. El orgullo total del hombre, que hizo a Dios a su imagen y semejanza, le ha hecho menospreciar a los demás seres a los que hace víctimas de sus guerras, de su crueldad y de sus matanzas, generalmente inútiles. Desde los equinos y otros mamíferos, que son, quizá, los que más lo sufren, hasta una miserable lagartija cuyo mundo se trastoca y se hunde. El mundo de la lagartija no es más que una parte del mundo ordinario, natural y tranquilo, el mundo en el que sólo existe la crueldad de la naturaleza que, con ser mucha, no alcanza los extremos de la sevicia del hombre.

Pero también hay otras cosas en nuestra especie. ¿Por qué estábamos allí, un griego, varios españoles, un inglés, un mexicano, varios cubanos, un francés, algún polaco y no sé qué otras nacionalidades luchando por la libertad? Hay mucho humorismo involuntario en los pensamientos de la derecha. Y una de sus manifestaciones es “explicar” las Brigadas Internacionales por “orden de Stalin”. El pendejismo es inefable.

La lagartija se movió velozmente un corto trecho y volvió a quedar inmóvil. En Tabasco había unos pequeños reptiles, muy parecidos a lagartijas, llamados “cuidacasas”, con ventosas en las patas que les permitían andar por el techo y las paredes. Y como se alimentaban exclusivamente de mosquitos e insectos los tabasqueños jamás los mataban ni los molestaban.

Los enemigos estaban ya cerca y a nosotros, los que quedábamos, no nos ordenaban disparar. Ya sabíamos qué hacer; muchos teníamos una granada lista en la mano, presta para tirar del anillo y sacar el seguro antes de arrojársela a los que subían. La primera respuesta al ataque sería una lluvia de granadas que caería sobre los fachas. Pero ellos seguían acercándose y ya se les distinguían los rostros.

Ver demasiado cerca la cara del enemigo no es un plato de gusto. Eso personaliza la guerra y la hace más feroz porque uno ve la expresión de aquél al que debe matar, o que va a matarle a uno. Por eso, aparte de las razones militares, es mejor lanzar las bombas de mano antes de empezar a apuntar y disparar. Así no vemos las caras de los más cercanos. Después no hay más que apuntar al cinturón y disparar y ya no se ven las caras.

Estaban ya tan cerca que se les veían bien los rostros y yo sentí miedo, miedo concreto a ellos, un miedo identificado, que no es el mismo miedo general ante un combate sino el de la espera concreta de aquéllos que sabemos que van a intentar matarnos. Pero creo que esa espera viéndoles subir nos ayudó a salir del estado de zombi, por lo menos parcialmente, y a mí a recuperarme por completo.

Por mi lado subía un oficial con una pistola en la mano, un pañuelo al cuello y una gorra militar y ya estaba a tiro de piedra cuando dieron la orden de fuego.

Todo alrededor, en la parte que quedaba frente al enemigo, la cumbre de nuestra cota tuvo súbitamente un cinturón de polvo y de tierra y de piedras saltando y cayendo. Se diría que ninguno de los primeros soldados enemigos había quedado vivo, pero no era así. No pocos se habían agachado y protegido de algún modo al ver las bombas y ahora seguían subiendo. En ese momento comenzamos a disparar apuntando a los cinturones como antes dije. Yo no miraba más que al frente y por el punto de mira. No sabía qué hacían los demás ni tenía tiempo para pensar en nada, sólo cargar, disparar, mover el cerrojo, disparar. A mi izquierda escuchaba la ametralladora de Gaveau y veía cómo caían los enemigos por su fuego. Por más que yo disparaba seguían apareciendo requetés frente a mí, hasta que estuvieron tan cerca que me puse de pie y seguí disparándoles a tres o cuatro metros y vi que no podía detenerles; entonces oí el grito:

—¡Segunda línea!

Retrocedí corriendo y me tiré al suelo tras una piedra grande.

El teniente recorría la línea disparando un subfusil ametrallador mientras gritaba para que nos guareciéramos atrás, lo que hicimos. Pero se tarda más en relatarlo que en vivirlo: llegamos a la segunda línea, nos protegimos tras los pedazos de roca y, sin pausa ni espera alguna, agarramos bombas de mano y las arrojamos a los parapetos donde estábamos un momento antes, ahora ocupados por los primeros enemigos en llegar a la cima. E inmediatamente detrás de las explosiones volvimos a la primera línea, todos con bayoneta calada. Yo no me sentía seguro manejando la bayoneta pero había aprendido a disparar tan rápidamente que desde la cadera movía el cerrojo, disparaba y cambiaba el cargador en la recámara. No fue necesario mucho: no sé si por mis disparos o por los de otros, los atacantes que me tocaron enfrente desaparecieron de mi vista sin llegar a la bayoneta. Uno de ellos cayó de espaldas fuera de los parapetos, otro más cayó dentro y un tercero fue ultimado por Gaveau y el teniente, que no dejaban de disparar sus ametralladoras; los enemigos se retiraban, algunos corriendo. No sé por qué miré atrás y vi a un requeté en la cima, a nuestras espaldas, en el momento en que caía atravesado el pecho por la bayoneta de un camarada. Fue el único que llegó hasta allí. Cuando más tarde revisamos su cadáver vimos que llevaba un escapulario grande con un letrero bordado que decía: “Detente bala, el corazón de Jesús está conmigo”. Ciertamente no murió de un balazo y el escapulario no decía nada de bayonetas.

Cuando vi caer a este último enemigo y los fachas estaban en total retirada, ya corriendo por la ladera mientras los nuestros seguían disparándoles, yo caí en algo que he sabido que les sucede a otros: me vino de golpe todo el miedo que no había sentido durante el combate. No puedo decir que no lo había tenido porque sin duda ese miedo estaba allí, pero no se había manifestado. Las manos me temblaban, las piernas no me sostenían, me senté y me sujeté al fusil, vertical, y poco a poco me sobrepuse.

Los camilleros se llevaron a nuestros heridos y arrojaron por el borde más pronunciado a los muertos de los requetés. Los suyos los recogerían. No había ningún pacto, ni compromiso, ni acuerdo, ni convenio, pero generalmente no disparábamos a quienes, desarmados, recogían cadáveres, y ellos a nosotros tampoco.

Entre nuestros muertos, a la mayoría de los cuales yo no había tratado, estaban el joven reemplazo y Benigno Azcuy, el cubano. Al joven pienso haberle visto caer durante el combate pero el cubano no estaba cerca de mí en la cumbre y sólo lo vi cuando ya era un cadáver.

—Era un buen camarada —dijo alguien.

Yo sentí su muerte como si hubiese sido un amigo de años, me acongojé viéndole y de una manera inconsciente agarré su mano fría cuando se lo llevaban.

—Suéltale —me dijo suavemente el teniente.

—Sí, claro —solté aquella mano—, es que es un muerto amigo, más que otros; habló conmigo *presintiendo* su muerte.

—No hay muertos amigos. Creer que hay muertos amigos puede ser causa de tu muerte en combate. Los amigos lo son mientras viven. Ya muertos son cadáveres y los cadáveres no necesitan ninguna atención. Al caer herido un camarada, si puedes ayudarlo, está bien, pero muerto ya no existe. En este negocio una distracción es la diferencia entre vivir o morir.

Recordé que meses antes la JSU me había encargado pronunciar la oración fúnebre, en el cementerio de Montjuich, de dos camaradas que habían caído en el frente. Uno era comisario de compañía —creo recordar que se llamaba Leyva— y había caído al intentar recoger al otro, soldado raso, que había muerto entre las líneas. Para que pudiese hablar de ambos en su entierro algunos de sus hombres me habían dado todos los detalles: el primero fue alcanzado por un disparo y el comisario corrió a recogerle sin cerciorarse de que estuviera vivo. En realidad había caído muerto. Tenía media cabeza deshecha. Yo tuve que exaltar el heroísmo de Leyva, pero en su unidad se hizo la crítica y se les dijo a todos, poco más o poco menos, lo que me decía a mí el teniente: un muerto no es un amigo. El mejor amigo deja de serlo, en el frente, cuando cae muerto. *Querer atender o recoger a un muerto pone en peligro la vida del que lo hace y las de sus camaradas. No hay cadáveres amigos. En el momento mismo en que son cadáveres ya no son amigos, ya no son personas. Duele, pero es verdad.*

En materia de cadáveres, cuando yo llegué al frente del Ebro ya tenía una enorme y trágica experiencia. El 15 de marzo de 1938, seis meses antes, la JSU me había nombrado delegado de las brigadas de salvamento y desescombro de Barcelona. En esa calidad yo tenía un despacho en el Hotel Colón con un balcón que daba al Paseo de Gracia. (Ahora hay muchos barceloneses que ignoran dónde estaba el Hotel Colón.) Comencé a hacer planes para organizar las brigadas de una forma efectiva, para estar alerta, tener guardias, reunirse rápidamente los demás al comenzar un bombardeo y recorrer las calles alcanzadas por las bombas

para recoger a los heridos, en ayuda de la Cruz Roja —que bien la necesitaba— en primeros auxilios, tarea que después sería seguida por el trabajo de desescombro para desenterrar cadáveres y dejar libre la circulación en las calles. No me dejaron tiempo para organizar nada: la noche del 17 y todo el 18 tuvo lugar uno de los bombardeos más fuertes, más intensos y más salvajes de toda la guerra en contra de la población civil. Apenas se alejaban (después de arrojar las bombas), escuadrillas de cinco, diez y hasta quince Junkers, cuando llegaban los siguientes, sin interrupción ni compás de espera. Esta vez las bombas no iban contra el puerto, la Barceloneta o cualquier posible objetivo militar, sino que eran lanzadas deliberadamente en las calles más céntricas, en los lugares con mayor aglomeración humana. Lo único que pude hacer, y lo hice, fue incorporarme como uno más a los grupos de ciudadanos que voluntariamente, y sin organización previa alguna, recogíamos heridos, los subíamos a las ambulancias del gobierno, del ejército o de la Cruz Roja (o a vehículos de cualquier tipo sirviendo de ambulancias improvisadas) que los llevaban a los hospitales, algunos de los cuales también fueron alcanzados por las bombas. En los mismos vehículos —bastantes no eran más que camiones de carga— volvíamos hacia las calles bombardeadas, todo ello entre el estruendo de las explosiones y el silbido de las bombas al caer. En este ir y venir más de una vez vimos caer la bomba y fuimos directamente allí cuando ni siquiera se disipaba el polvo, y si alguien ha merecido alguna vez un reconocimiento a su valor fueron, además de la Cruz Roja, aquellos ciudadanos, barceloneses unos, evacuados de diferentes regiones otros, parte de ellos recogiendo heridos y parte como choferes de camiones de carga y milicianos de diversos partidos y sindicatos manejando automóviles. Si el infierno fuese algo de infinita crueldad que pudiese describirse, aquello era en verdad el infierno mismo. Cuerpos de hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, muchachas y ancianas, militares y civiles yacían destrozados o enterrados allí donde las bombas hacían su labor destructora y criminal. Y si los cadáveres eran algo doloroso y terrible, peor todavía eran los heridos con los cuerpos desgarrados que se quejaban y se desangraban en medio de aquel caos inenarrable. Pero peor aún, si tal horror pudiera cuantificarse, eran los niños heridos o agonizantes que recogíamos, unos de la calle y otros de entre los escombros de lo que fueron sus viviendas. Un niño muerto es algo muy doloroso. Un niño muerto por las bombas es angustiante y provoca, juntos, tristeza y furia. Pero los niños heridos y gimiendo con los cuerpecitos destrozados es lo más espantoso que se pueda imaginar. Nada hay en el frente que sea comparable a eso. Nada en parte alguna.

Casas rebanadas materialmente que dejaban a la vista habitaciones con sus cuadros y los muebles que quedaron del lado de la pared que permanecía en su lugar, con parte del suelo, en uno de los cuales, por cierto, en un cuarto piso, quedó una cuna con un niño adentro que bajaron los bomberos, únicos que tenían las escaleras necesarias para hacerlo. Estos se desesperaban por no poder abarcar tanto desastre pero no se inmutaban ante las bombas y seguían trabajan-

do. Ellos, sin fusil, sin granadas, sin armas, eran, como los de la Cruz Roja, repito, héroes verdaderos.

Era el horror mismo, el verdadero horror, aquella monstruosidad, la atrocidad del asesinato masivo e impune, el horror, al que no se sustraían, como blancos de las bombas, los que andaban de un lado a otro recogiendo víctimas. En uno de los momentos del bombardeo estaba yo en la calle y escuché tan fuerte el silbido de una bomba que sabía que iba a caer junto a mí. Supe que iba a morir pero no vi mi vida pasada ni nada de eso que cuentan algunos. Lo único que pensé fue “esto ya no lo voy a contar”. La bomba cayó a unos tres o cuatro metros de mí y se quedó clavada en el duro pavimento (y no en tierra suelta donde habría sido más explicable su falla), sin hacer explosión.

En la madrugada del 19 de marzo, agotado y deshecho física y emocionalmente, me recosté un momento en un montón de escombros y perdí el conocimiento, es decir, quedé dormido como un tronco. Me despertaron más tarde, ya en plena mañana, unos transeúntes que pensaron que podía estar herido, y me fui caminando al Hotel Colón. Al llegar por el lado de Paseo de Gracia (la entrada principal estaba en la Plaza de Cataluña), vi la mitad izquierda de la guerrera de un carabinero colgada de un árbol que quedaba a la altura del balcón de mi despacho, en el primer piso. Se veían los dos bolsillos, el de arriba, a la altura del pecho y el de más abajo, abrochados y el todo colgado correctamente, arriba el cuello abotonado y abajo el faldón, pero dentro de la guerrera estaba completo el costillar izquierdo del hombre que lo había usado, carne y costillas enteras, como si se tratase de una res cortada por un carnicero. Entré al hotel, es decir, al *Casal de la Joventut*, y al llegar a mi oficina vi que la bomba había destrozado las puertas del balcón y llenado de metralla el cuarto. De haber estado allí habría muerto. Pero al asomarme al balcón, vi en el antepecho, de cemento y ancho sobre balaustres gruesos, un cerebro humano completo, entero, como si lo hubiese colocado allí un estudiante de medicina. Creo que bebí un poco de agua y algunos camaradas me dijeron que me fuese a dormir. Salí a la calle y allí se produjo algo que me asustó de mí mismo: al entrar en la Plaza de Cataluña sonaron otra vez las sirenas de alarma, un hombre quiso correr delante de un automóvil, se cayó de bruces y la rueda delantera le pasó por la nuca. Algo espantoso. Pero yo había llegado al grado de total insensibilización, ya era una especie de bestia inconsciente y todo lo que dije, para mí, pero en voz alta, fue:

—¡Qué idiota, pudiendo morir de bomba se deja atropelar!

No lo dije como chiste, lo dije desde la más absoluta indiferencia y dentro del profundo cansancio que me mantenía en un estado de semiinconsciencia. Lo dije y me asusté, me di cuenta de hasta dónde había llegado, entendí que ya no quedaba dentro de mí ni el menor sentimiento humanitario.

Años más tarde vi un accidente en México y me impresionó. Paradójicamente esa desagradable impresión fue para mí un gran alivio; había vuelto a tener la sensibilidad de un ser humano normal.

Por eso digo que, en cuanto a cadáveres, no vi en el Ebro más ni peores de los que había visto en Barcelona. Al anochecer, que fue más bien tranquilo, el comisario de la compañía se acercó a hablar conmigo.

—Estuvo duro aquí —dijo.

Yo ya estaba totalmente recuperado para entonces.

—Sí, costó trabajo vencer al miedo.

—Ése es el problema de todos, camarada. Pero sé que eres de la JSU; te portaste como debe ser.

—Otros se portaron mucho mejor. Tuve mucho miedo, hasta grité. Y al final; estaba temblando.

El comisario sonrió.

—No es para que te sientas un héroe, porque no hay héroes vivos; sólo los muertos son héroes. Pero yo quisiera que otros muchos sintieran miedo como tú y actuasen como tú lo has hecho a la hora de rechazar el ataque.

—El miedo fuerte me dio al final —dije—. Si me da antes, no sé qué hubiera hecho.

Esta vez rió abiertamente al decir:

—Miedo tenemos todos, pero nuestro miedo, el de gente como tú y como yo, siempre nos da después. Cuando tenemos que hacer algo, lo hacemos; cuando tenemos que combatir, combatimos. Ese miedo sólo te llega cuando ya ha pasado todo. Lo importante es no retroceder. No podemos dejar avanzar a los fachas. Y tú te portaste bien, ya me lo han dicho. Los de la JSU y los del Partido no tenemos opción; sólo muertos nos podrán vencer.

Tenía razón. A estas alturas de la vida, y sin haber pertenecido al Partido Comunista, no tengo por qué callar los hechos que me constan. Ya lo dije al principio y lo repito: la pura verdad es que los comunistas se distinguían entre todos los demás defensores de la República porque luchaban con un valor y una disciplina admirables. Todo lo que se pueda decir de ellos en otros órdenes (los graves, derivados del estalinismo y sus métodos), por más censurable o condenable que sea, no altera eso, que fue evidente para todos los que estuvimos allí. Son verdades paralelas y coexistentes.

—Yo soy socialista —le dije—, procedo de la Juventud Socialista. No soy miembro del Partido Comunista.

Se rió otra vez.

—¿Y qué más da? Eres de la JSU y eso es lo que cuenta. Carrillo también viene de las Juventudes del PSOE.

Santiago Carrillo era el secretario general de la JSU y quien llevó a la Tercera Internacional a los jóvenes socialistas mediante la fusión. Hubo inconformes y con razón, pero en plena guerra eran la disciplina y el valor que antes señalé (que la organización juvenil compartía con el partido) muy buenas razones para seguir en la JSU aun no siendo comunista. Por ese sentido de responsabilidad en relación con la guerra fue por lo que mucha gente ingresó al PC

Historiadores intachables, como Hugh Thomas y otros, así lo han observado y reconocido. Si se trataba de parar al fascismo en su modalidad española, el mejor camino no era hacer la revolución antes de ganar la guerra, como proponían los anarquistas, salvo en el caso de que Franco hubiera estado de acuerdo en detener el avance de su ejército hasta que la revolución estuviera terminada y sus hacedores dispuestos a combatirlo. Pero nadie, que sepamos, se ocupó de hacer ese trámite con el generalísimo.

Durante un buen rato el comisario y yo estuvimos juntos, callados. Y ese largo rato en que seguimos juntos sin decirnos nada fue sin duda un tiempo de comprensión mutua. Cada uno de nosotros estaba pensando en parte en el otro y en parte en sí mismo. Éramos víctimas de una guerra sangrienta y que no debió estallar jamás de no ser por la ambición y el odio de los militares españoles, militares derrotados varias veces en Africa por los rifeños y que necesitaban probar su hombría asesinando obreros y campesinos indefensos de su propia patria.

Ese comisario de mi compañía era de los buenos. Entendía a la gente y se hacía querer. Para mí fue un ejemplo a seguir. Tengo más presente su rostro y sus palabras que su nombre, pero creo recordar que le llamaban Paco y que así quería él ser llamado; el camarada Paco. Me parece recordar que era asturiano, pero no estoy muy seguro. Habló conmigo en pocas ocasiones pero cada vez que lo hizo me enseñó algo. Él fue el primero que me habló de George Montaigne Nathan, un caso especial en las Brigadas. Un oficial inglés, homosexual declarado, que fue jefe de Estado Mayor de la XV Brigada y uno de los más valientes brigadistas entre todos los que participaron en la guerra, famoso por su valentía y admirado por sus hombres pese a su orientación sexual. Murió en la batalla de Brunete, cerca de Boadilla del Monte, alcanzado por la metralla de un proyectil de artillería o de aviación (no puedo precisarlo con exactitud) cuando supervisaba personalmente el relevo de una parte de la Brigada.

—Ése sí era un héroe de verdad —me dijo el comisario Paco—, no he sabido de nadie más valiente que él, ¡y era marica! Bueno —se corrigió— homosexual. Los hombres más rudos, los trabajadores de los muelles de Londres y de Nueva York le respetaban y le querían. Yo asistí a su entierro. El comisario de la Brigada, George Aitken, dijo la oración fúnebre. Hombres enteros como Jock Cunningham y Gal Iloraban al escucharla.<sup>23</sup> El caso de Nathan nos enseñó mucho

---

23 Todas las menciones que de George M. Nathan han hecho los brigadistas, verbalmente o en sus libros, recogidas por los historiadores más responsables como Hugh Thomas, Andreu Castells y otros muchos, coinciden con detalle en alabar el valor y la capacidad de Nathan. Por lo cual sorprende que Rémi Skoutelsky, autor de un buen libro sobre las BI, se esfuerce en denigrar su memoria. Este señor, que ha incluido en su obra las referencias y fuentes de todo lo que dice, no menciona ninguna cuando trata despectivamente a Nathan como "hijo de un pequeño comerciante judío de Whitechapel", ni cuando le acusa (¿o le calumnia?) de haber, durante la lucha de Irlanda, "pertenecido, en los años veinte, a los escuadrones de la muerte reclutados por los servicios de información británicos" ... y que "había participado personalmente en asesinatos de personalidades políticas", (R. Skoutelsky: *Novedad en el frente*, Temas de Hoy, Madrid 2006, pág. 141). Aunque no puede ocultar que "Se había transformado en

acerca de la vida y los mitos que inventamos sobre los demás y luego nos los creemos. ¡Qué difícil es para muchos hombres salvarse de los prejuicios!

El comisario hizo una pausa, pensativo, y añadió:

—Jamás tuve una debilidad homosexual, ni de niño, ni de adolescente ni de hombre. Sólo me interesan las mujeres. Pero, como muchos, despreciaba a los homosexuales. Ahora los respeto— dijo el comisario.

Que un español de los años 30 hablase así de esas cuestiones sería increíble de no haber existido el caso de Nathan.

—Nathan —concluyó el comisario— logró la admiración de todos los que le conocíamos, cosa nada fácil entre gente española como la nuestra.

Tenía razón y se daba cuenta de lo insólito del hecho. Pero yo me acuerdo de que un homosexual que se hizo famoso como intérprete de la canción popular andaluza, Miguel de Molina, iba al frente a cantar, a los milicianos al principio de la rebelión y a los soldados después, cuando ya había ejército republicano, y éstos bromeaban mucho con él (le llamaban “la Miguela”) pero lo respetaban. Él hacía letras antifascistas para las canciones más populares y cuando los franquistas ganaron la guerra él quedó en Madrid. La policía de Franco le dio una paliza de muerte, se salvó de casualidad y logró emigrar a Argentina, donde murió años más tarde, sin haberse recuperado por completo de las secuelas de la agresión.

Siempre estuvo en mis principios el respeto por los derechos de las minorías y el estar en contra de cualquier forma de discriminación ya sea racial, religiosa, sexual, social o política.

---

un verdadero héroe para sus hombres”. Y hace acusaciones de tal gravedad sin aportar ni una sola fuente o referencia que las justifique. Más adelante deja en el aire una insinuación insidiosa sobre Harry Fisher (pág.308) sin explicación alguna. El 17 de noviembre de 2006, en París, le interpele personalmente en sesión pública y general en el coloquio *Passé et actualité de la guerre d'Espagne*. Le pregunté sobre las referencias para ambas acusaciones, una clara y la otra velada, y no pudo darme ni una sola fuente, él, que tantas aporta de todo lo demás, que justificara sus afirmaciones. En el tono general de su obra se percibe un tufillo de condescendencia hacia los humildes en detalles como “Marcel Sagnier, un pintor de brocha gorda de los suburbios de París que en España fue ascendiendo todos los grados del mando” (pág.304) o en aclaraciones como “Tampoco se podrá leer de mi pluma el término ‘voluntarios de la libertad’, utilizado por aquellos que se dedican a perpetuar la memoria de las Brigadas Internacionales” (página 17). Resumiendo: En el caso de Nathan este historiador falla cuando, pese al “método crítico” del que blasona, denigra, sin aportar pruebas, la memoria de un héroe. Esto es, por lo menos, poco elegante, además de desprender un olorillo a homofobia que en su caso, según ciertas referencias, debería ser incomprensible. Y en el de Harry, admirado por todos los que le conocimos, no acusa un sentido muy fuerte del respeto a sí mismo hacer insinuaciones inconcretas y no respaldadas contra alguien que, ya muerto, tampoco se puede defender.

Su libro —excelente desde otros puntos de vista— deja traslucir un rencor subliminal hacia las Brigadas, quizá el de un extrotskista hacia los exestalinistas, una secuela más de los crímenes y actos de Stalin, el hombre que más daño ha hecho al socialismo y a las ideas de justicia social en toda la historia de la humanidad. Pero de pronto brota en Skoutelsky el antinazi y demócrata y escribe en un artículo sobre las Brigadas Internacionales que *Su gesta constituye una de las páginas más bellas de la historia del siglo XX. Y se escribió en España.* (El País, 10/X/2006)



*Juan Miguel de Mora en 1938, es decir, tal como era durante la batalla del Ebro y de uniforme.*



*Oliver Law, el primer negro que mandó una unidad militar de estadounidenses blancos, enseña a un brigadista no identificado el manejo de una ametralladora.*



*Monumento en la zona del Segre (Aragón), en homenaje a la Brigada Thaelmann. No se sabe quién lo hizo ni si existe aún.*



*Otro mapa de la zona más disputada de la Sierra de Pandols, con las dos cotas (colinas) en las que más se combatió: la 666 y la 705.*

## LA MUERTE JUNTO AL FUSIL

*La muerte junto al fusil,  
antes que se nos destierre,  
antes que se nos escupa,  
antes que se nos afrente.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Nos dejaron pasar una noche relativamente tranquila pero apenas amanecía cuando ya estaban los morteros y la artillería alemana del 88 esparciendo miedo y muerte por toda la cota. Ya éramos todos los supervivientes expertos en cubrirnos, con tierra, con piedras, con sacos. Todos, cuando no estábamos obligados a movernos o a salir del agujero, permanecíamos inmóviles, de modo que si no caía directamente sobre nosotros el proyectil seguíamos vivos. Teníamos esa creencia de soldados de que donde ha caído un proyectil no caerá nunca otro, pero, años después, un experto en el cálculo de probabilidades me explicó que eso no es cierto en todos los casos y que en nuestras circunstancias —poco espacio y muchos proyectiles— había las mismas de que cayese en el mismo lugar que de que estallase en cualquier otro sitio. Me alegré mucho de no haberlo sabido entonces.

Esperábamos otro ataque pero ese día no lo hubo. La artillería alemana sólo hizo labor de ablandamiento, como creo que dicen los militares. Dormimos bajo un fuego disperso de algo menos de intensidad y al amanecer, antes de que fuese realmente de día, me despertó alguien:

—¡Ya vienen!

Medio dormido lo escuché pero en el acto estaba totalmente despierto, con el fusil listo y mirando a los que, en efecto, avanzaban por las estribaciones de la colina. Esta vez eran moros; mucho más avezados que los requetés, se deslizaban materialmente de un agujero a otro, de una roca a otra, de uno a otro desnivel del terreno, de manera que apenas se les veía en el breve espacio de las carreras que daban de uno a otro refugio. Sentí el miedo, pero en esta ocasión era más controlable. Ya había aprendido mucho.

—Ahora tiraremos cuando estén todavía lejos, más lejos que la vez anterior, pero apuntando con cuidado, que cada tiro sea un blanco. Las bombas las arrojaremos cuando ya estén cerca.

Era Leónidas, el ayudante del capitán, que se había arrastrado llegando a cada uno de nosotros para dar instrucciones.

—La señal será un disparo. Cuando escuchéis el primer tiro disparáis a discreción, pero ya sabéis, ¡apuntando!

Dirigí el cañón de mi arma hacia el área por donde venían los moros, me fijé en sus movimientos y cuando escuché la señal vi correr a uno de ellos y disparé. El tipo fue tan rápido que ya estaba cubierto en el suelo cuando hice fuego.

Pero había visto dónde estaba. A mi alrededor se oía un fuego graneado, cada quien por su cuenta y su responsabilidad, y la máquina de Gaveau, con un francés de proveedor. Yo sabía que para darle a un blanco en movimiento hay que apuntar un poco delante de él. Apunté al escondite y disparé al ver salir al moro, pero corrió en una dirección que yo no esperaba y no lo toqué. Eso me enfureció, pero me controlé y seguí esperando, apuntando al mismo. Salió tan veloz como antes pero esta vez lo alcancé, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó de espaldas a nosotros, como si hubiese querido regresar a su punto de partida. Y entonces vi a un oficial de ellos, con su clásica chilaba y un arma corta que no me paré a identificar. Le acerté. Cuando ya casi llegaban a nuestra posición lanzamos las granadas de mano, las defensivas ( las ofensivas tienen un radio de acción de diez metros para poder lanzarlas avanzando y que no hieran al que las tira, mientras que las defensivas abarcan mucho más espacio y son muy útiles para tirarlas desde una trinchera o desde algún tipo de refugio) aunque podían habernos herido a nosotros mismos porque ellos estaban ya encima. Aclarando que en las últimas cajas que nos dieron venían revueltas.

Esta vez no fue necesario que corriésemos a la segunda línea. No pasaron de la primera.

El rechazo de este ataque debe haber irritado a los mandos franquistas porque se recrudeció el bombardeo artillero y varias escuadrillas de Junkers nos rociaron de bombas. Después nos visitaron dos Stukas. Ya estábamos zombis, ya no hablábamos, sólo nos acurrucábamos en nuestros agujeros, inmóviles, a veces escarbando automáticamente con la bayoneta en un esfuerzo vano y ridículo por hacerlos más grandes.

Eso era, en 1938, la Sierra de Pandols. Y la de Cavalls. Era la resistencia republicana en la batalla del Ebro, ya lo he dicho en mi relato sobre la cota 666. Lo repito. ¿Y de qué otra manera podría decirlo? Ya éramos zombis, sí, pero nosotros éramos zombis en estado de alerta, curiosa e increíble paradoja, y eso era lo que nos diferenciaba radicalmente de otros soldados, los de 1914-18, por ejemplo. Probablemente entre los movilizados, los quintos, habría muchos en la batalla del Ebro como los soldados de la Primera Guerra Mundial, con los cerebros embotados, hartos de guerra, indiferentes a todo. Pero esto era muy raro, apenas casos aislados, entre las Brigadas Internacionales, porque las integraba gente que había dejado voluntaria y deliberadamente su vida ordinaria, su familia, sus amigos y su ambiente para ir a España a luchar contra el fascismo, y aun los que se arrepintiesen de haberlo hecho no dejaban de saber por qué estaban allí. O entre los españoles que, en su mayoría, eran también conscientes de la necesidad de derrotar al fascismo.

Éramos indiferentes a todo lo que no fuese esperar al enemigo. Como máquinas fatigadas en espera de ser puestas nuevamente en marcha. A veces cruzábamos la vista unos con otros. Sin ninguna reacción, sin ningún gesto, sin ninguna expresión. Ojos opacos que vefan, sin mirarlos, a otros ojos opacos. Alguna

vez vi pasar a los camilleros, les vi llevar cuerpos, muertos o heridos. No despertaron mi interés, no les presté atención, de hecho no prestaba atención a nada, salvo al silbido de las bombas o al zumbir de los obuses cuando caían. Y aun eso con una extraña indiferencia porque aunque escuchase, como ocurrió y ya conté, una bomba que cayó muy cerca, no hice más que encogerme de un modo automático sin mayor emoción. Ya ni miedo siquiera. Nada. Había una sola cosa a la que estábamos listos, ya lo dije, al posible ataque. Si volvían ocuparíamos nuestras posiciones individuales y dispararíamos en el mismo estado en que nos encontrábamos, sin emoción, sin sentimientos, sin miedo, sólo con la decisión de que no pasaran, de que no tomasen la cota. No era una decisión política, meditada o inspirada en determinados principios. Los sentimientos de odio al fascismo y apego a la libertad, deben haber estado por allí en alguna parte de los cerebros. Pero esa voluntad de no retroceder era algo biológico, arraigado en las neuronas, automático, indescriptible. Algo que estaba allí y nada más.

Claro que algunos pueden haber sentido de otro modo. Pero puedo asegurar que no los que estaban conmigo en aquella cota de la que ni siquiera llegué a saber el número. Y que vengan algunos a decir que esto es propaganda o estupidez o lo que quieran. A todos los que hayan pasado lo que yo pasé allí —y después más todavía en la cota 666, de esa sí supe el número— y vivido lo que yo viví les escucharé con respeto. Lo que digan o piensen los demás no me interesa.

Por la noche nos relevaron y nos llevaron cerca de Venta de Camposines. Todos íbamos como alelados, así llegamos, así descansamos, así dormimos. Sólo al tercer día comenzamos a recuperarnos, pero pienso que nunca volvimos a ser como éramos antes y no sólo entonces, sino hasta hoy. En fin, en dos o tres días, comiendo caliente, mirando el paisaje desolado y viendo a otros todavía no aplastados, lo lelo se fue pasando en parte, sólo en parte.

Se suponía que descansaríamos dos o tres semanas pero a los ocho días volvimos al frente. Y aquí llego a algo que también hay que decir: el pueblo español, ese pueblo valiente y admirable por muchos conceptos, recibió a los brigadistas con toda su generosidad, con todo su amor, con todo respeto y con verdadero entusiasmo. Y son tan fuertes y tan enraizados en él esos sentimientos que con los mismos nos han recibido las generaciones posteriores, más de medio siglo después (se dice pronto), sus hijos y sus nietos, cuando los brigadistas hemos sido invitados a visitar la España democrática. Y los retoños de aquéllos nos han hecho llorar diciéndonos: “Gracias por haber venido entonces”.

Pero el Gobierno de la República, los altos mandos militares de aquel gobierno y algunos políticos no sólo no compartieron ese entusiasmo, sino que trataron a los brigadistas como a legionarios, gente aventurera que se inscribe como mercenaria en un ejército extranjero. El decreto de Indalecio Prieto creando las Brigadas “en lugar de la Legión Extranjera” no contiene ni una palabra de agradecimiento o estímulo, legisla como para el Tercio, unidad de aventureros muchas veces fugitivos de la justicia. Y el general Vicente Rojo —el más brillan-

te de los generales republicanos— altera en sus memorias la fecha de la llegada a Madrid de los primeros brigadistas para regatearles su parte de mérito en la defensa de la capital. A lo cual se agrega el trato orgánico y táctico que se dio a las Brigadas Internacionales a las que, después, se incorporaron muchos españoles, lo que en nada mejoró, justo es decirlo, el trato que denunció.

Siempre fueron unidades de choque, enviadas a los frentes más sangrientos, a las batallas más difíciles, allí donde el esfuerzo era mayor, más difícil y más peligroso. Las BI estaban casi siempre escasas de reemplazos y sólo cuando ya era imposible seguir haciéndose el distraído, el gobierno otorgó a las BI la medalla del valor, que merecieron mil veces desde que llegaron. La defensa de Madrid, la batalla del Jarama (que fue una carnicería de lo mejor de la juventud estadounidense de la época), las de Belchite, Brunete, el Ebro... Siempre las más sangrientas.. Y el salario era de diez pesetas diarias, el mismo de cualquier soldado español, lo que menciono no como queja, sino como prueba de que de ninguna manera pudo considerarse mercenarios a los brigadistas.

Uno de los aspectos del trato que comento era que muchas veces, después de días y días de resistir la enorme superioridad de armamento y equipo del enemigo, en lugar de un descanso merecido, a las BI se las enviaba de nuevo a la primera línea. Así nos pasó a nosotros, pero en este caso concreto estaba justificado porque era ya al final, en el Ebro, y realmente no se disponía en esa etapa de las unidades necesarias. No me quejo de esa vez, pero sí ocurrió lo mismo en muchas ocasiones anteriores en las que no estaba justificado.

Pero, sean peras o manzanas, nos mandaron a relevar a la guarnición de la cota 666 que ya estaba exhausta y no podía resistir más. Hubo una redistribución de armamento individual —sobraba por la cantidad de bajas— y el teniente me dio un naranjero y una bolsa de cargadores. Y allá fuimos.

Cuando llegábamos vimos que no éramos simple relevo, sino refuerzos en pleno combate porque el enemigo había atacado la 666 y se estaba combatiendo en la cima. El mando de nuestra compañía decidió que subiéramos por detrás, que para nosotros era el lado contrario a aquél en que se encontraba el enemigo. Pero el asunto no era fácil porque, precisamente para obstaculizar la llegada de refuerzos, de comida y de servicios médicos, los fachas, como hacían siempre, habían creado una cortina de fuego de artillería detrás de la cota. No era novedad sino parte del procedimiento de ataque a cada cota de Pandols, aislarla lo más posible a la hora del ataque. Así habían diezmado, entre otras, a la famosa y valiente 11 división, que mandaba Enrique Líster antes de ser el jefe del V Cuerpo de Ejército. Pasar la cortina de fuego artillero, hecha con varias baterías de aquella artillería alemana calibre 88 que llamábamos “la loca”, era una de esas cosas que hasta donde llega mi pobrísima información sólo han ocurrido en España y en Stalingrado. Pero no pretendo que mi información sea perfecta, conste. Apenas habíamos salido unas horas antes —dos o tres días, no recuerdo— del estado zombi y ya estábamos allí, tirados en el suelo como pingajos con cerebro, temien-

do atravesar la cortina de fuego. Era miedo, sí, pero no ninguna de las formas de miedo que se dan en la vida civil. Teníamos miedo pero no estábamos pensando en correr lejos de allí, sino en cómo pasaríamos la cortina artillera. El miedo “civil” lo sienten en el frente por lo general, los reemplazos, los recién llegados. El miedo de los veteranos —es decir, de los supervivientes— es otro miedo, un miedo fatalista y tranquilo que no impide hacer lo que haya que hacer. Y lo que había que hacer era pasar la cortina del fuego artillero, cruzar una línea de muerte, perder todo apego a la vida, dominar todos los miedos y seguir adelante, como robots, como máquinas, como seres capaces de avanzar serenos hacia la muerte. ¿Existen esos seres? Alguna vez oí —o leí— sobre ataques psicológicos que los blancos hacían a los rojos durante la guerra civil en Rusia y que consistían en avanzar cayendo uno tras otro pero continuando los de atrás sin inmutarse hasta caer a su vez. Parece que esto puede aterrorizar a los atacados al ver que por más que disparan y los enemigos caen a montones, detrás de cada uno que cae hay otro que sigue avanzando. Pero a mí no me interesan en este caso los atacados, sino los atacantes; hacer como en la Primera Guerra Mundial, correr hacia la muerte de pie, descubierto, bayoneta en ristre, gritando para despejar el miedo —como diría Miguel Hernández—, eso no iba conmigo. Yo no podría correr hacia la barrera de fuego artillero ni impávido, ni gritando. Ahora que lo pienso mejor, quizá eso sea más fácil si se avanza contra otros hombres, pero nosotros estábamos frente a un rosario de obuses que caían por donde teníamos que pasar y no había enemigos humanos a la vista, sólo sus proyectiles.

Esta vez íbamos muchos más de los que usualmente constituíamos la sección, tal vez era toda la compañía, quizá los restos del batallón. Había tantas bajas en el Ebro que todas las unidades estaban incompletas, algunas al 50%, y muchos jefes y oficiales preferían luchar con los que quedábamos que engrosarlas con reemplazos bisoños, demasiado viejos o demasiado jóvenes, como aquéllos que nosotros habíamos tenido y que de los tres sólo quedaba uno. Y no podíamos reprochárselo a los oficiales porque ellos luchaban a nuestro lado y los malos reemplazos nos perjudicaban directamente a los soldados: en vez de ayuda eran estorbo.

Estábamos crispados, esperando la orden de avanzar entre el fuego artillero, pero nos dijeron que pasáramos a discreción; nada de levantarnos todos y correr formados en línea, puesto que no había enemigo visible al frente, sino que cada uno pasara a su manera, a su leal saber y entender de soldados veteranos. Y así lo hicimos. Tuvimos bajas, pero muchas menos de lo que hubiera sido un avance general estilo 1914. Yo estuve mirando las explosiones de los obuses y cuando vi una frente a mí, más o menos a la mitad del terreno batido, corrí desesperadamente hacia el polvo y el humo de la explosión y, llenándome la nariz y los pulmones del olor a cordita o trinitrotolueno o lo que fuese, me zambullí materialmente en el embudo que causó el cañonazo.

Allí permanecí unos minutos, no tengo ni idea de cuántos, esperé a que pasaran las explosiones más cercanas y corrí hacia la cota, saliendo del área batida. De allí en adelante las cosas no eran más fáciles. Teníamos que subir a la cota 666 por el lado opuesto al enemigo, pero estábamos escuchando el combate en la cima y teníamos que llegar antes que los moros liquidasen a los nuestros que, una vez más, eran del *Lincoln*, según creo recordar, aunque dadas las circunstancias no estoy seguro de nada, salvo de lo que allí pasé.

La primera parte del ascenso fue fácil porque nadie nos estaba disparando desde arriba, donde se recrudecía el combate. Pero estábamos oyendo el fuego de ametralladoras y fusiles de arriba, las explosiones de granadas y el fragor general del ataque y eso nos daba impulso para acelerar la subida. Yo me movía mucho más cómodamente con el naranjero, que llevaba sujeto en bandolera, lo echaba atrás, por debajo, del lado derecho y podía dispararlo fácilmente, pero como no nos disparaban podía usar ambas manos en la subida. Había de mi lado un saliente de roca a unos dos metros o menos del borde de la cima —saliente que después vi que usaban a veces los camilleros y los de intendencia— y hacia él me dirigí lo más rápidamente que pude y en las prisas al llegar me di un golpe en la rodilla derecha que me hizo sentarme en el saliente. Pero como, por el dolor de la pierna, me dejé caer de mala manera me golpee el codo izquierdo y por unos instantes quedé inmóvil y tenso con dos de esos dolores agudos e insoportables. Para sentarme me había acomodado el naranjero con el brazo derecho y lo tenía apoyado en el muslo y apuntando hacia arriba esperando que se me pasara el dolor. Y en ese momento levanté la cabeza y vi en el borde, a unos dos metros o dos y medio de mí, dos rostros de moros con sus dos fusiles que apuntaban hacia mí para dispararme casi a bocajarro. Ellos estaban tan sorprendidos como yo, habían tomado esa parte de la cota y se asomaban sin sospechar que hubiese allí enemigo alguno pero al verme su reacción fue inmediata, como la mía. Sin pensar, quizá por instinto de conservación, con la mano derecha quité el seguro y tal como estaba el naranjero, apoyado en mi muslo derecho, apreté el gatillo e hice una ligera oscilación. La ráfaga alcanzó a los dos un segundo antes de que ellos disparasen, uno desapareció y el otro, con la cara y la cabeza destrozadas, quedó caído sobre el borde con medio cuerpo del lado de afuera, es decir, del mío.

En la cima se seguía combatiendo y cuando yo logré incorporarme y pasar por encima del cadáver del moro y comprobar que el otro también estaba muerto, tirado dentro, ya otros de los nuestros estaban arriba limpiando la cumbre junto con los defensores que aún quedaban. Cuando acabó la lucha los que estaban allí, restos del *Lincoln* creo, se retiraron y nosotros quedamos en la posición, consumado el relevo. Y entonces, en la calma que siguió, el teniente y el comisario me felicitaron, por sí mismos y en nombre del capitán, como si yo hubiera hecho algo pensado y planeado, o como si hubiera sido un acto de valor lo que fue nada más una reacción del instinto de supervivencia.

Esa toma de la cota (o relevo) me costó el naranjero porque el del teniente se encasquilló, y al final del combate lo usó como mazo con lo que quedó inútil, de modo que él se quedó con el mío y yo volví al fusil, como antes.

Los fachas nos dejaron descansar todo el día y la noche, lo que en esos tiempos en la sierra de Pandols era el más maravilloso regalo. No significa eso que no hubiese disparos: algunos francotiradores y un mortero de vez en cuando nos causaron bajas pero comparado con lo habitual eso era la gloria.

Recuerdo algo distinto a lo que comúnmente se cree: Es lo habitual que en los relatos de soldados, en memorias, novelas y películas se hable de la obsesión varonil por las mujeres; sueñan con mujeres, hablan de mujeres, recuerdan a sus mujeres, novias y aventuras. Hasta donde yo recuerdo en el frente del Ebro, en el tiempo en que yo lo viví, apenas una o dos veces alguien hizo una alusión a las mujeres, y aún en esos casos fue más bien un recuerdo dulcemente amoroso de la esposa o de la novia. Comentarios procaces, bromas de tono pornográfico, no recuerdo que haya habido, posiblemente debido al agotamiento general que, en mayor o menor grado, todos padecíamos.

El que una vez habló de mujeres fue el comisario, pero en otro tono. Alguien mencionó la esposa o las esposas y él dijo:

—La mujer, en la guerra, y también en la paz, es siempre la víctima dentro de nuestra especie. Los hombres consideramos a las mujeres —hablo de la mayoría— como una bestia de trabajo, como una criada y como un juguete de placer. Las mujeres son botín de guerra, como si en lugar de seres vivos y sensibles fuesen simples objetos de placer. No importa su estado físico ni su estado de ánimo, a la mujer se la usa como a una máquina. En paz como en guerra hay muchos hombres que tratan a la mujer como a un animal doméstico, y así como dan latigazos a la caballería que les hace el trabajo en la agricultura o en el transporte, igual golpean a la mujer, tratándola como a una bestia, y ni a las pobres bestias se las debe tratar como lo hacen muchos, y menos a una mujer que, en inteligencia, es igual o superior al hombre.

Quizá no todos entre los españoles que escuchaban estaban de pleno acuerdo, pero había demasiado cansancio como para iniciar discusiones.

Otro asunto que me interesa aclarar es el de la cota 666. Como desde niño fui educado lejos de supersticiones y de toda clase de fábulas y leyendas, sólo hasta muchos años después de la guerra, al publicarse mi testimonio *Cota 666*, algunos me hicieron recordar —pienso que alguna vez lo habré oído pero lo había olvidado por completo— que para ciertas personas supersticiosas e ingenuas ese número es nada menos que “la cifra de la Bestia”,<sup>24</sup> del demonio, del anticristo, según el Apocalipsis. Y por eso muchos pensaron que a esa colina se le dio ese número para significar simbólicamente que fue un infierno, el reino de la Bestia. La curiosa coincidencia es que, efectivamente, esa colina fue un infierno, pero la explicación del número es más prosaica: el número de cada cota es la cantidad de metros que tiene de altura sobre el nivel del mar. Que la 666 coincidiera en eso con la maldición satánica fue casual. Pero como hubo —y hay— personas que

---

24. Apocalipsis. 13.

piensan que ese número es un recurso literario quiero dar algunas referencias de la existencia de esa cota.

La toma de la cota, en la ofensiva republicana:

*Por otra parte, la XV Brigada, aparte del apoyo de fuegos que a la misión del 43, XI prestaba el grueso de su batallón 58, destacó el flanco izquierdo de este último en un ataque hacia la cota 666 enemiga, aprovechándose de la intensidad del fuego artillero propio que al principio de la operación se desencadenó sobre tales alturas. Después de un sangriento combate, logró cortar las alambradas enemigas y ocupar dicha cota.<sup>25</sup>*

*Durante días y noches consecutivas los nacionalistas contraatacaron la posición. La famosa y obstinada resistencia americana en la cota 666 —citada en el orden del día— tuvo caracteres épicos... Esta cota, unida a las posiciones nacionalistas a través de una afilada crestería fue fortificada por los americanos con doble alambrada y mampostería y no cayó hasta el día 2 de noviembre, cuando los interbrigadistas ya habían sido retirados de los frentes.<sup>26</sup>*

Ejército del Ebro, Sector Sur, Cuartel General 35 División, Jefe E.M. Orden General de Operaciones número 11 (extracto):

*III.-Misión de la División: Atacar simultáneamente desde cerro de San Marcos (cota 504) la cota 481 (Puig de Aliaga) y desde la cota 666 el Vértice Puig Caballé.<sup>27</sup>*

*Las tres banderas de la Legión avanzan por la cordada de la sierra y anuncian que han tomado la 666 y la 609. El mando franquista piensa que se ha hecho con la sierra de Pandols tras esa maniobra afortunada. Pero la 666 no ha caído. Ha sido un error de identificación. Desde allí, desde esa cota que se convertirá en la más famosa de la batalla, se comenzarán a producir los contrataques en los días sucesivos.<sup>28</sup>*

*El 14 de agosto recibimos órdenes de entrar de nuevo en acción. Teníamos que relevar a los Lister y continuar la defensa de la colina, la cota 666 en la sierra de Pandols. Esta cota proporcionaba una ventajosa atalaya desde la que se veía todo el camino hasta el Ebro. Su significado estratégico era claro.*

*El pensamiento de que teníamos que ir a aquel infierno ponía los pelos de punta. Habíamos estado observando las llamas de la batalla, visto las ambulancias yendo y viniendo con los heridos y habíamos estado viendo el continuo fragor del combate.<sup>29</sup>*

Es evidente que el número 666 no fue puesto en la Sierra de Pandols por nadie debido a su carácter apocalíptico de anticristo: tiene esa cota 666 metros de altura sobre el nivel del mar y eso es todo. Pero sí fue un infierno, a eso vamos.

<sup>25</sup> Julián Henríquez Caubín. *La Batalla del Ebro. Maniobra de una División*. México, 1944. pág. 245.

<sup>26</sup> Andreu Castells: *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*. Editorial Ariel, Barcelona, 1974, pág. 361.

<sup>27</sup> J. Henríquez Caubín, op.cit. pag. 430.

<sup>28</sup> Jorge M. Reverte: *La Batalla del Ebro*, Crítica, Barcelona, 2003, pág. 211.

<sup>29</sup> Harry Fisher: *Camaradas*, Ediciones del Laberinto, S.L., Madrid, 2001, pag. 237.

## COTA 666<sup>30</sup>

*Llegaron a las trincheras  
y dijeron firmemente:  
¡Aquí echaremos raíces  
antes que nadie nos eche!  
Y la muerte se sintió  
orgullosa de tenerles.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Una brizna de yerba me cosquillea muy cerca del ojo mientras, con la cara pegada a la tierra, intento mirarlos sin mover la cabeza. Mirarlos, porque sé que están allí, incrustados en el azul; su sordo ronquido me lo dijo antes de que estuviesen a la vista. Pasan por el cielo claro y limpio en formación, triangular. Como patos metálicos llenos de odio. O como máquinas manejadas por máquinas. Y hacen que mirar al cielo no sea una invocación, sino una angustiada necesidad. Se les mira con miedo y con esperanza. Para saber dónde van a descargar. Con el miedo de que lo hagan aquí, sobre nosotros. Con la esperanza de que suelten la muerte lejos, en otro paraje. En otra parte, y ojalá estuviéramos nosotros en otro lugar. Estar en otro sitio, cualquiera, con tal que no sea este infierno.

Los Junkers de la Legión Cóndor están regando muerte en la cota situada a nuestra derecha, que desaparece entre nubes de polvo, polvo que cubre las vidas y los estertores y que oscurece la mente y quizás la historia. Polvo que es la anticipada y única mortaja de los que agonizan. Sabemos que otros camaradas están allí ahora, en el centro de ese polvo, unos muertos ya, otros todavía vivos. Pero a nosotros no nos han olvidado: la artillería alemana sigue ocupándose en hurgar la tierra en busca de nuestros cuerpos y sus impactos, cubriéndonos también de polvo, nos secan la boca y cada obús pretende hacernos, a los que no hemos muerto aún, menos hombres y más pobres bestias asustadas. Lo más visible siempre es el polvo, el polvo y la tierra y las piedras arrancadas de sus lechos, quizás centenarios o milenarios, y lanzadas al aire para que caigan sobre nosotros como lluvia dura.

El ayudante del capitán es griego. Sus cejas espesas y su aire mediterráneo le asemejan a los españoles y a los italianos. Por saber que es griego me llegaban al verle recuerdos del bachillerato: Atenas, Esparta, la batalla de las Termópilas. No ahora, no aquí, donde los recuerdos no llegan, perdidos entre el miedo y la tensión, sino cuando lo conocí, antes de subir aquí. Lo que este griego pudiese

---

30 Este relato del último combate en que participé con la XV Brigada fue publicado —con el prólogo de Lise London— en México en 2003, en un opúsculo, como edición conmemorativa del 65 aniversario de la Batalla del Ebro, por Libros para Todos S.A. de C.V. (LDAMEX). Traducida por Jean de Médrano al francés fue publicada en Bélgica en 2006, *Ma bataille de l'Èbre*. Tribord, Bruselas, 2006.

haber heredado de la Hélade lo barrió la constante lluvia de metralla. Aquí viene, arrastrándose como un gusano. Era obrero en Atenas y vino, clandestinamente, de la orgullosa Acrópolis a reptar por los suelos de España. Y yo en un agujero en la tierra, otro gusano. Sí, hemos descendido a ser gusanos, pero somos gusanos insu-  
midos que no aceptan ser gusanos. Por eso estamos aquí. Leónidas, que no se llama Leónidas pero de cuyo verdadero nombre nunca he sabido, viene a contar-  
nos, a saber cuántos de los gusanos que no queremos serlo vivimos todavía.

—¿Estás bien, Mora?

—Sí.

Puedo dar mi nombre, porque un nombre no es nada, un nombre no es un hombre. Pero si me hubiese preguntado quién soy no habría podido responderle. No puedo decir quién soy porque ya no soy lo que era, es decir, lo que fui antes de esto. Y tampoco soy —¿seré?— lo que resulte de esto. En cierto modo soy el producto de la fusión de lo que fui con lo que estoy viviendo aquí, en esta sierra, y con lo que nunca seré, pero pude haber sido. O un resultado de lo que queda después del desgarramiento de eso que no podemos definir, pero que suele caracterizar a los seres humanos. Unos lo llaman alma, otros sentimientos y algunos espíritu del hombre, pero hay quienes aseguran que se trata simplemente de química.

La brizna de yerba me inquietaba con su cosquilleo y moví la cabeza para librarme de él. Librarse de un cosquilleo externo es fácil. Liberarse de esa especie de cosquilleo interior que producen la inquietud y el miedo no depende de uno. Eso sólo lo conseguimos, cosa extraña, cuando nos atacan hombres en vez de proyectiles, cuando la angustia de ser blanco vivo e inmóvil de las bombas y los obuses enemigos es sustituida por la brutal tensión del combate, cuando nosotros vemos a los que vienen y podemos apuntar y dispararles. Y verles caer. Entonces el miedo se olvida, desaparece, no está. Pero matar no produce placer, no a la mayoría de los combatientes. Es un desahogo de rabia, algo que hay que hacer en defensa propia, pero algo duro, cortante, algo que, se sea o no consciente de ello, duele, amarga la saliva. Y la existencia.

En los intervalos entre uno y otro intento de tomar nuestro pequeño cerro, esta tierra del Ebro está siendo sembrada por los nazis de la Legión Cóndor, que han venido a España sólo a matar, y por los militares indignos del ejército de Franco: siembra de acero y de bombas con floración de explosiones. ¡Pinche siembra! como diríamos en México. Cuando son balas y metralla lo que penetra en la tierra no hay cosecha a recoger; la sangre la absorbe la tierra y sólo a veces reluce un momento antes de perderse y secarse por entre los vericuetos del suelo. Es muerte y no vida lo que se produce con esta siembra, justo lo que quieren producir ellos, los invasores y los traidores.

Así inicié esta memoria, que después he ampliado, tejiendo recuerdos, acerca de una batalla en la que participó un hombre que escribía mucho. Acerca de los días en que la ambición de unos militares mediocres y corruptos me con-

virtió en un diosecillo menor con el poder de matar en combate sin culpa ni castigo y al mismo tiempo con la inminente posibilidad de ser muerto. Ser un pequeño dios de leyenda antigua no era original entonces, porque también lo fueron muchos españoles y no pocos hombres de casi todos los países del mundo. ¡Es tan fácil matar y tan difícil vivir! Después de tanto tiempo de soportarlo, necesito dejar mi testimonio para librarme de este peso. Aunque a estas alturas de la historia los únicos testimonios válidos son los de quienes ya murieron.

Lo mismo que a los árboles y a los arbustos que debió haber aquí alguna vez, lo mismo que a las piedras que saltan en fragmentos, a nosotros nos están machacando materialmente, nos están embruteciendo y aniquilando, físicamente a los que van cayendo y mentalmente a los que sobrevivimos. Aquí donde no hay plantas ni nada verde salvo la increíble briznita que descubrí, nos están convirtiendo en extraños vegetales, inmóviles, con la mirada perdida y el rostro y el cuerpo llenos de tierra. Siempre hay una conexión entre lo animal y lo vegetal: la vida. Una vida de la que los vegetales hacen, sin presunción alguna, mejor uso que nosotros, pobres seres desconcertados ante una existencia que nunca acabamos de comprender plenamente.

Hay historiadores que tienen a gala mostrar esa frialdad tan fácil de adoptar respecto de lo que ni se ha vivido ni interesa. También los hay íntegros y respetables. Pero hoy pienso en los que se pretenden muy puros y se ensucian con sus prejuicios o con sus fanatismos.

Volviéron los Junkers y la última bomba estalló tan cerca que el peso de la tierra que volvió al suelo tras la explosión me lastimó, de tanta que era. He llegado a pensar si existe el alma como algo que puede quebrarse. La lluvia continua de metralla, el temblar de la tierra que se transmite a los cuerpos como un inaudito mal de Parkinson, ese miedo agazapado, que de tanto sentirlo está encalleciéndose y ya casi no se percibe, así es esto. Lo único claro para nosotros, incrustado en los cerebros como una obsesión y un apoyo, es que luchamos, o así lo creemos, por algo que vale la pena. Difícil tarea, a veces, discernir, estando entre la vida y la muerte, qué es lo que realmente vale la pena. ¿Qué es lo que vale más que la vida misma? ¿Una creencia? ¿Un ideal? ¿Una utopía? ¿El orgullo? ¿La libertad? Sí, sobre todo la libertad. Eso es. La libertad.

Cuando cierto tipo de escritores de historia tratan de las Brigadas Internacionales, todo su interés se concentra en indagar hasta dónde llegó en ese asunto la mano de Stalin. No entienden que cuando un hombre decide por sí mismo acudir a un país ajeno a luchar por la libertad, el mérito o el demérito son suyos solamente y no dependen de quién manejó la idea de enviar allí voluntarios, ni de los designios que le movieron. Es diferente si se trata de los agentes

conscientes de Stalin pero éstos, espías y asesinos, fueron una minoría absoluta en las Brigadas.

Esa brizna de yerba que me cosquillea la mejilla es verde, de un verde puro y natural. Es lo único verde que tengo a la vista y tan cerca de mis ojos que me llena y me impresiona pues estoy viendo un fragmento diminuto de la vida, en este sitio en el que sólo impera la muerte. En medio de la sensación de total impotencia ante las oleadas de aviones, la tierra sacudiéndose, los obuses zumbando y los morteros cayendo y saltando, el verde puro de ese brote de yerba atestigua que hay otra existencia distinta a ésta, que es la verdadera vida y que por ella, para defenderla, debemos permanecer aquí. Porque solamente con mantenernos aquí, sin retroceder, ya estamos venciendo. No es cuestión de partidos ni de consignas. Es la reacción vital del individuo contra la imposición, es la terca resistencia de la voluntad, de una voluntad que va más allá de la mera humanidad, más allá de la sensibilidad y del miedo. Cada ataque rechazado es una victoria íntima y personal contra la fuerza bruta, así sea una victoria de cadáveres que no han muerto todavía.

La inmensa mayoría de los brigadistas sabía lo que era el nazifascismo y luchaba contra él en defensa de la humanidad, mientras que ignoraba por completo la diferencia entre lo que acerca de la URSS decía la propaganda soviética al exterior y la realidad interior del estalinismo. Y cuando, tiempo después, los brigadistas lo supieron, Stalin hizo asesinar a los más prominentes de ellos en los países que estaban bajo su égida. Disminuir la calidad moral del grueso de los brigadistas por los actos de Stalin no sólo es mezquino, sino irracional.

Es sementera de acero en tierra árida, poblada de ramas secas y plantas muertas, piedras rotas y embudos en el suelo causados por las explosiones, cavidades sugerentes para facilitar los entierros. Lo mismo que somos nosotros por dentro, barridos ya los entusiasmos juveniles y la euforia de los himnos revolucionarios: tierra árida, ramas secas y plantas muertas en el ánimo en el que había brotes de ilusión y de esperanza. Y estamos aquí, solos en la vida, solos en la muerte, solos en la cota, solos en nuestra guerra (con París y Londres en promiscua y obscena cohabitación con Hitler, y con Estados Unidos vendiendo petróleo a Franco), solos en el mundo, solos en el universo, solos con y por nuestra voluntad, aunque se hable de nosotros en todas partes.

Y aunque Malcolm Lowry mencione muchas veces, bajo el volcán, bajo un volcán mexicano, la batalla del Ebro. La humanidad se divide siempre, en cada acontecimiento histórico, en dos partes: los que estuvieron allí y los que no estuvieron. Los últimos son siempre la mayoría y los más de ellos son indiferentes a lo que sucede o sucedió, sea lo que fuese y donde fuere.

En esta negación de la vida que es el continuo matar y morir yo no podría pensar en escribir; casi no puedo ni pensar. Sin embargo, hay aquí, entre nosotros, uno que escribe mucho, al que siempre, antes de llegar a este averno, se le ha visto escribiendo. Varios camaradas hicieron comentarios sobre él. Pero en estos momentos el hombre que escribía tanto no escribe. El que reía no ríe. El que blasfemaba a gritos ahora blasfema en voz muy baja, como sabiendo que nadie le oirá, aunque grite, porque el mundo no nos escucha. El que discutía por todo no discute por nada. El que hablaba siempre a voces ahora calla. Y aquí arriba, cuando nos aplastan la artillería, los morteros y las ametralladoras (Bill está herido, le he visto sacudirse y quedar en una postura extraña, con el rostro hacia el cielo y el brazo distorsionado), se calla en francés, se calla en inglés, se calla en alemán, se calla en español y se calla en todos los idiomas de los hombres, mientras en Londres se distorsionan las lenguas para solaz de los asesinos.

Idiomas, lenguaje. Hablar. Hablar nos lleva a la raíz del asunto: el lenguaje como medio de comunicación. Difícil es la comunicación entre los humanos; mucho más difícil que un ser humano se compenetre con lo que otro siente o ha sentido.

Nada ya de ojos vivos e inquietos; ahora tenemos la vista vacía y cada uno de nosotros se ve a sí mismo en los rostros de los demás, todos con la misma helada y mortuoria expresión. Aunque de nosotros se supone, es un decir, que estamos vivos. Pero hemos llegado al punto en el que ya comenzamos a olvidar la única actividad mental que hasta hace pocos días ocupaba nuestra atención: calcular, por el ruido, si los Junkers echarán su carga en nuestra cota o en alguna de las muy cercanas ocupadas por otros compañeros de nuestra misma brigada. O si volverán los Messerschmitt a cosernos al suelo con sus ametralladoras mientras la artillería nos aturde y los morteros realizan sus mortales búsquedas por entre nosotros. Ya todo eso, vivir o morir, importa mucho menos. Lo que importa es matar, lo que importa es esperar a los que vienen, los que luchan por un mundo miserable, y disparar con acierto, verlos caer o verlos correr; matar. Matar y seguir aquí, no retroceder, no darles el gusto de sacarnos de la cota. Es ya una cuestión personal para cada uno de nosotros, una cuestión de terquedad, una obsesión que, cuando los vemos venir, siempre supera al miedo.

Lo que no se puede comprender, repito, si no se estuvo allí. Haber estado o no haber estado, ésa es toda la diferencia. Y, como cada hombre es único, ni siquiera los que sí estuvieron tienen juicios u opiniones iguales acerca de ello. Confusión, eso es la vida humana. Sin embargo, venturosamente, hay coincidencias fundamentales.

En esta España de 1938 ya no hay lugar para jeremiadas. Hemos visto demasiados niños muertos por las bombas para caer en sentimentalismos. Hemos visto tanta muerte que ya no tenemos tiempo para llorar. Ni para dejarnos llevar

por emociones que son para otros tiempos, para otros hombres. Esto creemos, esto vivimos. Pero la verdad es que, a veces, las emociones se imponen.

Otros tiempos. Hace un tiempo (¿qué es el tiempo en estas condiciones? ¿cómo medirlo?), cuando llegamos aquí como relevo, los que nos precedieron (los pocos supervivientes del batallón Lincoln) no tuvieron ni siquiera una sonrisa en los ojos por el gusto de ser relevados, ni una chispa que sugiriese satisfacción por salir del infierno. Simplemente pasaron a nuestro lado —entre ellos yo pensé que iba un hombre admirable, amigo muy querido: Harry Fisher— con la misma mirada vacía y la misma fatiga extrema o agotamiento que ahora tenemos nosotros. Estaban destruidos, pero no vencidos. Ellos también tenían esa terquedad y obstinación que hizo durar tanto esta batalla tan desigual. Hemos comprendido ya que de este tártaro nunca se sale después de haber entrado. Este averno no está fuera, sino dentro de cada uno. Penetra las mentes y se queda ahí para siempre. Por cierto, Bill estaba muerto. Ya se lo llevaron.

Harry Fisher es un arquetipo. Padeció en su patria, los Estados Unidos, la depresión de 1929 y los años siguientes con todo lo que eso implica. Cuando todavía era un jovencuelo, dedicó su tiempo libre a ayudar a los que tienen menos, los explotados, los que más sufren. Era de los que subían los muebles de las familias desahuciadas al piso del que los habían sacado los alguaciles, apenas éstos se iban. Vio aquellos noticiarios de los años 30 en los que, en Alemania, los camisas pardas de las Secciones de Asalto destrufan y quemaban las tiendas de los judíos, escupían a los rostros aterrorizados de sus víctimas y las apaleaban, ensañándose con los ancianos. Mucha gente vio esto en Europa y en América, pero sólo algunos, como Harry Fisher, comprendieron que siendo la guerra uno de los más horribles males de la humanidad, el fascismo es peor. Y como otros tres mil estadounidenses, y como unos cuarenta mil voluntarios de todo el mundo, se fue a España a luchar contra el fascismo, contra la Legión Cóndor de Hitler y los Flechas Negras de Mussolini. Cuando ya llevaba tiempo combatiendo en España, en una guerra implacable, tuvo dos oportunidades de regresar a su casa con todos los honores y las rechazó. Y se quedó hasta que las Brigadas fueron retiradas oficialmente de la contienda española. Harry Fisher: un brigadista, un arquetipo, un ejemplo.

Los voluntarios internacionales tuvieron tantas bajas que para 1938 ya había en las Brigadas tantos o más españoles que extranjeros. Ofrecieron su vida por la libertad y muchos la dieron. Pero me doy cuenta de que hay en este asunto una distorsión, llamémoslo así, de tiempos desacordes porque ya a nadie le cautiva lo que ocurrió hace más de sesenta años y porque la Sierra de Pandols en 1938 no puede interesar (y menos impresionar) a ninguna persona del tercer milenio.

Tengo el presentimiento, sin haberlo mirado, de que aquel brote verde ya no está. Dejo de mirar al frente y compruebo que, en efecto, aquel verdín ya no

existe. Siento una extraña sensación de tristeza, como por la desaparición de la última esperanza. Una explosión muy cercana me levanta del suelo por segundos e instintivamente pego la mejilla al terreno y me cubro con los brazos. Después saco la cabeza de entre la tierra, la sacudo y veo algo que cayó delante de mí. Es una mano. Me arrugo, la contemplo, escupo. Me incorporo y miro hacia atrás. Reconozco a un inglés, que era profesor en alguna parte. El obús le acertó de lleno. Fue un profesor, fue, porque ya no es más que un poco de carne picada en la que, extrañamente, el rostro y la cabeza quedaron intactos. Cuando me vio por primera vez le causé risa. “Eres un niño —dijo.— ¿qué haces aquí?” Y ahora tengo su mano izquierda a unos treinta centímetros de mi cara y detrás de mí lo que queda del cuerpo.

Tardé sesenta años en poder hablar de esto, en aislar ese infierno interior para poderlo ver desde fuera. Una experiencia como la del Ebro es imposible de olvidar, pero por años la olvidé. O quizá la escondí por miedo. O para librarme, inconscientemente, del recuerdo del horror. Como si algo en el cerebro hubiese cerrado una puerta. No puedo explicarlo, tal vez me daba vergüenza hablar de estas cosas. Hablar de muerte y de guerra a personas tranquilas, que jamás han conocido algo así, y que están ya un poco cansadas de ver películas o leer novelas de guerra que, en resumen, es todo lo que queda de las guerras.

Ha sido muy duro enterrar lo que quedaba del profesor. A los muertos los llevamos atrás, donde hay una relativa protección para los que no llegan a la cima —la cima es el orco mismo—, y algunas veces los hacemos rodar un poco hacia abajo para que los recojan los camilleros, que así se ahorran un buen trecho de riesgo, aunque sólo cuando la artillería alemana no levanta detrás de nosotros cortinas de fuego para dificultar nuestro abastecimiento. Pero el profesor estaba tan deshecho que era imposible moverlo, sólo quedaba la cabeza, de modo que lo recogimos con las palas y lo enterramos (detrás de la cresta, en el declive de la cota para no estar bajo el fuego de los fachas) lo mejor que pudimos, en una fosa bastante profunda, porque aquello nos enfermaba a todos. El capitán, el griego, Manolo (un obrero madrileño muy castizo), y yo. Los demás estaban en sus puestos. Cuando terminamos, el griego no pudo contenerse y todos respetamos su llanto y miramos para otro lado, no tanto para no avergonzarle a él por sus lágrimas como para que no se vieran las nuestras. Lágrimas silenciosas, sin sollozos ni alteraciones visibles en la respiración. Estábamos llorando por nosotros mismos. Y lo sabíamos.

Hay quienes suelen vanagloriarse de tratar los hechos históricos sin emoción, como a muestras de laboratorio, para no perder su sagrada objetividad, que no siempre es objetiva. Piensan que la frialdad para tratar los grandes episodios de la humanidad les da categoría. Es casi como la frialdad de los que planean una

sublevación y como la frialdad de los que asesinan. Pero hay un pueblo víctima sin cuya pasión y calor humano todo habría sido como en un matadero de reses. Y para llegar a la verdad hay que captar, hasta donde sea posible, esa pasión y ese calor que ignoraron los asesinos y que ignoran algunos historiadores. En eso coinciden y por eso a tantos se les escapan tantas cosas fundamentales.

Hay una de esas pausas tan raras en este frente. Añojo con tristeza mi yerbita verde. Y mientras, sin levantarme, me muevo un poco para estirar los músculos, recuerdo a algunos emboscados que se pasean por Barcelona con vistosos uniformes sin ir jamás a un frente. Nosotros, los de aquí, nos burlábamos de esos tipos cuando podíamos hablar, antes de la cota 666. Pienso en ellos con coraje y, lo confieso, con algo de envidia. Nos indigna que haya gente así mientras nosotros pasamos por esto. Pero aquí todos sabemos que lo nuestro no es nada especial, que otros muchos han pasado o están pasando por lo mismo. Las vanidades no tienen nada que hacer en el infierno. Cuando se está en una situación como la nuestra no se piensa sino en sobrevivir. Lo nuestro lo han hecho o lo están haciendo miles de españoles. Y millares de brigadistas. En Madrid, en el Jarama, en Brunete, en Belchite, en Teruel. Y todos aquí lo sabemos. (Y algunos estuvieron allí, en esas batallas). Nos sentimos aplastados, pero no héroes. Además, me pregunto —le pregunto a Gaveau, que está cerca—, ¿qué diablos es un héroe? Y la respuesta es clara y lógica para nosotros: “uno de esos tipos que salen en las películas”.

Tal vez debí haber escrito todo este testimonio enseguida, como se hace con muchas cosas que ocurren, y además, hacerlo cuidadosamente, en orden, estructurando el relato. Pero ya lo dije antes: no pude hacerlo. Porque esto, es...

Esto es la resistencia republicana, segunda fase de la batalla del Ebro. Y esto es la cota 666 defendida por la XV Brigada Internacional, es decir, por gente de toda Europa, de Francia, de Inglaterra, de esta misma España de... y de toda América, de Estados Unidos, de México, de Cuba, de Colombia, de Brasil... aunque ya a estas alturas muchos países no están representados fuera de las tumbas. Visto desde un puesto de mando quizá sería más fácil escribirlo, aunque no menos amargo, no permaneciendo siglos bajo esta artillería alemana que llamamos “la loca” y que dispara siete obuses de calibre 88 por minuto (estoy seguro de haberme repetido en esto, de haber hablado varias veces de estos proyectiles del 88, pero por más que lo repita nunca podré dar una idea de lo que fue a quien no estuvo allí) al mismo tiempo que los morteros llueven de todas partes y algunas ametralladoras pesadas casi nos barren desde posiciones enemigas y nosotros no podemos hacer nada más que permanecer inmóviles, pegados al terreno, esperando que no nos alcancen, para después, cuando haya un alto en el fuego de la artillería y nos ataquen los requetés o los moros, que se alternan (unos en nombre de

Cristo y otros por la gloria del Profeta), disparar contra ellos mientras contra nosotros continúa el fuego de ametralladoras y algunos morteros, lo que sólo suspenden, para no matar a los suyos, cuando moros o requetés llegan hasta nosotros a la bayoneta. En todos los frentes se descansa algún día, algunas horas. No aquí, en esta cota y en esta fase final de la batalla del Ebro. Aquí todo es fuego y muerte, todo el tiempo, incluyendo las noches o la mayor parte de ellas. Esto es Pandols al final, esto es el ocaso de una esperanza. Y de una gesta.

Total, nada de interés en el año 2008 pero yo insisto porque lo que realmente quiero contar ahora, tanto tiempo después, además de la batalla que viví pegado a la tierra, es lo del hombre que escribía mucho.

Algunas veces hay que hacer un agujerito en la tierra para mear acostado y pegado al suelo porque levantar la cabeza es perderla. Ciertamente hay cosas que nada tienen que ver, en apariencia, con el hombre que escribe mucho (él me enseñó esa forma de orinar) y que, sin embargo, sí tienen mucho que ver, porque él es un brigadista de la XV, está con nosotros en la cota 666, y cuando llega el ataque facha es uno de los mejores de nosotros.

Un obrero francés, mi amigo Louis Gaveau, que está aquí con una ametralladora a su cargo, me dijo que el tal escribiente es un eslavo y que hace tiempo llegó con su esposa al cuartel general de las Brigadas en Albacete. Ella, francesa, quería incorporarse a la sanidad de las Brigadas y él a la infantería. Pero Gaveau no sabía si él era polaco, lituano o letón, y entonces no le vio escribir. En cambio otro camarada, Manolo, el madrileño, me dijo que cuando él lo conoció ya estaba escribiendo a todas horas, con lápiz, en un grueso cuaderno cuadriculado, de los que suelen usarse en las escuelas. Todo esto, claro, lo escuché cuando nos dirigíamos hacia la posición y durante las horas nocturnas en que esperamos la orden de hacer el relevo. Y mientras hablábamos de él, estaba escribiendo en su cuaderno, cada día, cada hora y cada minuto.

Había en las Brigadas jóvenes estudiantes norteamericanos de California, escritores y poetas de Gran Bretaña, escritores alemanes y húngaros y poetas de otras naciones pues, como se ha dicho muchas veces con razón (aunque ahora hay quienes están interesados en negarlo), en su origen eran "la unidad militar más intelectual de la historia". Eso no significa, naturalmente, que la mayoría fuesen intelectuales. Eran brigadistas rudos estibadores de los muelles neoyorkinos, obreros portuarios de El Havre, La Rochelle, trabajadores mineros, ferroviarios, de la construcción y otros muchos, pero nunca hubo en la historia humana otra unidad militar que tuviese, como soldados activos y combatientes, tantos profesores, tantos poetas y tantos escritores. Por eso es verdad, aunque a algunos les duele, que fue "la unidad militar más intelectual de la historia", y por eso no era raro ver a brigadistas tomando notas a veces en pequeñas libretas, pero ninguno, salvo nuestro hombre, se pasaba tanto tiempo escribiendo.

Pero, ¿a santo de qué hablar hoy de todo esto? *¿À quoi bon? ¿What's the use?*

Lo que ocurre es que yo no lo estoy recordando sino que, debo confesarlo, lo estoy viviendo otra vez ahora, más de sesenta años después. Por eso no me importa cuanto se haya escrito sobre esta guerra porque yo necesito vivirlo otra vez para sacarlo afuera, para librarme de ello. Y lo que se vive, aunque ya no le interese a nadie, no es prescindible. El infierno no es desechable cuando todavía no se acaba de salir de él.

Pero, sigo, el hombre sólo suspendía la escritura cuando se le había gastado el lápiz y entonces guardaba casi ceremoniosamente el cuaderno, buscaba en sus bolsillos una navajita albaceteña, la encontraba y la abría, sacaba punta al lápiz, doblaba y guardaba la navaja, volvía al cuaderno y continuaba su tarea. Y de todo eso en este momento no puede hacer nada, tirado en el suelo y cayéndole encima la tierra que levantan los obuses, pero se puede creer, mirando sus ojos, que la única chispa que les queda dice —si es que una chispa en los ojos puede decir algo— que está pensando en lo que va a escribir en cuanto pueda. Y aunque no tengo la plena seguridad de ello, me atrevería a decir que de todos nosotros es el único que, en pleno bombardeo, mantiene su pensamiento fijo en algo que no son los morteros, las bombas y lo demás.

Ahora gozamos otra vez una pausa de aviación y artillería. Los fachas dedican sus atenciones a otra cota cercana que han estado atacando tan intensamente que tememos que lleguen a tomarla. Triste sensación la de un leve descanso a costa de que otros camaradas lo pasen peor que nosotros. Pero es tal nuestro estado que ni siquiera en estos momentos de relativo descanso hablamos mucho, como no sea una blasfemia porque el cabo furriel hace dos días que no viene y los panes de munición (que llamamos “chuscos”) están ya duros y secos. El cabo furriel (un alemán antinazi), según expresión de Manolo el madrileño, “los tiene más grandes que el caballo del Espartero”. Y aunque le maldecimos porque la comida es una mierda y muy religiosa porque sólo llega cuando Dios quiere, todos hemos visto que es un tipo “muy echao p’alante”, en palabras de Manolo, que se la juega cada vez que aprovecha cualquier breve interrupción en la ofensiva artillera para llegar con lo que haya podido conseguir de comida y agua. La penúltima vez mataron a su ayudante, un húngaro que no reía jamás, y a él lo hirió en un brazo una esquirra de granada. Uno de los sacos de pan llegó manchado con la sangre del cabo y tuvimos que limpiar los chuscos contra la manga del tabardo antes de comerlos. Creímos que no volvería, pero a los pocos días aquí estaba, tan campante, con su brazo vendado.

Maldecimos porque no llega la comida, mordisqueamos rencorosamente el mendrugo. Pero el eslavo saca su cuaderno y continúa escribiendo sobre las rodillas mientras los demás bebemos un trago de agua o sacudimos la cabeza con la mente aturrada de tanto ruido y tanta tierra con la que nos cubren las bombas

y que nos sacudimos, siempre con la vaga impresión de que esa tierra encima de nosotros es ya la primera que se echa en nuestra sepultura.

Había también en las pausas, todas demasiado breves para nuestro gusto, los que no bebían agua ni se sentaban ni se movían, los ya muertos, y los que se quejaban, heridos. Y atender a éstos, a los heridos, y ayudarles a llegar, por la parte de atrás, hasta donde les vieran los camilleros y viniesen por ellos, si es que podían, era la única otra cosa que hacíamos en esos intervalos y a veces, muy pocas, en pleno bombardeo.

Uno más entre los hechos inauditos de la batalla del Ebro es la poca cantidad de bajas que tenemos en cada ataque aéreo si se comparan con la cantidad de metralla que nos arrojan. Las bombas caen en la tierra, penetran en ella y la explosión tiene forma de embudo hacia arriba, por lo que se puede estar muy cerca del punto de la explosión sin ser herido por la metralla pero sí sacudido, ensordecido y medio enterrado y algunas veces muerto sin heridas, por la pura compresión del aire. Sólo con un poco de sangre en la nariz y en los oídos.

El instinto animal nos mantenía en aparente indiferencia ante los muertos. El cadáver del que poco antes charlaba con nosotros no provocaba, en lo general, reacciones visibles. Se le movía fingiendo no estar emocionados, para evitar la congoja.

Aquí los heridos y los muertos no son como suelen ser los del cine. Algunos tienen agujeros de bala, pero otros están destrozados, como el profesor inglés, o abiertos sus cuerpos mostrando los vivos colores de las entrañas, desgarrados, deshechos como las colinas que llamamos cotas. En los cerros ocurre otra de las cosas extraordinarias de esta batalla. Se está viendo una cota relativamente lejana y llegan a ella oleadas de aviones bombardeándola. La tierra levantada por las explosiones y el polvo forman una nube que impide ver la cumbre. Y cuando esa nube se disuelve la colina ha cambiado de forma pero en ella hay todavía combatientes que la defienden. No es una imagen literaria. Aquí, en el Ebro, todos lo hemos visto.

En aquel grupo heterogéneo de franceses, ingleses, eslavos, españoles y un griego, amén de alguno de otra nacionalidad que ya no recuerde, lo esencial que nos unía era la idea, anclada en cada uno de nosotros, de que no podíamos retroceder, de que teníamos que parar al fascismo fuera como fuese. Luchábamos por la República, palabra que trascendía con mucho su significado estricto, resumiendo todo lo que cada uno de nosotros sentía, soñaba e imaginaba. Quizás luchábamos por una república ideal que nunca existió.

En estos momentos, lo tengo estallando dentro de mí, nos bombardean cien aviones —fácil de decir, difícil de creer, totalmente inverosímil, imposible de soportar, pero lo soportamos—. No pensamos en nada, absolutamente en nada, completamente idiotizados. Pero apenas pasa lo peor, se alejan los Junkers, reco-

bramos, casi de una manera automática, la conciencia de quiénes somos, de por qué estamos aquí, conciencia que ya es consubstancial con nosotros sin necesidad de pensar.

Sé que hubo deserciones en las Brigadas, sé que hubo traidores, aventureros, fusilamientos y problemas, pero yo sólo conviví con gente que había ido allí a morir por la República, es decir, por la libertad. Por la de España y por la de sus patrias, porque eran conscientes de la amenaza directa del nazismo a sus países. La razón de estar allí la explicó el brigadista poeta Cecil Day Lewis:

*No fue engaño ni ingenuidad,  
gloria, venganza o dinero.  
Vinimos porque nuestros ojos abiertos  
no veían otro camino.*

No podemos ni siquiera soñarlo, pero tal vez esto fue alguna vez un paisaje, tal vez hubo árboles con ramas como son las ramas de los árboles y con hojas como son las hojas de los árboles, de lo cual ya no nos acordamos. Pero el verde, si es que hubo verde algo más que aquella brizna, ya no es verde, es una sucesión de grises, y las ramas son palos quebrados y quemados en los que ningún pájaro se posaría, si hubiese pájaros, que ya no los hay, y el ruido embota y enloquece, en un autismo de miradas vacías en pupilas en las que lo único que se vislumbra es un miedo vago, que ni siquiera es un terror vivo y palpitante, sino apenas un moribundo miedo de seres agotados, una especie de terror inane que no sirve ni para hacernos correr. En esta inundación de explosiones y metralla los que aparentamos seguir ilesos somos bajas, como los heridos y los muertos, aunque aún nos movamos. ¿En qué hay que creer para estar aquí y no pensar en escapar?

Algunos nos acordamos de Madrid, creemos en Madrid porque Madrid es ya, y lo será para siempre, el símbolo de los que no aceptaron la imposición sangrienta. El símbolo perenne, mientras exista la historia, memoria de la especie, de la resistencia a la opresión. Así lo será aunque no lo entiendan de ese modo muchos de sus habitantes y aunque a ciertos madrileños de hoy o de mañana no les importe, sus nietos, sus biznietos, sus descendientes, algún día de la historia futura enarbolarán el recuerdo de aquel Madrid de entonces porque la imagen de Madrid, como la de Numancia, surgirá siempre que en alguna parte del mundo alguien luche heroicamente por la libertad en una ciudad sitiada.

Otras veces quisiera recordar algo de lo vivido en paz.

La infancia, los veraneos, el tiempo de la tosferina, el carrito, la playa. Pero apenas comienzo a recordar, apenas en la mente toman formas vagas algunas escenas del pasado, vuelve la guerra, vuelve Madrid, vuelve el recuerdo de la gente nuestra combatiendo en la Casa de Campo, en el Puente de los Franceses, en la Ciudad Universitaria, la letra de las canciones, envueltas en sangre y miedo, de la defensa de Madrid en la que yo no combatí directamente (no me dejaron, apenas había cumplido los 15 años; aquí en el Ebro, en 1938, tengo sólo 17) pero

que viví con toda mi angustia vital, sentí y sufrí con dolor propio. Doy una cabezada. Me estoy durmiendo. Esto también es insólito, que en medio de todo este fragor, bajo las bombas y el estruendo, el cuerpo se deje vencer por el sueño, pero la resistencia humana tiene sus límites y uno duerme, o dormita en un duermevela, sin dejar de ser consciente de donde está. Me dormí pensando en Madrid y ¿en qué hay que creer para estar aquí?

Esta vez lo que hay detrás de nosotros no es Madrid, sino Barcelona. Detrás está Cataluña, está lo que todavía queda de la República y de España. Me repito entre el sueño: estamos en tierra catalana, detrás no está Madrid, pero está Cataluña. Está la preciosa Antoñita, la muchachita que tocaba con un dedo el piano en la “Bodega Andaluza”, sótano y cabaré del Hotel Colón antes que dejase de ser hotel y se convirtiera primero en el cuartel general de los militares traidores que se sublevaron en Barcelona contra la República, y más tarde (después de su rendición) en el de la Juventud Socialista Unificada.

Y en la “Bodega Andaluza” Antoñita, catalana, tocaba, para mí, aquello de “Muñequita linda de cabellos de oro”, música mexicana, de María Grever, mientras caían las bombas sobre Barcelona, unos cinco meses antes de este soñar o recordar y dormitar entre el estruendo de los morteros. Y está toda aquella gente con la que bailé sardanas en un acto de la JSU que terminó en fiesta. Y están esos viejos únicos, con rostros tallados en madera y, sin embargo, llenos de vigor y de vida, que llevan en la cabeza una barretina roja. Todo eso está detrás de nosotros y hay que defenderlo para que no lleguen los fascistas a ultrajarlo y ensuciarlo todo. Doy otra cabezada y me despierto asustado, recordando que ya en esta guerra otros brigadistas murieron degollados por haberse dormido en primera línea. Miro alrededor: el capitán vigila. Nunca le he visto dormir, pero sin duda lo hace o estaría ya muerto. Probablemente duerme en la cueva, una cueva que hay por aquí cerca de la cima, en la que se han instalado puestos de mando.

Y recuerdo lo que soñaba o pensaba durante mi estado entre sueño y sopor.

Para permanecer aquí, me digo, hay que creer en Madrid, en Barcelona, en la República, en Cataluña, en toda esta gente, en el pueblo que lucha. Me digo a mí mismo que me expreso como un cartel de propaganda, como un orador en un mítin... Esta guerra, aunque nunca lo creerán del todo los que vengan detrás en el tiempo, la hacemos los que creemos; es, del lado republicano, una guerra de creyentes. Bien sé que hay gente que sólo murmura, se queja y maldice. Bastante gente así. Y también hay, disimulados entre nosotros, simpatizantes de los fascistas que hacen lo que pueden para ayudar a los suyos, desde el espionaje hasta los rumores derrotistas. Pero yo sé que esta guerra no es como otras, aunque nunca haya conocido otra. Esta guerra la sostenemos los que creemos en todo eso que se dice en los mítines y en los carteles, en todo aquello de lo que se burlan los derrotistas y los facciosos. Y estoy convencido de que vale la pena ser creyente en ello y defenderlo.

Y morir por ello.

Ahora, sesenta y tantos años después, cuando escucho “Muñequita linda”, de nuestra mexicanísima María Grever, me acuerdo de la “Bodega Andaluza” y de Antoñita tocando el piano con un dedo mientras se escucha afuera el estruendo de las bombas. Pero también tengo de Cataluña el recuerdo de un episodio cómico y agradable en mitad de la tragedia:

Un grupo de cinco o seis jovencitos conseguimos, no recuerdo cómo, la posibilidad de pasar una semana o poco más de descanso en un pueblo catalán llamado El Masnou, en el que podríamos disponer de un chalé junto a la playa. Unos soldados, otros estudiantes, yo metido hasta el cuello en el agotador trabajo de toda clase de asociaciones y organizaciones más o menos juveniles y todos con la tensión de vivir en guerra bajo bombardeos diarios. La idea de estar junto al mar, de vacaciones, era más de lo que en aquel tiempo podíamos soñar. Y, cuando se estructuró el plan, el padre de uno de los nuestros, que era alto funcionario de la República (caballero de intachable integridad que se refugió en México, sirvió al país y murió aquí años más tarde), nos dio algunas latas de comida y algo maravilloso: una pierna de jamón que, aunque pequeña, en aquella España hambrienta era más de lo que podíamos anhelar e imaginar. Llegamos a El Masnou y la asamblea del grupo acordó que el jamón quedase bajo mi custodia, para lo cual se encerró en un armario con llave que se me entregó solemnemente. Y, siguiendo lo acordado, dos veces al día se sacaba el jamón, se recorría en lenta procesión toda la casa llevándolo yo al hombro para que todos gozasen su olor, y se terminaba la ceremonia cortando una rebanada fina para cada uno antes de volverlo a guardar bajo llave.<sup>31</sup> Nunca he comido un jamón que me sepa mejor que aquel del tiempo del hambre

Pero también muchos años después me despierto a veces sobresaltado creyendo que todavía estoy en el frente del Ebro.

Está ocurriendo lo que algunos, exagerando, llamarían un milagro. Hace ya más de una hora (son las 9 de la noche) que estamos en completa paz, sin morteros, sin ametralladoras, sin aviones. Tengo la impresión de que es la primera vez que ocurre esto en meses, pero cuando le pregunto a Gaveau me dice que sólo llevamos aquí ocho días. ¡Ocho días! Yo habría asegurado que era por lo menos un mes. Y habría mentado con la sincera seguridad de estar diciendo la verdad. Ni siquiera podría decir cuántos ataques de la infantería facciosa hemos rechazado en ese tiempo, pero por lo menos han sido seis, o quizás siete.

Casi siempre en las noches siguen disparándonos morteros y un obús de vez en cuando. Unas veces pocos y otras muchos. Y en algunas ocasiones nos han tenido la mitad de la noche bajo un fuego constante, preparándose para atacar de madrugada. Pero ahora nada. Los de transmisiones han podido tender el cable sin

<sup>31</sup> Este episodio, verdadero y vivido, lo relato en detalle con nombres falsos, novelado y cambiando el origen del jamón pero con su auténtico desenlace, en *El Yelmo de Manbrino*, EDAMEX, México, 1993, págs. 220 y siguientes.

ser, como siempre, perseguidos por el fuego enemigo, que ya mató a dos de ellos. Y el capitán ha podido hablar tranquilamente con el mando de la brigada. Se disponen las guardias y a las 10 nos dejan dormir, lo que hacemos como nunca antes: en silencio.

No me toca guardia hasta el amanecer pero a las 3 nos despiertan. El capitán quiere hablar con nosotros.

—El gobierno ha decidido repatriar a los internacionales. Los del Lincoln que relevamos ya están en Barcelona. Nosotros seremos evacuados cuando puedan relevarnos, pero por ahora no hay reemplazos y debemos seguir aquí, aunque dicen que es cuestión de pocos días. Para los brigadistas extranjeros se acabó la guerra.

El griego, que habla bien el español y otros tres o cuatro idiomas, se ríe calladamente. El capitán le mira con expresión interrogativa.

—Nada. Pensé que yo, que soy y he sido pacifista toda mi vida, vine a una guerra por mi libre voluntad. Fue la palabra guerra, lo que me recordó eso.

—No eres el único —dijo otro.

—¿Qué vinimos a hacer aquí? —pregunta un francés, un tal Maurice al que casi no conozco. — ¿Lo sabemos o no?

—Si el hombre no defiende lo humano no es hombre. Y lo humano es forzosamente antinazi.

Es Hermann, un alemán antifascista que ya llevaba tiempo viviendo en España cuando empezó esta guerra. Vino huyendo de Hitler. Y ahora lucha contra la Legión Cóndor.

Así lo dijo entonces y así lo aceptamos. Pero ahora, sesenta años después, yo sé que el nazi también es el Hombre, el más sanguinario de los animales.

—Lo que estamos haciendo aquí —dijo entonces el capitán inglés— es defender la libertad, pero no sólo la de los españoles, sino la libertad del Hombre con mayúscula, la libertad total.

—La libertad contra el nazismo —insistió Hermann.

—No sólo ésa —precisó el capitán, que hablaba bastante bien el español pero con algunos errores en el uso de la segunda persona del plural en los verbos—, no sólo la libertad política. Piensen. No estamos aquí sólo para defender la República Española, ni tampoco para hacer una revolución socialista, aunque vosotros los comunistas —se dirige a Hermann— controláis el mando de las Brigadas. Somos muchos los no comunistas, aunque no tantos como ustedes, y todos estamos aquí, en esta guerra, aunque no todos lo sepan, por algo mucho más profundo, mucho más trascendente. Es como si algo o alguien nos hubiese llamado, en países tan lejanos y tan distintos, para enseñar al mundo una manera de ver las cosas que hasta ahora no ha sido aceptada en la sociedad humana.

—No entiendo —dijo Leónidas, es decir, el griego— cómo podemos estar luchando por algo tan profundo y trascendente sin saberlo. ¿Tú eres poeta, no?

—Sí, intento serlo —repuso el capitán—, pero eso nada tiene que ver con lo que estoy diciendo. ¿Acaso piensas que los que tomaron la Bastilla aquel 14 de julio en París eran conscientes de que estaban cambiando la historia de la humanidad?

—Muy buena observación —dijo el que escribía tanto, que ahora estaba pendiente de lo que se decía.

—Bueno —exclamó Hermann—, dinos por qué luchamos, además de contra Hitler.

—Fíjense bien en quiénes están en las Brigadas; obreros, estudiantes, maestros e idealistas de todo el mundo, un conglomerado que nunca antes se había reunido en ninguna parte para luchar por la libertad. Yo dudo mucho que algo así vuelva a ocurrir. Pero véanlo más en detalle: Aquí hay argelinos, los “moros” de la República, y hay hindúes. Cualquiera de ellos, aunque no lo sepa, es un símbolo colectivo, el de los argelinos o los marroquíes o los hindúes. Pero han venido también los que en su individualidad también son símbolos, los que por sí solos señalan la necesidad de un cambio en la sociedad humana. Uno de éstos fue Oliver Law, negro, comandante del batallón Lincoln que cayó el 9 de julio del año pasado (1937) en Brunete, en el sector de Boadilla, dirigiendo un ataque al frente de sus hombres. Yo lo vi morir. Y otro: un hombre que encabezó la compañía inglesa en Lopera durante cinco ataques rechazados en los que él iba al frente y en los que tuvieron 78 muertos de 145 hombres; esto fue en diciembre del 36 y se trata de George Montagne Nathan, el mando más elegante y mejor vestido de toda esta guerra. Ex oficial de la guardia real de Inglaterra, siempre con su bastón con puño de oro debajo del brazo, llevando su asistente una mesa plegable para comer con mantel y vajilla en medio de las batallas y probablemente el más valiente de todos los brigadistas.<sup>32</sup> Murió también en Brunete, siete días después que Law. Estaba dirigiendo el relevo de una parte de la XV Brigada, la nuestra, cuando le alcanzó la metralla de un obús. Ellos son sólo dos ejemplos de lo que digo. —Se dirigió al francés— Preguntas qué vinimos a hacer aquí. Estamos defendiendo el más grande concepto de la libertad que jamás se haya defendido hasta ahora en la historia de la humanidad.

Hubo un silencio mientras todos intentábamos comprender qué quería decirnos el inglés, poeta y ahora capitán.

El primero en hablar fue el hombre de la escritura, que había perdido su expresión de tristeza y se mostraba muy interesado.

—Te he comprendido —dijo—, ya te comprendí. Tienes razón. Y por eso vale la pena morir. Díselo a todos.

<sup>32</sup> Ésta fue la segunda ocasión en que alguien me habló, en el frente, de George Nathan y las referencias del comisario Paco —que fue transferido días antes de que subiéramos a la 666— y la del capitán (¿Sullivan?) coinciden con lo que publicó años después Andreu Castells. Son demasiadas coincidencias para no ser cierto.

—Dígalo usted —sonrió el capitán.

—Está muy claro: los argelinos y los hindúes, por ejemplo, luchan aquí no sólo por la República, sino contra el colonialismo, unos por la libertad de Argelia, otros por la de la India. Han encontrado en España la oportunidad de manifestar su ansia de libertad, el campo propicio para expresar su voluntad de ser libres, una voluntad que abarca a todos los pueblos colonizados, a los que ellos representan, quiéranlo o no.

El capitán estaba asintiendo con la cabeza a medida que el otro hablaba, y tomó la palabra:

—Así es y, ¿por qué creen que luchó Oliver Law hasta su muerte? El epitafio que se puso en su tumba es muy claro: “Aquí yace el primer negro que ha mandado un batallón de norteamericanos blancos”. Oliver Law, lo mismo que el teniente Walter Garland, primer comandante del batallón Washington y también negro, así como los otros negros de las Brigadas, combaten sí, por la República, pero luchan contra el racismo, luchan por su pueblo, por su raza, por el derecho de la gente negra a ser tratada con dignidad y respeto.

Yo estaba empezando a comprender y creo, por sus expresiones, que los demás también.

—Y Nathan —continuó el capitán—, cuando estaba agonizando pidió que le cantaran algo. Todos se miraban sin saber qué hacer. Tenían los ojos empañados. Por fin, dominando la angustia, alguien entonó *It's a long way to Tipperary* (es largo el camino a Tipperary) y lo cantaron los presentes, entre lágrimas, hasta que murió. Pero Nathan era homosexual y se sabía y, pese a ello, hombres rudos y curtidos lloraron otra vez al enterrarlo mientras George Aitken, el comisario de la Brigada, pronunciaba la oración fúnebre. Nathan, con un valor tal que asombró a los más valientes, luchaba por la República, como todos, pero también por el derecho del hombre y de la mujer a la libertad sexual, por el respeto a la intimidad de cada ser humano.

Muchos asintieron con la cabeza. Entendían lo que decía el capitán.

Y él siguió explicando:

—Los judíos, y en las Brigadas hay muchos, combaten contra el nazismo por razones más directas que ninguno de nosotros. Pero no sólo eso, luchan también contra dos milenios de injusta persecución, de discriminación y de odios. ¿Ya comprendieron?

Todos permanecemos callados. Habíamos entendido y no había nada más que decir.

Y como si los fachas hubieran estado esperando, en ese momento se desató el infierno.

¡Pobres de aquéllos que escriben historia huyendo del lado humano de la vida! La verdad profunda del hombre tiene muchas más facetas de las que ellos creen. Así, por ejemplo, hoy, seis décadas más tarde, el gobierno de Israel ha

perdido la luz, la razón y los sentimientos que motivaron a los judíos de las Brigadas. Ésos que quieren exterminar a los palestinos no son de aquéllos. Son otros judíos.

Cuando la artillería deja de tirar y queremos mirar a nuestro alrededor para ver quiénes viven aún, los morteros concentran su fuego sobre la cota, sobre nosotros —¡cómo odiamos los morteros!— y nos hacen meter de nuevo la cara en el polvo mientras la muerte salta, corre y vuela en derredor nuestro. No se crea que los morteros sostienen un fuego continuo. No. Pero resulta que las pausas, los silencios entre uno y otro mortero, son peores que cada explosión, son la angustia de no saber dónde caerá el siguiente.

Esta guerra abarcaba mucho más de lo que podían entender los políticos europeos de entonces. Y quizás tampoco lo entiendan los de hoy. Por eso la perdimos, por estrangulamiento. Porque Francia y Gran Bretaña decidieron embargar los abastecimientos militares al gobierno de la República y permitir que Hitler y Mussolini siguieran enviando material de guerra, aviones y soldados a los militares sublevados contra la legitimidad constitucional.

En la guerra hay un estado de ánimo cambiante que va de un extremo a otro en el interior de cada combatiente, aunque por fuera no se note. Hay días en que tenemos un presentimiento que nos hace temer, un temor difuso que permea. No siempre se concreta en que ocurra algo, pero sufrimos esa impresión que nos tortura. Y hay otros días en los que no pensamos en el peligro. Este día yo siento algo que no puedo describir, algo que me da miedo sin saber exactamente a qué debo temer.

Y la perdimos todos. La perdieron los españoles y también las Brigadas Internacionales en un claro aviso de que después la perderían Londres (sufriendo una terrible *blitzkrieg* bajo la Luftwaffe, los V-1 y los V-2), París y el resto de Europa ocupada por los nazis, y al final Alemania, víctima de sus propios errores. La victoria contra el nazismo, a un costo de veinte millones de muertos, la consiguió precisamente la Unión Soviética, el país contra el cual Chamberlain y Daladier azuzaron a Hitler. El pueblo ruso y los demás pueblos soviéticos (los pueblos, con su sacrificio y su valor, y no Stalin) la lograron en Stalingrado. El día "D", la invasión por Normandía fue una operación militar extraordinaria pero llegó tarde para vencer a los nazis (basta consultar fechas), y su objetivo principal, nunca declarado, fue impedir que los rusos tomaran toda Europa.

Entre las explosiones oigo un gemido y me estremezco. Cada vez que cae un camarada siento que mi hora se acerca, que el próximo seré yo. Miro a un lado y veo que el hombre que tanto escribía está herido. Otro compañero y yo nos

arrastramos hacia él. No podría decir quién era el otro. Toda mi atención está concentrada en el herido. Está de bruces contra el suelo y la herida es grave: la metralla le ha destrozado la espalda dejando los pulmones al descubierto. Los morteros han callado y el capitán se arrastra también hasta llegar a su lado. No nos atrevemos a moverle y él habla con el rostro de lado, la mejilla derecha pegada a la tierra.

—¿Quieres, camarada, que le lleve algo a alguien o que lo envíe a tu país? —le pregunta en francés el oficial británico.

—Gracias, no hay nada que llevar —dice y tose sangre. Aunque habla bien español, responde en un francés correcto con ligerísimo acento extranjero.

—Creí que algún papel... como has escrito tanto...

El herido tiene una mueca que pudo haber sido una sonrisa o un gesto de dolor.

—Eso lo llevaré yo mismo —y vomita sangre.

Viéndole morir pienso que sí, lo llevará él mismo. Lo dijo como si desde la primera línea que escribió supiese que él mismo lo llevaría. Y tendrá que ser al cielo porque el infierno es éste.

La traición de Franco y los suyos al gobierno legítimo provocó una explosión inefable en todo el territorio español, tanto para el bien como para el mal. Al romper el orden social y jurídico y sustituirlo por una serie de crímenes previamente planeados, la rebelión fue la causa irrefutable de que los asesinos de toda laya salieran de los límites sociales que les contenían. Pero ya es hora de negar las mentiras que durante cuarenta años se metieron en la cabeza de los españoles, tan profundamente que muchos todavía las creen.

Súbitamente el capitán y los demás comprendemos porqué primero se calló la artillería y después vino el silencio de los morteros. Y se oye la voz de Gaveau:

—¡Atacan los fascistas!

Corremos dos o tres metros, a la primera línea. Desde que estamos aquí es el sexto o séptimo ataque, pero antes no llegaron tan cerca. Vienen los moros a bayoneta calada. No acierto a fijar la bayoneta en el fusil y alguien pone en mi mano un Astra del nueve largo. Disparo una vez. Y otra. Así de cerca una pistola de grueso calibre es un arma práctica. Pero cuando se yergue ante mí el moro enorme la pistola ya está descargada. Me ataca con la bayoneta, levanto, por instinto, el brazo derecho con la pistola y recibo en él el bayonetazo.

Del lado republicano se lanzaron al asesinato sin medida ni control algunos de los que súbitamente recibieron un fusil que no habrían recibido de no ser por la sublevación, que originó el reparto de armas al pueblo. Sólo algunos, porque los más se fueron a los frentes a combatir el fascismo. Fueron verdugos sin

órdenes de ninguna autoridad, lejos de toda legalidad y en contra de las disposiciones del gobierno, que poco a poco fue impidiendo los homicidios, castigando a muchos de sus autores e imponiendo la ley. Y la inmensa mayoría de las muertes criminales en el lado republicano, especialmente de las que fueron víctimas sacerdotes (ya es también hora de decir esto) las cometieron anarquistas, o gente escudada en el anarquismo, que al mismo tiempo que mataban proclamaban el absurdo de que antes de ganar la guerra había que hacer la revolución. Pero es de justicia precisar que la Iglesia española de entonces era una iglesia militante de la derecha, con un clero que participaba en política y apoyaba activamente a partidos como Falange. Y también que había anarquistas puros cuya buena fe es innegable.

Estoy corriendo en un ataque y una ráfaga de ametralladora me alcanza de frente y siento el dolor de las balas en mi pecho. Hay un agujero grande y profundo que está lleno de fuego. De él salen llamas enormes y a esas llamas están arrojando gente.

Son moros con turbante y con sotana que se transforman y ahora son sólo formas oscuras antropomorfas, sin rostro pero con cuerpos y extremidades, que arrojan al fuego a hombres, mujeres y niños, muchos niños, sobre todo niños. Y al echarlos a las llamas están diciendo: “En el nombre de Alá, el Misericordioso”; “En el nombre de Jesús, el Hijo de Dios”; “En el nombre de Dios, el infinitamente bueno”. Los que caen al fuego se resisten y gritan de dolor y angustia y algunos se aferran a los bordes del agujero para no caer. Entonces vienen unos hombres vestidos de frac y les golpean con hachas, cortándoles las manos y haciéndoles hundirse en el fuego. Estoy aterrado. Huyo y me encuentro ante una muralla enorme con una gran puerta sobre la que hay un letrero: “País de la Felicidad”.

Entro corriendo. Al principio no veo nada más que el mismo muro enorme, ahora desde el interior. Hay algo en él que me llama la atención. Me acerco, miro con cuidado. Son nichos, toda la enorme pared son cavidades, unas sobre otras, con lápidas. Una voz me sobresalta diciendo: “Los rojos no deben ser enterrados sino emparedados a la mayor gloria de Dios”. Pero no hay nadie, la voz parece salir del aire, de la nada. Me alejo de allí. Más adelante hay otro muro pero contra éste hay hombres y mujeres que están siendo fusilados. Se escuchan las descargas y caen pero al instante desaparecen, y en su lugar hay otros que también son fusilados y así sucesivamente, sin pausas, sin interrupción. Y otra vez la voz: “La muerte es la felicidad, la muerte es la ausencia. La ausencia de este mundo es la felicidad”. Me hundo en un abismo sin fin. Ya no veo nada, pero creo escuchar ruidos, voces.

Del lado de los militares y la Falange, los asesinos fueron precisamente las autoridades, los jefes, que ordenaron a los suyos llegar a cada pueblo con listas de los que iban a matar, Franco mismo firmando sentencias de muerte por hechos

que no eran delito cuando se llevaron a cabo, y teniendo el cinismo sangriento de fusilar a los generales y los jefes militares que no se sumaron a la rebelión, acusándolos de “rebelión”. Y, además, ya está demostrado por historiadores solventes y objetivos que Franco y los suyos mataron mucha más gente que todos los asesinados en el lado republicano.

Despierto en el hospital de sangre de Falset, al otro lado del Ebro. Un médico me informa que, estando bien mis signos vitales, aprovecharon mi desmayo para anestesiarme y operarme. Días después, cuando ya puedo caminar con un armazón de alambre sujetando el escayolado brazo (“aeroplano”, llamamos a eso), me muevo por las improvisadas salas del hospital.

Heridos con vendas ensangrentadas, moribundos cuya piel de un amarillo casi traslúcido revela su estado, muchachos que caminan sin un brazo, o están sentados o acostados sin una pierna, o con los ojos vendados, muchos con escayola en alguna de las extremidades, unos con mirada sorprendida, como si no entendiesen qué les pasó, otros alegres porque sus heridas son leves, unos pocos maldiciendo porque sus heridas los alejaron del frente, otros más numerosos bendiciéndolas por la misma razón y la mayoría estática, esperando su evacuación a Barcelona o un alta médica que les devuelva a su unidad.

Sin embargo, por encima de la barbarie predominó la explosión popular de vitalidad y de entusiasmo. Por un lado la ruptura del orden establecido, el rompimiento de las leyes, las normas y las costumbres que causó el alzamiento militar, crearon una situación nueva y distinta a la que la población tuvo que adaptarse. Por el otro, la ira general por el indigno y traidor ataque a las instituciones legítimas y a un gobierno que acababa de ser elegido por las mayorías el 16 de febrero anterior, cuajó en un antifascismo militante sentido por la gran mayoría de los españoles que, además, llevaban meses viendo las actividades criminales de Falange Española, organización fascista, que aplicaba al pie de la letra “la dialéctica del puño y la pistola” proclamada por su fundador. Y, quizá lo principal, la situación de los jornaleros del campo, que eran víctimas de explotación y sufrían miseria, y la de los obreros de las ciudades, en muchos casos igual y en algunos peor. De la conjunción de todos esos factores, en aquel tiempo adquirieron plena vigencia palabras que hoy casi no dicen nada como solidaridad, abnegación, valor, nobleza, heroísmo. Quienes lo vivieron saben lo que digo. Y sólo eso, el valor de palabras como éstas, no sólo dichas en discursos sino sentidas en lo más hondo del espíritu humano, puede explicar a gente como Antonio Coll, el escribiente del Ministerio de Marina que, defendiendo Madrid, destruyó dos tanques alemanes con bombas de mano, o al campesino Julio Carrasco Pérez, que destrozó otros dos, éstos italianos, y capturó a las tripulaciones, o Eleuterio Cornejo, en la Moncloa, aniquilando otro tanque o, muchos meses después, un campesino de la provincia de Madrid, Celestino García, que inutilizó él solo cinco tanques ita-

lianos e hizo prisioneros a sus ocupantes o, al principio de la guerra, a Lina Odena, que combatió contra los moros mientras tuvo balas y se disparó la última para impedir que la agarrasen viva. Y, durante la guerra y después de ella, los miles de españoles que murieron gritando “¡Viva la República!” ante los pelotones de ejecución. Por eso dije que de nuestro lado aquella fue una guerra de creyentes. Creíamos en aquello por lo que luchábamos.

Hay heridos que gritan de dolor, como bestias torturadas. Hay otros que se muerden los labios y aguantan. Hay ojos en los que se trasluce una angustia infinita, una angustia cósmica, superior a todo lo imaginable. Hay otros que bromean en un esfuerzo inaudito por dominar el dolor y el miedo. Pero todos son hombres, pobres animales maltratados y heridos. Y entre ellos, con una eficiencia que asombra y con una dignidad impecable, mujeres, las mujeres españolas y mujeres de varias nacionalidades, mujeres que vinieron a España a cumplir con un deber y que trabajan junto a las españolas. Son las mujeres de las Brigadas Internacionales, las que arriesgan la vida para hacer menos duro el dolor de los heridos. Las hay canadienses, inglesas, australianas, estadounidenses, francesas. Llegaron con ambulancias, con equipos médicos, con sus maridos o solas, pero llegaron. Otras escriben en varios idiomas en los estados mayores o en el Cuartel General de las Brigadas, también brigadistas, también arriesgando la vida por la misma causa. Ellas, enfermeras o auxiliares, representan a todas las mujeres conscientes del mundo.

Alguien dirá, con razón, que del lado falangista también hubo quienes murieron con valor, cambiando las palabras del grito. Ciertamente algunos creyeron sincera y verdaderamente que la eliminación física del adversario político era la solución, pues ésa fue la pauta invariable de los franquistas. Sin embargo, a la victoria, los sobrevivientes de esos pocos se sintieron engañados y usados. Sirva de ejemplo, para no ser prolijos, el caso de Dionisio Ridruejo. Pero entre los creyentes sinceros del bando sublevado no estaba Francisco Franco Bahamonde, que no fue más que un canalla ambicioso y asesino, ni tampoco Mola, ni menos Queipo de Llano, que ordenó asesinar a García Lorca, ni los demás generales traidores, sin dignidad y sin piedad. Por eso no se entiende que todavía haya en España calles y monumentos a Franco y que un asesino sin honor tenga una tumba faraónica, aunque todo eso ya entró en la etapa de rectificación histórica.

Bastantes de los heridos están preocupados por los avances de los fachas, pero sin miedo. Otros hay, en cambio, que sólo desean ser evacuados y salir de la guerra cuanto antes, sobre todo los movilizados de última hora. Hay heridos graves cuyo aspecto es impresionante, incluyendo a uno que quedó ciego y que en dos días será evacuado a Barcelona. Pero lo que más me afecta, lo que me asusta, es ver a un soldado español de la XV Brigada, la mía, en estado catatónico. No lo conocía, nunca lo había visto, pero no necesito que me expliquen porqué está

así. En el mismo estado han llegado a la retaguardia del frente algunos de los supervivientes relevados en Pandols. Yo mismo estuve en ese estado durante algunos periodos y pude haber quedado así. Y lo sé, por eso me asusto.

En el hospital encuentro a Víctor Trapote, antiguo amigo y comandante de la República, que también está herido, pero leve, y que ya anda por todas partes charlando con todos y esperando la hora de volver a su unidad.

—Nosotros os relevamos —me dice—. Íbamos al relevo y al ver el ataque nos apresuramos. Llegamos a tiempo para ayudaros a rechazar a los moros. Yo vi cuando te evacuaron después de darte o inyectarte algo para el dolor. Tuviste suerte en que no tomasen la cota. ¡Ya estarías criando malvas!

—¿Y tú?

—A mí me hirieron al otro día. Pero yo pude llegar hasta aquí sin perder el conocimiento. Lo mío no es nada.

—No entiendo cómo el que me hirió no me mató. Era el siguiente movimiento de la bayoneta. Me lo enseñaron en la escuela de oficiales de Padierna.

—A tu lado estaba un gran moro, muerto. Alguien le atizó antes que te rematase.

En esta conversación, al escuchar a Trapote, tuve todo el miedo que no sentí en el momento del ataque y del golpe de bayoneta. En los momentos de la acción no hay tiempo para sentirlo porque el miedo requiere una cierta reflexión, lo que, a su vez, necesita un tiempo, así sean segundos o minutos.

—¿Encontraron a un camarada muy grave, con herida de mortero en la espalda?

—Sí, ya sé, el hombre que escribía mucho. Un polaco. Cuando llegamos estaba muerto.

—¿Y qué hicieron con sus escritos?

—Era un cuaderno grueso. Lo recogió el capitán inglés y como estaba en francés se lo dio a Gaveau.

—¿No sabes qué escribía?

—No, pero puedes preguntárselo a Gaveau. Le hirieron también y está en una cama, al fondo.

Gaveau es un obrero francés que vivía en el tercer distrito, en París, un barrio proletario. Dejó el trabajo y la familia y vino a España, a luchar contra el fascismo. Cobraba, como todos los soldados de la República, diez pesetas diarias. Pero él jamás pensó en eso. Él vino a luchar por la libertad de España y por la de Francia. Como él es la mayoría de los brigadistas. Dejaron todo para venir.

Tuvo suerte, en lo que cabe en su circunstancia. Dio un bayonetazo a un moro que estaba a punto de lanzar una granada y el moro cayó junto a él con la granada en la mano, ya lista para estallar. Gaveau se dio cuenta y apenas tuvo tiempo de tirarse al suelo en el momento de la explosión. Las esquirlas de metralleta le hirieron muy seriamente en el lado izquierdo, en el muslo y la pierna, pero no penetraron a partes vitales.

—No me importa cojear —me dice—. He salido vivo y me han dicho los médicos que de ésta no voy a morirme, de manera que estoy tranquilo. Lo que me preocupa es la República, los avances de los fachas. La cosa está muy mal.

No puedo refutarle porque yo tengo la misma impresión. Esto está cerca del final, de un final de derrota para nosotros.

Aunque la retirada oficial de las Brigadas fue en octubre de 1938, bastantes brigadistas se quedaron hasta el final de Cataluña, en febrero de 1939. Otros (yo mismo, al ser dado de alta médica en Barcelona, pasé a otra unidad combatiente) lucharíamos todavía en otros frentes y la cota 666 no caería hasta avanzada de noviembre.

—Lo único que deseo —añade con visión profética— es estar lo suficientemente bien para luchar en Francia contra los nazis.

—¿Crees que llegarán allí?

—Estoy seguro.

La verdad es que todos lo sabemos. Hasta lo dicen a veces los oradores en los mítines. Hitler se lanzará contra Europa y en España estamos, querámoslo o no, defendiendo a Europa del nazismo.

Charlamos un rato, sin alegría, conscientes de la situación. Ya no hay reservas para enfrentar a los fachas. Nuestro ejército ha muerto en el Ebro. En una pausa triste, ambos pensando en lo mismo, cambio de tema y le pregunto:

—Perdona mi curiosidad pero, ¿qué era lo que escribía el polaco?

—¡Pobre camarada! Estaba mal de la cabeza.

Deja pasar al silencio y permanece un instante pensativo.

—Su esposa, francesa, murió en un bombardeo apenas llegaron a Albacete, pero él le escribía como a una mujer viva, tan viva que le decía que no se preocupase por él y le prometía que muy pronto estarían juntos. Pero no en tono lúgubre sino con la alegría de un muchacho enamorado, como si la fuese a ver en el próximo permiso.

Gaveau calla y me clava la vista, con sus ojos claros de obrero que ha visto mucho, como preguntándome porqué él y yo y los demás, seguimos viviendo. Yo aparto la mirada sintiéndome culpable de algo, pero sin saber de qué.

—Por eso dijo —recuerdo yo después de un rato— que él mismo llevaría su escrito.

—Quizá creía en la otra vida. Lo que escribió es una carta de amor muy larga, pero muy bella. Está muy bien escrita, en un francés perfecto, con una ternura y una delicadeza que parecen de un colegial que tuviese la madurez de un hombre hecho y derecho. ¡Una larguísima carta de amor a una esposa muerta!

Una hermosa carta de amor, quizá la más larga que se haya escrito, fue lo que dejó a su muerte un voluntario desconocido de aquellas Brigadas Internacionales que, entre 1936 y 1939, lucharon en España por la libertad.



*Los brigadistas del Batallón Lincoln, héroes de tiempo completo, fueron los que mejor trabajaron en la construcción de fortificaciones en el Ebro y aún quedan los restos.*



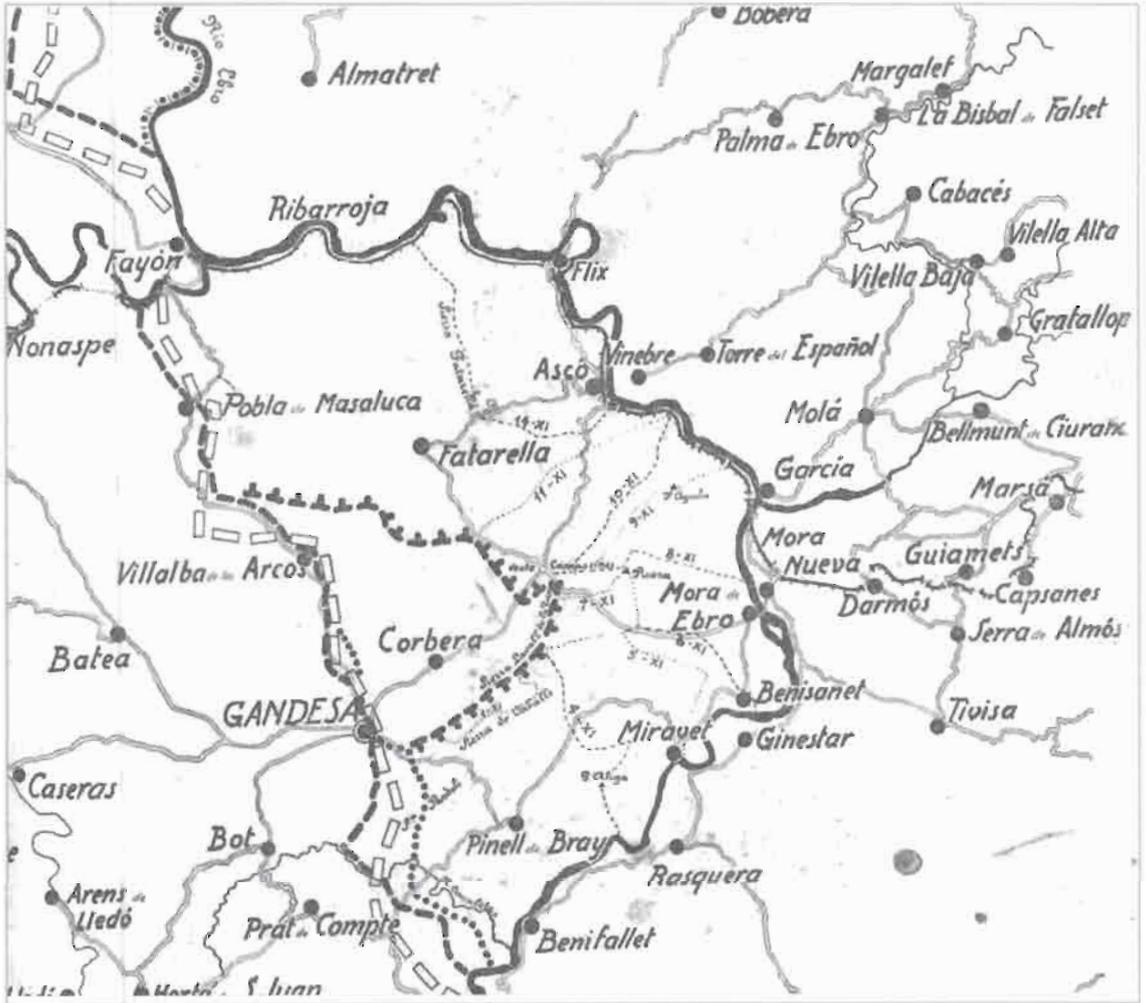
*Esta fortificación es muy ilustrativa sobre lo que hacíamos en la fase de resistencia, la más dura, de la batalla del Ebro. Al otro lado de las piedras de arriba está el enemigo, uno se asoma y le dispara. Abajo se mete uno durante el bombardeo de aviones, artillería, morteros. Somos topos que tras horas de metralla salimos a hacer frente a los que suben. (Foto cortesía de Julia y Carmen Tagüeña).*



*Pero también eran muy útiles las alcantarillas de carretera, hechas para el desagüe de las aguas de lluvia en la montaña y utilísimas como refugio para bombardeos de aviación y artillería.(Foto de Carmen y Julia Tagüeña.)*



*Éste fue el más alto nivel de fortificación al que se llegó en el Ebro y muy pocas veces.*



Plano de una de las áreas de combates más reñidos: Corbera, la Fatarella, la Poble de Masaluca. (Cortesía de Carmen y Julia Tagüeña)



*Soldado de la República. Soldado con una sonrisa mientras el mundo le condenaba a muerte.*



*Iban hacia la muerte. Muchos la temían, pero algunos sabían dónde iban y mantuvieron su ruta hasta el final. Un final que fue un principio de otra vez lo mismo con otros nombres. Todo es mentira, menos la esperanza.*



*Manuel Tagüeña Lacorte, que a los veinticuatro años mandó setenta mil hombres y lo hizo muy bien. Era el jefe del XV Cuerpo de Ejército al que pertenecía la XV Brigada Internacional en la que yo estuve. Uno de los mejores mandos de la República que al conocer en carne propia lo que era la tiranía estaliniana sufrió una decepción amarga y padeció el "enfriamiento" habitual que acostumbraban los comunistas con aquellos que no aceptaban la tiranía en nombre del socialismo. Pero quedará para siempre en la historia de aquella guerra y con todos los honores.*

## EXPLICO ALGUNAS COSAS

Antes de terminar con mi estancia en la batalla del Ebro y en la XV Brigada quiero aclarar algo.

Nadie que haya tenido interés en saber acerca de las Brigadas Internacionales puede ignorar el heroísmo, el valor y la abnegación con que los estadounidenses combatieron en ellas, comenzando por la batalla del Jarama en la que su cuota de sangre y de vidas fue terrible.

Pero también es sabido que en las Brigadas había voluntarios de muchas naciones y no sólo estadounidenses, franceses, alemanes y otros europeos. Hubo también latinoamericanos y de otros países, incluso algunos asiáticos. En el Ejército de la República una División de Infantería se componía de tres Brigadas Mixtas. Y no se llamaban así —como algunos creen— porque hubiese en ellas españoles y extranjeros, sino porque cada brigada debía contar con Infantería, Artillería, Caballería, Sanidad, Intendencia, Transportes, etc., lo que en la práctica nunca se pudo lograr por completo debido a las carencias de la República.

La 35 División Internacional, adscrita al XV Cuerpo de Ejército que mandaba Manuel Tagüeña, estaba bajo el mando de Pedro Mateo Merino, “verdadero ejemplo de modestia, energía y capacidad entre los excelentes jefes salidos del Ejército Popular” según el general Vicente Rojo (que también elogia a Julián Henríquez Caubín, Jefe de Estado Mayor). Pues bien, esa 35 División estaba integrada por tres brigadas, la XI, la XIII y la XV.

A la XV Brigada mucha gente la llama “Brigada *Lincoln*” pero nunca existió una Brigada Lincoln, aunque sí un Batallón *Lincoln*, el 57, que, con otros tres batallones, —el 58, el 59 y el 60— integraba la XV Brigada. Los otros tres eran el *Mac-Paps* (canadiense, Mackenzie-Papineau), el *British* (británico) y el *Spanish*, integrado por hispanoamericanos, incluyendo cubanos, mexicanos y otros latinoamericanos, aunque también, al final, con españoles y con brigadistas aislados de diversos países, como un griego, algún francés y otros.

El historiador suizo Gino Baumann, especializado en la participación iberoamericana en la guerra española, contabiliza 2615 hispanoamericanos voluntarios del lado de la República, de ellos 1200 cubanos, 500 argentinos y 464 mexicanos, bastantes de los cuales estuvieron, en distintas etapas de la guerra, en el batallón *Spanish* de la XV Brigada. Unos murieron en combate, otros fueron heridos, algunos cambiaron de unidad, pero no en vano, a iniciativa de los estadounidenses del *Lincoln*, se llamó a ese batallón *Spanish*. Aunque al final —y sólo al final— hubiese en él españoles, como —debido a la cantidad de bajas— sucedió en todas las unidades internacionales, no fue por eso que se le dio ese nombre, sino por los latinoamericanos, porque en Estados Unidos, refiriéndose a personas, son *Spanish* todos los que hablan español y *Spaniards* sólo los naturales de

España. Esto me consta personalmente porque, hace años, en un restaurante de segunda clase de Phoenix, Arizona, a la pregunta *Are you Spanish or a Spaniard?* respondí *Spanish* y me echaron.

Una autoridad fuera de duda, Julián Henríquez Caubín, Jefe de Estado Mayor de la 35 División, aclaró las cosas:

*La XV Brigada, formada sobre la base del primitivo Batallón Lincoln de voluntarios norteamericanos, agrupaba a todos los de la indicada nacionalidad, además de los voluntarios ingleses y de los países de Hispanoamérica.<sup>33</sup>*

Durante toda la Batalla del Ebro, la más feroz y sangrienta de la guerra, los cuatro batallones de la XV Brigada fueron movilizados sin distinción entre unos y otros y si, por ejemplo, la cota 666 fue valientemente defendida en un momento dado por el Batallón *Lincoln*, en otras ocasiones la defendieron con igual valor el *Spanish*, el *British* o el *Mac-Paps*. Cuando el inolvidable Harry Fisher dice en sus memorias que al ser ellos relevados subían a la cota los “españoles”, él se refiere al batallón *Spanish*, llamado así porque había en él muchos latinoamericanos, aunque también voluntarios de otras naciones. Y la cota 666 no cayó sino hasta la retirada definitiva de noviembre, más de un mes después de que dejaran los frentes los voluntarios estadounidenses; durante ese tiempo la defendieron, como otras veces antes, hispanoamericanos, españoles y brigadistas —cubanos y mexicanos, entre ellos— que no se retiraron cuando se ordenó, sino que permanecieron luchando cuando ya otros se repatriaban.

No hay diferencias posibles entre los brigadistas de la 35 División y menos aún entre los de la XV Brigada. No es posible hacer distinciones como sabemos quienes lo vivimos y como lo prueba el Diario de Operaciones de la 35 División, publicado por Henríquez Caubín. Jamás un batallón tuvo trato preferente; nunca uno de los cuatro batallones de la XV fue relevado antes que otro ni enviado a un lugar más o menos peligroso que el que ocupaban los otros. Y tampoco ninguno de ellos demostró, en el curso de la larga batalla, ser mejor o más resistente que cualquiera de los otros tres.

Pero después de instaurada la democracia en España, al honrarse a los brigadistas supervivientes, al mencionarlos, al tomarlos en cuenta a todos los efectos, sucede que (seguramente no por intención sino por inadvertencia y falta de información), al menos en apariencia, los brigadistas del glorioso Batallón *Lincoln*, los alemanes y otros europeos tienen un trato de preferencia, en los homenajes, en las menciones y en los libros, respecto de otros no menos respetables, como los canadienses, los cubanos, los mexicanos, los argentinos, los brasileños y los latinoamericanos en general u otros que, entre otras unidades republicanas, integraron los demás batallones de la XV Brigada.

<sup>33</sup> Julián Henríquez Caubín. La Batalla del Ebro, maniobra de una división. Prólogo del general Vicente Rojo. México 1944. pág. 378.

Lo que aclaro para dejar en su lugar histórico a los iberoamericanos, como los mexicanos José Jaramillo Rojas (que como teniente en el batallón *Spanish* de la XV Brigada cayó en la batalla de Teruel) o el capitán Tito Ruiz Marín (de la XI Brigada Internacional, que murió en 1937 en el frente de Brunete), o Silvestre Ortíz Toledo o Antonio Trujillo Carranza que, como Néstor Sánchez y otros mexicanos y latinoamericanos (de veintitantas naciones de América), combatieron ocupando importantes puestos de mando —y muchos murieron— en las Brigadas Internacionales, entre los que también hubo brasileños (José Gay da Cunha fue el último comandante de la XV Brigada). Todos en la XV Brigada, los ingleses, los canadienses, los hispanoamericanos, los españoles, los desperdigados de distintos países, todos, combatieron y resistieron a la par con los magníficos combatientes estadounidenses del Batallón *Lincoln*. Por eso el gobierno de la República otorgó a toda la XV Brigada (es decir, a los cuatro batallones) la medalla del valor.

A los cuatro al mismo nivel.



## DESPUÉS DEL EBRO

En Barcelona me hicieron una radiografía y comprobaron que tenía dos fracturas pero sólo me aprendí el nombre de una (“fractura longitudinal incompleta de la extremidad inferior del radio”) por su originalidad, ya que se trata de una fractura a lo largo del hueso lo que, me dijeron, no es frecuente en las lesiones de origen traumático. Es algo así como partir pelos a lo largo. Debería estar no me acuerdo cuántos días (pero me parece que fueron cuarenta) con el brazo escayolado sobre el armazón de alambre y después seguir una terapia indispensable para recuperar los movimientos del brazo. Querían obligarme a permanecer internado en el hospital pero les convencí de que yo iría a diario a la terapia, tan intensiva que tuve que ir mañana y tarde, porque consideraron la urgencia de que recuperase rápidamente el movimiento del brazo y debo confesar que tenían razón y les estoy muy agradecido. Tenía sobre mí la amenaza de que si no cumplía con los horarios me obligarían a vivir en el hospital sin permiso de salida.

Por lo tanto aun después de los cuarenta días de escayola, cuando me quitaron el armazón de alambre y el yeso, tuve que estar bastante tiempo tan dependiente del hospital como si viviese hospitalizado. Pero fueron muy eficientes — después he sabido que la medicina de guerra logró grandes avances merced a la contienda de España— y en relativamente poco tiempo mi brazo estaba otra vez funcionando con normalidad. En mi tiempo de hospital pensé muchas veces en los tristes y dolorosos que son siempre los nosocomios, pero los de guerra lo son más. Lo cual se debe a que los pacientes son hombres jóvenes que pudieron tener una vida tranquila y agradable pero que fueron víctimas de esa canallada que es la guerra. Muchachos con un brazo de menos, otros con muletas por falta de una pierna, varios en silla de ruedas, algunos ciegos. Vidas alteradas, destrozadas, deshechas. La guerra.

Y de la guerra siempre hay algún (o algunos) responsable que se puede identificar, como en la nuestra Franco, Hitler y Mussolini. Los responsables de las guerras son, además, los culpables de que a muchos ejemplares de la especie les surja lo criminal, que habría permanecido oculto todas sus vidas de no haber sido por la guerra.

Mientras yo estaba hospitalizado no sólo se había formalizado la salida de las Brigadas, sino que el Ejército del Ebro había vuelto a pasar el río, en retirada, el 16 de noviembre. Para nadie era un secreto que habíamos perdido la guerra, pero en la JSU y en los medios en que yo me movía no lo asumíamos todavía y se seguía trabajando con el mismo ahínco, organizando mítines, reuniones y conferencias. Quienes sí lo asumían y estaban aterrorizados o contentos, según cada caso, eran los buenos burgueses y muchas familias de la clase media: unos, los

que no se habían sustraído por entero a las vicisitudes del lado republicano y ahora estaban temerosos de las represalias de los fascistas; otros —quintacolumnistas o no—, los que anhelaban la llegada de los franquistas

Avanzaba diciembre y yo deseaba volver al frente pero no sabía cómo hacerlo: las Brigadas ya no existían. Como ya relaté, todavía estaba yo en Pandols cuando Negrín anunció la retirada de los internacionales, y aunque no afectó a mi compañía, de la que nadie quiso irse ni a fuerzas —eran ya muy pocos, y me enteré de que se quedaban porque en Barcelona encontré a un cubano herido al que conocía de vista y me lo dijo—, la retirada efectiva se desarrolló a fines de noviembre. Sin embargo, la XV siguió existiendo, siguió en el frente y siguió combatiendo. Creo que fue entre el 25 y el 27 de octubre cuando me hirieron —no estoy seguro del día—, y el 28 de octubre, cuando el gran desfile por la Diagonal, de despedida a los brigadistas —y ahí sí se les honró como merecían— yo estaba hospitalizado todavía en Falset. Son los días de hospital de los que hablo en *Cota 666*. Uno o dos días después me evacuaron a Barcelona.

Eso en cuanto a las Brigadas. En cuanto a ingresar al Ejército, que ya estaba en retirada, ¿dónde, en qué unidad, cómo? Mientras tanto me pasaba horas deambulando por los pasillos y despachos del Casal de la Juventud (el Hotel Colón) y charlaba con José Bardasano —gran artista y gran amigo— que seguía trabajando en su taller haciendo, con sus alumnos y ayudantes, pancartas, carteles y letreros cuyos textos se esforzaban por mantener la moral a toda costa.

Para entonces la moral del lado republicano estaba muy baja porque, como dije, era obvio que habíamos perdido la guerra y yo no quería entrar a una unidad de reemplazos, de quintos asustados en los que no se podía confiar a la hora del combate y que a veces se entregaban al enemigo apenas tenían ocasión.

Una camarada de la JSU, creo que se llamaba Juanita Prats, me sugirió que me presentara con Francisco Nord García, de la Comisión de Educación del Soldado, a ver qué decía él. Este Nord era el hermano mayor de Antoni, y nos conocíamos muy bien porque tiempo atrás yo había trabajado con él como Secretario de Cuadros.

Y hablé con Nord.

—Tengo una idea —me dijo—, pero necesito confirmar las posibilidades. Claro que entiendo que no quieras ir ahora con cualquiera después de la experiencia de las Brigadas. Déjame pensar. ¿Tú andas por el Casal?

—Sí, a diario.

—Yo te busco en unos días.

Exactamente cuatro días después. Cionín Salvó me dijo que Nord quería verme. Y fui a su despacho.

—Ya está arreglado —me dijo—, vas a ingresar en Carabineros.

Me quedé tan sorprendido como si me hubiese dicho que sería nombrado trompeta de marina o coronel de aviación. Y tenía razones. Henríquez Caubín dice:

*Estas unidades de Carabineros estaban perfectamente equipadas tanto de material de guerra como de vestuario y de elementos de transporte. Sin embargo, no era posible contar con ellos para resolver una situación urgente y delicada por cuanto sus cuadros y tropa no responderían adecuadamente. En su formación se siguió un criterio totalmente equivocado. Allí fueron a parar los amigos y allegados de los políticos influyentes, sin más méritos que el mayor o menor número de recomendaciones que pudiesen poner en juego.<sup>34</sup>*

Pero en nota en la misma página añade:

*Seríamos injustos si no mencionásemos una honrosísima excepción: la 3ª Brigada de Carabineros, ejemplo que por ser tal excepción confirma la regla.*

Pero la verdad, con todo respeto para el Jefe de Estado Mayor de la 35 División, es que en el frente del Segre los carabineros lucharon, combatieron y se batieron con el mismo valor que los combatientes del Ejército del Ebro, de manera que no fueron los de la 3ª Brigada los únicos carabineros que dejaron en buen nombre la fama de su cuerpo, sino también otras varias unidades del mismo. Pero en lo general la observación de Henríquez Caubín es cierta y justa.

Y por esa situación, que yo conocía bien, me quedé con los ojos cuadrados cuando Nord me dijo que yo iba a ingresar en el Cuerpo de Carabineros.

Nord vio mi expresión y comprendió mi sorpresa.

—Ya hemos hablado con Marcial Fernández<sup>35</sup> —me dijo—, y está de acuerdo. Te van a nombrar Comisario de Compañía a proposición de la JSU. Hemos hecho notar tu pertenencia a la XV Brigada Internacional y también que tú procedes de las Juventudes Socialistas. Como tú sabes, el Cuerpo de Carabineros es del PSOE.

—Pero así de fácil...

—Ten en cuenta que estamos al final. Parece que hemos perdido la guerra.

—¿Parece?

—Yo creo que esta guerra no la perderemos jamás —fue la sorprendente respuesta de Nord—, ni aunque nos echen de España.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Inscribirte en el Cuerpo de Carabineros como carabinero de Infantería. Necesitan que estés en el Cuerpo para que te nombren Delegado Político de Compañía, que es el nombre oficial del cargo.

—¿Y adónde debo ir?

—Directamente a la compañía central. A la Dirección General de Carabineros. Dice Marcial Fernández que en unos cinco o seis días te darán tu nombramiento de comisario.

Pasaron más de seis días y más de diez y yo seguía como carabinero adscrito a la Compañía Central. Pero ya era el mes de enero de 1939, las tropas de

---

<sup>34</sup> Henríquez Caubín. Julián: *op. cit.* página 346.

<sup>35</sup> Marcial Fernández, socialista, era el Director General de Carabineros.

Franco se acercaban a Barcelona y yo no recibía el nombramiento, ni destino, ni instrucciones. Seguía en calidad de “enchufado”<sup>36</sup> en la Dirección General de Carabineros.

Debo hacer un espacio para hablar un poco de mi situación familiar: cuando entré en el hospital, en Falset, encargué a un amigo de toda mi confianza que iba a Barcelona que enviase un cable a mi padre, a su despacho en México, diciéndole que yo estaba herido pero muy leve y que no se preocupase. Pero eso alteró a toda la familia. Mi padre arregló no sé como sus asuntos y organizó el inmediato viaje a Francia de él y de mi madre, aunque a ella le dijo que la instalaría en un pueblecito de los Pirineos —como hizo, en efecto—, para que pudiera yo visitarla de vez en cuando (lo que fue imposible hasta después de la caída de Cataluña), y sin hablarle de mi herida. Y cuando yo ya estaba en carabineros llegó a Barcelona a verme y se quedó por allí. Había conseguido la llave de una casa, en la calle Claris, perteneciente a un adinerado catalán que, al comenzar la rebelión militar, se había trasladado a París con su familia, y para quien tener la casa habitada era evitar la incautación por parte de algún sindicato o comité. Fue mi padre a verme al hospital cada día y cuando salí me instalé en la casa en que él vivía. Recuerdo que muchas veces estábamos durmiendo cuando sonaban las sirenas anunciando ataque aéreo y nunca nos levantábamos.

—Hay bombardeo —decía uno de los dos.

—Sí —contestaba el otro.

Y los dos seguíamos en la cama.

Hasta que una noche cayó una bomba en la acera de enfrente, en la calle de Claris, e incendió un depósito de llantas con unas llamas que llegaban a la altura de tres o cuatro pisos. Nos levantamos a mirar por la ventana y cuando vimos que las llamas no nos alcanzarían volvimos a nuestras respectivas camas y seguimos durmiendo. Por supuesto esto fue al final, tiempo después de que yo fuese delegado de las brigadas de Defensa Pasiva, como ya conté. Mi padre y yo pensábamos, a la mexicana, que sólo muere aquél “al que ya le tocaba” y que al que no le toca nada le pasará.

Llegó la segunda quincena de enero de 1939. Yo seguía esperando el nombramiento de comisario pero el ejército de Franco estaba ya muy cerca de Barcelona. Le dije a mi padre que debía irse a Prades, que era peligroso quedarse porque no podía decir a los fascistas que estaba allí como turista para ver las obras de Gaudí. Era una guerra basada en el asesinato y si todas las guerras son peligrosas, y lo son más aún para los que no tienen explicación de su presencia en un lugar, ésta era la más peligrosa de todas. Él había pensado regresar conmigo a Francia a mi salida del hospital pero a su llegada se encontró con que yo seguía perteneciendo al ejército republicano y que si me iba sería un desertor. No le pre-

<sup>36</sup> “Enchufado” se llamaba a los que estaban emboscados legalmente en la retaguardia para no ir al frente.

ocupó tanto el inminente peligro de que alguna unidad de las que detenían e identificaban a los desertores pudiese capturarme. Para él era mucho más grave el hecho en sí de que yo fuese desertor. Y comprendió que él nada tenía que hacer allí. Me contó que tenía un amigo funcionario importante que le prometió avisarle cuando el gobierno saliera de Barcelona a Gerona (que en principio era la ciudad donde se instalarían los poderes de la República), y llevarle en un automóvil oficial. Pensé que la situación era peligrosa y que mi padre había exagerado demasiado.

Era el 23 de enero y yo fui a la Comandancia de Carabineros a ver si había noticias. Un capitán —creo que se apellidaba San Cleto— me dijo que no había nombramiento pero me hizo pasar con otro oficial adscrito a la Dirección General, que me dió un pasaporte militar para trasladarme a Figueras, donde debería presentarme en la Comandancia. Esto me enfureció, quise ver al Director General pero fue imposible porque ya había salido de Barcelona. En esas idas y venidas perdí algún tiempo. El pasaporte decía que yo tenía una comisión de servicio “de índole especial y reservada”. Por lo menos podía salir de Barcelona como militar en servicio y no como un fugitivo, que era como estaban saliendo miles. Viendo que nada tenía que hacer ya en la Comandancia, avanzada la tarde fui a la casa de Claris, de la que mi padre me dejó un duplicado de la llave. Él ya no estaba. Me había dejado una nota escrita por fuera en un sobre y que aún conservo:

*Juanito: (así me llamaba él siempre) salgo esta tarde, me llevan. Te dejo tus documentos porque no hay sitio para la maleta, te la dejo con una llave. Yo llevo los retratos de tu madre. Buena suerte y a no dormirte. Un fuerte abrazo de tu padre, Miguel.*

Tenía yo dos retratos de mi madre enmarcados que había conservado en casa de un amigo cuando estaba en el frente y que después llevé a la casa de Claris. A esos se refiere la nota, ese documento del padre que deja a su hijo único, voluntario de 17 años, que cumpla con su deber en plena derrota de una guerra idealista y le despide con: **Buena suerte y a no dormirte.**

Y llega el momento de confesar un hurto del que fui autor. Un fascista pensará que como buen rojo tenía que ser un ladrón. En la casa que mi padre había conseguido —y que respetamos cuidadosamente no sólo en sus muchos objetos de valor, sino también en su apariencia, que mantuvimos lo mejor posible, y cuya llave devolvió mi padre— encontré una mochila de alpinista con armazón de alambón, una mochila excelente, debo decirlo, y me la apropié *manu militari*. En ella eché la nota de mi padre y todos mis documentos (los que debieron ir en una maleta que al final no fue a ninguna parte), y decidí no separarme de ella en lo que quedase de guerra. Cuando todos rompían y quemaban papeles yo los conservaba. Tenía una razón que días después se hizo más firme con el nombramiento de comisario. La decisión de que no me agarrarían vivo. ¿Cosas de los 17 años? Que cada quien lo interprete a su modo.

Y como estaba cansado y pensé que me esperaba un viaje muy incierto, me acosté y dormí hasta tarde. A mediodía fui al comedor de carabineros a ver si aún había comida y, cosa sorprendente, en un salón casi vacío me dieron de comer. Menos afortunado fui en la búsqueda de algún vehículo de carabineros que fuese hacia el norte. Yo tenía entonces una pistola máuser de la guerra del 14 en la que la culata, de madera, era la funda y viceversa. Y con mi arma y mi mochila cerré cuidadosamente la casa y me fui a la Dirección General de Carabineros donde no quedaba nadie más que el capitán San Cleto y dos o tres carabineros de oficinas, que no tenían órdenes de irse ni de nada. Yo, por lo menos, tenía orden de ir a Figueras, pero ellos habían sido abandonados por los superiores. Y allí estuvimos todo el grupito todavía esperando un vehículo, una orden, una indicación, un aviso o una instrucción que jamás llegó. No la hubo. Sugerí al capitán que se fuese con su gente porque si lo agarraban los fachas lo fusilarían. El Cuerpo de Carabineros era odiado por los franquistas porque se negó a secundar la rebelión y permaneció fiel a la República. Por eso Franco lo suprimió definitivamente.

Es el pánico lo que hace que los jefes se olviden de los subordinados cuando el peligro es inminente. El caso de estos carabineros abandonados en las oficinas de la Dirección General no fue el único. Pero en el de los uniformados era peor que en los empleados civiles porque un militar no debe retirarse de ninguna parte si no le dan la orden de hacerlo. De hecho fue lo mismo que pocos días más tarde me harían a mí en Figueras: nadie me ordenó retirarme, salir de allí porque llegaba el enemigo.

Mientras ellos pensaban qué hacer yo me despedí. Era la tarde del 25 de enero de 1939. En las esquinas había pequeñas hogueras sobre la acera donde la gente quemaba banderas rojas, rojinegras, catalanas y republicanas, carteles, carnés, y documentos de todas clases. Las calles estaban solitarias salvo algún que otro camión o automóvil que pasaba fugazmente rumbo al norte. Hablé con algunos de los incineradores y me dijeron que había ya fascistas en el Tibidabo, que patrullas de los facciosos ya estaban pasando el río Llobregat y que la única carretera que quedaba todavía con el paso libre era la de la costa. No creía yo toda esa información al pie de la letra, pero algo habría de verdad en ella, y en cuanto a la única carretera libre valía más aceptarlo que probar suerte por otra, de manera que comencé a caminar hacia allí. Después supe que el capitán San Cleto y los suyos salieron a tiempo por el mismo camino. Cuando llevaba unos cuatro o cinco kilómetros, ya en la carretera, llegué a un control en el que me pararon unos soldados.

—¿A dónde vas, carabinero? ¿A seguir corriendo?

—No, camarada —le dije—, no te apures. Puede ser que tú no hayas estado donde yo.

Se rieron.

—Nos vas a dar esa pistola y te puedes ir.

—No les voy a dar nada y me voy a ir.

—No vengas con chulerías o te irá mal.

—Yo vengo de la XV Brigada Internacional. Estuve en Pandols y llevo este uniforme porque después de herido me negué a ser dado de baja en el ejército de la República y la JSU me envió a Carabineros. Y voy a Figueras porque me lo ordenan.

Y les tendí mi pasaporte militar, es decir, mi orden de ir a Figueras.

—Joder, tío, para ser tan joven los tienes bien puestos. ¿Y porqué hablas así?

—¿Cómo?

—Algo raro, diferente. A veces se te nota un tono cantadito.<sup>37</sup>

—Podiera ser porque mi padre es mexicano. Pero mi madre es española. Yo creí que no se me notaba.

—Yo tengo oído de tísico —dijo el que me preguntaba.

—¿Mexicano? —dijo otro—. El primer fusil que yo tuve era hecho en México. México nos ayuda.

Un teniente se dirigió a mí.

—¿A qué unidad pertenecía tu Brigada?

—A la 35 División, el jefe era Pedro Mateo Merino. La División pertenecía al XV Cuerpo del Ebro, el de Tagüeña; el Comisario del Ebro era Luis Delage; el 5º Cuerpo lo manda Líster. En mi Brigada, que mandaba Valledor, yo era del *Spanish*, de hispanoamericanos, cubanos, mexicanos y otros. Además estaban otros tres batallones, el *Lincoln*, el *Mac-Paps* y el *British*...

—¡Para el carro, para el carro! —exclamó el teniente, que se había acercado al grupo antes y ya había revisado mi pasaporte—. Eres un niñoato bragao, eres de los buenos. Nosotros también estuvimos en el Ebro. Somos del 5º Cuerpo, dinamiteros. estamos recogiendo algunas armas de los que corren. Otros nuestros vienen detrás dinamitando puentes. ¿Cómo vas a llegar a Figueras?

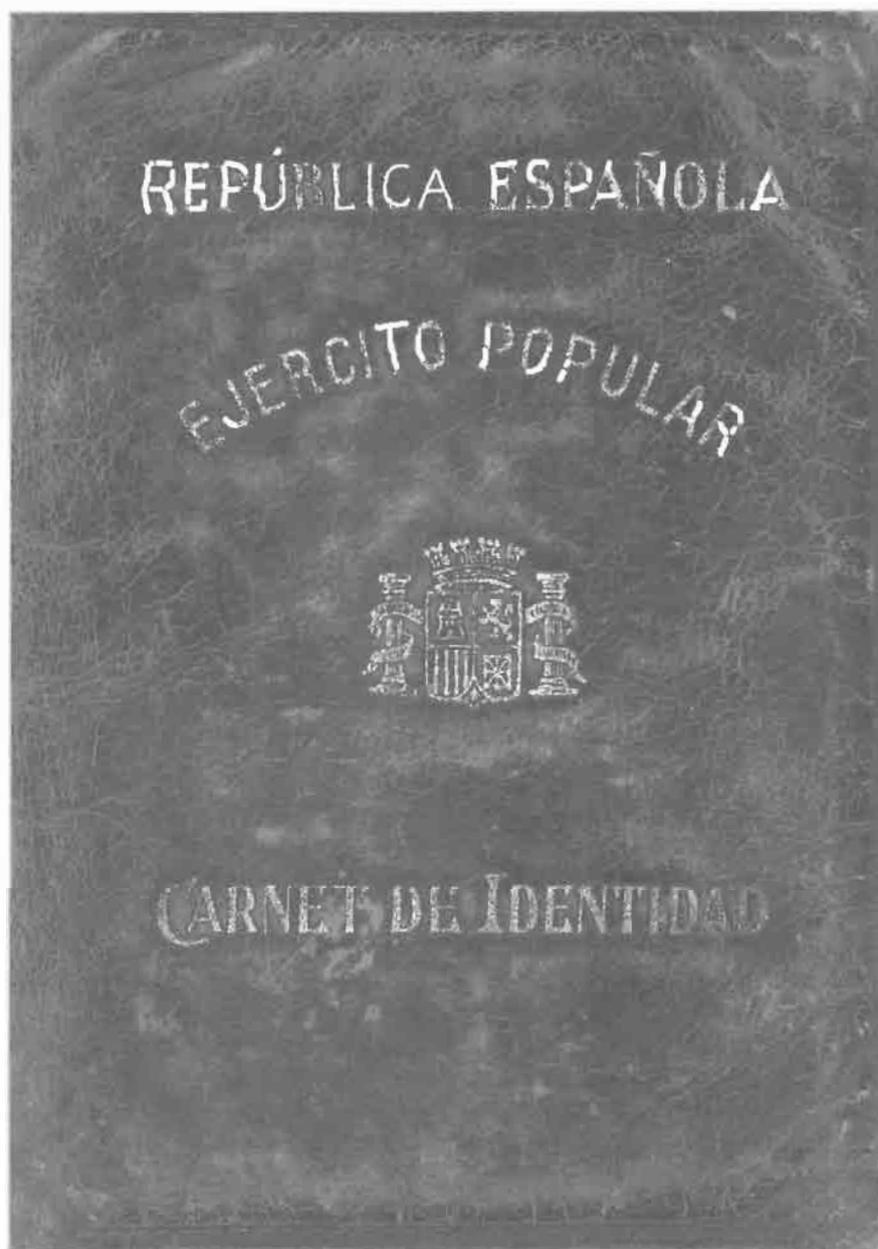
—Como se pueda.

—Espera un poco y te llevamos, vendrás en nuestro camión.

Eran parte de los dinamiteros de Líster y enseguida hicimos migas. Pasamos allí la noche, aunque ya salía muy poca gente de Barcelona. Recogieron algunas armas, pero no muchas. A unos, los más asustados o los quintos muy jóvenes, les quitaban las armas y los dejaban ir, pero a otros los incorporaban al ejército, a los que se notaba que no eran cobardes que salían corriendo, sino soldados derrotados y desperdigados que conservaban la dignidad aun teniendo muy baja la moral. Los dinamiteros de Líster mantenían la disciplina y la serenidad como si no pasara lo que estaba sucediendo. Salimos de allí como a las 3 de la madrugada del 26, cuando llegaron dos camiones para ellos y nos informaron que los fachas ya estaban en Barcelona. Unas horas más tarde desfilarían por la Diagonal.

---

<sup>37</sup> En México algunos me dicen que tengo acento español, pero en España todos me notan acento mexicano y la verdad es que tras habitar tantos años en países de otras lenguas (he vivido en Francia, Rusia, Guatemala, Japón, India, Tailandia, China, etc.) ya no tengo acento identificable.



*Carné del Ejército de la República.*

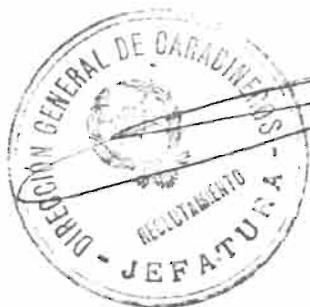
# Instituto de Carabineros

Sr. D. JUAN MIGUEL DE MORA VAQUERIZO.

*Admitido provisionalmente en el Instituto de Carabineros, empezará U. a prestar sus servicios como **Carabinero de Infantería** que será confirmado por la Superioridad caso de merecer su aprobación y de cuyas ventajas y beneficios disfrutará a partir del día de hoy.*

Barcelona 10 de noviembre de 1938.

El Director General,  
P. D.



Por decisión de la JSU tras la retirada de las Brigadas Internacionales, Juan Miguel ingresó en el Instituto de Carabineros, previo convenio para que fuese nombrado Comisario de Compañía, como ocurrió.



*El Director General de Carabineros*

Por el presente se hace constar a los efectos de la Orden Circular de la Presidencia del Consejo de Ministros de 8 de Abril del presente año, que el Carabinero Juan Miguel de Mora Vaquerizo presta sus servicios en la Secretaria General de este centro Directivo y por lo tanto se encuentra debidamente autorizado para permanecer en retaguardia.

Barcelona 14 de Noviembre 1938

EL DIRECTOR GENERAL



*Estando en espera de su nombramiento de comisario necesitaba justificar su adscripción militar.*



## El Director General del Instituto de Carabineros

Núm. ....

### AUXILIOS

Alojamiento de su clase. ....

Bagajes mayores .....  
Idem menores .....

Carros .....

### RUTA

CONCEDO pasaporte con arreglo al Decreto de 23 de Septiembre de 1936 (Gaceta núm. 268) en relación con el 17 de Diciembre de 1932 (Gaceta núm. 353) a favor del Carabinero Juan Miguel de MORA VA QUERIZO, para que pueda trasladarse a Figueras, (Gerona), acerca de cuya Comandancia ha sido destinado, en comisión de servicio, de índole especial y reservada.

Por lo tanto ordeno a los Jefes militares sujetos a mi jurisdicción y a las Autoridades y funcionarios públicos que no lo están, rusgo y encargo no le pongan impedimento en su viaje, y que se le faciliten los auxilios expresados al margen como los demás que puedan contribuir al mejor servicio pagando los bagajes a los precios del Reglamento, y presentar este pasaporte a la Autoridad encargada de pasarle revista.

Dado en Barcelona a veintitres de Enero de mil novecientos treinta y nueve.

F.D.  
EL SECRETARIO GENERAL.

*J. M. Ferrás*



Ante la inminencia de la toma de Barcelona por los fascistas se le ordenó trasladarse a Figueras, debidamente documentado, en momentos en los que la mayoría escapaban como podían de la capital catalana.



JUEZ GENERAL DEL JUZGADO DE CONTRABANDO  
POR EVASION DE CAPITALS

Con fecha 26 del corriente el Iltmo Sr. Director general de Carabineros me dice lo que sigue:

"En relación con su atento escrito de esta fecha tengo el gusto de comunicarle que en el día de hoy he dispuesto que los carabineros MANUEL LAMONEDA MONGE y JUAN MIGUEL MORA VAQUERIZO pasen destinados inmediatamente a ese Juzgado a su cargo, debiendo presentarse en este Centro Directivo para que se les provea del subfusil ametrallador reglamentario"

Figueras 27 de enero de 1.929.

EL JUEZ GENERAL.



Carabinero JUAN MIGEL MORA VAQUERIZO.

El Carabinero Juan Miguel de Mora y Vaquerizo presta sus servicios en este Juzgado por orden de la Direccion General del Ramo.

Figueras 29 enero 1939.

o, El Juez General,



*Pese a la gravedad de la situación el papeleo era indispensable para no ser confundido con los miles de desertores que corrían hacia la muy cercana frontera, por lo que oficialmente Juan Miguel estaba adscrito a un juzgado más bien fantasma en el que no hizo absolutamente nada. Y en el caos de aquellos días lo fecharon en 1929.*



COMANDANCIA MILITAR  
FIGUERAS

Negociado.....

Número.....

EL Carabiniere JUAN MIGUEL DE MORA VAQUERIEO presta servicio en el Juzgado General de Contrabando por Evasion de Capitales estando facultado para usar las armas que a continuacion se expresan:  
SUBFUSIL AMETRALLADOR Nº 15693.  
PISTOLA AUTOMATICA «MAUSER» GALIBRE 7,63 S.M.  
Figuerras 4 de Febrero de 1939.

*Con el enemigo casi allí mismo, el 4 de febrero, Juan Miguel seguía en servicio, con el armamento registrado y esperando su largamente anunciado nombramiento de comisario.*

## EL DOLOR Y SU MANTO

*El dolor y su manto  
vienen una vez más a nuestro encuentro  
y una vez más al callejón del llanto  
lluviosamente entro.*

MIGUEL HERNÁNDEZ.

Llegar a Figueras no fue fácil. Íbamos en un camión militar con toldo, de modo que sólo veíamos la carretera por detrás, cuando habíamos pasado. Eran muchos los vehículos que iban hacia la frontera, hacia el norte, y muy pocos, sólo ambulancias, algunos vehículos militares y algunos enlaces en motocicleta los que iban hacia el sur. Pero lo más trágico era la multitud que iba al norte en carretas, en carros de tracción equina y, la mayoría, a pie. Familias enteras, padre, madre, niños —a veces abuelos— caminando hacia un destino totalmente extraño e ignorado, huyendo del fascismo. El camión no podía ir muy de prisa porque la carretera estaba atestada y a veces, cuando era posible, se salía por un lado y avanzaba por la cuneta o por el campo, adelantando y volviendo a entrar en lo asfaltado, que era angosto y con muchos baches. En una ocasión el atasco era tal que tuvimos que detenemos y todos nos bajamos a estirar las piernas. Y cuando volvimos al camión y éste siguió adelante, dos aviones franquistas lanzaron unas bombas sobre la carretera. Tuvimos que salir corriendo del camión y tirarnos en la cuneta, junto a la población civil, las mujeres, los pequeños, los hombres viejos. Recordé el asesinato en masa que los aviones de Franco realizaron en la evacuación de Málaga, mucho (?) tiempo antes. Para el fascismo la población civil era culpable, culpable de no haberse unido a él, culpable de existir, culpable de tener sentido de la libertad y del pensamiento libre. Sentí una enorme congoja, una tristeza profunda que me ponía un dolor, un peso en el pecho. Creo que fue entonces cuando adquirí conciencia plena de la derrota. Hay cosas que se saben, que se ven, que están ahí pero que no se asimilan plenamente de pronto, sino que se requiere más tiempo, otro momento, una determinada circunstancia para digerirlas plenamente. Claro que yo sabía desde antes que habíamos perdido la guerra, lo sabía desde mucho antes, lo confirmé al tener que salir de Barcelona. Pero fue entonces, en el camión militar en la carretera hacia Figueras, cuando el hecho entró plenamente en mi cerebro. Sentía el impulso de llorar, pero no podía. Y no era porque me vieran o no los demás en el camión, era que no podía, nada más llevaba la garganta obstruida, el dolor en el pecho, la angustia en el cerebro, pero no podía llorar.

Al llegar a Figueras me despedí de los de Líster. Figueras estaba repleta de refugiados de toda Cataluña, las calles estaban como los vagones de cualquier metro urbano a la hora de entrar al trabajo, solamente se podía caminar empujan-

do materialmente a los demás, agrupados en todas partes como si ocupasen un ascensor completamente lleno.

Aquello era el caos y los más sólo esperaban el momento de salir legalmente a cruzar la frontera, pero algunos seguían cumpliendo con su deber como podían en medio del desorden. Tuve que preguntar a algunos carabineros dónde estaba la Comandancia y me presenté en ella.

Un sargento me atendió y vio mi pasaporte militar.

—Tu vas al Juzgado de Contrabando como escolta—me dijo—, y tienes que ir a recoger tu arma reglamentaria.

—Me enviaron aquí como Delegado de Compañía, por aquí debe estar mi nombramiento —le dije.

—Pues no está; preséntate a recoger tu arma.

Fui a recogerla y allí me encontré al mismo oficial que me entregó el pasaporte en Barcelona —un teniente adscrito a la Dirección General que nos dio la constancia necesaria para justificar nuestra posesión de armas y que no éramos desertores— y a Manuel Lamonedá, a quien hasta entonces no conocía, que estaba también esperando su arma. Charlamos un poco y resultó que él también estaba destinado a ese juzgado de Contrabando y Evasión de Capitales, cuyo juez había firmado un documento diciendo que estábamos destinados a su juzgado (y que nos dieran el subfusil ametrallador reglamentario, que era un “naranjero”) y, después de firmarlo, había desaparecido. También había dejado firmado un documento, que por fin encontré y me dio el sargento de antes, dirigido a mí como Delegado Político de Compañía, es decir, Comisario, por el que me encargaba del mando de la fuerza adscrita al Juzgado.<sup>38</sup>

Evidentemente el juez en cuestión había recibido informe de mi nombramiento de Comisario, pero yo no entendía por qué me daban mando de fuerzas sin ser un mando militar. Manuel Lamonedá se dedicó a investigar y supo que el jefe que nos correspondía era un capitán de Carabineros al que el día anterior a mi llegada una bomba de las que llovían sobre Figueras le había amputado una pierna y había sido evacuado a Francia. También averiguó —Manolo era muy eficaz en aquel caos— dónde estaba nuestro acuartelamiento: un largo garage en el que (después lo veríamos) se alineaban tres automóviles, uno tras otro, de manera que si no salía el primero los demás no podían moverse. Logré encontrarlo en el caos de Figueras, el 27 de enero, y allí estaban mis “fuerzas”: un sargento de unos cuarenta y cinco años y tres guardias de Asalto que estaban desde tiempo atrás destinados en Figueras y a los que verbalmente se les había ordenado que se incorporasen a la escolta del Juzgado;<sup>39</sup> dos choferes de Carabineros de los que

<sup>38</sup> Este documento fue un factor importante, aunque no el único, para acreditar mi grado cuando el gobierno socialista de Felipe González otorgó pensiones a la oficialidad de la República.

<sup>39</sup> Por el nombre del Juzgado “de Contrabando y Evasión de Capitales” podría dar la impresión de estar trasladando riquezas, pero la verdad es que, por lo menos desde que yo llegué, ya no tenía nada que llevar y el juez ni siquiera estaba. El Cuerpo de Asalto era republicano, valiente y muy disciplinado de modo que aquellos cuatro valían por veinte.

uno era barítono de zarzuela en tiempo de paz; tres carabineros desperdigados que procedían del frente del Segre y que estaban allí en espera de órdenes de alguna autoridad de su Cuerpo; dos carabineros heridos, uno en un brazo y otro en una pierna, esperando que se pudiese llevarlos a la frontera; cuatro soldados de la 11 División (la que fue de Líster) que se habían perdido en la retirada y que no querían irse a Francia sin combatir. Sin contar a los heridos, éramos quince, con Manolo y conmigo. Más tarde se nos incorporaron otros cuatro carabineros y llegamos a ser una fuerza de diecinueve.

Manuel había localizado un comedor de carabineros y yo fui a conseguir que diesen de comer a todos los míos, aunque no todos fuesen carabineros. Fue fácil, dadas las circunstancias. Y al regreso vi un balcón con una manta (pancarta en España) de la JSU, subí y encontré a José Puig, Secretario General de la JSU de Figueras, quemando documentos y recogiendo otros para llevarlos a París a la dirección que tenía —yo también la tuve por otros conductos— de la Juventud en París: 14, *rue d'Hauteville*.

—Tengo un grupo de militares a mis órdenes, ¿puedo hacer algo que tú sepas que es útil, antes de salir?

—Antes de salir no, pero después sí. La carretera de aquí a La Junquera está atiborrada de población civil en fuga. Tres camaradas del Comité Ejecutivo de Figueras y yo hemos conseguido, por ser habitantes de la frontera y conocidos como tales, permiso de la gendarmería para recibir y trasladar heridos y mutilados, de manera que las ambulancias descargan en Le Perthus y regresan a por más. Del lado francés nos ayudan los sindicatos y los socialistas. Hay que mantener media carretera libre para esas dos o tres ambulancias; si tu y los tuyos mantienen libre esa media carretera estarán haciendo mucho.

—Lo haremos —le dije.

Tengo que hablar de los bombardeos de Figueras. Son tantas las abominaciones de los fascistas en esta guerra que algunas de ellas quedaron casi desconocidas, opacadas en el conocimiento público e histórico, por otras mayores.

Figueras era entonces un pueblo pequeño y hubo un momento, ya lo dije, en que sus calles estaban atiborradas de gente que se empujaba, se apretaba, llevaba cosas, cargaba bultos, buscaba comida, quería huir. Muchos eran gente civil, y muchos también militares con o sin armas. De los primeros unos eran funcionarios o empleados del gobierno republicano o del de la Generalitat que buscaban ansiosamente una salida, pero que esperaban aún instrucciones, o dinero, o algún tipo de recursos para un exilio incierto, y otros simples ciudadanos, gente aterrizada ante la llegada del franquismo, algunos que venían de muy lejos, una evacuación tras otra a medida que avanzaba el ejército de Franco. Los pequeños y los grandes, los ancianos y los muy jóvenes; familias campesinas catalanas o de otras partes, con sus humildes bagages, algunos con animales, bueyes para arrastrar la carreta en la que iban todas sus posesiones, otros con burros, mulas o caballos, animales de carga o de tiro, no faltaba quien arrastraba una vaca por el ronzal, o

una cabra, o una oveja. Y algunos con automóviles que no se detenían, sino que pasaban rumbo a la frontera. En el suelo había objetos de todas clases que a unos se les habían caído o que otros habían dejado por no poder llevarlos y, como en el poema de Calderón en “La vida es sueño” (“cuentan de un sabio que un día,,,”), unos recogían lo que otros arrojaban para aligerar su equipaje. Y esta multitud era tan compacta que no se podía transitar sino abriéndose paso a empujones. Ya había terminado, uno o dos días antes, la reunión de las Cortes Republicanas que se celebró en el castillo de Figueras, ya no había gobierno ni funcionarios, ni dirigente alguno, ni ejército cuando los bombardeos de los nazis —Legión Cóndor— se intensificaron. Aquello fue como picar carne en una tabla de cocina. Llovían bombas sobre aquella multitud indefensa y saltaban cuerpos, cabezas, brazos y piernas. Había sangre por todas partes y los supervivientes huían desesperados sin siquiera detenerse a recoger a sus muertos. Era la culminación de la Cruzada en Cataluña. Repito: como picar carne. No quiero recordar más aquello.

Yo seguía esperando órdenes y fui a la comandancia por ver si las había. Durante un tiempo sólo estuvo el sargento con dos o tres carabineros pero llegó el día —creo que como el 4 o el 5 de febrero— en que encontré todo vacío. Las bombas habían hecho su efecto. Pero el comedor seguía funcionando. Mandé a comer a los demás y cuando regresaron fui yo, dejando a Manuel Lamonedá a cargo. Las calles estaban desiertas, salvo los cadáveres y los pedazos de cuerpos y la sangre en la calle que algunos héroes de la Cruz Roja y de algún hospital local recogían como podían después de haber recogido primero a los heridos. El salvajismo inaudito de las bombas arrojó a la gente al campo, a la carretera, en dirección a Francia. Pero los Junkers seguían bombardeando y algunos Messerschmitt ametrallando.

Cuando llegué al comedor, entre una y otra bomba, y me sirvieron una sopa aguada con garbanzos me advirtieron:

—Ten cuidado, con las bombas han caído en la comida cristales de las ventanas.

No podía dejar de comer. Clavaba cada garbanzo con un palillo, lo sacudía en el caldo y lo comía muy cuidadosamente, tanteando con la lengua en busca de fragmentos de vidrio. Así tuve que comer todos los garbanzos, de uno en uno.

Volví a nuestro garage-cuartel y envié a Lamonedá a comer. Las bombas seguían cayendo. Volvió en pocos minutos.

—¿Qué ocurrió? ¿No había comida?

—No había comedor —repuso Lamonedá—, le acertó una bomba en el centro.

Más tarde escuchamos una gran explosión que no era una bomba. Según nos dijeron algunos de ellos mismos al pasar rumbo a la salida de Figueras, eran los dinamiteros de Líster y el estruendo era que habían dinamitado el castillo de Figueras. Sin ánimo de ofender a nadie debo confesar que al castillo le hicieron

lo que el aire a Juárez, como decimos en México.<sup>40</sup> Probablemente volaron una parte, algún interior, pero a simple vista al atardecer se veía tal cual. Pero si se habían ido los de Líster ya era inútil que nos quedásemos en Figueras. En realidad ya deberíamos estar lejos; yo noté en el aire el malestar de la gente que había tenido que aceptar, a regañadientes, que yo estuviera al mando porque el que más grado tenía de ellos era un sargento chofer de carabineros —el barítono— y el sargento de Asalto, este sí un verdadero sargento en el que se podía confiar. Sin ser muy consciente de ello, sin habérmelo confesado, algo en mí se resistía a abandonar España. Estaba allí, a veintisiete kilómetros de la frontera y no quería irme, no quería aceptar la derrota. Es difícil explicar esto porque, insisto, ni siquiera era una idea plenamente definida, sino apenas un vago sentimiento. Había en mí una difusa resistencia a declararme vencido aun sabiendo que lo estaba. Una vez acepté un duelo —en realidad una riña— con guantes de boxeo con uno más fuerte que yo y que sabía boxeo, lo que yo ignoraba por completo. Me golpeó una y otra vez, yo estaba ensangrentado y con la nariz rota —aún la tengo ligeramente torcida— pero no aceptaba estar vencido por mucho que me lo decían mis amigos y el mismo contrincante. Tuvieron que suspender la pelea contra mi voluntad para salvarme de consecuencias más graves. Y en Figueras era algo así, lo mismo que en Pandols, donde la obsesión era no retirarnos, no perder la cota, no ceder ante el enemigo. No quería irme, pero pensarlo era una locura y, claro, los locos no son conscientes de su insania. Por fin comprendí que no había remedio. Encargué a Lamonedá que se quedase al frente en mi lugar por un rato.

—Voy a ver que ha pasado con el depósito de Intendencia y a mi regreso nos vamos.

—Es que los fachas ya están aquí —dijo uno de los carabineros que habían llegado últimamente—, ya hay patrullas de ellos por las calles, no sé si son quintacolumnistas o patrullas del ejército de Franco.

—Volveré enseguida —dije y me fui.

Apresté el naranjero y salí a las calles.

El depósito de Intendencia era solamente de equipo; contenía: capotes, tabardos, gorras, botas, camisetas, jerseys, platos y vasos de aluminio, de campaña, y muchas otras cosas que con tanta frecuencia habían faltado a nuestra gente en los frentes. No sé si se debió a mala administración o a que todo aquello había llegado en los últimos días —cosa muy posible— antes que se pudiese repartir. Pero no había allí comida ni armas ni otras cosas más de las que digo.

La puerta estaba abierta y un carabinero con una muleta revolvía buscando algo que le sirviese. Entraron varios soldados de distintas armas y cuerpos y también civiles y a todos les dije que si algo les servía se lo llevarsen. Lo hicieron con jerseys y capotes; era febrero en los Pirineos. Había también unos bidones de

---

<sup>40</sup> En casi todos los pueblos mexicanos hay una estatua o un busto de Juárez. El aire no les afecta en nada. A eso se refiere el dicho, muy popular en México.

gasolina y yo pensé que era necesario impedir que el ejército de Franco se beneficiara de todo aquello, de manera que empecé a regar la gasolina y el carabine-ro, que aún estaba allí, siguió mi ejemplo (yo llevaba, cosida por mí en la gorra, la insignia de comisario de compañía, que había conseguido en Figueras). Estábamos ambos ocupados cuando se abrieron las puertas —era una pero con dos batientes— y apareció un grupo de civiles armados que apenas me dieron tiempo de apuntarlos con el naranjero.

—¡Dejen eso! —gritó el que venía al frente—. Todo esto puede servir.

—Sí, a Franco —repuse yo.

—A quien sea, pero no lo quemén. O tiramos. O puedes contra todos.

Pero por muy franquistas que fuesen —quintacolumnistas— no eran militares, sino civiles, y algo se les arrugaba ante el naranjero que podía barrerlos de una ráfaga. Tenían una sola ventaja: que yo tampoco las tenía todas conmigo.

—Salgan todos y yo me voy. Nos vamos —agregué viendo la expresión del carabine-ro herido en la pierna.

Comenzaron a salir, unos a un lado y otros al opuesto. Pero les estropee la maniobra. Empuñé con más firmeza el subfusil y grité:

—¡Todos al lado izquierdo o disparo y todos nos jodemos!

Obedecieron y yo le dije al carabine-ro que saliese. Lo hizo y se alejó por el lado derecho, que era por donde yo debía ir a reunirme con los míos. Ya estaba yo solo en el Depósito. Saqué una cerilla (un fósforo), la eché en la gasolina y salí dispuesto a disparar, pero pude alejarme de allí y dar vuelta a la esquina, alcanzando a ver cómo los quintacolumnistas corrían hacia dentro del Depósito. Seguramente apagaron el fuego, aunque no me consta.

1.- QUE HACE CONSTAR QUE DON JUAN MIGUEL DE MORA Y -  
VAQUERIZO, FUÉ SU COMPAÑERO EN EL CUERPO DE CARABINE -  
ROS, QUE FUÉ ASCENDIDO EN FIGUERAS A COMISARIO DE -  
GUERRA DE -- COMPAÑÍA DEL INSTITUTO DE CARABINEROS Y  
QUE CON TAL CARÁCTER Y POR NO HABER NINGÚN OFICIAL -  
PRESENTE, COMANDÓ EL GRUPO DE ESCOLTA DEL JUZGADO DE  
CONTRABANDO POR EVASIÓN DE CAPITALS CON ALGUNOS OTROS  
MILITARES QUE SE UNIERON AL GRUPO EN ESOS DÍAS. - - -

2.- QUE ESTUVO A LAS ÓRDENES DE DON JUAN MIGUEL DE -  
MORA Y VAQUERIZO, HASTA QUE SIGUÉNDOLAS, CRUZÓ LA FRON-  
TERA FRANCESA. - - - - -

*Fragmento de la declaración hecha por Manuel Lamonedá Monge ante el Cónsul de España en México, D.F., uno de los documentos —los demás se entregaron al trámite de pensión— con los que acreditó el esperado ascenso que se retrasó por el caos circunstancial, pero que llegó finalmente.*



## ES PRECISO MATAR

*Es preciso matar para seguir viviendo.  
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano  
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo  
cosida por tu mano.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

A tres o cuatro calles de allí pasó un camión lleno de militares y civiles, le paré y, aunque ya casi no cabía nadie subieron al carabinero de la muleta y siguieron hacia la frontera. Las calles estaban vacías, estábamos en invierno y la noche había caído ya cuando se oyeron algunas ráfagas de ametralladora por la parte sur de Figueras, por donde llegaban los de Franco. Apresuré el paso y llegué a nuestro garage, encontrando a Manuel Lamonedá sentado en el parachoques del primer automóvil, con el naranjero en posición de disparar y diciendo:

—Ya he dicho que de aquí no se va nadie en coche hasta que no venga Mora.

Detrás de él, con las armas al desgaire y sin apuntar a nadie, pero detrás de él, estaban el sargento y los tres guardias de Asalto.

Manuel Lamonedá era un muchacho de dieciocho años que podía servir de paradigma del pacifista puro, de una bondad total e incapaz de hacer daño a nadie. Si se necesitase una figura ejemplo de cómo una persona esencial y totalmente ajena a la milicia y a las guerras puede estar uniformada y con un arma, Lamonedá hubiera sido el ideal. Lo ocurrido —después supe todos los detalles— fue que los choferes de carabineros comenzaron a rezongar y luego exigieron irse, es decir, querían que se fueran todos en los tres vehículos, sin esperarme, es decir, dejándome en Figueras.

Y cuando esa actitud subió de tono la antítesis viva del militarismo, Manuel Lamonedá Monje (repito y completo su nombre porque probablemente le debo la vida) se sentó en el parachoques del primero de los coches —de no salir el primero no podía salir ninguno— accionó el cerrojo del naranjero y dijo tranquilamente:

—De aquí no se va nadie en coche hasta que no venga Mora.

Los que querían irse, que también estaban armados, unos con fusiles y dos o tres con naranjeros, empezaron a empuñar las armas sin que Lamonedá se moviese de su lugar ni cambiara de actitud, y el sargento de Asalto, al que miraban sus tres compañeros de cuerpo, hizo un levísimo gesto con la cabeza y los cuatro fueron caminando sin prisa y sin decir nada hasta ponerse detrás de Lamonedá.<sup>41</sup> No empuñaron las armas, no dijeron nada, no amenazaron a nadie

---

41 Muchos años después Manuel Lamonedá estaba en Coatepec, Veracruz, México, donde se casó tiempo atrás, y fui a visitarlo. Tenía una hija de unos veintitantos años y cuando le conté el valor de su

pero su simple desplazamiento bastó para calmar a los inconformes, de los que ya algunos hablaban de irse a pie cuando yo llegué.

Las ráfagas y algunos disparos sueltos se oían ya muy cerca cuando dispuse la salida. A Manuel Lamonedá le hice subir al automóvil más pequeño —un coche italiano diminuto— con el chofer más pacífico, y cuando me preguntó qué ordenes le daba le contesté:

—Llega a salvo a Francia y buena suerte. Tú ya has hecho bastante.

Tiempo después, ya en México, supe que llegó sin problema alguno al pueblo francés en el que estaba su familia, evacuada días antes de Barcelona. Es un misterio cómo y porqué le dejaron pasar numerosos controles de carretera los gendarmes y los soldados franceses. Tal vez pensaron que era un militar de alto rango al verlo sólo en un automóvil con chofer y por solidaridad de uniforme le dejaron pasar. O tal vez su ángel de la guardia trabajó horas extras. O simplemente fue una más de las cosas raras que suceden en las guerras. Pero así fue. Hace una década o más que murió Manuel Lamonedá en Coatepec, Veracruz, donde era estimado y querido de todos. Descanse en paz, se lo merece.

Los demás tomamos los dos vehículos restantes, un automóvil y una camioneta, y apretados y amontonados en los vehículos —la camioneta era de redilas—, salimos a la carretera. Apenas a dos kilómetros de Figueras o menos, topamos con la cola de la caravana de la angustia y del hambre, prácticamente estacionada, pues cada vehículo estaba pegado al otro y todos dejaban media carretera libre para las ambulancias. No todos de buena gana, porque apenas llegamos hubo uno que quiso pasar por la izquierda y con el argumento de los naranjeros le convencimos de ponerse a la cola. Delante de este último iban nuestros dos vehículos. Antes los últimos, ahora los antepenúltimos, eran dos ancianos, hombre y mujer, en una carreta de bueyes que transportaba todas sus pertenencias, desde el colchón hasta dos o tres pobrísimos muebles, y la viejita llevaba, y no es cuento, un loro en su jaula.

Viendo aquella columna tan lenta en una carretera de sólo dos carriles, de los cuales había que dejar libre a uno, pensé que tendríamos problemas, pero me quedé corto porque un sonido que yo conocía bien nos hizo correr a tirarnos en la cuneta. Un heroico Stuka de la Legión Cóndor pasó ametrallando la columna aunque sus proyectiles comenzaron a impactarse en el suelo a más de medio kilómetro delante de nosotros. Cuando se alejó reuní a todos los míos, y les dije:

—Aquí estamos ya camino a Francia, y es un camino muy corto. El que quiera de ustedes es libre de seguir ahora mismo a pie, sin problemas. Pero los que se queden conmigo voluntariamente tendrán que obedecer la disciplina militar y no toleraré absolutamente ningún “hago lo que me da la gana” aunque tenga

---

padre en Figueras se negó a creerlo. Muy influenciada por algún cura franquista se negó, pese a mi testimonio y al de Manolo, a admitir que su padre hubiese empuñado una ametralladora. En vez de sentirse orgullosa de su valor se escandalizó.

que matar a quien sea. Yo estuve en el Ebro y no me tiembla el pulso para mandar a alguno a hacer puñetas en el infierno. En México decimos que “sobre aviso no hay engaño” así es que ya saben: escojan libremente: se quedan conmigo para cumplir hasta el final, o se van a Francia de una vez. Pero los que se van a Francia dejan el arma para los que se quedan: después que hayan escogido no hay vuelta atrás.

Yo era muy joven pero Pandols me había envejecido cien años y creo que algo se me notaba. Los cuatro de Asalto fueron los primeros en decir:

—Nos quedamos, podemos hacer falta.

Los cuatro soldados desperdigados de la II División lo mismo:

—Los fachas no nos van a hacer correr.

Los tres carabineros del frente del Segre decidieron quedarse y los otros cuatro que se nos unieron a última hora también.

—Usted es Comisario de Carabineros y nosotros somos carabineros —dijo uno de ellos por los siete.

—Yo tengo familia y.... —el chofer que quedaba, el barítono, no sabía qué decir.

Otro carabinero de oficina se puso a su lado.

—Váyanse tranquilos —les dije.

Además se les unió un extraño viejo que llevaba gorra de carabinero pero que evidentemente no lo era y que se nos había pegado ya en la carretera.

Quedábamos quince. Una tropa heterogénea y diminuta, pero muy buena por los de Asalto, los de la II y los del Segre.

Lo primero que hice fue organizarlos para mantener la carretera libre para las ambulancias —en la primera que llegó habíamos metido a los dos heridos que venían con nosotros desde Figueras— que, con la Cruz Roja muy a la vista por los lados y en el techo, estaban cumpliendo como los buenos: iban a Figueras y volvían a Francia con heridos o mutilados. Así pasamos entre otros días el 7 de febrero. Lo sé porque encontré en pleno campo, en las cunetas, algunos libros y los feché con una nota que dice: “Libro encontrado por mí durante la retirada en el monte en el día de hoy. 7 de febrero 1939 J.M.Mora”.

Al llegar la noche me dio miedo. Pensé que podían sorprendernos como hicieron los moros con aquellos brigadistas en el Ebro y hacer una matanza entre los que huían. Pero allí no había moros. Franco era astuto como un zorro malvado y no quería dar al mundo el espectáculo de que a la frontera con Francia llegasen moros persiguiendo a españoles. Organicé el sueño: dormiríamos en grupos separados, lejos de la carretera. Y encargué la organización de las guardias a alguien que sabía de eso mucho más que yo: el sargento de Asalto (¿Se apellidaba Márquez? Hay cosas de las que me acuerdo perfectamente y otras que se difuminan en mi cerebro).

Al día siguiente empezaron los problemas. Serían las ocho de la mañana cuando dos ambulancias, a cierta distancia una de la otra, llegaron, pasaron hacia Figueras y carretera abajo se perdieron de vista. La columna había seguido avanzando y ya estábamos a varios kilómetros de las últimas casas. En cinco grupos de tres cada uno a lo largo de la carretera avanzábamos a pie, al lento paso de la columna de evacuación que iba tan despacio que los bueyes de los viejitos caminaban un poco y se tenían que parar, como todos.

De pronto escuchamos, lejano, un tiroteo, varias ráfagas de ametralladora, dos o tres disparos de pistola y luego silencio. Sorprendidos, estábamos al acecho cuando una ambulancia, la última, apareció a toda velocidad procedente de Figueras y se detuvo ante nosotros para no atropellarnos.

—Ametrallaron a la otra ambulancia —nos dijo el chofer, muy pálido y con la voz entrecortada—, mataron a los compañeros. Íbamos un poco distantes y pudimos regresar a toda prisa, aunque también nos dispararon.

Su ayudante, con el rostro como de cera, no podía ni siquiera hablar. En la parte de atrás de la ambulancia estaban los impactos de una ametralladora.

Yo pensé en los civiles quintacolumnistas y pregunté:

—¿Quiénes fueron?

—Los fachas, creo que eran del Tercio o falangistas, no los vi muy bien. Llevaban gorra de cuartel y pantalón como de montar, hasta la rodilla. Pero como los vi de lejos...

—Bien —les dije—, de ahora en adelante llevarán mujeres y niños de los que están por aquí.

—Pero ya vienen— estaba muy asustado.

—Nosotros estamos aquí, vosotros<sup>42</sup> no teneis que pasar más allá de donde estemos y cada vez estaremos más cerca de la frontera.

Me costó algún trabajo que dominasen el miedo pero los convencí de que evacuar ancianos, mujeres y niños era tan importante como lo que habían hecho con heridos y mutilados. Lo entendieron y prometieron seguir haciendo viajes, nada más hasta donde llegase la columna civil. Puig y los suyos estaban en Le Perthus ayudando, como confirmé.

Al abrir las puertas traseras de la ambulancia para comprobar donde habían llegado los disparos fascistas vimos que, por suerte, no habían tocado el depósito de gasolina, ni las ruedas, ni nada que impidiera el uso del vehículo. Pero vimos también otra cosa: un fusil ametrallador en perfectas condiciones, igual al que usaba Gaveau en Pandols.

—¿Y esto?

---

<sup>42</sup> Hablar como mexicano, sustituyendo la segunda persona del plural por el "ustedes" o seguir la gramática a la española con el "vosotros" es cosa que no he podido regular porque constantemente he estado hablando con unos o con otros. Y si así lo hacía —y a veces lo hago— en la vida real, no tengo porqué, en un libro de recuerdos biográficos verdaderos, modificar la realidad.

—Lo encontramos en la cuneta en el viaje anterior y pensamos entregarlo en Le Perthus a los gendarmes, para que no lo usaran los de Franco, y se nos olvidó.<sup>43</sup>

—Pues nos lo van a dejar por si acaso. Y ojalá que encuentren por ahí algunas municiones, de lo que sea. Nunca se sabe lo que va a ser necesario.

—Hay más armas en La Junquera —dijo el ayudante del chofer de la ambulancia, que ya se había recuperado—. Hay algunos soldados de la 11 División, armados, que están allí esperando a que pasen los civiles antes de cruzar.

Estaban allí, escuchando, los cuatro desperdigados de la 11 que se miraron entre sí al oír el nombre de su unidad. Los miré y me miraron. Yo sabía la brillante historia de la 11 durante toda la guerra.

—Si queréis ir con los de vuestra unidad, no puedo deciros nada. Estáis en vuestro derecho.

Cruzaron la mirada unos con otros y parece que se entendieron sin hablarse porque uno de ellos respondió por todos:

—Nos quedamos.

Los demás asintieron gravemente.

—Pero no estaría de más que yo vaya a ver lo de las municiones porque a mi me harán más caso que a éste —añadió, refiriéndose al chofer de la ambulancia.

—¿Cómo te llamas?

—Julián Ortiz García.

—Yo también voy —dijo otro—, yo soy Anselmo López,<sup>44</sup> de Madrid. Entre dos podemos traer más.

Comenzamos a ver a quienes podría llevar la ambulancia hasta Francia y los primeros candidatos fueron los dos ancianos de la carreta de los que ella, la más joven, no tenía menos de setenta años. Pero fue inútil. Por más que insistimos se negaron a dejar sus bueyes y sus pertenencias. El chofer de la ambulancia, uno de la 11 y yo mismo expusimos todos los argumentos para convencerlos y les dijimos que no ir podía costarles la vida. Contestaron que sin sus bueyes y sus cosas no querían vivir y que ya estaban muy viejos para que les asustara morir.

La ambulancia partió con Julián y Anselmo, llevándose a tres mujeres y cuatro niños que iban en el último automóvil que llegó, al que obligamos a ponerse en la fila. Los dos hombres que iban en él, esposos de dos de ellas, estuvieron

---

43 Todo el armamento que dejaban los soldados republicanos al cruzar la frontera fue entregado a Franco poco después por el gobierno de Daladier.

44 ¿Cómo, después de tantos años, me acuerdo de esos nombres? ¿Serían realmente los del momento que describo u otros nombres de aquel tiempo de guerra que confundo con los del final? Pero sí son nombres que se quedaron en mi memoria de aquellos tiempos.

completamente de acuerdo y, muy conscientes, las convencieron de que eso era lo mejor y que ya se reunirían con ellas en Le Perthus.

Había partido ya la ambulancia cuando el sargento de Asalto se acercó a mí.

—Comisario —me dijo—, ¿se fijó en los disparos que oímos?

—Sí —le dije—, dos o tres ráfagas de ametralladora, tres disparos de pistola y después nada.

—Usted —el sargento era el único que me hablaba de usted—, comisario, sabe lo que fueron los disparos de pistola.

Nos miramos a los ojos.

—Sí, los tiros de gracia.

Los dos lo sabíamos.

—¿Me permite una pregunta, comisario?

—Todas las que quieras.

—¿De dónde es esa manera de hablar de usted?

—De México.

Permaneció pensativo un tiempo y habló con un suspiro:

—¡Ha venido tanta gente de tantas partes!

Recorrí unos kilómetros hacia la frontera para ver cómo iba la fila cuando al mirar atrás vi un automóvil salido no sé de dónde que venía a buena velocidad por el lado izquierdo, el de las ambulancias, e hizo saltar a la cuneta, para evitar ser atropellados, a dos de los carabineros que estaban más abajo. Lo vi venir, puse una rodilla en tierra y apunté el naranjero al lugar del conductor. El vehículo frenó en seco con crujido de llantas.

—¡Fuera!

Salieron tres tipos con un uniforme de motociclista o algo parecido, que yo no había visto antes, de color café oscuro, con pantalones de montar y botas altas, guerreras limpias y bien presentadas y gorras militares. Y detrás de ellos tres señoras demasiado elegantes y demasiado pintadas y arregladas para las circunstancias. Según me dijo uno de los guardias de Asalto que estaban conmigo, eran mensajeros en motocicleta de alguna dependencia de la Generalitat o algo así. Pero no llevaban moto sino un automóvil grande de una marca que ya no existe, algo así como *Graham-Page*.

Hice que los de Asalto les quitasen las pistolas, pero el automóvil había quedado cerrando la carretera en un lugar en el que a su izquierda había un barranco y a la derecha la fila sin espacio alguno. Siguiendo mis órdenes el automóvil, con ayuda de algunos de los que esperaban en la fila, fue arrojado por el barranco y lo más sorprendente es que los tres tipos y las mujeres se fueron a pie hacia la frontera sin escándalo ni rezongo. En otras circunstancias habría hecho registrar el coche y a ellos para ver qué llevaban, pero ya a esas alturas no valía la pena y la carretera había quedado ya transitable para las ambulancias. Pronto llegó la primera con Julián y Anselmo.

Habían conseguido otro fusil ametrallador, municiones para él (y para el que teníamos, que era igual) y municiones de fusil. Y, además, venía otro soldado de la 11, amigo de ellos, con lo que nuestro número llegaba a dieciséis, armados. Suficientes para mantener el orden en la carretera, pero no para más.

De los automóviles más cerca de la cola salieron unas cuatro o cinco mujeres y niños, subieron a la ambulancia y partieron hacia Francia. Otra no quiso separarse de su marido. El automóvil que estaba delante de la carreta siguió lleno porque sólo lo ocupaban dos hombres maduros y dos muchachos de quince o dieciséis años, pero ni mujeres ni niños.

Debe haber sido el tercer día cuando uno de los ocupantes del último automóvil, el que estaba detrás de la carreta, que había estado mirando hacia la frontera con unos prismáticos de no mucho alcance, me llamó la atención hacia atrás.

—¿Qué es aquello?— y mientras señala con una mano a nuestra retaguardia me tiende los gemelos con la otra.

Miro y siento frío en la espalda. Allá lejos, por donde empezamos hace días a proteger la cola de esta inacabable fila de vehículos, avanza lo que sin duda alguna es una patrulla de reconocimiento del enemigo con las armas al brazo. Si nada se lo impide, y no hay cómo impedirselo, ésta y otras patrullas llegarán a la columna de evacuación y convertirán a todos en prisioneros, asesinando a los que se resistan y también a otros que no lo hagan. Ya conocemos las “depuraciones” franquistas. Han hecho lo mismo en cada población en la que han entrado a lo largo de estos tres largos años de guerra.

He comprendido muchas cosas, he comprendido lo que antes ni siquiera imaginaba. Y no tengo miedo de los soldados facciosos de las patrullas, sino de algo que antes nunca había conocido: la responsabilidad del mando. Debido a la audacia de la adolescencia, o quizás a la certeza de luchar por lo justo, nunca tuve problemas morales. En la XV Brigada todo lo que tenía que hacer era obedecer y eso, ahora lo he descubierto, es muy fácil. Pero ahora soy, en este lugar, la única autoridad, la única por nimia, por insignificante, por menospreciable que sea, de la República Española. Recuerdo haber leído en alguna parte sobre soldados rasos que se negaban a aceptar un ascenso; ahora los entiendo. ¿Qué diablos puedo hacer yo contra el ejército de Franco que ha tomado ya casi toda España en cerca de tres años de guerra? Me han venido a la mente las peores palabrotas y las más inauditas blasfemias, pero no una solución para mi problema. Sigo en la carretera mientras el dueño de los prismáticos espera mi respuesta.

—¿Son gente nuestra? —aventura sin convicción.

—No —le digo—, son patrullas franquistas.

¿Cómo es posible que yo haya aceptado tan estúpidamente una responsabilidad de tal calibre? En el Ebro mis jefes tenían a quien consultar en caso de duda, y los jefes de ellos también y así hasta el gobierno. Pero yo... ¿Y cómo me veo convertido en capitán de hecho cuando sólo soy comisario y no tendría porqué mandar tropa? ¿Y qué hago?

El de los binoculares se había quedado frío, hablaba con su amigo y le decía que lo mejor era irse a pie a la frontera antes que les alcanzaran los fascistas. Dos de la II y dos carabineros que estaban conmigo habían crispado sus expresiones y eso me hizo recordar que ellos esperaban órdenes; ellos eran soldados y no tenían que pensar, sólo obedecer. Cuando se es soldado en guerra, automáticamente se confía en los oficiales, especialmente en los más próximos. Ellos saben, ellos están junto a nosotros, ellos sabrán qué hacer. Eso mismo había sentido yo antes, pero ahora resultaba que era yo el tipo en el que había que confiar.

Durante los años de guerra que trabajé en la JSU había estado leyendo cuanto manual militar llegó a mis manos y hasta tomé un curso en la Academia de Preparación para Ingreso en la Escuela Popular de Guerra, pero ni siquiera lo había terminado. Y por mucho que hubiera estudiado en libros... Yo tenía —y tengo— la convicción de que lo poco o mucho que yo pudiese saber como combatiente se debería a mi participación en la batalla del Ebro y no a ninguna teoría de gabinete.

—Que se reúnan todos conmigo —dije a los que estaban a mi lado, y caminé hacia atrás, alejándome del último vehículo de la cola, que era nuestro, y observando el terreno a mi alrededor para ver cómo serviría para mis propósitos.

Me salí de la carretera para poder señalar lo que yo quería que vieses, y estábamos todos juntos —error garrafal militarmente hablando— cuando sucedió. No lo oímos ni supimos que estaba allí hasta que el aullido del Stuka se nos metió por los oídos hasta la médula. Corrimos separándonos y nos arrojamos al suelo pero su blanco era la columna y no nosotros. Soltó la bomba en medio de la carretera, se elevó, dio la vuelta y regresó a lo largo de la fila de vehículos disparando su ametralladoras, cuyos proyectiles, afortunadamente, dieron sobre el lado izquierdo de la carretera, donde no había vehículos ni gente. Pero la bomba...

Cayó exactamente sobre la carreta: los dos ancianos, los bueyes y el loro murieron intantáneamente, sin sufrimiento, y todos los cuerpos quedaron destrozados. Los del coche que estaba inmediatamente delante de ellos, todos muertos también. Rápidamente procuramos dejar libre la carretera quitando los restos de los vehículos; el hoyo de la bomba estaba en el lado derecho. El automóvil que estaba detrás de la carreta, del que habíamos sacado mujeres y niños en el primer viaje, también inservible, pero sus dos ocupantes ya estaban lejos, a pie, a raíz de la identificación de la patrulla franquista.

—Mi comisario —me dijo uno de los de la II División llamado, si no me equivoco, Jerónimo Bazán o Jerónimo algo—, quiero pedirte permiso para dos cosas.

—Tu dirás.

—Primero para enterrar a los ancianos y a los otros. Tendremos que hacerlo en una sola fosa, grande y no muy profunda, pero no hay otra forma; lo haremos mis compañeros y yo.

—Está bien —dije—, pero a Julián y Anselmo los necesito en la reunión conmigo.

—Sí, comisario. Lo segundo es que me des permiso para aprovechar la carne de los bueyes.

En los últimos tres días no habíamos comido más que medio bocadillo por día cada uno, gracias a la familia ocupante de una camioneta que estaba unos quinientos metros delante de nosotros. Nadie de nuestra, llamemoslé unidad, había dicho nada sobre la falta de comida, sólo comentarios que querían ser jocosos, pero no pretendían crear problemas.

Había un arroyuelo relativamente cerca, de modo que por el agua no nos preocupábamos, teníamos llenas las cantimploras, pero la falta de comida estaba agravándose de manera que la idea de aprovechar la carne de los bueyes la aprobé de inmediato.

Pero las cosas se precipitaban. Mientras Jerónimo se ocupaba de la carne ordené lo que buenamente pude conforme a mi buen saber y entender.

—Los que vienen son nada más patrullas de reconocimiento, para ver cómo están las cosas, saber si hay resistencia, si hay ejército nuestro. Pero ustedes saben qué pasaría si esas patrullas alcanzan la columna. Vamos a distraerlos de la siguiente manera. Usted, sargento —me dirigí al de Asalto—, con dos de sus hombres ocupará aquella colina —señalé una muy pequeña que quedaba a la derecha de la carretera yendo de sur a norte—, con un fusil ametrallador. Si alguna patrulla quiere rodear por ahí para agarrar de lado a la columna de evacuación, hacéis fuego. Seguramente responderán el fuego pero no entablarán combate, su trabajo es regresar e informar a su ejército. Y vosotros salís inmediatamente de la colina hacia el norte, en línea paralela a la carretera y os quedáis en donde haya alguna protección, para repetir lo mismo. Nada de quedarse a combatir. El Stuka probablemente irá a la colina y la hará mierda, pero vosotros ya no estaréis allí.

Me volví hacia los demás:

—Tres carabineros del Segre, con el otro fusil ametrallador, tú y tú y tú, y los señalé uno por uno, estarán al otro lado, más allá de esta pequeña llanura, en aquella arboleda, atentos a cualquier movimiento envolvente de las patrullas fachas. Si aparece alguna, fuego y retirada, como los de Asalto. Si no aparece, esperar órdenes. Pero sobre todo para los dos equipos de ametralladora: no dejarse ver, no moverse, no gritar, no revelar la posición. Los demás, los diez que quedamos, estaremos aquí —señalé la pequeña llanura entre la carretera (del lado izquierdo yendo de sur a norte). Observen el camellón entre uno y otro terreno cultivado; detrás de ese camellón estaremos cuerpo a tierra con los fusiles. Los naranjeros no los usaremos por ahora, es demasiada distancia para ellos. Cuando la patrulla, esa que viene avanzando despacio y con precaución, llegue al alcance de los fusiles abriremos fuego a discreción, apuntando a cada blanco. Nos moveremos a cada disparo, cambiando de posición, de manera que parezca que somos más de diez, una línea de tiradores completa. Después de diez minutos nos reti-

raremos detrás de aquellas piedras grandes, procurando que no se vea el desplazamiento; arrastrándonos, cubriéndonos para que crean que estamos todavía en el camellón. ¿Alguna pregunta?

No la hubo y cada quien fue a ocupar sus puestos. Yo me situé en medio de la línea de fusileros deseando con toda mi voluntad que aquello saliera bien. Estábamos ahora como a tres kilómetros detrás de la cola de la columna, de manera que, con un poco de suerte, retrasaríamos la llegada del ejército victorioso de Franco a capturar aquella gente asustada e indefensa a la que atacaba de vez en cuando uno de los más modernos y mejores aviones de guerra que había entonces.

No tardó en aparecer la patrulla. Avanzaban muy despacio y por la forma en que metían el fusil entre los arbustos, miraban abajo y caminaban, daban más la impresión de estar buscando a gente escondida que de patrullar como avanzada de un ejército.

Siguieron acercándose y ya estaban al alcance de nuestras armas cuando un soldado desarmado, que por la indumentaria era nuestro, salió de entre unos arbustos, con los brazos en alto y cojeando mucho. En la mano derecha, en el aire, llevaba una muleta. Uno que se había descuidado y lo habían encontrado los vencedores. Herido y cojeando no pudo llegar antes. Quizá venía a pie desde Gerona o de otra parte. Los míos tenían orden estricta de no disparar mientras yo no lo hiciera. Los que sí tiraron fueron los fachas: un oficial con la gorra coquetamente ladeada disparó al herido una ráfaga con un naranjero (tomado a los nuestros, sin duda) y tres o cuatro de los soldados le tiraron de muy cerca con sus fusiles. Se estremeció el hombre, bajó la muleta y se apoyó en ella pero aún no caía, agarrado con el brazo izquierdo al arbusto del que había salido, cuando el oficial se acercó a él y con su ametralladora de mano volvió a dispararle. Yo permanecí inmóvil y a los que me miraban esperando la orden de disparar les indiqué que no lo hicieran. Era otra vez la responsabilidad del mando. Si aquéllos sólo habían llegado a donde estaban buscando al que acababan de asesinar, yo no podía, por un anhelo de venganza, atraer su atención sobre la columna. Pero si seguían avanzado hacia la frontera, si lo que querían era seguir cazando "rojos" en la columna de población civil, inerte, entonces era nuestro asunto. Durante un tiempo se reunieron en grupo, encendieron cigarrillos, miraron el cadáver y el oficial lo movió con el pie, para cerciorarse de que estaba bien muerto. Nosotros esperábamos con los nervios tensos hasta que por fin la situación se aclaró.

Se desplegaron por el llano en línea de tiradores: eran 21 y no sé qué significaba ese número o si era una unidad incompleta. Pero eran 21 y avanzaban derechamente hacia la columna de evacuación civil, dos de ellos a la derecha de la carretera y los demás por el llano. De seguir así esos dos llegarían hasta los de Asalto, pero ninguno se acercaría siquiera a los carabineros de mi derecha. Apunté cuidadosamente al oficial, que llevaba el subfusil ametrallador colgado de

una correa al cuello, la gorra de lado, chulescamente, y que era el mismo que, después de matarle y rematarle, había movido con el pie el cadáver del soldado cojo.

Le apunté y pensé, esta vez sí pensé tranquilamente, que aquel soldado de la República que se quedó en Figueras demasiado tiempo porque estaba cojo y necesitaba descansar, sin duda había pensado que la guerra que le había costado una pierna había terminado y que él seguiría vivo. Y el oficial falangista —con ese aire de señorito arrogante no podía ser más que falangista— también estaba seguro de que él había llegado vivo al final de la guerra. Y pensé también que a mí eso de llegar al final no me preocupaba porque mi decisión de no ser capturado vivo era firme y definitiva. Por eso echaba papeles y libros en la mochila (algunos de ellos están reproducidos en este testimonio). Y también pensé lo que sería si los franquistas llegaban a tiempo a cerrar la frontera y pudiesen disponer de toda aquella gente en fuga, funcionarios de la Generalitat, dirigentes sindicales, empleados de oficinas legales pero ahora “rojos”, alcaldes republicanos fugitivos de otras regiones, mujeres con sus pequeños... Lo pensé cuidadosamente todo. A través del punto de mira vi otra vez, ahora que ya no estaban, aquellos brazos en alto, rindiéndose, con una muleta en la mano derecha. Y apreté el gatillo.

Todos los míos iniciaron el fuego a discreción. Y tiraban bien. En realidad no fue necesario que nos arrastrásemos para que no viera el enemigo que nos íbamos de allí. Los que quedaron de la patrulla, muy pocos, corrieron desesperados y nadie se quedó para vernos. Retrocedimos algo más de medio kilómetro, quizá tres cuartos, y nos guarecimos en unas rocas y piedras grandes. Ninguna de nuestras dos ametralladoras ligeras había sido usada, de manera que si nos atacaban a los del llano, sus flancos estarían descubiertos. Y con un carabinero les mandé la orden de que permanecieran en sus puestos pero que si disparaban se retirasen rápidamente como había ordenado antes.

Ahora debo hablar de algo horrible, algo espantoso que nunca pude haber imaginado y que a todos nosotros nos causó el mismo efecto desolador y nauseabundo: la carne. Jerónimo no había visto una cocina en su vida, ni siquiera de lejos, y todo lo que se le ocurrió fue conseguir una olla, echarle agua, echar en esa agua pedazos de carne de buey y dejarla hervir. Sin sal, sin nada, sólo el agua y la carne. El sabor de aquello era indescriptible y, además, la carne era dura y correosa. Masticamos un poco de aquello sólo por la necesidad de alimentarnos. Más tarde alguien consiguió sal, o quizás la llevaba consigo, y otro asó carne al fuego directo. El resultado fue un mejor sabor en la misma suela de zapato de antes.

Yo estaba esperando al Stuka pero lo primero fueron morteros. Con muy buena puntería, debo reconocerlo, el camellón que nos había servido de trinchera fue blanco de los morteros durante una hora y lo deshicieron materialmente. Callaron los morteros y pensé que vendría el avance pero en vez de los soldados enemigos vino el Stuka que gastó una buena cantidad de proyectiles de su ame-

tralladora en los restos del camellón. Me pregunto qué habría pensado el labrador que lo hizo para separar sus tierras de las del vecino.

Una hora después algo así como media compañía, unos cincuenta hombres más o menos, avanzó por la pequeña llanura, llegó a lo que quedaba del camellón y decidió seguir hacia las rocas en las que estábamos nosotros, ocultos, callados. Y cuando habían comenzado su avance, muy prudente, de uno en uno, cubriéndose unos a otros (y nada de andar de pie arma al brazo), escuchamos el traqueteo de la ametralladora de nuestra izquierda, la del sargento y sus hombres, los de Asalto. También la escucharon los fachas que venían, porque se inmovilizaron en donde estaban, cada uno tras una protección natural. Nosotros seguíamos escondidos, inmóviles y silenciosos. Esperando.

Cuando reiniciaron su avance empezamos a disparar; los franquistas se replegaron al camellón respondiendo al fuego. El tiroteo se había generalizado y a lo lejos apareció una unidad enemiga de aproximadamente una compañía que avanzaba a reforzar a los suyos. Iba yo a ordenar la retirada cuando vi al grupo de Asalto que me hacía señas desde un bosquecillo a la derecha de la carretera. Mandé un enlace y el sargento me llamó a donde ellos estaban. Una vez a su lado me explicó que él conocía aquel terreno, que podíamos desde ese bosquecillo alcanzar La Junquera, saliendo por detrás, sin seguir por la carretera, que era muy sinuosa, y sin que nos viesan los fachas. Me enseñó el terreno, en el que había una vaguada o un viejo cauce seco de un arroyo que nos ocultaría a la vista de la carretera y, lo que más me interesó, me demostró, enseñándomelo a la distancia, que ya no había columna de vehículos ni gente en el camino en la llegada a La Junquera. Los disparos y las bombas habían acelerado el paso de la gente y los franceses habían coadyuvado a facilitararlo.

Fuimos hacia allá cubiertos por la configuración del terreno y especialmente por las rocas que nos habían servido de protección y que nos tapaban en parte de la vista de los fachas. Cruzamos la carretera, en lo que no pudimos evitar que nos viesan los franquistas, y seguimos la ruta del sargento de Asalto.

—Yo conozco esto porque tuve que venir algunas veces a La Junquera desde Figueras —me explicó el sargento—, y por aquí llegamos directo a la frontera sin seguir la carretera, que es sinuosa.

—Pero la gente. —dije yo.

—Ya han pasado, Comisario, véalo.

En efecto, la carretera estaba vacía hasta donde alcanzaba la vista, que era la última parte, ya en La Junquera. Siguiendo al sargento llegamos a la frontera y comprobamos que ya no había columna de evacuación. Los fascistas estaban dedicados a lanzar morteros sobre el bosquecillo en el que nos habían visto entrar. Creo que era el tercer día desde que salimos de Figueras.

La Junquera estaba vacía. Ni una sola persona se veía ni en sus calles ni en sus casas, y la casa pueblerina que era la aduana estaba ardiendo. Era evidente que alguien había estado regando gasolina y le había prendido fuego. No tenía puer-

tas —las habían arrancado— y entré al vestíbulo en el que las llamas brotaban de una mesa de madera en cuyo centro había una lata de leche condensada sin abrir. Le hice dos agujeros con la bayoneta y allí mismo, junto a la mesa ardiendo, la sorbí totalmente. Al salir miré hacia Francia: a unos cuantos metros de la línea había un montón de armas y junto a él seis gendarmes en fila. Uno de ellos había estado mirando hacia nosotros, los únicos a la vista del lado español, y en ese momento regresó a ponerse en la fila de los seis. Al lado opuesto, a la derecha entrando en Francia, había un pelotón de soldados en posición de firmes, con un sargento. Les pedí a los míos que se abotonasen, que se sacudieran la tierra, que se arreglasen un poco para quitarnos algo del aire de pordioseros, y así lo hicimos ayudándonos unos a otros. En otra ocasión habrían llovido los chistes y los comentarios jocosos sobre ese arreglo, pero entonces todos lo hicimos muy serios, muy conscientes de que era necesario hacerlo por alguna razón que nadie mencionó. Después los formé en fila india, quedando al frente el sargento de Asalto, me puse a la derecha, del lado español, y les hice con la cabeza una indicación de que pasaran.

El sargento avanzó, puso su armamento cuidadosamente sobre el montón y sucedió algo sorprendente: los seis gendarmes hicieron el saludo militar, y los soldados enfrente y su sargento presentaron armas (sin que se oyese voz de mando ordenándolo) y permanecieron así.

Yo estaba desconcertado pero nuestro sargento de Asalto al verlo se cuadró y correspondió al saludo militar francés con el militar nuestro, puño cerrado junto a la sien derecha.. Y así fue saludando cada uno de los nuestros mientras gendarmes y soldados permanecían en el saludo los unos y presentaban armas los otros hasta que, después de Anselmo que era el penúltimo, seguí yo, deposité en el montón el naranjero, la pistola Mauser y un fusil y me cuadré ante los franceses. Cuando giré y bajé el brazo cesó el saludo de ellos. Ni un segundo antes.

Apenas había pasado la frontera cuando salieron a mi encuentro el hombre de los prismáticos, su compañero y las señoras y los niños que primero llevó la ambulancia; todos se deshacían en agradecimiento porque, decían, les habíamos salvado la vida. Y todavía no me zafaba de ellos cuando aparecieron Puig y otros dos y me abrazaron y me dijeron muchas cosas, explicando que la gente que venía huyendo les había contado que habíamos combatido a los fachas. Pero yo tenía encima el peso de la derrota, la angustia del vencido, la tristeza profunda, que a veces dura vidas enteras, y no escuchaba: sólo de vez en cuando oía “camarada” o “comisario”. Puig y los suyos me dieron un sobre con un documento que aquí se reproduce y que no leí hasta muchas horas después, y me decían otras cosas que no entendía porque yo estaba llorando. Y no es que tuviera los ojos húmedos como los tenían los otros quince de mi grupo, alguno de los cuales se enjugaba alguna lágrima disimuladamente. Yo estaba sollozando abiertamente, como un niño. Quizá era ya un niño hombre. Pero no es menos cierto, hoy lo sé, que todo hombre es un niño.

Los Guardias de Asalto, que con los demás estaban a mi alrededor, me abrazaron, diciéndome el viejo sargento:

—Muy bien, comisario, fue un orgullo estar a sus órdenes.

Y siguieron los carabineros y los de la 11 división:

—Lo hiciste bien, camarada ...

Soldados de la 11 División, la de Líster, me dijeron eso y yo seguía llorando con mis 17 años, y ellos me consolaban y ninguno de ellos se burló de mis lágrimas, que a mí me avergonzaban. Pero también es verdad que casi todos ellos se enjugaban subrepticamente alguna lágrima.

Los gendarmes volvieron a sus funciones, nos cachearon a todos y nos dijeron por donde debíamos ir. Antes nos habían manifestado su respeto y ahora cumplían con su deber.

Había mucha gente que se había quedado un rato a descansar en Le Perthus y que ahora eran empujados a caminar por las palabras de la gendarmería. Comenzamos a caminar hacia Saint-Cyprien entre filas de soldados franceses, uno cada cincuenta metros, que nos impedían descansar en la cuneta, aunque fuese un momento, y nos echaban de su área de vigilancia diciéndonos: “¡Cincuenta metros más allá!”, donde había otro soldado diciendo lo mismo.

Así pasamos dos o tres pueblos en los que, además de la fila de soldados, hay gendarmes que impiden a la gente acercarse a nosotros y nos acicatean a seguir; pero algunas mujeres cruzan las barreras y eluden a los gendarmes para dar a los españoles vencidos una que otra botella de vino del país, pan y queso.

Una de ellas, vestida de negro del cuello a los tobillos, llevando una vieja y deshilachada bolsa de arpillera, me toma con firmeza del brazo con la mano derecha y, con pupilas firmes y penetrantes, me mira profundamente a los ojos. Es muy anciana, su rostro moreno parece tallado en madera de roble, su ropa, tan ludida que brilla como el carbón mineral, está muy remendada pero huele a limpia. Mirándome suspira, mueve la cabeza tristemente y, sin apartar sus ojos de los míos, desprende la mano de mi brazo, rebusca en su vieja bolsa desgarrada y me entrega todo lo que posee: media barra de pan blanco.

*El odio se amortigua  
detrás de la ventana  
Será la garra suave.  
Dejadme la esperanza.*

MIGUEL HERNÁNDEZ



Secretaria GENERAL

CASAL DE LA JOVENTUT  
RAMBLA, 15 - 1.er  
FIGUERES

Camarada Juan Miguel de Mora  
Comisario de Guerra.

Estimado camarada: Salud!

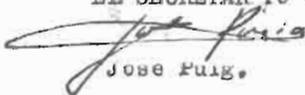
Estando seguro de que a pesar de las dificultades que existen en estos momentos, llegará esta a su poder, le transmito, cumpliendo las órdenes del Comité Ejecutivo, extracto de los acuerdos tomados en el día de ayer referentes a Va. que son como siguen:

"4. Se acuerda así mismo felicitar al Comisario de Compañía, Juan Miguel de MORA VAQUERIZO, y a las fuerzas a sus órdenes, por su heroico comportamiento durante la retirada de la población de Figueras, protegiendo la columna de evacuación de población civil, estando en contacto directo y constante con el enemigo y deteniéndole repetidas veces en momentos en que la desmoralización era general, y en que eran muy escasas las fuerzas del Ejército que combatían aun, habiendo este en su gran parte cruzado ya la frontera francesa.

"5. Se acuerda hacer pública con los escasos medios posibles este comportamiento como muestra y ejemplo de valor y de amor a España, habiendo defendido la patria hasta el último instante, ejemplo de consideración para todo buen español que ame a su patria."

Todo lo cual le transmito para su conocimiento y efectos oportunos.

Suyo y de la independencia de España  
POR EL COMITÉ  
EL SECRETARIO GENERAL

  
Jose Puig.



Dado en Le pernas a 10 de Febrero de 1939,

*Por necesidad debido a la grave herida de un capitán, Juan Miguel se hizo cargo del mando de una unidad heterogénea y este documento acredita cuál fue su desempeño.*



*Los filonazis Chamberlain y Daladier estrangularon a la República. La Legión Cóndor nos aplastó en el Ebro. El gobierno legal fue derrotado. Las tropas victoriosas del conocido asesino Francisco Franco entraron en Madrid. Y un fotógrafo, Alfonso, tomó la que (con la muerte del miliciano de Robert Capa), es la otra de las dos mejores fotografías de esa guerra. La reacción de ese padre madrileño al ver a las tropas fascistas entrar en Madrid. (Tomada de: Ramón Guerra de la Vega: Madrid 1931-1939, Historia de la Fotografía, II República y Guerra Civil, Madrid, 2005).*

**Sociedad de Ex-Combatientes de la Rep. Española**  
**"FRANCISCO JAVIER MINA"**  
ISABEL LA CATOLICA 11-4 MEXICO, D. F.

Fecha de ingreso *3, 12, 1934* No. de Credencial *226*

La presente acredita la personalidad del  
Compañero *Juan Miguel de Mora*  
como miembro activo de esta Sociedad.  
Nacionalidad *Mexicana*  
Edad *18*  
Profesión *estudiante*  
Grado o cargo que desempeñó en España  
*soldado. Delegado de Batallón.*

"UNIDOS EN LA LUCHA POR LA LIBERTAD DE LOS ESPAÑOLES"  
FRANCISCO JAVIER MINA  
Máxico, D. F. *de Mayo*  
El Srio. General *[Signature]*



Carné de miembro de la Sociedad de exCombatientes de la República Española "Francisco Xavier Mina", sobre la que en este testimonio se da amplia información.

Sociedad de ex combatientes de la República Española

Núm. 117

**FRANCISCO JAVIER MINA**

ISABEL LA CATOLICA, 11 - DEPTO. 4 - TELEF. 13-27-23

Don Juan Miguel de Marq Vaqueira  
ha satisfecho la cantidad de 70.50 pesos, en concepto  
de cuota correspondiente al mes de Enero  
México, D. F., a 21 de enero de 1940.

V. o. B. **El Tesorero,**  
**El Secretario,**

*[Handwritten signatures]*

*Hidalgo 75-412*

ER MINA"

Recibo de pago de la cuota de enero de 1940 en la misma sociedad.



XXX ZONA MILITAR  
CUARTEL GENERAL

DEPENDENCIA	COMANDANCIA.
SECCION	SEGUNDA.
MESA	SEGUNDA.
NUMERO DEL OFICIO	2740.
EXPEDIENTE	A/1111./7

ASUNTO: Acreditando la personalidad del C. Oficial  
1/o. de Reservistas JUAN MIGUEL DE MORA VA  
QUERIZO.

Villahermosa, Tab., a 3 de mayo de 1943.

A QUIEN CORRESPONDA:

Este Cuartel General acredita la personalidad del portador de la presente, C. JUAN MIGUEL DE MORA VAQUERIZO, quien tiene conferida la categoría de Oficial 1/o. como Comandante de la 3/a. Compañía del Tercer Batallón de Reservistas de Villahermosa Tab., que es a las órdenes del C. Comandante RAMON NEME CASTILLO.

A petición del interesado y para los usos legales que le convengan, se expide la presente constancia.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.  
P.O. DEL GRAL. EN BRIG. COMDTE. ZONA.  
EL CORL. DE CAB. JEFE DEL EDO. MAYOR.

DANIEL ROLON VEGA.  
(167587)

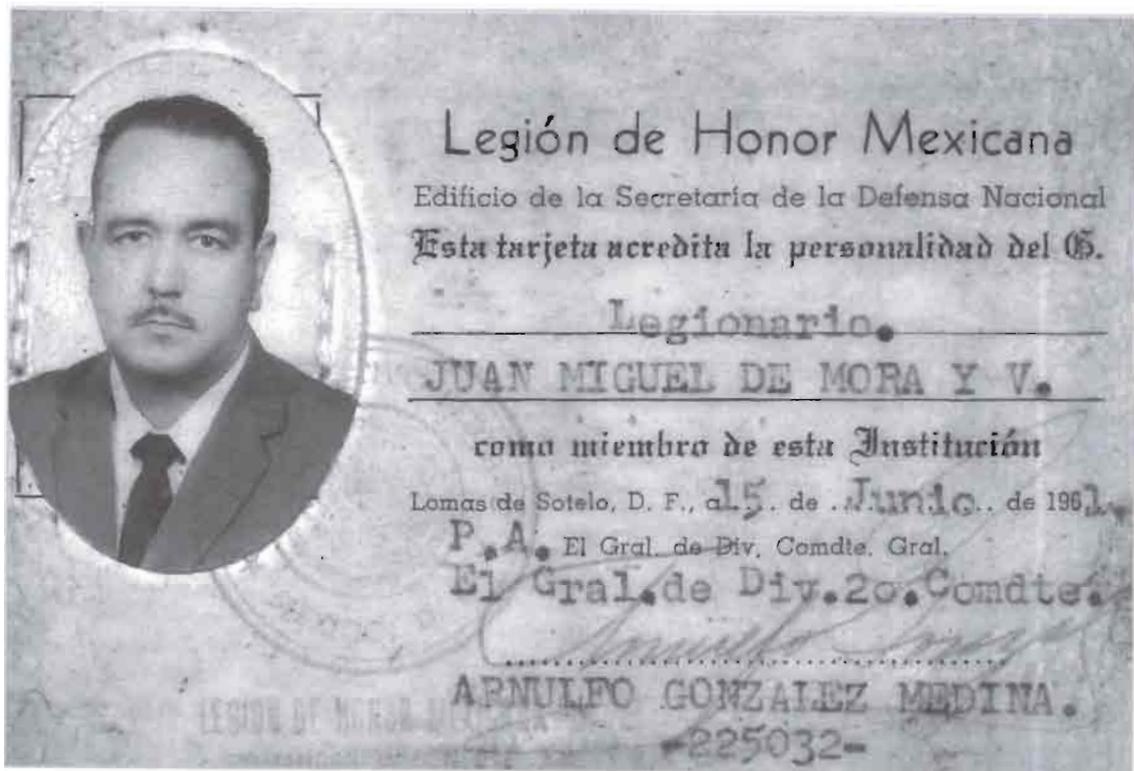
Al contestar este oficio, citase los datos contenidos en el cuadro del ángulo superior derecho.

RDVR/jcyp.

*Cuando México declaró la guerra a las potencias del Eje Roma-Berlin-Tokio Juan Miguel de Mora se incorporó de inmediato al ejército mexicano en la XXX Zona Militar, Tabasco, con el grado de Oficial 1º, equivalente en la reserva a capitán primero en activo, y tuvo el mando de una compañía de reservistas. Pero México sólo envió una escuadrilla aérea de combate al frente del Pacífico.*



Veinte años más tarde, por servicios prestados a la patria (ajenos al tema de este libro), le fue otorgada la Legión de Honor Mexicana de la Secretaría de la Defensa Nacional.



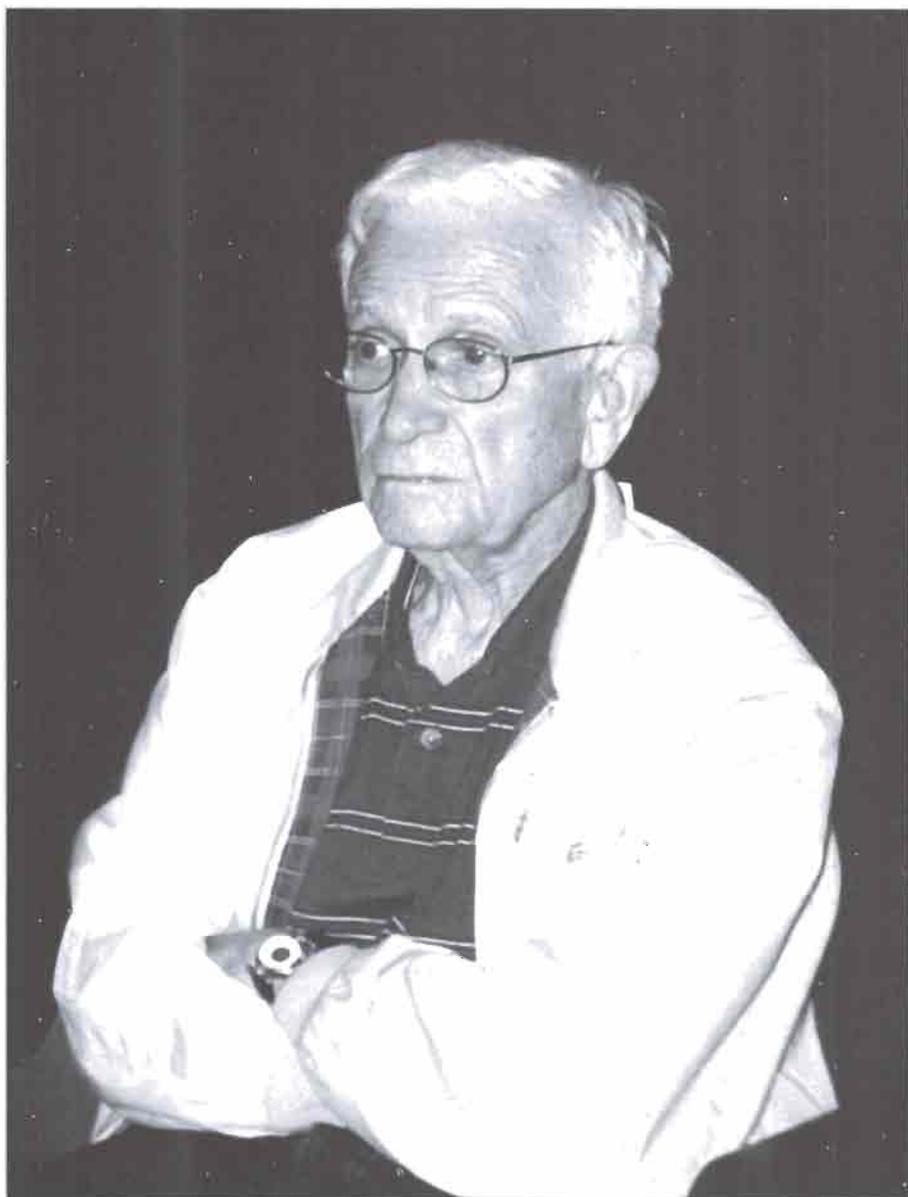
*Ésta es la credencial que permite acreditar la personalidad como titular de la Legion de Honor.*



*De izquierda a derecha: Orden de la Liberación de España (Autorizada por el Congreso Mexicano, D.O. 18-V-1966)); La Legión de Honor Mexicana y la de exCombatiente de las Fuerzas Españolas que España otorgó a los mandos de la República durante el primer gobierno socialista.*



*Juan Miguel de Mora con Harry Fisher del Batallón Lincoln, ser humano extraordinario con el que le unió una amistad entrañable.*



*Harry Fisher, neoyorkino, brigadista. Hizo la guerra de España y después, en aviación, combatió en la Segunda Guerra Mundial. Fiel a sus convicciones, murió en Nueva York de un infarto generalizado durante una manifestación contra la guerra de Irak. Tenía más de noventa años.*



*Dos viejos amigos, brigadistas austriacos que setenta años después conservan la bandera de la República Española: Gerhard Hoffmann (izquierda) y Ferdinand Hackl.*



*Viejas guerras, viejas amistades, viejas ilusiones. Gerhard Hoffmann visitó a Juan Miguel de Mora en su casa de México y aquí están los dos con Ludwika Jarocka, esposa de Juan Miguel, y Marion Hoffmann, hija de Gerhard (a la derecha).*



*También Juan Miguel y Gerhard recuerdan el saludo militar de la República Española: el puño cerrado en la sien derecha.*



*Juan Miguel de Mora ante un monumento a las Brigadas Internacionales en una localidad cercana a Madrid.*



## EL TRABAJO DE LA MEMORIA EN MÉXICO

Y ahora pasaré a explicar cómo se dañó y se aniquiló el trabajo de memoria de los brigadistas mexicanos en México, daño que se debió a un solo hombre, por lo demás muy admirable como artista plástico extraordinario: David Alfaro Siqueiros, pintor.

Al regresar a México los brigadistas mexicanos, se formó una Sociedad de Excombatientes de la República Española “Francisco Javier Mina” (en recuerdo de ese militar español que vino a luchar por la independencia de México proclamando “no luchó contra España, sino contra la tiranía”). Se eligió Secretario General a Néstor Sánchez Hernández, el oaxaqueño que mandó una sección de polacos en el cruce del Ebro, y todos los demás fuimos ingresando en ella. Pero a David Alfaro Siqueiros se le ocurrió, o le ordenaron, asesinar a León Trotsky y embarcó en el asunto a los comunistas afiliados a la Sociedad de Excombatientes, empezando por el mismo Secretario General, Néstor. Siqueiros organizó todo el atentado y les dio armas y uniformes de policías mexicanos a varios de sus hombres, que fueron disfrazados. El intento de asesinato, además de inaceptable e indigno, fue un fracaso total. No pudieron matar a Trotsky<sup>45</sup> pese a que entraron a la casa, eran muchos perfectamente armados y contaron con la complicidad de uno de los secretarios de Trotsky, Robert Sheldon Harte, que les abrió la puerta, y a quien se llevaron consigo y asesinaron más tarde.

La policía mexicana descubrió inmediatamente quiénes eran los autores del atentado y detuvo a muchos de ellos, incluso a Néstor Sánchez y a otros brigadistas que pasaron años en la cárcel. Siqueiros escapó y estuvo escondido algún tiempo. Protegido por Lázaro Cárdenas debido a su arte, nunca se le acusó del asesinato de Sheldon Harte, ni de otro que se sospechaba, ni siquiera del asalto a la casa. Pero, con ese escándalo y esa indignidad, la naciente sociedad de excombatientes, con sus dirigentes en prisión, desapareció y no hubo trabajo de la memoria respecto de los brigadistas. El relativo a la República Española quedó limitado, durante muchos años, a la actividad de los refugiados y de las organizaciones de izquierda, que eran bastantes, pero de los brigadistas nada. Y, sin embargo, la policía supo muy bien lo que hacía: a los que no tuvimos nada que ver con el atentado ni siquiera se nos molestó ni interrogó, pese a que los agentes tenían todo el archivo con nombres y retratos que, imagino, debe estar aún en viejos almacenes policíacos.

---

<sup>45</sup> Años después algunos de los atacantes, ofendiendo la inteligencia de la gente, aseguraban que sólo pretendían “darle un susto”.

La verdad es que Siqueiros nunca fue un combatiente regular y si lució un uniforme —por cierto, el más elegante de todas las fuerzas de la República—<sup>46</sup> fue por la amable complicidad de los comunistas españoles y porque se respetaron sus caprichos (como el de tener un contrato nombrándole coronel y firmado personalmente por Largo Caballero, cuando era jefe del gobierno)<sup>47</sup> por su calidad de artista famoso de la pintura. Y, como el escándalo del atentado contra Trotsky le causó mucho desprestigio, Carlos Contreras (Vitorio Vidali), por órdenes superiores o a petición del mismo Siqueiros, años después hizo pública en Cuba una carta en la que dice que Siqueiros mandó algunas unidades que nunca mandó. En realidad fue un turista de la guerra que sí apoyó a la República pero que sólo estuvo, de visita, en frentes tranquilos. Y de esto ya aportamos pruebas hace tiempo (*unomasuno*, viernes 22 de noviembre de 1996, pág. 2, véase el Apéndice 1).

Los que coincidieron con él en España lo vieron siempre en situaciones de vodevil.<sup>48</sup> En resumen, es un error considerar a ese gran pintor como combatiente de la República, y no se entiende porqué un artista de fama internacional, reconocido en el arte plástico mundial como uno de los grandes, necesite, además, ser un aguerrido coronel en la guerra de España.

El cerebro de cada hombre es un laberinto.

46 "Se comentaba también el uniforme estrafalario que se había inventado Siqueiros...Recordé que Manolo Altolaquirre y Serrano Plaja decían: "Se ha inventado un uniforme de húsar austriaco." Elena Garro: *Memorias de España 1937*, páginas 38 y 67.

47 En la carta a su esposa en 1937, desde España, habla de que le reconozcan el grado de capitán, que dice tener en México, y un mes después, en el contrato con Largo Caballero, resulta ya Mayor en México. Súbito ascenso para un oficial de la reserva que ni siquiera estaba en el país.

48 El centro de la atención era él, David Alfaro Siqueiros, con sus botas federicas, sus ademanes grandilocuentes y su inacabable risa...Pronto Paz y yo nos dimos cuenta de que el enemigo que iba a atacar era Angélica... Elena Garro, op.cit. páginas 71 y 75.

# BRIGADISTAS Y COMBATIENTES MEXICANOS CON LA REPÚBLICA ESPAÑOLA 1936-1939

(Se sabe de la existencia de unos 250 más, cuyos nombres se ignoran)

## PILOTOS AVIADORES

**Fuente: Baumann, Gerold Gino:** *Los voluntarios latinoamericanos en la guerra civil española, en las Brigadas Internacionales, las milicias, la retaguardia y en el Ejército Popular.* Editorial Guayacán Centro-americana, San José, Costa Rica, 1997. Cita a: *Skyways, The Journal of the Airplane*, abril de 1995. Artículo de Santiago Flores, y Tarazona, Francisco: *Sangre en el cielo*, México, 1958.

Francisco Tarazona Terán (aprendió a volar en la URSS)

Eduardo Verduzco Robles (teniente piloto, caído en acción)

Pedro Cortés Cortés

Juan Pérez

Héctor Proal Núñez

-----Cano Fernández (?)

### Otras fuentes de Gerold Gino Baumann.

José Godoy

Pedro Arzak

Jorge Castillejos

**Fuente: Castells, Andreu:** *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*, Editorial Ariel, Barcelona, 1974, página 53.

Manuel García Gómez (derribado y hecho prisionero en Guadalajara)

### Documentación directa en poder de Juan Miguel de Mora.

José M. Ruiz Méndez (con una hoja de servicios heroica e impecable)

**Fuente: Mario Ojeda Revah: *México y la guerra civil española*, Turner Publicaciones, Madrid, 2004.**

Gilberto Vallecillo

José Sirio Martín (derribado en 1938 en la batalla del Ebro)

## **INFANTERÍA**

**Fuente: Sánchez Hernández, Néstor: *Un mexicano en la guerra civil española y otros recuerdos*, Carteles Editores, Oaxaca de Juárez, México, 1997.**

Néstor Sánchez Hernández

Enrique Obregón

Tito Ruiz Marín (zapoteco, capitán XI B.I., muerto en Brunete al mando de una unidad germano-española en 1937)

Isaías Acosta H.

Emilio Llanes Collado

Miguel Domenzáin Leroy

Roberto Mercado Tinoco

Humberto Villalba

Antonio Pujol

Leonardo Talavera

Antonio Trujillo Carranza

Juan Razo

Rafael Ángeles Lizardi

José Jaramillo Rojas (tabasqueño, teniente, 59 batallón, XV B.I., el *Spanish*, cayó en la batalla de Teruel)

Silvestre Ortiz Toledo (en el batallón *Rakosi*, XII B.I.)

Antonio Migoni

Segundo Braña Blanco (médico)

Manuel Valenzuela (chihuahuense, XV B.I.)

Bernabé Barrios (guanajuatense, XV B.I.)

Carlos Roel (regiomontano, XV B.I.)

**Fuente: Gerold Gino Baumann, *op. cit.***

Lino Miura

Diego Rico

Rafael Bruno Aguilar (teniente coronel)

Carlos Álvarez Alegría (coronel)

Antonio Gómez Cuéllar (de Tulancingo, mayor)

Alejandro Moet (estudiante de Leyes)

Miguel Alatorre (tanquista)

Humberto Villela

Miguel Justo (mayor)

**Fuente: Juan Miguel de Mora.**

Andrés García Salgado (comisario de División en unidad española)

José Conti Varcé (teniente)

Roberto Vega González (capitán, herido y prisionero en Teruel, siete meses condenado a muerte en Valdenoceda, Burgos. Escribió el libro *Cadetes mexicanos en la guerra de España*, Colección Málaga, México, 1977)

Juan B. Gómez Ortiz (coronel)

Juan Miguel de Mora (XV B.I.)

**Fuente: Mario Ojeda Revah, *op. cit.***

----Jiménez de Nicolau (jefe, 59 brigada, Ejército de Levante)

Julio Cancino (62 brigada, Ejército de Extremadura)

Ruperto García Arana (muerto en Alfambra, Levante)

----Villanova (dos hermanos presos de los franquistas y liberados por la Embajada de Cuba en España)

**OFICIALES DEL EJERCITO MEXICANO COMBATIENTES CON LA REPÚBLICA**

**Fuente: Mario Ojeda Revah, *op. cit.***

Isaías Acosta (capitán)

Julio Cancino (capitán)

Héctor Hernández (capitán)

Santiago J. Philemore (coronel)

**Fuente:** Néstor Sánchez Hernández, *op. cit.*

Félix Guerrero Mejía (capitán)

**Actualización del año 2006** sobre voluntarios latinoamericanos en la Guerra de España:

Total: 2528 (Identificados 1.904. Sin nombres: 624). México 280 (21 con Franco); Cuba 1.100 (cFco. 61); Argentina: 500 (cFco.76) y los demás de otras naciones. Toda Iberoamérica estuvo representada. **Fuente; Gino Baumann:**

En realidad, muchos de los voluntarios mexicanos no estuvieron en las B.I. sino en unidades militares españolas, lo que dificulta su localización. Y cabe aclarar que esta relación, muy incompleta, se refiere exclusivamente a combatientes y no incluye a mexicanos que estuvieron en España durante la guerra, ayudando a la República de algún modo, pero sin combatir, como los poetas Carlos Pellicer y Octavio Paz, el pintor David Alfaro Siqueiros, los escritores Andrés Iduarte y José Mancisidor, el músico Silvestre Revueltas y otros.

## **MEXICANOS ASESINADOS POR EL FRANQUISMO EN JUICIO SUMARÍSIMO POR HABER SIDO ENCONTRADOS EN UN BARCO REPUBLICANO CAPTURADO POR LOS FASCISTAS:**

(fuente Mario Ojea Revah, op. cit. pag. 173).

Eran cinco pero la única mujer, Socorro Barberán, fue “perdonada” y deportada. Cuatro murieron.

Los demás —explica Ojea Revah— Manuel Zavala, de veintiún años de edad, y Carlos Gallo Pérez —ambos de Guadalajara—, Ricardo Solórzano, de Ameca, y Alejandro Franco, de la Ciudad de México, fueron sentenciados a muerte. Poco después una declaración oficial del Secretario de Relaciones Exteriores de México confirmó que los cuatro habían sido sometidos a torturas y humillaciones indescriptibles antes de ser ejecutados. Los habían exhibido en una jaula colocada sobre un camión y paseado por las calles de El Ferrol con un letrero que proclamaba: “Estos son los invasores comunistas mejicanos”.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> Ojea Revah, op. cit. pág.173.



## Y AHORA ALGUNAS VERDADES QUE SON HISTORIA Y COMO TAL NECESARIAS

El estalinismo era totalitario y absolutista y dejó su honda huella en los partidos comunistas y en quienes, con carné o sin él, se consideraron comunistas. Todavía es frecuente oír: “Stalin transformó a Rusia, el país más atrasado de Europa, en la segunda potencia mundial”. Los que dicen eso no consideran el costo de ese avance; los que luchan o dicen luchar por la justicia y la felicidad humanas olvidan el precio que millones de seres angustiados, torturados, desterrados y asesinados pagaron a Stalin, el hombre que más ha hecho en el mundo en contra del socialismo. Lo que impuso Stalin fue un tiránico capitalismo de Estado y basta ver cómo está Rusia hoy para comprobar que el estalinismo no cambió absolutamente nada la naturaleza humana (ingenua aspiración del ideal socialista de los primeros tiempos) y sí exacerbó sus aspectos negativos. Sólo quienes conocimos la Europa del horror y luchamos entre agonizantes y cadáveres, viendo a las madres ante sus hijos muertos, las familias desgarradas, los asesinos y sus víctimas, y después vivimos el acecho y el espionaje de cada movimiento y de cada palabra de cada persona en la URSS y en sus satélites, podemos valorar en sus justas proporciones gobiernos como el de Stalin, de lo que nada saben ni comprenden los analistas fríos o lejanos que sólo piensan en función de estadísticas, como hacía el régimen de Stalin, como lo hacen los imperios.

La Revolución rusa y la Unión Soviética crearon ilusiones y entusiasmo en un mundo cruel e injusto, y de la esperanza nacieron héroes, miles de comunistas en múltiples naciones, y en las luchas sociales en todo el mundo, que sufrieron persecución, cárcel y tortura, muchos de ellos siendo asesinados por los gobiernos de derechas o filofascistas de los cinco continentes. Ellos, los de abajo, combatieron y murieron con gran heroísmo porque creían en la justicia social y sentían la Internacional como un himno de amor y fraternidad, sin sospechar siquiera la criminal tiranía que fue realidad interna de Rusia. Como paradigmas del valor y la organización en la Resistencia y antes en las luchas clandestinas o no, contra los nazis y los dictadores (europeos como Dollfus en Austria u Horthy en Hungría y latinoamericanos como Ubico, Trujillo, Carías Andino, Gerardo Machado, etcétera) los partidos comunistas fueron un ejemplo para el mundo. Pero el estalinismo no sólo fue gravemente dañino por el engaño sobre la realidad interna de la URSS, sino también por aquellos partidos comunistas que estuvieron estructurados como sectas (no todos), y en los que se indagaba en la vida privada de cada militante con métodos inquisitoriales, se imponía una moral moji-gata y cursi (sólo para militantes y no para dirigentes) y se mantenían ridículos cultos a la personalidad del líder local en turno, con la intriga, la calumnia y la

hipocresía imperando. Y pese a la denuncia pública del estalinismo y sus métodos, no obstante las rehabilitaciones y la marcha de la historia, todavía quedan algunos despistados anquilosados en los viejos hábitos estalinistas para quienes los cambios no han contado.

Entre los resabios menores del estalinismo está, por lo menos respecto de la guerra de España, la exaltación de los combatientes comunistas en detrimento de los que no lo eran, unas veces encumbrando con toda la razón, como por ejemplo en el caso del Batallón Lincoln, y en otros sin justificación alguna, como en el de Siqueiros. Encumbramientos innecesarios porque los comunistas fueron en verdad los mejores y más abnegados combatientes, en todos los frentes y en toda la guerra, y los artífices de la heroica defensa de Madrid. Sólo la deformación sectaria puede explicar ese fenómeno de insistir tanto en lo que, por sabido, no alterará la verdad histórica, ni para bien ni para mal.

Otro de los aspectos negativos (y típico del estalinismo) consiste en denigrar, ignorar y desprestigiar mediante la calumnia (las tres cosas) a los que, siendo buenos en la lucha de la izquierda, no estuvieron mansamente disciplinados al Partido Comunista o no aceptaron ser dóciles compañeros de viaje.<sup>50</sup> En el caso de España el ejemplo típico es el de George Nathan, atacado, vilipendiado y acusado sin pruebas en algunos medios de los supervivientes y amigos de las Brigadas Internacionales en el mundo, incluso por algunos que no son oficialmente miembros del PC pero le sirven, porque, conforme a los prejuicios de las mentes estalinistas, ¿cómo se puede admitir que un homosexual con costumbres y sibaritismo de señorito fuese uno de los más valientes y capaces jefes de las Brigadas Internacionales? Pero la realidad y la verdad no pueden ser administradas ni manipuladas y ésa es la clave si se defiende y mantiene la dignidad humana.

Harán falta muchas generaciones para que el verdadero comunismo (sueño por el que han muerto miles, quizá millones, de personas en el mundo en el siglo XX) surja como un régimen ideal de justicia social auténtica.

---

50 Se llegó en algunos casos a llamar "socialfascistas" a los socialistas.

## PRECISIONES:

Hace unos años, cuando en 2001 estuve en Albacete con otros supervivientes de las Brigadas y encontré a Harry Fisher, fue cuando cayó el muro mental que (aún habiendo escrito dos libros sobre la guerra española) me había impedido recordar el periodo de la batalla del Ebro. Es un hecho conocido la emoción de soldados que, al conocerse años después de la guerra, descubren que estuvieron en el mismo frente, o en la misma unidad, o que participaron en la misma batalla. Ése fue mi caso con Harry. Cuando uno ha estado en el infierno (y tratándose de la cota 666 no es metáfora, ni cita bíblica, ni truco literario) y encuentra a otro que también estuvo allí, la fraternidad salta al instante. De ahí la emoción simultánea y compartida de Harry y mía cuando cada uno supo que el otro también perteneció a la XV Brigada (en batallones distintos) y que ambos habíamos estado en la cota 666, recordando esos detalles que sólo conocen quienes los vivieron. Haber estado en la cota 666 es algo que nunca se podrá hacer comprender a quienes no estuvieron. E intercambiamos recuerdos, nombres, emociones y sentimientos. Por eso cuando Harry me dijo que al bajar él de la cota con los restos del *Lincoln* subía el *Spanish* yo estuve seguro, y se lo dije, de que yo iba en éste y ambos pensamos que nos habíamos cruzado. Pero nos equivocamos: cuando yo subí a la 666 y, en efecto, me crucé con los supervivientes del *Lincoln*, no fue el 24 de agosto, y Harry Fisher estaba ya en Nueva York o muy cerca porque fue incluido, muy merecidamente, en el primer grupo de brigadistas repatriados, siete estadounidenses, antes de la retirada oficial de las Brigadas. Es verdad que cuando yo subí a la 666 bajaban por última vez los restos del Batallón *Lincoln* pero entre ellos no estaba ya Harry Fisher. Y por respeto a la más estricta y rigurosa verdad aclaro este pequeño malentendido en honor a mi entrañable amistad con Harry, a quien siempre quise y admiré y cuyas cualidades humanas fueron extraordinarias.

Por otra parte, hay quienes no entienden ese fenómeno del inconsciente que consiste en olvidar absolutamente un hecho o una etapa de la vida. Algunos psiquiatras y otros especialistas suelen definirlo (en versión para los profanos) como autodefensa contra mayores daños emocionales y quizá cerebrales y lo mencionan con frecuencia en sus obras de investigación.

También es conveniente precisar que esto, aunque en forma de relato novelado, es un testimonio. Si los nombres son de personas reales es porque ellas fueron protagonistas de lo que narro; si los de las instituciones, partidos o unidades militares que se mencionan son los verdaderos, es por mi propósito de relatar los hechos tal como sucedieron hace casi setenta años y si en algún momento contie-

ne errores es por las trampas de la memoria. Pero es novela por los diálogos y por la imposibilidad de garantizar la exactitud de cada detalle setenta años después de haberlo vivido, y una novela no debe confundirse con otras cosas como un tratado de química o un acta notarial. Algunos de los hechos que aquí se relatan, y que yo viví, los trasladé a la ficción alterándolos en parte, y poniendo como sus protagonistas a personajes imaginarios, en mi novela *El yelmo de Mambrino* (1993), especialmente en el capítulo que trata del trayecto de Figueras a La Junquera, que es bastante parecido a la realidad, y en el que trata de la última noche de Barcelona. Ahora, aquí, lo describo todo tal como fué en mi recuerdo y sin personajes ficticios. Sencillamente relato lo que sucedió tal como lo conservo en la memoria, ayudada por algunos documentos y una que otra nota.

Cabe aclarar también algo importante: hay muchas personas que escuchan o leen acerca de la objetividad, la verdad y la imparcialidad y se forman de estos conceptos una idea que en nada corresponde a su significado real. La verdad nunca es objetiva en el sentido coloquial del término ni, por lo tanto, imparcial como algunos entienden el vocablo. Porque los hechos siempre revelan algo que, en el recto juicio, pesa más de un lado que del otro. La consecuencia de esto es que la verdad no es “objetiva” tal como entiende la mayoría de la gente, es decir, “desinteresada”, “desapasionada” (segunda acepción). La verdad es objetiva en la primera y más correcta acepción, como dice la Real Academia, es “perteneciente o relativo al objeto en sí mismo, con independencia de la propia manera de pensar o de sentir”.

Este testimonio de mi estancia en España es totalmente objetivo porque al objeto en sí mismo (el fascismo de Franco, la Iglesia española de entonces —¿y de hoy?— y los falangistas) pertenecen la rebelión militar contra el gobierno legítimo, los asesinatos individuales, o masivos como en Badajoz, durante la guerra que ellos desencadenaron y los asesinatos del franquismo después de la guerra. Y es de una evidencia más allá de toda posible negación que de no haber existido la sublevación militar fascista no se hubiesen producido del lado republicano las venganzas y los asesinatos que el gobierno no podía controlar porque casi todas las “fuerzas del orden” se sublevaron contra la ley y el orden y estaban ocupadas en asesinar gente no por sus actos, sino por sus ideas.

Todo ello sucedió, y está en la historia, con absoluta independencia de mi manera de pensar o de sentir. Hablar de los hechos tal como fueron es, por lo tanto, objetividad.

La imparcialidad es la “falta de designio anticipado o de prevención en favor o en contra de alguien o algo, que permite juzgar o proceder con rectitud”. Y yo, antes de conocerlo por sus obras, no tenía designio anticipado ni prevención en favor ni en contra del nazifascismo; ni tuve prevención o designio anticipado contra la rebelión militar en España antes de que ocurriese y viésemos,

desde el primer día, lo que hacía. Nazifascismo y rebelión los he conocido por su verdad y sin prevención en uno u otro sentido, lo que me permite juzgarlos con rectitud. Mi relato, por lo tanto, es imparcial, aun cuando me exprese decididamente en contra de asesinos y criminales contra los que no tenía prevención alguna pero sí, después, el juicio imparcial que merecen y que sin duda les condena.

Y, por último, este relato no es la historia de mi vida. Trata solamente de la parte de mi existencia relacionada con la guerra de España.

JUAN MIGUEL DE MORA



## APÉNDICE

### arte

#### SIQUEIROS NO FUE BRIGADISTA

*Raquel Tibol*

El pasado 5 de noviembre sobrevivientes de las Brigadas Internacionales se reunieron en Madrid, España, para ser homenajeados por su altruista participación en la Guerra Civil Española. La ocasión fue aprovechada por algunos articulistas para denigrar, una vez más, a David Alfaro Siqueiros como un brigadista falsario, cuyas simulaciones hay que seguir desenmas-carando. (Véase periódico *Unomásuno* del 3 y 6 de noviembre último).

A los sempiternas denigradores hay que recordarles que Siqueiros no llegó a España para incorporarse a las Brigadas Internacionales. El interrumpió sus actividades en el Siqueiros Experimental Workshop de Nueva York en diciembre de 1936 para emprender un periplo de divulgación de lo que entonces denominaba "arte funcional revolucionario" por España, Francia, la Unión Soviética y otros países de Europa.

El 7 de enero de 1937 le escribe desde Madrid a Angélica Arenal:

"Ya estoy en España y no he llegado tarde. Apenas se inicia la lucha ver-

dadera. Todo el invierno será de guerra dura, y cuando llegue la primavera la pelea deberá tomar proporciones muy superiores a todo lo que ha habido hasta ahora. Yo vine para trabajar en el arte de propaganda, pero el aspecto físico de la lucha es tan terminante que me fue imposible eludir el ingreso a las filas del nuevo ejército. Ya soy ayudante del comandante Carlos Contreras, jefe del V Regimiento, tan famoso, y pronto voy a tener una importante comisión militar. Se trabaja ya para que se me reconozca mi grado mexicano de capitán y creo que se me encargará la formación de dos brigadas de choque para encabezar la ofensiva próxima. Además, se está de acuerdo en la formación de uno o dos batallones de hispanoamericanos y es casi seguro que yo tendré también mucho que hacer en esta tarea. Mi idea de llamarles batallones 'Francisco Javier Mina' ha gustado mucho y creo que al final se adoptará tal cosa."

.....  
.....  
.....  
.....

62 proceso 1046 / 17 de noviembre / 1996

**IRREAL, PRETENDER,  
PRESENTAR A SIQUEIROS  
COMO HÉROE DE LA GUERRA  
ESPAÑOLA:**

JUAN MIGUEL DE MORA

Señor director:

Una distinguida crítica de arte; admiradora del que fue pintor extraordinario, David Alfaro Siqueiros, no se conforma con exaltar su talento artístico, que todo el mundo reconoce, sino que pretende, además, convertirlo en un héroe de la Guerra de España (Proceso, número 1046 de 17 de noviembre de 1996) lo cual no corresponde en nada a la verdad.

Para sustentar ese propósito cita dos fuentes: una carta del propio Siqueiros dirigida a su esposa desde Madrid el 17 de febrero de 1937, y un artículo de Vittorio Vidali (Carlos Contreras) publicado en La Habana en febrero de 1941 y reproducido en El Popular de México, el 18 de febrero del mismo año, "frescos todavía —dice la crítica en Cuestión— los trágicos acontecimientos que culminaron con el, ascenso de Franco al poder en España"

El primer documento citado, la carta, demuestra que Siqueiros, pese a estar en Madrid no se había enterado muy bien de cómo iban las cosas. En efecto dice el pintor, "Ya soy ayudante del comandante Carlos Contreras, jefe del 5º Regimiento, tan famoso". Solo dos objeciones: la primera que Carlos Contreras, ése sí un combatiente de valor a toda prueba, nunca fue jefe del 5º regimiento, sino su comisario. El primer jefe fue Enrique Castro Delgado y el segundo y último, nombrado en septiembre de 1936, Enrique Lister.

La segunda, que él escribe en febrero de 1937 y el 5º. Regimiento se había disuelto en diciembre de 1936, disolución que se hizo efectiva y definitiva el 24 de enero de 1937, cuando pasó a integrarse en otras unidades militares para convertirse las milicias en Ejército Popular

Pero no es eso todo porque más adelante dice: "Se trabaja ya para que se me reconozca mi grado mexicano de capitán y creo que se me encargará la formación de dos brigadas de choque para encabezar la ofensiva próxima. Además, se está de acuerdo en la formación de uno o dos batallones de hispanoamericanos y es casi seguro, que yo tendré también mucho que hacer en esta tarea".

Sueños, fantasía, entusiasmo ajeno a los hechos reales. Encargar la organización de dos brigadas de choque a un pintor recién llegado, por muy famoso y bueno que fuere, "para encabezar la ofensiva", es absurdo. Por otra parte, jamás se integró unidad' militar alguna de hispanoamericanos y si alguien pensó en ello, nunca se hizo público.

En cuanto al artículo de Carlos Contreras, igualmente lleno de imaginación, lo que estaba "fresco todavía" cuando se publicó no era la guerra de España, sino el atentado contra Trostky que encabezó Siqueiros en la madrugada del 24 de mayo de 1940 y por el cual fue detenido en septiembre del mismo año, en un pueblo de Jalisco llamado Hostotipaquillo. En ese atentado fue asesinado Robert Sheldon Harte, ayudante de León Trostky, cuyo cadáver se encontró enterrado en la cocina de una casa en Santa Rosa, por el Desierto de los Leones, casa en la que Siqueiros citó a algunos de los que participaron en el

atentado. Pese al descubrimiento de ese homicidio, cometido con todos los agravantes, Siqueiros quedó en libertad a los tres meses y se fue a Chile.

Con motivo de estos hechos, se habló, como en su artículo reconoce Contreras Vidali, de "un coronelazo Siqueiros borracho, incapaz, frívolo". Imagen, que la Tercera Internacional quiso mejorar para paliar, por lo menos en cuanto a Siqueiros, el escándalo mundial que produjo el asesinato de Trostky precedido de un intento fallido, encargado a Vidali se le fue la mano atribuyendo a Siqueiros una hoja de servicios fantasmiosa y falsa como es fácil demostrar. Por ejemplo, asegura que en el frente de Teruel mandó Siqueiros dos brigadas de carabineros, la 82 y la 87. Pero todo el mundo que estuvo en aquella guerra sabe que los carabincros nunca tuvieron mandos comunistas, pues fue un cuerpo controlado total y absolutamente por el gobierno de la República y el PSOE y sus mandos pertenecían al mismo cuerpo, del que Siqueiros nunca formó parte. Además el artículo de Contreras dice que Siqueiros fue nada menos que Jefe del Sector de Toledo, del de Caballón en el frente de Córdoba (frente éste último el más tranquilo durante toda la guerra y en el que si estuvo) y de otros

De que casi nada de esto fue cierto existen las siguientes pruebas: en la obra Guerra y Revolución en España, 1936-39, elaborada por Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y Josa Sandoval, todos ellos comunistas, publicada por Editorial Progreso, Moscú, 1967, y llena de nombres de 'combatientes destacados, españoles y extranjeros, no se menciona para nada' a David

Alfaro Siqueiros. Cosa muy rara sí se toma en Cuenta la extraordinaria hoja de servicios que cuenta Vidali. Además de que en España, era entonces muy difícil llegar a teniente coronel. La inmensa mayoría de los jefes militares, incluso los de división, eran comandantes, es decir, tenían el grado de mayor

En la obra clave de Hugh Thómas, La guerra civil española, tampoco se habla de esa extraordinaria hoja de servicios. Y en el libro más completo que existe acerca de combatientes extranjeros en esa guerra Las Brigadas Internacionales de la Guerra de España, de Andreu Castells (Editorial Ariel, Esplugues de Llobregat, Barcelona 1974), se menciona a Siqueiros sólo dos veces: en la página 75 para precisar que no perteneció a las Brigadas Internacionales y en la 414 para decir que Siqueiros ayudó a Contreras-Vidali, delegado de la III Internacional, en la organización en México para recibir a comunistas miembros de las Brigadas.

¡Extraordinario silencio generalizado respecto de las hazañas de tan distinguido teniente coronel!

Disponemos de otros testimonios, pero juzgamos que con lo dicho, hay suficiente para que la distinguida crítica de arte esté informada de algo que indudablemente ignoraba.

Con lo que viene a demostrarse que *unomásuno* si sabe lo que dice.

JUAN MIGUEL DE MORA

*unomasuno*

22 de noviembre de 1996



“Mi amigo y camarada Juan Miguel de Mora, uno de los últimos supervivientes de los «voluntarios de la libertad», acaba de escribir, después de más de sesenta años de silencio, el relato de los últimos días apocalípticos que vivió en 1938 en la Sierra de Pandols durante la batalla del Ebro, la más sangrienta y la más feroz de toda la guerra de España.

Ese año de 1938, en el que cumplía 17, llevaba ya dos años esperando ese momento y cuando el gobierno de la República retiró las Brigadas Internacionales, él siguió combatiendo en el ejército republicano. Su odisea merece ser conocida y por eso, con mucha emoción, he aceptado prologar su trágico y emotivo relato”.

Lise London

Lise London, compañera del Arthur London (hombre excepcional y brigadista, víctima de la tiranía de Stalin), trabajó en Albacete en el Estado Mayor de las Brigadas Internacionales durante la guerra de España y dedicó su vida a la lucha por la libertad y la justicia social, enfrentándose a la ocupación nazi en Francia y combatiendo en la Resistencia hasta que fue capturada por la Gestapo y enviada a los campos nazis, después de haber tenido el valor de pronunciar un discurso antinazi en la calle Daguerre del París ocupado. Si hay alguna mujer que merezca ser llamada heroína, Lise London ocupa un lugar de honor. Para el autor de estas memorias es una distinción excepcional que alguien como ella prologue su libro.

I.S.B.N.: 978-84-8427-393-6



9 788484 273936